



Stenorria

y la Obligación
Familiar

ALICIA CAMERON

Honorias y la Obligación Familiar

Alicia Cameron

Traducido por Jennifer Yaeggy

Dedicación

A todos los lectores de *Clarissa* y *las Mujeres sin Importancia* que tomaron el tiempo para hacerme saber cuánto disfrutaron mi primera novela de romance de la época de la Regencia. Ustedes inspiraron esta segunda novela.

Copyright © Alicia Cameron

Alicia Cameron reclama los derechos morales para ser identificada como el autor de este libro.

Los Personajes Principales

En Yorkshire

En la Mansión Fenton

Sir Ranalph Fenton, baronet, dueño de la Mansión Fenton

Cynthia, Lady Fenton, su esposa

Benedict Fenton, 21, su hijo primogénito

Honoría Fenton, 20, su hija mayor

Serena Fenton, 18, su hija menor

En Ottershaw

Sir Henry Horton

Genoveva Horton, ahora Lady Sumner

En Kent

En Bassington Hall

Sr. Rowley Allison, dueño

Sr. Angus Scribster, su amigo

Teniente Darnley Prescott, su primo

En Londres

Sr. Wilbur Fenton, hermano menor de Sir Ranalph y amigo del Príncipe Regente. Un disoluto y apostador.

Pierre, su sirviente de confianza

Lord Carstairs, Fluff, amigo de la universidad de Benedict Fenton.

Lord Sumner, esposo de Genoveva

Lady Harrington, su tía adinerada

La Viuda Lady Sumner, su mamá

Condesa Overton, quien es propietaria de un casino

Sr. Rennie, un jugador de cartas

Lord Grandiston y el Honorable Charles Booth, quienes se mencionan brevemente, pero son personajes muy importantes en *Clarissa y las Mujeres sin Importancia*.

Contenido

[Dedicación](#)

[Los Personajes Principales](#)

[Capítulo 1 - Zapatillas Azules](#)

[Capítulo 2 - La Asamblea de Harrogate](#)

[Capítulo 3 - Benedict y el Sr. Wilbert Fenton](#)

[Capítulo 4 – El Matrimonio de Genoveva](#)

[Capítulo 5 – A Bassington Hall](#)

[Capítulo 6 – El Experto de los Naipes](#)

[Capítulo 7 - Honoria, ¿Enamorada?](#)

[Capítulo 8 – La Oferta del Sr. Scribster](#)

[Capítulo 9 – Genoveva va a Bassington](#)

[Capítulo 10 – Un Juego de Cartas](#)

[Capítulo 11 - Un Ataque Ruin](#)

[Capítulo 12 – Preparativos para el Viaje a Londres](#)

[Capítulo 13 – El Deseo del Sr. Allison](#)

[Capítulo 14 – El Estado de Benedict](#)

[Capítulo 15 – Lord Sumner Recibe una Carta](#)

[Capítulo 16 – El Corte de Cabello del Sr. Scribster](#)

[Capítulo 17 – El Sr. Wilbert Fenton se Prepara](#)

[Capítulo 18 – Genoveva Habla con Benedict](#)

[Capítulo 19 – Confiar](#)

[Capítulo 20 – Genoveva Se Salva Sola](#)

[Capítulo 21 – Sir Ranalph le Falla a su Esposa](#)

[Capítulo 22 – Una Propuesta de Matrimonio](#)

[Capítulo 23 – Lady Cynthia Regresa](#)

[Capítulo 24 – Mamá Desenreda los Nudos](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la Autora](#)

Capítulo 1

Zapatillas Azules

— ¡Ya llegó! — exclamó Serena, hincándose en el alféizar de la ventana de su recámara. Se veía hermosa allí con su vestido de muselina vueludo y un pie cubierto con una media de seda aún en el piso. Sin embargo, su hermana, Honoria, estaba congelada por el miedo y no lo notó.

— Ay, no, — dijo Honoria, acercándose sin entusiasmo a la ventana. Su hermano mayor Benedict, quien estuvo sentado con una pierna sobre el brazo de la única silla cómoda en el cuarto, ahora se levantó lentamente para sumarse al grupo de sus hermanas menores. Después de una temporada en Londres, Dicky había empezado a copiar la actitud de Beau Brummel y sus amigos: cortés, pero con un toque de aburrimiento. A los veintiún años, parecía algo artificioso, aunque su cuerpo atlético y cara atractiva opacaba a muchos de los residentes de Londres.

Los ojos oscuros de Serena bailaban con travesura. — Ya viene la conquista de tu temporada triunfal, tu futuro prometido, — le dijo a su hermana.

Dicky sonrió, pareciéndose más al compañero de infancia de las chicas. — Tu caballero de armadura brillante. Si tan solo pudieras recordarte de él.

— No es chistoso.

Serena rio y giró de nuevo hacia la ventana cuando escuchó abrirse la puerta del carruaje y que Timothy, el único criado en la Mansión Fenton, bajaba la escalera.

—Por Dios, ¿cómo pudo pasar? — preguntó Honoria por la decimoquinta vez esa mañana.

Alguien en la multitud dijo — El Sr. Allison llegó. Pero ¡él nunca baila! —

Confundida, ella intentó ver qué pasaba, mientras que la multitud a su alrededor se calmaba y daba paso a su anfitriona, quien venía caminando junto a un hombre alto. Con los ojos de todos clavados en ella, se tensionó por completo. Escuchó la voz de Lady Carlisle cuando presentó al Sr. Allison como un prometido deseable. Sintió a su mamá empujándola hacia adelante, aunque ella estaba rígida por la timidez. Sintió que él tomó su mano y la guió para formar parte del primer vals de la temporada. Luego regresó junto con su mamá, buscando protección después de que la mano de él posó sobre su cintura, y vio cómo ella juntaba las manos de felicidad y su rostro brillaba de orgullo. Ese fue el mejor momento de la vida de Lady Fenton, aunque no el de su hija. Se decía que el Sr. Allison solamente había bailado tres veces esa temporada, cada vez con sus amigas casadas. Perdida en el girar del baile, ella solo pudo contestar sus comentarios con monosílabos, su vista fija en la barbilla de él. Vagamente recordó que tenía la barbilla partida, y la mandíbula fuerte. Aunque anteriormente había visto al Sr. Allison de lejos, el muy acaudalado y por ende muy solicitado Sr. Allison, con propiedades más extensas que muchos de la nobleza, ella no podía recordar más que él supuestamente era apuesto. Después, cuando le comentó lo mismo Serena, su hermana contestó que, por alguna extraña razón, los hombres ricos supuestamente eran apuestos, algo al parecer relacionado con la cantidad de dinero que tenían.

Primero fue el vals, luego una visita a la casa de su padre en Londres. Su mamá le informó del deseo del Sr. Allison de que ella recibiera su visita la siguiente tarde. Y ciertamente, él llegó al día siguiente. Honoria tuvo que servirle el té, y su mano tembló tanto que mantuvo la vista en la taza durante toda la visita. Él no le propuso matrimonio en esa ocasión, algo que su mamá lamentó, pero en esa ocasión su papá la salvó, sugiriendo que el Sr. Allison los visitara en la casa de campo, donde él y su hija pudieran tener más tiempo para conocerse. — Ya que es algo tímida con las personas que no conoce, y yo quisiera que ella esté cómoda antes de que la empiece a cortejar, — había dicho Sir Ranalph.

Cuando se lo contó a Serena, ella pensó que era un chiste maravilloso. ¡Estaba casi comprometida con alguien quien no podía recordar! Ella se rio porque confiaba en que su papá salvaría a Honoria del compromiso si ella lo deseaba. Solamente tenía que decir no.

— ¿Por qué eres tan dramática, Orry? — preguntó Serena una vez que Honoria le contó todo. — Después del matrimonio tan triste de la pobre

Henrietta Madely, Papá siempre ha dicho que casarse por presión de los padres es una crueldad innombrable. —

Así que Honoria secó sus lagrimas y se sintió mucho más consolada, apoyada por la fuerza de su hermana. A decir verdad, tendría que enfrentar la vergüenza que acompañaba el desdeñar la propuesta, pero estaba decidida a hacerlo si su presencia continuaba aterrándola.

— Y si el ricachón Sr. Allison, — continuó su hermana, — es tan buen mozo como tiene dinero, y tan amable como Papá, vas a terminar enamorándote perdidamente de él después de todo.

Al día siguiente, Honoria salió a caminar antes del desayuno, su estado de ánimo mucho más liviano. Al regresar, mientras subía las gradas para entrar por el desayunador, sin darse cuenta el vestido nuevo de muselina francesa (quince guineas y seis peniques la yarda, según su mamá) quedó enredado en las espinas de los rosales que crecían alrededor de una columna. Si tomaba suficiente tiempo y no jalaba, podría desenredar el vestido sin rasgarlo. Ella podía escuchar a sus padres hablar, y no le prestó atención hasta que la voz de su mamá se puso seria.

— Mi querido Ranalph, ¿por qué no me lo dices?

— ¿Comeremos panques esta mañana, querida?

— No terminaste de comer la carne de cordero anoche, y estás falsamente alegre hoy. Dime, amor.

— Deberías ser detective, querida. Nada se te escapa.

— Cambiar el tema no te servirá.

Honoria sabía que no debía escuchar esa plática, pero seguía intentando desenredar el vestido, espina por espina. Ella decidió anunciar su presencia, para que sus padres supieran que ella estaba allí, pero al momento que abrió la boca para hablar, se quedó congelada al escuchar las siguientes palabras de su papá.

— La visita del Sr. Allison resolverá todo, estoy seguro.

Honoria cerró la boca, desenredando su vestido de manera automática.

— ¿Qué resolverá, amor? — preguntó su mamá. Honoria imaginó a su mamá sentada en el regazo de su papá.

— Bueno, hemos tenido gastos adicionales, de la propiedad en Brighton.

Honoria sabía que su tío Wilbert vivía allí, el hermano menor de su papá. Dicky le había explicado que él era amigo del Príncipe Regente, que para las chicas se escuchaba como algo muy importante. Dicky lo negó con la cabeza y les dijo — Ustedes no saben nada. A menos que seas tan rico como el rey

Midas, ser parte de ese grupo es la ruina.

Su padre continuó. — Pero no te preocupes. Si las cosas no funcionan con el Sr. Allison, simplemente tendremos que apretarnos el cinturón. — Respiró profundo. — Pero Cynthia, temo que no podremos pensar en otra temporada en Londres.

Inmediatamente Honoria se sintió culpable. Su presentación a la nobleza fue a una edad más avanzada que la de sus amigas más pudientes, y no comprendía por qué ella y Serena no lo pudieron hacer al mismo tiempo, ya que siempre intercambiaban ropa. El espíritu intrépido de Serena la hubiera distraído, ayudándola con su timidez paralizante. Pero cuando vio cuántos vestidos eran necesarios, lo entendió. En un solo día utilizó un vestido en la mañana, uno para usar en el carruaje, otro para el almuerzo, luego el conjunto para salir a montar, y por fin un vestido para la cena. Y con tantos de las mismas personas en las fiestas de gala, no se podía repetir. Mamá había insistido que necesitaba como mínimo veinte vestidos de noche. Sin importar qué tan buenas eran cosiendo, eso estaba más allá de las habilidades de las hermanas. Las costureras de Londres no eran baratas. Dos juegos así no se podían pagar con las ganancias de un año de las propiedades de su papá. Honoria vio por casualidad el recibo del sombrerero y se estremeció solo en pensar en la cantidad. Solamente sus bonetes habían costado un precio exorbitante. Ella tuvo esperanza de una segunda temporada en Londres, en la cual su guardarropa se habría podido modificar a un costo muy bajo, y Serena también hubiera recibido un guardarropa nuevo. Si estuviera en Londres con su hermana, tal vez lo disfrutaría.

— Pobre Serena. ¿Qué probabilidad tendrá de contraer un buen matrimonio con alguien de por aquí? — dijo su mamá. — Incluso Honoria misma, si no le parece esta propuesta. Aunque no me explico cómo alguien podría decirle que no a un hombre tan apuesto y encantador como el Sr. Allison, — terminó.

— Y que no se te olvide adinerado, — bromeó su esposo.

— ¡Cuando pienso en las otras chicas que lo intentaron atrapar durante toda la temporada! Y luego cómo nos buscó específicamente para poder bailar el vals con ella, cómo me lo comentó la queridísima Lady Carlisle después... Pero ella no se vio entusiasmada en lo más mínimo. Y ahora, ella no expresa su opinión al respecto. Ni lo menciona. —

— Seguramente es por su naturaleza tímida. Se sentirá más relajada cuando vea a Allison entre la familia. —

— Tanto depende de eso. — Hubo una pausa. — ¿El cargo de Dicky?

Él rio, pero se escuchó forzado, y nada como la risa normal de su siempre alegre papá. — Wilbert prometió pagarlo con las ganancias de su siguiente victoria con los naipes. —

— ¡Ja! — exclamó su mamá.

Honorina al fin se liberó. Caminó hacia el desayunador, haciendo cuanto ruido podía. — Hola, buenos días. ¿Hay panqué? — preguntó alegremente.

— ¿Cómo rayos te comprometiste con él? —

Los pensamientos de Honorina repentinamente regresaron al presente, debido a la exclamación de Serena. Miró con trepidación por encima de los rizos oscuros de su hermana, y vio una figura sombría, vestido con un saco negro y pantalón oscuro, con un sombrero anciano de ala ancha, que caminaba hacia la casa. Sin querer, se le salió la risa.

— Ah, él es el Sr. Scribster, su amigo. —

— ¡A él si lo recuerdas! — rio Serena. — ¿Es tan aburrido como su sombrero? —

Honorina pensó en la cara larga y amargada del Sr. Scribster, enmarcada por dos cortinas de pelo lacio. Pensó que era extraño que alguien tan obviamente poco interesado en las fiestas fuera partícipe de ellas. Hasta su mamá le había hecho el mismo comentario. Honorina debía asistir a los eventos que sus padres le indicaban, pero de seguro que un hombre adulto podía decidir por sí solo, ¿cierto? Sin embargo, el Sr. Scribster siempre acompañaba a Lord Salcomb o al Sr. Allison, aunque su expresión era más apta para un funeral que una fiesta.

— Sí, — comentó Honorina. — Nunca se ve feliz de estar en ningún lado. Y generalmente no le habla a nadie. Aunque, en algunas ocasiones lo observé hablando con el Sr. Allison y él se rio.

— Tal vez es como cuando Sir Henry Horton viene a cenar. — El apodo de Sir Henry entre los niños era ‘el heraldo de la tristeza’. — Papá se ríe tanto de sus declaraciones tan pesimistas que es la única persona en el país que espera su llegada con ansias.

Honorina vio que otro hombre bajaba del carruaje, vestido con pantalones claros y botas estilo hessiano. Su abrigo para el viaje casi llegaba al piso, y Serena comentó, — Bueno, él se ve mucho mejor. Lástima que no le podemos ver la cara. Deberías irte preparando. Aunque camina como un hombre apuesto, — se rio, — o al menos uno adinerado.

La puerta detrás de ellos se abrió. — Serena, cuidarás lo que dices, — la regañó su mamá. Lady Fenton, conocida también como Lady Cynthia, era el

molde de donde salieron sus hijas. Una señora mayor, algo gordita pero siempre a la moda, con pelo oscuro, que se veía tan bien como se podía después de haber dado a luz a siete hijos. Ahora sonreía, y Honoria sintió cómo se agregaba otro barroto a su jaula. ¿Cómo podía decepcionar a su mamá?

—Arréglense los vestidos, niñas, y bajen.

Benedict les guiñó un ojo y salió del cuarto con su mamá.

No tenían espejos en el cuarto, para no fomentar la vanidad. Pero mientras arreglaban los listones de los vestidos nuevos que Mamá consideró apropiados para la ocasión, hicieron el trabajo de espejo una para la otra. Las señoritas Fenton se veían casi como gemelas aun con la diferencia de dos años entre ellas. Pelo y ojos oscuros, y labios que parecían estar sonriendo aun cuando estaban en reposo. Su hermano Benedict decía que parecían un par de gatos. Serena le contestó que mejor cuidara lo que decía, o lo podían arañar.

A los niños, Norman, Edward, Cedric y Angélica, no les era permitido bajar a recibir las visitas, pero salieron corriendo de la guardería para ver cómo las hermanas bajaban las gradas. Serena tropezó con una pelota de cricket, y se volteó para sacarle la lengua a su hermano de ocho años, Cedric. Edward, de diez años, le pegó a su hermano menor y lo empujó de vuelta a la guardería. Norman, el mayor, de doce años, cargó a la pequeña Angélica de tres años ya que disponía seguir a sus hermanas. Su mamá les había advertido las consecuencias si su comportamiento no era ejemplar ese día.

Al llegar al descanso, las hermanas se dieron cuenta que no había nadie en el recibidor para verlas bajar, así que Serena bajo entusiasmada. Honoria la siguió con el lento paso de una persona en un cortejo fúnebre. Serena le hizo señas para que se apurara. Honoria sabía que la emoción de Serena se debía a la escasez de visitas en el campo. Ella acababa de regresar de Londres, mientras que Serena nunca se había aventurado más allá de Harrogate, el pueblo cercano a la casa donde vivían. Al fin llegó junto con su hermana, y caminaron hacia la puerta del salón, donde la detuvo mientras respiraba profundamente y se preparaba para entrar. Al menos esta vez se daría cuenta de cómo lucía él.

Dos hombres se encontraban parados frente a la chimenea con sus espaldas hacia la puerta, conversando con Papá y Dicky. Se dieron la vuelta al escuchar que se abría la puerta, y Honoria se enfocó en el hombre de hombros anchos que era del mismo alto de Benedict, mucho más alto que su papá. Honoria casi veía su cara cuando su papá exclamó — ¡Estas son mis joyas preciadas! — Le

vio el rostro por un instante antes de que Serena exclamara con sorpresa y diera un paso hacia adelante. Honoria miró extrañada a su hermana.

— ¡Pero si eres tú! — exclamó Serena.

Todos se miraban entre sí, confundidos y un poco asombrados. Serena entrelazó los dedos de sus manos y bajó la mirada hacia la alfombra. No había duda de que su comentario estaba dirigido al Sr. Allison.

Honoria ya lo podía ver claramente: La barbilla partida y mandíbula fuerte que recordaba, junto con una nariz clásica, ojos profundos color café claro, y el pelo al estilo romano. Podría decirse que era admirable, pero la sonrisa de él se desvanecía lentamente al mismo tiempo que se quedó inmóvil. Solamente sus ojos se movían de una hermana a la otra. Bajó la mirada, y lo único que dijo fue una frase del todo curiosa.

— Zapatillas azules.

Capítulo 2

La Asamblea de Harrogate

La confianza de Serena parecía haberse esfumado con su lapso en modales, y Honoria se acercó a ella para tomarla de la mano, brindándole su apoyo. Era algo inusual en la relación de ellas.

La cara de Papá expresaba su asombro. — Será posible que ya conoce a mi hija menor, Serena, ¿Sr. Allison?

— No nos han presentado.

Honoria, ya sin ser el centro de la atención, pudo estudiarlo de cerca y preguntarse el porqué de la rigidez de su boca.

Serena se recuperó. — Es que reconocí al Sr. Allison como la persona que me devolvió la zapatilla cuando la... la perdí en la Asamblea de Harrogate. — Nuevamente bajó la cabeza y extendió el pie para demostrarlo. — Esta misma, de hecho. — Honoria, fascinada por el más mínimo movimiento de la cara del Sr. Allison, vio que no miró la zapatilla como el resto de las personas en el cuarto, sino que alzó la vista un poquito como para evitar hacerlo.

Mamá le fruncía el ceño a Serena, disgustada que la viveza de su hija la hubiera llevado a hablar antes de que hubieran sido presentados formalmente. — Sea como sea, los presentaré ahora. Sr. Allison, Sr. Scribster, mi hija menor, Serena. Ya conocen a Honoria. —

Los hombres se inclinaron levemente y las damas hicieron una reverencia. Al levantarse, Honoria vio a los ojos al fantasmagórico Sr. Scribster, animado por primera vez por una expresión de sorpresa. Sintió que sus labios se levantaban levemente en una pequeña sonrisa, y él desvió la mirada. Sin sentir tanta presión, ella misma se sorprendió, diciendo, — ¿Cómo estuvo el viaje, señores? Espero que no haya sido muy cansado. —

El Sr. Allison respondió sin verla, diciendo, — Gracias, no. Todo sin

novedad. — Su voz era seca y sin emoción, muy diferente a los intentos gentiles de hacerla hablar con él en las otras ocasiones cuando se habían reunido.

— ¿Qué le parece el campo en Yorkshire? — preguntó su papá.

— Es muy hermoso, señor. Mi primo, Lord Royston, tiene una casa a menos de veinte kilómetros de aquí. Lo conozco muy bien. —

— Eso explica que estuviera en la Asamblea en Harrogate, — dijo Lady Fenton con un tono de voz que dio a entender que estuvo analizando esa información.

El Sr. Allison se limitó a asentir con la cabeza.

Después de unos intentos más de conversación forzada, Mamá invitó a los caballeros a que conocieran sus recámaras. El Sr. Allison expresó su deseo de descansar antes de vestirse para la cena, y se terminó la reunión.

— Tu no, Serena. Al salón amarillo. Ahora.

Honorina y Serena intercambiaron la mirada y siguieron a su mamá.

— Pido perdón por hablar fuera de lugar así, Mamá, — dijo Serena. — Es que no esperaba conocer al Sr. Allison de Honorina.

Honorina frunció el ceño.

Lady Cynthia la miró con su mirada más penetrante.

— Cuando Lady Hayes me llevó a la Asamblea, supongo que bailé demasiado y se me aflojó la zapatilla y se me cayó. Alguien muy gentilmente la encontró y me la devolvió. Resulta que ese alguien es el Sr. Allison de Honorina. —

— No es mi Sr. All... —

— ¿Es esa la historia completa, jovencita? — interrumpió su mamá, su mirada clavada en su hija menor. — Ya que esa historia tan inocua no parece ser suficiente como para explicar el comportamiento tan forzado del Sr. Allison. Él se comportó de maravilla, fue muy galante antes de que ustedes entraran, y luego se puso más reservado. — Su mirada no permitía que le contradijeran sus observaciones. — ¿Te portaste de alguna manera indebida, para que él no estuviera a gusto con la asociación contigo? —

— Madre, me dejas atónita, — declaró Serena. Hizo una reverencia y salió del cuarto con toda su dignidad, seguida por Honorina. Lady Cynthia solamente entornó los ojos.

Subiendo las gradas, Honorina le susurró — Cuéntame. —

— Bueno, sucedió tal cual le dije a Mamá. Solo que omití la parte de en medio. —

En ese instante, el Sr. Scribster entró en la recámara de su amigo. Allison estaba tirado en la cama, con las botas aún puestas, en una pose casi teatral de desesperación. Se sentó y frotó su cabeza, alborotando su pelo.

— Gus, me tienes que sacar de aquí. —

— ¿De qué rayos hablas? — preguntó Scribster. Nunca había visto su amigo en tal estado. No sabía qué hacer.

Allison se inclinó hacia adelante, apoyó su cabeza en sus manos y rio. — Es una historia corta y ridícula, pero ahorita solamente quiero salir de aquí. No puedo pensar. — Pasó sus dedos entre su pelo, alborotándolo de nuevo cuando normalmente lo llevaba bien peinado siempre.

Su amigo estaba más preocupado de lo que aparentaba. — No hay problema. Iré al establo con una carta dirigida a ti, para que Belcher la entregue en la puerta de la casa. Él estará con los caballos todavía, así que el mayordomo no lo habrá visto aún. La carta dirá: ‘emergencia en Londres, ven de inmediato.’ —

— ¡Brillante! Sabía que te mantenía cerca de mí por una razón, y ciertamente no es para hacerme reír. — El chiste malo fue un intento de regresar a su estado de ánimo normal.

Los labios de Scribster intentaron sonreír. — Nosotros los escoceses somos expresivos en cuanto a nuestra miseria. Es mas honesto así. — Vio que el rostro de Allison se tranquilizaba un poco y se sintió aliviado. — ¿Me contarás tu ridícula historia? —

— Mientras regresamos. Primero encuentra a Belcher. ¡Espera! — Encontró una hoja de papel en el pequeño escritorio en la recámara, lo dobló y lo selló. Luego escribió su nombre: Sr. Rowley Lascaux Allison.

Scribster rápidamente buscó las escaleras de la servidumbre al final del pasillo. Bajó corriendo. Si alguien lo hubiera visto, diría que parecía que un cadáver iba cobrando vida con cada paso que daba.

Benedict Fenton no tenía una buena manera de excusar la caída de Rufus. Por lo menos, no una que le podía explicar a Genoveva Horton. Bueno, ahora era Lady Sumner. Él la vio cabalgar por la colina, vestida con su traje para cabalgar y botas viejas, su pelo café escapándose de debajo del sombrero plano y sencillo para enredarse con el viento. Su corazón se sobresaltó y él cabalgó hacia su amiga de infancia, cuando el pobre Rufus intentó esquivar el hoyo de la entrada a la guarida de un conejo.

Él decidió ir a visitarla cuando se enteró por medio de los chismes de la servidumbre que ella estaba allí. Le dio un destino fijo y placentero a su cabalgata matutina. Genoveva era la más cercana a su familia de los Horton. Ella pasó más tiempo en la casa de él que en su propia casa, Ottershaw. La vio brevemente durante su estadía en Londres, pero no era lo mismo que verla en terreno conocido.

Pero ahora, por su caída, lo estaba regañando como si fuera un chiquillo. Era obra de un ‘torpe de primera’, como ella le dijo. Ella envió a Ned, su palafrenero, de regreso a su casa para buscar ayuda. Benedict pronto se encontró sentado en el sofá de la guardería, donde ella y sus hermanas en alguna ocasión habían intercambiado secretos con Honoria y Serena, y permitieron que él se quedara para el entretenimiento de las jovencitas.

Ahora se encontraban solos, sin contar a la vieja Nana Curtis, quien cuidó a las tres hermanas (Verónica, Genoveva y Rosalind) desde que nacieron hasta que abandonaron la casa tras sus respectivos matrimonios, todos después de solamente una temporada en Londres.

Su mamá se había sorprendido con el éxito de las chicas, puesto que según los demás, las señoritas Horton no eran las más bonitas, a diferencia de sus hermanas Honoria y Serena. Pero eran de noble cuna y tenían una buena herencia. La hermana mayor de Genoveva, Verónica, era la heredera de Ottershaw, ya que no había un heredero varón. Genoveva era mayor que él por dos años, con una nariz ‘distinguida’, como le decía su hermana Rosalind. Su papá decía que era nariz de águila. Lo miraba ahora, diciendo — Veamos si no te dislocaste el hombro. —

Él sostenía su brazo derecho con el izquierdo. Cuando Genoveva lo tocó no pudo contener el grito. Antes de que él pudiera protestar, ella jaló y rotó su brazo, reduciendo el dolor agudo a uno mucho menos intenso. — ¡Genny! — exclamó en protesta.

Ella le sonrió, pero pronto se desvaneció la sonrisa. — Lady Sumner para ti, malcriado. — Levantó su mano para tratar de arreglarse el pelo que se le había soltado de los ganchos. Él se preguntó si ella estaba nerviosa. Genny, la indomable jinete y cazadora, el azote de todos los pretendientes masculinos a la osadía en la silla de montar. Nerviosa, ¿por qué? ¿Por él? Ella le había pegado un coscorrón más de una vez en su juventud, casi siempre por no guiar su caballo a hacer bien un salto, o por jugarle bromas pesadas a sus hermanas. Él quería que ella le volviera a dar un coscorrón ahora, no que se viera extraña y nerviosa como lo estaba en ese momento. Los movimientos

nerviosos de sus dedos bajaron de su pelo al cuello de su traje para montar, y se lo jaló como si lo sintiera muy apretado.

Él vio la marca en su piel, comentó con entretenimiento, — Usted, Lady Sumner, también parece haberse lastimado. ¿Qué sucedió? — bromeó con ella, — ¿otro hoyo de guarida de conejo? ¿O finalmente encontró un obstáculo demasiado grande para saltar? —

Las manos de Genoveva rodearon su cuello en un gesto que él solamente había visto en una obra de teatro en la feria de Harrogate. Ella se vio horrorizada por un segundo, luego dejó caer sus manos a sus costados. — No hay obstáculo que usted pueda saltar y yo no, aunque ya no eres tan delgaducho como la última vez que te vi. — Lo dijo de una manera parecida a como era su personalidad normal. — Apriete bien la venda, Curtis. El Sr. Benedict se ha desguinzado el tobillo. — Al terminar de hablar salió del cuarto. De seguro se dirigía al establo, como su hermana Serena hacía cada vez que se enojaba.

Curtis llegó con tiras de lino y empezó a vendarle el tobillo a Benedict con un modo eficiente, aunque inusualmente callado. Ella había realizado el mismo trabajo muchas veces durante la niñez de él, y él la conocía bien. Supo que el silencio era para esconder algún problema. A pesar de sí mismo, Benedict preguntó, — ¿Qué sucede, Curtis? ¿Qué anda mal? —

Ella levantó la vista y lo miró a los ojos, serios y honestos. — Está muy mal, Sr. Benedict. Del todo mal. —

Él partió en el carruaje tan pronto como pudo, declinando la invitación a cenar poco entusiasta pero escrupulosa que el papá de Genoveva le extendió. Curtis le había pedido mantener el secreto (aunque no sabía de qué se trataba) al indicarle que guardara silencio, poniendo un dedo sobre sus labios. Él sintió la carga de ese secreto, algo a lo cual no estaba acostumbrado en su joven y hedonista vida.

El mozo evidentemente ignoraba lo que sucedía. Cuando Benedict le preguntó cuánto duraría la estadía de Lady Sumner, él respondió — Creo que pasará un buen tiempo aquí, Sr. Fenton. El amo me pidió que preparara los caballos para el siguiente día público, que es dentro de un mes. ‘Haz un buen trabajo, Ned,’ me dijo ‘o Lady Sumner se enojará.’ Tal vez Lord Sumner vendrá a verla pronto. —

Benedict Fenton guardó silencio durante el resto del viaje. No tenía idea de qué hacer, pero su instinto le decía que debía hacer algo. Él solamente había visto a Sumner dos veces: una durante la boda y la siguiente en un club en Londres. Intentó recordar cómo era y no pudo, algo como le pasó a Honoria

con su pretendiente. Sumner era de estatura media, tez blanca y pelo café, y hablaba demasiado. Le pareció pretensioso, pero eso fue todo. Benedict recordó que esa noche apostó sumas considerables en los juegos de naipes, y trató de ver qué había de siniestro en ese comportamiento. Muchas personas apostaban fuertes cantidades y no era algo que se les podía criticar.

Había visto a Genoveva usando un vestido de noche verde y con su pelo arreglado en un estilo que no le favorecía, con una diadema de flores que acentuaban lo rojizo de la punta de su larga nariz. Ella se miraba tensa y nada cómoda, y Benedict pensó que seguramente estaría mas relajada si estuviera en el establo. Tuvo la intención de sacarla a bailar y bromear con ella sobre su nueva pasión por la moda, pero sus amigos lo llevaron al salón de juegos y se olvidó de su amiga de la infancia y su corona de flores muertas. Recordó ahora lo solitaria y lo incómoda que se vió.

Lo que él imaginaba no era algo que le podía preguntar. Para ella, él seguía siendo un niño tonto. ¿Qué haría si ella confirmaba sus sospechas? Él no podía hacer nada.

Él y Papá estaban algo peleados por el momento. Un pequeño tema de deudas por pagar en Londres. Apostó su asignación y no pudo pagarle al sastre ni a los otros acreedores. Todos lo hacían, pero su papá, casi siempre tan bonachón, lo había jaboneado como nunca. Pero debía hablar con él; no podía pensar en nadie más honesto y ético con quien podía discutir este tema.

— Lo que no le conté a Mamá, — dijo Serena, mientras sus ojos bailaban con travesura, — es que, durante mi baile con el Capitán Redmond, accedí a salir al jardín con él. —

— ¡Serena! —

— Lo sé, pero Lady Hayes estaba en el salón de cartas, y parecía algo inocuo. Había mucho calor adentro. — Pausó un momento. — Sin embargo, el Capitán Redmond quería algo más que tomar el aire, y tiene al menos cuarenta años. Tuve que salir huyendo al jardín. Se me cayó la zapatilla y me escondí detrás de la verja. El Sr. Allison encontró mi zapatilla y me la regresó. Luego me acompañó de regreso al salón de baile. Gracias a Dios, el baile no había terminado, y Lady Hayes no notó mi ausencia. La busqué, le dije que estaba cansada, y nos fuimos a casa. —

Los ojos inteligentes y la ceja arqueada de Honoria le dijeron a Serena que ella sabía que sucedió algo más de lo que le había contado, pero la jovencita se salvó cuando Macleod, el mayordomo, le avisó que la necesitaban en el

establo.

— Por qué Jenkins la tiene que molestar cuando tiene problemas con los caballos no lo entiendo, Señorita. ¿Acaso no puede realizar su trabajo? — Pero Serena había prácticamente crecido en el establo. Woodward, el palafrenero anterior, notó y fomentó su pasión por los caballos. Cuando empezó a perder la vista y el Sr. Fenton contrató a Jenkins para que lo ayudase, el viejo Woodward desdeñó la ayuda de su nuevo asistente y le transmitió toda su sabiduría de remedios y ungüentos a la joven señorita Serena. Y no había poder del mundo que haría que Serena revelara esos secretos. Papá probablemente no le permitiría pasar tanto tiempo en el establo si lo hacía.

— ¿Qué pasó?

— El Sr. Benedict cabalgó a Ottershaw, y su caballo tropezó en el hoyo de una guarida de conejo.

— Idiota, — dijo Serena.

— Dicky ¿está bien? — preguntó Honoria.

— Creo que sí, Señorita. El palafrenero del Terrateniente trajo el caballo y un mensaje que tiene un esguince en el tobillo y que regresará en el carruaje después de la cena. —

— ¡Se lo merece! — dijo su poco empática hermana. — ¡Imagínate! Caer en un hoyo de guarida de conejo... Rufus se pudo haber lastimado. — Empezó a caminar hacia la puerta.

— Serena, espérate un momento, — dijo Honoria — al menos cámbiate los zapatos.

Tomó solo unos instantes cambiarse las zapatillas de satín por sus botas de caminar. Mientras Serena se las amarraba, intentó fingir despreocupación cuando Honoria le preguntó — ¿Conversaste mucho con el Sr. Allison después de que te devolviera la zapatilla? —

Serena fingió pensar un momento, y luego sonrió. — *¿Después de que me devolviera la zapatilla? No, casi nada.* —

Honoria conocía su hermana lo suficiente para sospechar de ella. — ¡Serena! — exclamó, pero su hermana salió corriendo. — ¡Tu vestido! — le dijo a la puerta.

Al final, Serena tardó demasiado en el establo, asegurándose que Rufus estaría bien. A penas se dio cuenta de la hora. Papá tenía un buen apetito, y le gustaba ser puntual con las comidas, especialmente ahora que Mamá había

decretado que con sus invitados comerían una hora más tarde de lo acostumbrado. Todavía dentro del horario normal para el campo, pero no a las cinco de la tarde, como era lo normal.

Corrió para entrar por la puerta del desayunador, y luego levantó su falda para subir la escalera principal de dos en dos.

— No traes zapatillas azules, — dijo una voz monótona.

Vio al Sr. Allison en el descanso, observando sus botas. Consciente de su apariencia desarreglada, dijo en tono conspiratorio, — Estoy exageradamente atrasada para cambiarme para la cena, señor. Pasé la tarde en el establo, atendiendo un caballo que se accidentó de la manera más ridícula. Eso no importa, pero, por favor, no le diga nada a mi padre. Me prohibió expresamente comportarme de una manera no apropiada para una dama. —

A pesar de todo, Allison sonrió. — ¿No te comportas como una dama? —

Serena pensó en eso por un segundo. — Me temo que no. Constantemente considero mi opinión antes que la de los demás. Y luego actúo de acuerdo con lo que pensé, que es la definición de no comportarse como una dama según mi Mamá. Me ha llevado a varios momentos difíciles.

— Sí, me recuerdo.

— Qué poco cortés de su parte. Como si yo supiera que el Capitán Redmond carecía por completo de virtudes caballerosas.

— Pero estoy segura de que tu mamá te habría dicho que nunca debes salir del salón de baile con solamente un hombre como tu escolta.

— Había tanto calor, y no pensé que sucedería nada... el Capitán Redmond es *viejo*.

Allison sabía que Redmond era solamente siete años mayor que él. Se encrespó, y dijo con un falso tono de regaño — Y tu opinión no estaba basada en la realidad. La experiencia dictaba la opinión de ella. Es debido a eso que las jovencitas deberían prestarles atención a sus mamás.

— ¿Y comportarse como una dama? Gracias, Sr. Allison. Recordaré este consejo de alguien mayor, y me consideraré regañada. — Hizo una reverencia profunda y corrió por el resto de la escalera. Volteó la cabeza para decirle mientras se alejaba, —Por lo menos lo haría si no fueras tan fabulista. Tengo ganas de contarle a mi hermana por qué te recuerdas tanto de una zapatilla azul.

Él había sonreído, pero este último comentario borró la sonrisa de su rostro. — ¿Puedes decirle a tu hermana y hermano lo mucho que lamento no poder verlos en la cena? Me ha llegado una carta urgente y voy camino a

disculparme con tu papá.

Serena se detuvo. — ¿En verdad? — preguntó. — Espero que no sea tan malo.

— No, pero requiere mi atención inmediata.

— No debí preguntar. Soy muy impertinente, o eso dice mi Mamá. Es que, no me gusta ver a las personas en problemas y no darme por enterada. — Extendió su mano para sacudir la de él. — Adiós, Sr. Allison. Espero que su viaje de regreso a la ciudad sea placentero.

Él la miró, y luego ella retiró su mano y siguió corriendo, de la manera más contenta posible. Él se quedó allí parado, atónito, y luego recordó que debía despedirse. Siguió bajando la escalera para buscar a su anfitrión.

Sir Ranalph Fenton se sintió algo agraviado porque su invitado se iba tan abruptamente de la Mansión. Se sintió alterado por las preguntas de su esposa, ya que no tenía una respuesta para ella. Si había preguntado ‘¿Qué significa?’ una vez, lo había preguntado al menos una docena de veces. Vio cómo se sonrojaba Honoria. No le debieron comentar la razón de la visita hasta que el Sr. Allison hubiera propuesto matrimonio, y culpaba a su esposa por eso. Él no aceptó la propuesta en Londres para darle la oportunidad a Honoria para que lo conociera mejor. Sabía que sentirse comprometida era demasiada presión para la naturaleza delicada de su hija mayor. Pero su mamá le había asegurado que Honoria estaba dispuesta a aceptar la propuesta, y estaría mejor preparándose para contestarle con calma.

¡Y ahora! Él estaba preparado en caso Honoria no aceptara la propuesta, pero no para que sufriera este insulto tan grave. Sin importar lo que Allison había dicho de tener una emergencia, él no estaba convencido que no hubiera cambiado de opinión y dar marcha atrás a la idea del matrimonio. Honoria seguía sonrojada y temblando. No, eso no lo hubiera querido por nada del mundo.

Lady Fenton todavía tenía esperanza. El Sr. Allison no tuvo suficiente tiempo como para que ya no le gustara Honoria. A penas habían intercambiado palabras. Ella creía que Serena tenía algo que ver en el asunto, y vigiló a su hija durante toda la cena. Serena se miraba inocente, lo cual en sí era algo sospechoso. ¿Se habría comportado Serena de alguna manera indecorosa que le hubiera hecho pensar al Sr. Allison que no eran una buena familia? Ella era capaz de meterse en muchos problemas. Fuera lo que fuera, si tan solo pudiera sacarle una confesión, seguramente podría explicarle ese comportamiento al

Sr. Allison. La inocencia juvenil se podía perdonar.

La carne estaba dura, y el estado de ánimo normalmente alegre del baronet se sentía algo forzado. Cuando Benedict le dijo — Señor, ¿podría platicar con usted en la biblioteca? — no lo atendió.

— No hoy, hijo. No puedo lidiar con tus excesos ahorita.

Benedict se sintió. Recordó que la última vez que le habló en privado a su papá fue para confesarle sus deudas. Dio la vuelta y salió. Su papá lo detuvo. — ¿Qué sucede, Dicky? Perdóname, hijo.

— No es nada, señor. Perdonadme por haberle molestado.

— No tienes que ponerte así. Dime qué es lo que querías platicarme.

La expresión tensa de Benedict cedió. Aunque preferiría mantenerse callado, en su mente vio el cuello lastimado de Genoveva. — Fui a Ottershaw hoy para ver... bueno, esa parte no es la importante.

— Si, y te accidentaste. Eso ya lo sé. — Sir Ranalph miró a su hijo. — No te preocupes. Serena cree que Rufus sanará.

— No es eso, Papá. Lady Sumner está de visita con sus padres.

— Ya me había enterado. ¿Y?

— Tiene un morete en su cuello, señor. Pensé que se había caído de su caballo, como yo, y traté de bromear con ella. No era así. Ella se horrorizó e intentó cubrirlo.

— ¿Y?

— Bueno, señor, es que temo que alguien la haya lastimado.

Su padre suspiró profundamente. — Si así fuera, ella está en el lugar indicado. Unas semanas de separación les caerán bien a ambos.

— Papá... ¿cómo puede ella regresar con él?

La expresión de Sir Ranalph se tornó seria. — Un esposo tiene el derecho a que nadie interfiera en su relación con su esposa. No es de terceros meterse en los asuntos de un matrimonio.

— ¿Y si fuera dos años en el futuro, y los moretes estuvieran en el cuello de Honoria?

— Cuidaré que Honoria no se case con alguien que la pudiera tratar así.

— Si señor. Pero ¿si sucediera?

— No es el caso de tu hermana. Aunque tuvieras razón, hijo, no hay nada que podemos hacer. Un padre no tiene derechos en cuanto a su hija después de que ella se ha casado.

— Entonces usted, señor, tiene una responsabilidad mucho más grande de lo que yo hubiera pensado. — Su padre suspiró nuevamente. — ¿Qué sabe de

Lord Sumner, padre?

— Nada de interés. Tengo entendido que le gusta apostar. Pero todos lo hacen.

— ¿Qué de la tía Millicent?

— ¿Qué tiene que ver la hermana de tu mamá con esto?

— Ella vive en Bath y nunca viaja a Londres. Y su esposo vive en el extranjero. A veces se pueden dar separaciones. Hasta incluso el divorcio, ¿no?

— El divorcio es imposible. Tu tía Millicent es la hija de un noble; era una situación totalmente diferente.

— Pero ¿cómo se logró?

— No importa. Lo que fue posible para Lady Millicent no es posible para Genoveva Horton. No importa qué tan rico sea su padre. — Sir Ranalph se veía muy incómodo.

— Pero padre, ¿cómo?

— No es de tu incumbencia, jovencito... — Sir Ranalph percibió algo en la mirada de su hijo que le indicó que Benedict ya no era un niño. — Tengo entendido que tu abuelo le prometió una asignación a su esposo, bajo la condición de que viviera en el continente.

Benedict caminó de un lado del salón al otro. — Creo, señor, que iré nuevamente a la ciudad. — Se sonrojó, — eso es, si me pudiera dar mi asignación un poco adelantada. No habrá otro costo. Tengo una invitación abierta para quedarme con mi amigo, Carstairs.

— A Lord Carstairs también le gusta apostar de manera desmedida, hijo.

— Ya le comenté, Papá, que no me dedicaré a apostar. Cometí unos errores, y he aprendido de ellos. No tengo intención de malgastar mi dinero apostando más.

— Eso es lo que todos los jóvenes ingenuos dicen, — dijo en voz baja, pero con tanto humor que Dicky no se sintió ofendido, — hasta la siguiente vez.

No le comentó a su papá realmente qué tan catastrófico había sido ese experimento con las apuestas. Llevaba en su bolsillo un recuerdo de su propia estupidez.

Fue la noche que su amigo Carstairs lo llevó al casino en la calle Curzon. Era una dirección casi respetable. De hecho, la propietaria era la condesa Overton, la viuda de un vizconde. Se rumoraba que había malgastado la herencia que le dejó su esposo dentro de los doce meses posteriores a su

fallecimiento. Ahora usaba sus habilidades para los juegos de azar de una manera inteligente, y operaba el casino.

Ella era una mujer atractiva de la edad de su mamá, con una cara que captaba la atención más que ser bella. Tenía los ojos oscuros, pelo negro arreglado en un peinado estilo griego, y portaba un brillante vestido de noche verde de la mejor calidad. Saludó a Lord Carstairs como si se tratara de un viejo amigo y pareció estar encantada de conocer a Benedict. — Oh, qué placer, — dijo ella, entrelazando su brazo con el de él y guiándolo al salón de juegos, alumbrado por la luz de las velas en el centro de las al menos veinticuatro mesas en el cuarto. — Tu papá fue uno de mis pretendientes, por si no lo sabías. — Soltó una risada, y las joyas alrededor de su cuello lanzaron varios destellos. — Aunque temo que fue hace mucho tiempo. Te pareces mucho a él, solo que más alto. —

Las damas y caballeros que uno conocía allí a veces eran miembros del Beau Monde, aunque nunca lo frecuentaban las jovencitas no casadas. Las chicas jóvenes que llegaban allí podrían tener los mejores modales y la ropa más lujosa, pero nunca las encontrarías dentro de la sociedad respetable. Carstairs le había dicho todo esto. — Así que ¡cuidado con las faldas! — le aconsejó antes de desaparecer entre la multitud alrededor de una mesa al lado de una ventana con cortinas del techo al piso.

Benedict vio a su tío Wilbert sentado en una mesa con otro de los amigos del Príncipe Regente. Su tío solamente inclinó la cabeza hacia él para saludarlo. Se sintió aliviado, ya estaba seguro de que no tenía ni el porte ni el dinero para apostar en esa mesa. Después de observar los juegos por un rato empezó a aburrirse. Benedict se sintió contento cuando el Sr. Rennie lo invitó a jugar en una mesa. Había conocido al Sr. Rennie la semana pasada cuando su tío lo llevó al salón de boxeo de Jackson. Era un tipo apuesto, con la tez algo rojiza, y bigote estilo militar que hizo que Benedict lo respetara aún más. El sueño de Dicky era servir en el ejército bajo el mando de Wellington. Tiraron los dados, y Dicky pronto se vio en pleno juego, incentivado por la champaña que no cesaba de llenar su copa.

El Sr. Rennie (—Solo dime Rennie, viejo. Todo el mundo lo hace — le había dicho) era muy alegre, y Dicky disfrutaba de la afabilidad de la ocasión. Su tío pasó por la mesa, despidiéndose de él. Benedict lo siguió con los ojos hasta la puerta, donde se inclinó tan profundamente sobre la mano de la Condesa que Benedict temió que no aguantarían los amarres de su corsé. Sonrió, tomó un sorbo de su champán y continuó jugando.

Pronto se dio cuenta que había perdido la modesta cantidad de dinero que llevó consigo esa noche. Pero Rennie, su amigo del alma Rennie, le dijo que no se preocupara. Era fácil recuperar sus ganancias utilizando pagarés. Lo alentó a seguir jugando, un poco avergonzado de su falta de valentía. Quería retirarse del juego, pero no parecía haber manera de hacerlo. Carstairs estaba absorto en el juego en otra mesa. Quería que alguien más se levantara para que él no fuera el primero en interrumpir el juego, pero nadie lo hizo. No le quedó otra que seguir jugando.

Cuando Benedict levantó la vista, vio que lo observaban un nuevo par de ojos. Era Lord Grandiston. Por supuesto, nunca los habían presentado, pero sabía acerca del hombre más a la moda de Londres, sin contar al Sr. Brummel. Y aunque no supiera quien era, Benedict hubiera reconocido que era alguien magnífico. Era alto, y estaba vestido de negro con un chaleco de seda blanco, y pantalones cafés claro. Su cuerpo muscular y la habilidad de su sastre lo convirtieron en el hombre más elegante en el club. Su mirada encontró la del joven desde donde estaba parado al lado de la chimenea. Benedict desvió sus ojos, a menos que su mirada expresara su miedo.

Había perdido otros cien en solo un par de minutos, pero Rennie, su amigo entrañable, le dijo que no se preocupara. El siguiente tiro seguramente resolvería todos sus problemas. Cuando Rennie levantó la mano con los dados para pasárselos, una mano repentinamente lo tomó de la muñeca. Seguramente le dolió, puesto que inhaló rápidamente y soltó los dados. Estos cayeron en la palma de la otra mano del intruso. Benedict miró hacia arriba. Era el conde Grandiston.

— ¿Les molesta si yo juego un poco? — preguntó lacónicamente. Mientras se sentaba, una silla apareció en su lugar como por arte de magia. Benedict se hizo para atrás en su silla, confundido, y vio el enojo en la cara de Rennie, y luego la transición fluida a la satisfacción. Casi inmediatamente, Carstairs llegó a la mesa, junto con el honorable Charles Booth. Carstairs lo tomó por el brazo y le dijo que había pedido el carruaje. Se levantó, disculpándose con Rennie, quien se despidió de él con un movimiento de la mano, no del todo viéndolo a los ojos.

En el carruaje, Carstairs se disculpó. — Grandiston mandó a Booth para avisarme que estabas en peligro, amigo. Debí estar más pendiente de ti en tu primera visita al lugar. Lo que pasa es, — Carstairs se inclinó hacia adelante para decir en tono de confidencialidad, — que Rennie no es siempre del todo honesto.

Benedict se desplomó en el asiento, entornando los ojos.

La mañana siguiente llegó un paquete a su nombre. Adentro encontró un par de dados y una nota sin firmar que decía ‘Pudo ser peor.’

Benedict estaba jugando con los dados cuando Fluff Carstairs, miembro de la corte, con quien se quedó esa noche en la casa sobre la calle Media Luna, bajó para desayunar. Su nombre verdadero era James, pero se rumoraba que dentro del largo listado de títulos subordinados llevaba el nombre de Florián, Barón de Loughbridge. La combinación de los dos nombres lo dejó por siempre con el apodo de Fluff. Esa mañana vestía una bata amarilla intensa, muy opuesta a su postura encorvada y ojos llorosos. La bata añadió al potente dolor de cabeza con el que Dicky amaneció.

— ¿Qué rayos? — dijo Carstairs, tomando los dados. Los sostuvo y tiró un par de veces en su mano. — Cargados, — fue lo único que comentó. Arqueó una ceja y miró hacia la nota, que Dicky le entregó. — Apuesto que fue Grandiston. Muy amable de su parte.

— Supongo que los dados son de Rennie, — comentó Benedict con un intento de copiar el tono desinteresado de Carstairs, pero dándose cuenta de la magnitud del desastre al que se hubiera enfrentado esa mañana sin la ayuda del Conde.

Benedict tiró los dados, y cayó un doce. — ¿Por qué no ganaba cuando tiraba los dados anoche?

Carstairs se le quedó viendo por un segundo, con su tenedor entre el plato y su boca. — Se me olvida que eres un inocente. Tu nunca tiraste estos dados. Rennie los habría intercambiado.

— ¡Oh! ¿Cómo lograría hacer eso?

— Dios, no lo sé, Dicky. ¿Crees que soy un malandro que sabe cómo se hace?

En ese momento Benedict tomó la decisión de siempre llevar con él los dados, como un símbolo de todo lo que le faltaba por aprender en la “alta sociedad.”

— Tal vez, — ahora dijo, frunciendo el ceño, — sea hora de que visite a mi Tío Wilbert. — Salió marchando del salón con nuevas energías.

Ya no escuchó a su papá exclamar — ¿Visitar a Wilbert? Dicky, ¿qué demonios?

Scribster se sentó en silencio con Allison durante kilómetros mientras que

el carruaje avanzaba por la campiña. Al llegar al kilómetro veinte, dijo — Bueno viejo, ¿me vas a contar?

— ¿Recuerdas el baile de Lady Carlisle?

— ¿Cuándo le rompiste el corazón a varias debutantes...? No. Olvida eso. ¿El corazón de las mamás de las jóvenes casaderas cuando bailaste por primera vez en la temporada? ¿Con la afortunada Señorita Fenton?

— Ese mismo. Nunca te preguntaste ¿por qué bailé con ella?

— Si, tuve esa inquietud.

— Bailé con la hermana equivocada.

— Mmm, se resolvió el misterio de las zapatillas azules.

— Una zapatilla azul...

— Las hermanas son muy parecidas. Era un error que cualquiera hubiera cometido. Al parecer te gustan las jóvenes con pelo oscuro y bocas sonrientes. ¿Por qué te comportas como si fuera una tragedia?

Cd33333fSu amigo se sentó derecho, con sus ojos muy abiertos. — ¿No me has escuchado? Prácticamente le propuse matrimonio *a la hermana equivocada*.

— No me parece que hay mucha diferencia. ¿Qué importa? — dijo Scribster, encogiendo los hombros. — Tanto una como la otra te hará la vida imposible una vez se casen.

Allison se dejó caer sobre el asiento con fuerza. — ¿Qué haces aquí conmigo, villano sin sentimientos? ¿Por qué te tengo de amigo?

Scribster metió sus manos en sus bolsillos y se recostó, estirando sus piernas en diagonal hacia el asiento opuesto. — Si hay algo que las puede diferenciar, no lo conozco. Me doy por vencido. Cuéntame la fascinante historia de la zapatilla azul.

Escapó de la increíblemente aburrida asamblea, a la cual fue presionado a ir para acompañar a sus tías solteras, las Señoritas Arabella y Hildegarde. Allison buscó el refugio y aire fresco de la terraza. Una pareja salió de las puertas francesas, y él instintivamente se escondió detrás de una columna para no interrumpir su tiempo a solas. Reconoció la cabellera rizada y porte militar de Fanshaw Redmond, Capitán en la 4ta Compañía de Húsares. Ambos eran miembros de varios clubs en Londres. Allison decidió deambular por los jardines en cuanto la pareja estuviera lo suficientemente ocupada como para no notar su partida. Lo que, conociendo la reputación de Redmond, no tardaría mucho.

La dama no era muy alta, y el material azul de su vestido destellaba un poco a la luz de la luna, al igual que unos adornitos delicados en su cabello. Ya se quería ir, y tal como pensó, Redmond hizo honor a su reputación y le soltó la mano a la dama, rodeándole la cintura con sus brazos. Allison se dio la vuelta para desaparecer cuando escuchó un ¡Uf!, el mismo sonido que Redmond hizo cuando entrenaron la última vez en el Salón de Boxeo de Jackson. Se giró nuevamente. La pequeña figura se había hecho para atrás varios pasos, y seguía caminando hacia las escaleras.

— ¡Capitán Redmond! — exclamó, pero mezclado con la sorpresa e indignación escuchó algo de risa. Eso lo intrigó. Redmond estaba doblado casi en dos... ¿sería posible que el pie o el codo de la chica le hubiera pegado al Capitán un tanto más abajo que el diafragma? Pronto se recuperó lo suficiente como para salir detrás de ella, intentando capturarla de nuevo. ¿Qué rayos pensaba? Un grito alertaría a las viejas matronas en el salón de baile, y su reputación quedaría marcada par siempre, al igual que la reputación de la chicha. Ella era joven; lo supo por su voz.

‘Nada bien, Fanshaw,’ pensó. ‘Siempre tuve por entendido que te gustaban las casadas.’

Redmond casi la tenía nuevamente en sus brazos, pero ella dio la vuelta y rápidamente corrió a lo largo de la terraza y hacia los jardines, dejando, vio Allison, una zapatilla azul de cuentos de hadas olvidada en el último peldaño de la escalera.

— ¡Redmond! — dijo otra voz. — Hola viejo. Qué calor más insoportable hay en ese caldero de viejas chismosas, ¿no crees?

Redmond, de manera muy reacia, dejó escapar a su presa y siguió hablando con otro militar. Allison aprovecho el momento para escapar.

Recogió la zapatilla y caminó en la dirección hacia donde ella corrió, hasta que escuchó un movimiento detrás de un arbusto.

— Oh, señor, ¿es ese mi zapato? — dijo una voz. — ¿Me lo podría entregar? El baile está por terminar y Lady Hayes se preguntará dónde estoy. — La voz sonaba algo preocupada cuando mencionó a la dama, pero sorprendentemente se escuchó confiada a la vez.

— Tal vez, — contestó él. Un brazo salió del arbusto. Allison extendió el zapato como para dárselo, pero lo arrebató al último instante.

— ¡Por favor, señor! Ya que es un caballero.

— Me siento más como un héroe de un cuento de hadas hoy, devolviéndole la zapatilla a la Cenicienta.

— Pero no me lo ha dado. Y es obvio que no tiene lo necesario para ser el Príncipe Azul. Él me la hubiera devuelto de un solo.

— Tal vez requeriría un pago.

— Ah, usted es peor que Dicky. ¿Qué precio sugiere?

— Tal vez un beso. Y ¿quién es Dicky? ¿Tu pretendiente de hace un rato?

— Mi hermano. — La voz seguía siendo suave, pero el brazo salió del arbusto nuevamente, arrebatándole la zapatilla antes que él se diera cuenta. Escuchó cómo se componía el zapato errante. — Mi pretendiente, como usted lo llamó, era el Capitán Redmond, y se comportó menos caballerosamente que usted. — Salió de detrás del arbusto, como si nada hubiera pasado. Allison se consternó al comprobar que verdaderamente era joven, pero se veía tan bonita con sus rizos oscuros, ojos y boca sonrientes, que quedó flechado.

— ¿Puedo acompañarla de regreso al salón de baile? — le preguntó, mirándola a los ojos. — Siempre tuve la intención de devolverle el zapato, se lo prometo.

— Eso lo dicen todos, según tengo entendido, — le contesto. Pero puso su mano sobre el brazo extendido de él y caminaron juntos de vuelta al salón de baile, y al cuidado de su chaperona.

— Así que te ganó una jovencita, — empezó Scribster, aburrido aún.

— Tanto yo como el galante capitán. Quien, por cierto, caminó con un paso algo extraño durante el resto de la velada, — interrumpió Allison, riéndose.

— E inmediatamente te enamoras de ella. Pero todavía no entiendo cómo fue que te equivocaste de hermana. — terminó Scribster.

— Le pregunté a mis tías quién era la dama acompañando a Lady Hayes esa noche. Para la pena perpetua de mi Tía Arabella, ninguna de las dos sabía quién había sido.

— Pero eventualmente te dieron un nombre, aunque equivocado. Te pido por favor que no le digas eso. Tu tía Hildegard es capaz que muere de la depresión.

— Lo he considerado. Pero no estaba equivocada. Lady Hayes efectivamente acompañó a la Señorita Fenton. No hubo necesidad de hacer hincapié que acompañó a *Serena* Fenton, ya que su hermana mayor estaba en la ciudad.

— ¿Qué hiciste después?

— Acompañé a mis tías a dos asambleas más en Harrogate.

— ¡Por Dios! ¡Qué aburrimiento! — exclamó el Sr. Scribster.

— Ciertamente. Pero nunca más llegó la Srta. Fenton. Regresé a Londres, en donde la vi en el baile de Lady Carlisle. Llevaba puesto la misma chalina azul sobre su vestido y los adornos en su pelo negro.

— Las hermanas comparten accesorios, — dijo Scribster con voz simpática.

— Y Lady Carlisle me dijo que su nombre era...

— Señorita Fenton. ¿No te diste cuenta de que eran diferentes cuando estuviste a solas con ella en el baile?

— Ella estaba tan callada. Pensé que era debido a nuestro encuentro anterior, pero no dijo palabra. También pensé que se debía a la presencia de su mamá.

— Suena lógico, supongo. Pero ¿qué hizo que le hablaras a su padre?

— No lo sé. Lady Carlisle me dio a entender que tenía varios pretendientes. Ella podía comprometerse en cualquier momento. Es de buena familia, su tío es amigo cercano del Regente ...

— Si eso lo tomas como una buena recomendación, Rowley, me he equivocado por completo contigo.

— Son un grupo disoluto, pero no son de sangre inferior.

— No. Probablemente solo una sanguijuela superior en lugar de un tío, si tu propuesta hubiera prosperado.

— Ese es el problema, Gus. Mi propuesta sí prosperó. Hablé con su padre. Y ahora tengo que hablar con la dama. No hay nada más que pueda hacer.

El rostro de Scribster ya no mostraba la más mínima pizca de humor. — No puedes.

El silencio le contestó.

— Podrías explicárselo al papá.

Allison arqueó ambas cejas. — Ya le habrán informado a la hermana mayor de mi propuesta. Sería un insulto mortal tanto a ella como a Sir Ranalph.

— Bueno, — dijo Scribster después de un momento, — podemos esperar que ella rechace tu oferta.

— Es posible que no lo hará. Ciertamente, no tenía seguridad de conquistar a *mi* Srta. Fenton. Pero la mayor es tan dócil que hará lo que le digan sus padres. Lo sé, y aún así, no sé si le caigo bien o no.

— ¿Es este el momento en que maldices tu suerte? — preguntó Scribster sin interés. — Tienes mi más profunda simpatía...

— Me han asechado las madres caza-fortunas desde que cumplí los dieciocho años. Catorce años de soltería es suficiente.

— Y por eso vas a las fiestas y nunca bailas.

— Haces lo mismo.

— Pero yo no rompo corazones. Y no sufro de una cara apuesta y treinta mil al año.

— Entonces ¿para qué vas?

La cara de Scribster tomó una expresión amarga. — Para hacerle compañía a mis amigos. Y por la vista.

— Yo si bailo, en las fiestas en el campo. Pero bailar en Almack luego genera demasiados chismes.

Scribster conocía la historia de una jovencita, hace muchos años, quien se rumoraba murió debido a una depresión después de bailar con su amigo... y la especulación sobre una posible boda. Tenían más la culpa las mujeres chismosas que le dieron esperanzas falsas a la joven que su amigo, pero esa situación dejó marcado al joven Sr. Allison.

— ¿Y ahora?

— Sinceramente, no veo otra salida más que invitar a la joven y a sus padres a Bassington Hall unas semanas en el verano. Y proponerle matrimonio allí.

— Entonces me iré a Suiza con Lord Otley.

— No, no lo harás, ingrato. No puedes vivir a mis costas durante meses y luego desaparecer cuando más te necesito. También irás conmigo a Bassington Hall, y no hay manera que escapes.

— Supongo que podrías intentar caerle mal a la chicha...

— Como me siento ahora, eso no será algo difícil, — dijo Allison, con la voz de alguien condenado a muerte, — pero no creo que funcionará.

— Uy, que engreído eres. Irresistible, ¿no? Aún cuando intentas ser desagradable.

Allison sonrió. — Yo no, Gus, y bien lo sabes. Pero mi bolsillo... — Pausó un momento. — Ni una sola palabra

— Yo no ando divulgando secretos, amigo, — lo interrumpió Scribster, — y deberías saberlo.

— ¡Ajá! — dijo Allison. — Sabía que había una razón por la cual permito que tus piernas largas ocupen espacio en mi carruaje.

Ambos estiraron sus piernas, cerraron los ojos, y se quedaron callados los siguientes veinte kilómetros. Entonces el cuerpo de Scribster empezó a temblar. Allison lo ignoró hasta que la vibración viajó a lo largo de sus piernas y empezó a mover su asiento.

— ¿Qué diablos?

Scribster tenía dificultad para hablar. — El elusivo Sr. Allison cae ante la belleza después de tantos años... — se atragantó, — y luego... la... la *¡hermana equivocada!* — Soltó una carcajada al mismo tiempo que Allison vociferó una maldición. Se calló, solo para que le agarrara la risa de nuevo. Abrió sus ojos para ver a su amigo, y Allison lo miraba tan enojado que le dio más risa. Al fin dejó de reír, pero fue con un esfuerzo heroico. Cerró sus ojos y se acomodó nuevamente. No tardó mucho para que las piernas a su lado empezaran a moverse también. En pocos instantes los dos caballeros estaban riéndose, aumentando el bamboleo del carruaje mientras viajaban por la campiña.

— ¡No es chistoso! — exclamó Allison, pero eso solo sirvió para hacerlos reír más.

Capítulo 3

Benedict y el Sr. Wilbert Fenton

Después del primer día, ya no le mencionaron el tema del Sr. Allison a Honoria, ya que su mamá sabía que se sentiría muy sensible por el rechazo. — No lo debemos mencionar, mi amor, — le dijo a su esposo, — ya que la pobre niña se ha de sentir destrozada.

— No le debimos haber comentado las intenciones de Allison. Entonces no se sentiría destrozada.

Sin importar cuánto la dama le tenía cariño a su esposo, y le tenía un cariño considerable, no le gustó en lo más mínimo que le recordara ese pequeño lapso de juico. Pausó en arreglarse el gorro, hecho de un encaje muy fino en un estilo y de una calidad que ella no hubiera podido pagar, que su prima recientemente le envió de Paris. — Puede que sea así.

El tono frío alertó su esposo al error que cometió. — ¿Es ese el gorro que te envió Georgiana? ¡Está bello! Te ves hermosa, querida. — La expresión de su esposa se relajó un poco. — Aunque tengo que admitir que me encanta ver tu cabello.

Se paró detrás de ella enfrente del espejo, y tocó su pelo aún oscuro, sus ojos encontrándose con una sonrisa.

Ella sonrió nuevamente. — Bueno, y ¿no lo haces, señor, en la privacidad de nuestra recámara?

Él se inclinó y le besó la mejilla. — En fin, no hablaremos de Allison con Honoria, — dijo él, regresando al tema. — Tienes la razón en eso, querida, como de costumbre. Pero ¿si la emergencia en la ciudad era real? ¿Y Allison no ha cambiado de parecer?

Su esposa se paró y dejó que él la abrazara. — Dejaremos las cosas en paz hasta que tengamos más información.

— No creo que Allison sea alguien que cambie de opinión con tanta facilidad. — Lady Fenton se acurrucó más contra él. — Está bien, lo dejaremos así. Y, encima de todo, ¿qué querrá Dicky con mi estimado hermano Wilbert en Brighton?

Lady Fenton lo abrazó con fuerzas. — No lo que tú temes, mi amor, te lo aseguro. Él ya te dijo que las apuestas no le atraen. Debemos creerle.

— Sí le creo. Pero no confío en Wilbert y los amigos del Príncipe. ¿Por qué el deseo tan repentino de irlo a visitar? Estoy seguro de que tiene que ver con Genoveva Horton, aunque supongo que ahora debo referirme a ella como Lady Sumner.

Lady Fenton alzó la vista para mirarle la cara. — ¿Qué cosa tiene que ver con Genny?

Sir Ranalph maldijo en silencio. Los moretes de Lady Sumner no era algo que se debía discutir. — Creo que él tiene algo que entregarle a Lord Sumner de parte de ella. — Él miró a su esposa con la expresión más inocente que pudo lograr.

La preocupación de ella por sus propios hijos hizo que dejara el tema de Genoveva por el momento. — Y ¿qué tiene que ver Wilbert con Genny?

— Eso, — dijo Sir Ranalph con toda honestidad, — es lo que no he podido descifrar. — Mi amor, — dijo, mirándole a los ojos, — ¿es necesario bajar a cenar en este instante?

Ella se apartó de él de manera juguetona. — ¡Señor! Sabes lo que ocurrió la última vez que nos tardamos para bajar a la cena. — Sir Ranalph frunció el ceño, y su esposa aprovechó para caminar hacia la puerta, la cual abrió.

— ¿Qué fue lo que ocurrió? — preguntó él.

— ¡Angélica! — contestó ella, mirándolo por encima de su hombro mientras salía del cuarto.

Serena sospechaba algo de su hermana. Estaban sentadas en el cuarto, alistándose para la cena. Mamá era tan estricta en casa como si estuvieran en la ciudad. Honoria sonrió un poco más fácilmente. Eso fue lo que la delató.

— No me digas que estás contenta de que el Sr. Allison no te propuso matrimonio.

Honoria vio a Serena con algo de culpa. Las finanzas de la familia estarían a salvo si él le hubiera propuesto matrimonio, pero no podía evitar sentirse feliz. Ya no tenía esa presión encima. Continuó cepillándose el pelo en silencio, evitando la mirada de su hermana.

— Podía entenderlo antes de que lo vieras de nuevo. Después de todo, ¡podía ser horrendo! Pero en lugar de eso es devastadoramente apuesto.

— Supongo, — dijo Honoria, sin pasión, — pero no importa. Él no fue muy amigable.

— Bueno, — dijo Serena, — su manera de actuar esa noche se puede considerar un poco tensa...—

— ¿Un poco? — interrumpió Honoria.

— Pero te aseguro que es muy entretenido en otras ocasiones.

— Hay detalles de la historia de la zapatilla azul que no me has dicho, — respondió Honoria en tono de reclamo.

Serena sonrió. — No muchos. Pero si te contara todo, entonces me regañarías, y ya tengo a Mamá para que haga eso.

— Estoy segura de que el Sr. Allison puede ser muy encantador, pero temo que no nos llevaríamos.

— Pero piensa en su dinero, — bromeó Serena, — en todos los vestidos y caballos que pudieras tener. Solo con eso, la idea que él se te pudiera escapar debería ser suficiente para que te quisieras arrancar el cabello.

Honoria la vio solemnemente. — Y tú, ¿te casarías con alguien por esas razones?

— ¡Yo no! — exclamó Serena, quien dejó de arreglarle los rizos a Honoria. — Yo me escaparé con un bandolero o el capitán de un barco o algo así. Yo quiero una vida de aventuras. Pero tú, Orry, naciste para casarte y tener hijos, al igual que Mamá.

Mientras bajaban al comedor, Honoria suspiró. Lo que Serena le dijo era verdad. Entonces, ¿por qué no el adinerado, a veces encantador, y apuesto Sr. Allison, si él deseaba casarse con ella? Tenía algo que ver con sentirse presionada para salvar a la familia. Ella siempre pensó tener química con su futuro esposo, no convertirse en un desastre emocional cada vez que tuviera que hablarle. Con una familia tan grande, Honoria siempre supo que era su deber casarse bien. Pero no le gustó ninguno de los hombres que podrían haberle propuesto el matrimonio durante su temporada en Londres. Ella disuadió a más hombres que solamente al Sr. Allison, aunque si Mamá se enterara de eso se enojaría. Ella era una mala hija y una mala hermana. Ahora no habría posibilidad de rechazar a más pretendientes, porque no tendrían más temporadas en Londres, ni para ella ni para su hermana. Qué persona tan terrible era, que estaba tan contenta de evitar el matrimonio con un hombre que podría ser perfectamente amable y bondadoso. Solo que... ¿por qué la quería

a ella? Lo único que él conocía de ella era quién era su familia y cómo era su apariencia. Honoria no pudo evitar pensar que era un hombre sin romance en su alma, y sentirse feliz que él se hubiera marchado.

Cuando entraron al comedor, Honoria vio que su Papá estaba de mucho mejor ánimo. — ¡Ah, niñas! — dijo, abriendo sus brazos como para abrazarlas, — tengo buenas noticias para todos. El Sr. Allison nos ha invitado a Bassington Hall la próxima semana.

Honoria sintió sus espíritus decaer, pero logró una leve sonrisa. Serena mostró suficiente emoción para ambas. — ¡Qué maravilloso! Queda cerca de la ciudad, ¿no es cierto? ¿Podré visitar el Anfiteatro Real de Astley, y ver a los caballos?

Fue afortunado que Benedict, repuesto después de descansar una noche en el hostel, dejara sus maletas en la residencia de Lord Carstairs en Londres. Ese gran miembro de la nobleza, sentado en su bata amarilla brillante, con su cabeza recostada sobre sus manos y sus ojos azules rojos y llorosos, parecía como si la noche de fiesta le estaba cobrando la factura. Pero al menos le pudo decir que el tío de Benedict aún se encontraba en la ciudad.

— Fue al establecimiento de la Condesa Overton anoche. — Se quejó cuando movió su cabeza con demasiada rapidez, siguiendo los pasos rápidos de Benedict mientras él caminaba de un lado del salón a otro. — ¡Demonios, quédate quieto! Debió ser un vino malo. — Benedict sonrió. Carstairs a menudo se topaba con vino malo. La cantidad de vino que bebía no tenía nada que ver con su dolor de cabeza.

Benedict llegó a la casa de su tío. El mayordomo le informó que no recibiría a nadie hasta el mediodía, por lo menos.

— Tal vez quiera esperar al Sr. Fenton en el salón chino, ¿Sr. Benedict? — sugirió ese austero personaje en un tono represivo.

— Tal vez no, — contestó Benedict, pasando al lado de Sinclair y subiendo las escaleras de dos en dos.

— ¡Señor Fenton! — exclamó el mayordomo.

Benedict se detuvo de inmediato, recordando algunas de las historias más coloridas que se contaban de su tío. Miró a Sinclair, cuya boca se había fruncido en un pequeño círculo, como si acabara de comer un limón. — O... ¿estará mi tío acompañado?

— Por supuesto que no, señor. Es la hora en que se arregla. Su ayuda de cámara lo atiende. — El mayordomo con un gesto le indicó nuevamente el

salón chino, pero Benedict de nuevo empezó a caminar hacia la recámara de su tío.

Casi se desmaya por lo fuerte del olor a perfume que le asaltó la nariz al llegar a la puerta de la recámara vacía. Siguió el olor a perfume caro a una puerta abierta detrás de la cama cubierta de seda, y casi se ahogó en el umbral.

— Ah, eres tú. Pensé que escuché algo. ¿Qué diablos piensas, interrumpiéndome así?

Benedict momentáneamente se quedó sin habla, mirando la magnificencia del pequeño cuarto. Su tío estaba sentado frente a un espejo estilo rococó, y su ayuda de cámara, Pierre, un personaje altanero, pero casi miniatura, estaba a su lado con una buena cantidad de corbatas de muselina sobre su brazo. Ya había peinado al caballero, dejándole una buena cantidad de rizos en una versión exagerada del estilo romano. En el otro extremo del cuarto había otros espejos, más altos, en marcos enchapados de oro, para poder verse de todos los ángulos posibles. Su tío, a pesar de ser el hermano menor, parecía mucho mayor que su saludable hermano, aunque era más alto, al igual que Benedict. Había varias sillas cubiertas con brocado de seda, y Benedict se sentó en una de ellas para disfrutar del espectáculo.

La bata de seda morada que su pariente dejó por un lado le daba un glamur extra a la habitación, al igual que varios chalecos de colores brillantes que su tío descartó a favor del chaleco dorado oscuro que su ayuda de cámara dejó apartado. Como seguidor del Sr. Brummel, Benedict desaprobaba el espectáculo, pero no podía dejar de ser fascinado.

Su tío se paró, vestido únicamente con una camisa blanca floja y pantalones verde claro. Su ayuda de cámara se detuvo, y arqueó una ceja en dirección de su amo, quien asintió con la cabeza. Echando una mirada rápida sobre su hombro al intruso, Pierre sacó un objeto de algodón blanco de una gaveta y lo llevó a su amo. Su tío levantó la camisa, y Pierre amarró el pequeño cojín a su cintura. Benedict vio por un segundo el abdomen de su tío, tan delgado como su propio abdomen, antes de que le amarrasen el cojín. La camisa lo cubrió, y el diminuto Pierre se subió a un banco para ayudarle a su amo a ponerse el chaleco. Ahora su tío tenía la panza que Benedict conocía.

— ¿Qué demonios? — preguntó.

— Ingenioso, ¿no? — contestó su tío. — Lo diseñé yo mismo. — Sonrió por la evidente confusión de Benedict. — Desde la debacle con Brummel, Prinny ha estado muy sensible en cuanto a su peso. — El año anterior, el Príncipe se peleó con su amigo Brummel y lo ignoró donde Almack. La respuesta de

Brummel fue legendaria. — Alvanley, — dijo, — ¿quién es tu amigo gordo? — Aún sin el patrocinio del Príncipe, la estrella de Brummel no se desvaneció. Continuó como la estrella brillante, encantadora y a la moda de la nobleza, para la consternación del Príncipe.

— Ignoró al pobre Humphrey el mes pasado solo porque Jessie Mumford, — Benedict reconoció el nombre de una de las más grandes bellezas del momento, Lady Mumford, — dijo que tenía una figura apuesta. No le han invitado a fiesta o reunión alguna desde entonces, — dijo su tío. Tocó su panza postiza. — Esto hace que Prinny se sienta más cómodo con los hombres a su alrededor. Cuando hice el comentario que necesitaba mandar mis chalecos con el sastre para que los ajustara, él hasta me tuvo simpatía y ¡dijo que le mandara la factura!

Benedict sintió diversión y asombro al mismo tiempo.

— Bueno, es un cobro menos que tu papá tiene que pagar. — Su tío frunció el ceño. — ¿Por eso estás aquí? ¿Por tu comisión? Ya le dije a tu papá, en cuanto gane de nuevo, es tuyo.

Benedict arqueó una ceja, imitando a su ídolo. Aunque no sabía ese pequeño detalle, coincidía con lo que sí sabía del tema en general. Desde su temporada en la ciudad, Benedict había aprendido más acerca del estado de las finanzas de su papá que nunca, pero todo estaba basado en los comentarios de su tío. Él había tomado algo de interés en el chico, y lo llevó a algunos de los lugares menos salubres de la ciudad. Sabiendo que la finca de su padre daba una buena ganancia, siempre había sido un misterio para él que tuvieran que cuidar tanto las finanzas en su casa. Ocasionalmente, escuchaba a sus padres discutir sobre ‘la propiedad de Brighton’, y ahora comprendía que eso se refería a repararle las finanzas a su tío. Su padre, el mayor, heredó todo, y se sentía responsable por su hermano menor, quien recibió menos de lo que debió recibir tras la muerte del abuelo de Benedict. Papá le pagó a su hermano una renta generosa, pero incluso eso necesitaba ser suplementada para mantener el estilo de vida tan extravagante de su tío. Ahora, con siete hijos que mantener, su generoso papá a veces no podía pagarle a tiempo, lo que llevaba a su tío cada vez más cercano a la ruina. Benedict no lo aprobaba, pero aún así caía ante el carisma de su tío.

— No es por eso. Vengo por otro tema por completo. Necesito su ayuda, señor.

Su tío lo miró con recelo. — ¿Te metiste en problemas? Escuché que estabas jugando con Rennie. Te debí decir que él era problemático.

— Entonces ¿por qué no lo hizo? — preguntó Benedict.

— Santo cielo, hombre. Si hiciera un listado de todos los tipos que no juegan exactamente del todo limpio, tendría varias páginas de largo. ¿Debes mucho?

— Por supuesto que no. Solo un poco.

— ¿Carstairs te avisó?

Benedict lo miró, un poco avergonzado. — ¿Fluff? No, él estaba en otra mesa. Grandiston intervino.

— El Conde de Grandiston. Te codeas con los mejores, jovencito.

— Realmente no. No lo conocía personalmente. Pero me mandó estos al día siguiente. — Benedict le dio los dados cargados a su tío.

El Sr. Fenton los tiró en el air un par de veces. — Cargados, — dijo. Luego los tiró sobre la mesa, y salió doce. — Un poco exagerado, — comentó, — once es menos obvio.

Su tío terminó con sus preparativos. Benedict vio que el rostro demacrado de su tío recibió un ligero toque de polvos y rubor. — No sé qué me querías comentar, pero me lo puedes contar mientras desayunamos.

Desayunar a las doce era algo fastuoso, pero Benedict, aunque ya había comido con Carstairs, tenía el apetito de un hombre joven. Sin embargo, al ver a su tío comer, era fácil creer que su panza era verdadera. Benedict se quedó admirado.

Esperó hasta que se retiraran los sirvientes. Luego empezó a decir, — Esos dados, señor —

— Nada que hacer ahora. Si sospechabas algo, necesitabas pedir que cambiaran los dados y abrieran un paquete nuevo en la mesa. O Grandiston lo debió hacer. Pero él no lo haría. Muy mal de su parte.

Benedict se vio horrorizado por pensar que pudo estar en medio de tal escena. — No, señor, no es eso. Es que Carstairs me dijo que Rennie seguramente intercambió los dados. Y, bueno, quería aprender cómo se hace eso.

Su tío dejó escapar una carcajada. — ¡Y pensaste que yo tendría el don de hacerlo! ¡Encantador!

Su sobrino se sonrojó. — Es que usted lleva más tiempo en la ciudad, y ...

— ¿Pensaste que yo sabía? ¿Un embustero? — Se limpió la boca con una servilleta de lino. — Pues te equivocaste, jovencito. Nunca hice trampa. No es correcto, — dijo con tono de severa rectitud. Benedict estaba a punto de pedirle disculpas cuando agregó, — Excepto en caso de necesidad severa. Así que quieres ganar lo que perdiste en tu juego con Rennie, ¿cierto? Un deseo

aplaudible, pero nunca tendrás suficiente conocimiento. Yo conocí su padre. Ha jugado desde que era un infante. Él se daría cuenta en seguida.

— No, señor. Quiero ganarle a alguien completamente diferente, — dijo, sonriendo.

— ¿Es alguna persona que sabe cómo se juega?

— Espero que no, señor.

El Sr. Fenton mayor sonrió también. — Un joven que me intenta robar el corazón. — Brindaron con sus tazas de té.

Honorina sabía cuál era su deber, pero su habilidad para comportarse como una dama a veces fallaba, aunque nadie parecía darse cuenta. En cualquier otra situación, ella sabía que le podía confiar sus secretos a Serena, pero ahora, no le podía decir nada de lo que sentía.

Durante la siguiente semana continuaron los preparativos para el viaje a Bassington Hall, y Honorina sabía que estaba siendo excesivamente dramática. Sabía que las posibilidades de casarse con un hombre apuesto y adinerado deberían ser el pináculo de su deseo, pero la *necesidad* de casarse era lo que le desagradaba. Y el Sr. Allison la ponía nerviosa. Era un hombre sin una pizca de romance en su alma. Honorina le temía sobremanera a la idea de casarse con él.

Serena caminaba, hablando entusiasmadamente del anfiteatro y de la posibilidad de visitar la metrópolis. Eso deprimía más a Honorina, ya que sabía que, si ella no conseguía un buen prospecto para casarse, Serena nunca más tendría la oportunidad de visitar a Londres. Suspiró profundamente, algo que había hecho con mayor frecuencia durante los últimos días. Decidió que sonreiría y estaría pendiente del Sr. Allison, y haría todo lo que era necesario para casarse con él. Todo por Serena.

— Creo que manché tu segundo mejor vestido para salir a caminar, Orry, — dijo Serena. — Bunter dice que no cree que se la pueda quitar.

— Entonces ¿por qué lo usaste? — preguntó Honorina, sentida por su indiferencia.

— No pensé que te molestaría. Manché el mío ayer, — contestó Serena, como si estuviera explicándole a un niño.

Si tan solo ella supiera cuánto me debe, pensó Honorina, tal vez me sería más fácil aceptar el sacrificio que hago. A pesar de sí misma, Honorina suspiró.

Bassington Hall se preparaba para las visitas. El mayordomo, Blake, le

informó al Sr. Allison que todo estaba listo. A pesar de sí mismo, y de la presencia del Sr. Scribster, el Sr. Allison suspiró.

Capítulo 4

El Matrimonio de Genoveva

Genoveva se sentía mucho más como la Señorita Horton que su señoría Lady Sumner ahora que estaba de vuelta en casa. Sonreía cuando los sirvientes que la conocían desde niña le decían — Perdóneme, señorita Genny... oh, perdón, digo, su señoría... —

Pero a pesar de todo, seguía sintiendo miedo. Nadie en su casa sabía las razones verdaderas detrás de su visita, y no se las podía confiar a nadie. No podía imaginar cómo fue que casi se delató ella misma ante Dicky Fenton. Tal vez ella todavía lo veía como un chico inmaduro, pero ella sabía que él no era estúpido. Cuando él vio los moretes alrededor de su cuello, pudo haber disimulado, pero sus nervios estaban a flor de piel, y por un momento no se pudo controlar. Ella vio en sus ojos la misma mirada que él tenía de niño cuando llevaba pájaros lastimados, o cuando intentó revivir a un gatito que murió ahogado. Y ahora él intentaría salvarla a ella, lo cual era completamente imposible.

Ella se casó con Frederick Sumner porque le habló sin parar de caballos. En su finca, él criaba a los mejores y de todos los hombres que conoció en su aburrida temporada, él era el que más soportaba. Su hermana Verónica ya se había casado con el hombre con quien algún día viviría en Ottershaw, un tal coronel Edward Forbes. Después de escuchar su plática insípida (que Verónica pensaba era encantador, ya que se dedicaba a darle cumplidos), y su risa rebuznante, Genoveva sabía que era necesario casarse y salir de casa antes de que eso sucediera. Cuando Sumner la empezó a cortejar, Genoveva aceptó. Todos estaban contentos. Eran una buena pareja. La herencia de ella ayudaría a reparar las finanzas de la finca de él, y el hecho que él fuera de la nobleza sería una ventaja para la familia de ella. Cuando se comprometieron,

ella recibió uno de los pocos besos que le había dado su Papá durante su vida.

Frederick no era apuesto. Era alguien ordinario. De peso y estatura media, pelo color café, y con tendencia a engordar, se le podía tomar como apuesto ya que era parte de la nobleza. Ella sabía que ella tampoco era lo que se consideraba bella; mas bien era muy sencilla. Sus ojos siempre vigilaban a todo el cuarto cuando hablaban, pero Genoveva pensó que era por ansiedad. Ella quería compartir con él su amor por los caballos y la naturaleza, compartir con él su vida y vivir tranquilamente en el campo. Ella era una chica pragmática y nunca soñó con más. Pero la vida real era diferente, demasiado diferente, de lo que ella creyó que sería. Y ahora esto.

Ella sintió alivio porque Dicky no regresó. Ella sabía que podía desviar las preguntas de su vieja nana cuando la ayudaba a bañarse, pero no sabía cómo hubiera reaccionado al ver la simpatía en los ojos de Dicky Fenton. Ella estaba segura de que él iba a hacer mil preguntas, tal como lo había hecho de pequeño, pero la nueva sofisticación que obtuvo en la ciudad probablemente lo detuvo. Se alegró. No había mucho que hacer. Lo poco que podía hacer lo estaba haciendo en ese momento. Había regresado a casa. Pero no se podía quedar allí por siempre. Su Papá ya le estaba preguntando cuándo llegaría Lord Sumner.

Para mientras, ella disfrutaba de la libertad de prácticamente vivir día y noche en los establos, aunque al principio tuvo que contestar varias preguntas de Ned sobre la crianza de los caballos de su esposo. La verdad era que él compraba caballos viejos que tenían poca o casi ninguna posibilidad para ser usados para la crianza. Él se consideraba un experto, y no escuchaba ningún consejo de ella. Él le había dicho, durante las conversaciones cortas que tuvieron en las fiestas, que la vida en el campo era preferible a la vida en la ciudad. Pero ahora que lo podía pagar, él pasaba tanto tiempo en Londres como podía, y la forzaba a estar allí con él, aunque sabía que ella preferiría estar en la finca.

La razón por la cual él la quería en Londres se hizo aparente en una fiesta organizada por la Marquesa de Stevely. La llevó frente a Lady Harrington, viuda de Lord Harrington, y tía de Lord Sumner, quien estuvo de viaje en el continente cuando ellos se casaron. Genoveva llevaba puesto otro vestido creado por la costurera de la viuda Lady Sumner, y su pelo lo habían peinado de una manera que sus rizos naturales resistían con fuerza. Enfrente de ella vio una mujer vestida con un vestido viejo de satín morado, con un turbante

adornado con un trío de plumas de avestruz. Alrededor de su cuello, en su muñeca, y sujetando las plumas al turbante brillaban grandes amatistas, cada una rodeada de diamantes. Su esposo se inclinó profundamente y dijo en tono bromista, — Tía, brillas más que cualquier otra mujer aquí. ¿Puedo presentarte a Genoveva, Lady Sumner?

Lady Harrington no se veía muy impresionada, pero igual tomó la mano de Genoveva y la saludó. — ¿Supongo que tú también crees que brillo más que las otras damas aquí?

Genoveva parpadeó. — Pues, no, — contestó, — pero no me gusta mucho el morado.

Su esposo se quedó espantado con lo que dijo, y Genoveva sintió morir de vergüenza. Nuevamente abrió la boca para decir lo primero que pensaba. Él no era el único que la regañaba por eso; su mamá también le había dicho en repetidas ocasiones que debía pensar antes de hablar. Pero la anciana dama, después de un silencio incómodo, soltó una carcajada y la invitó a que se sentara a su lado. — Ahora vete, Frederick, — le dijo a su sobrino, — y déjame hablar con tu esposa en paz. — Frederick se retiró, queriendo matar a su esposa con la mirada.

— Tengo tres sobrinos, sabes. Todos están ansiosos por que yo muera.

Genoveva parpadeó de nuevo. Ella se sentía tensa y solamente podía controlar su lengua cuando estaba tranquila. — Supongo, por eso, — dijo, señalando las joyas alrededor del cuello de Lady Harrington, — que usted tiene mucho dinero.

Una vez más, la anciana carcajeó. — Y yo supongo que ahora me dirás que sentirás pena cuando yo me muera, y no pensarás en la herencia que dejaré.

— Como acabo de conocerla, no puedo decirle que sentiría mucha pena, mi lady. Pero no he pensado en nada acerca de una herencia.

— Bueno, ya establecimos que no te gustan las amatistas, pero tengo la sospecha que mis diamantes tendrán una respuesta diferente, — dijo mientras miraba a Genoveva por debajo de sus cejas, con la mirada penetrante.

Genoveva se quedó callada. No le importaba, pero ¿no era de mal gusto estar hablando de diamantes?

— ¿Tampoco te gustan los diamantes? ¿Por qué no?

— No veo qué utilidad tendrían en los establos, su señoría, — respondió después de pensar unos momentos.

Esto le dio un ataque de risa a Lady Harrington, a tal extremo que Lord Sumner empezó a caminar hacia ellas desde el otro lado del salón de baile.

Ella le hizo señas que no se molestara y las dejara en paz. — Seamos sinceras, — dijo Lady Harrington, una vez se había calmado. Genoveva arqueó una ceja. No podía creer que no habían sido sinceras hasta ese momento. — Ninguno de mis hermanos tiene hijos que pueden producir un heredero. Espero que tu y Frederick puedan continuar nuestro linaje.

Genoveva, pensando en las espantosas noches en que Frederick la visitaba en su cama, dijo con pasión — Yo también lo espero. — Tal vez así él la dejaría en paz.

La matrona se sentó con la espalda recta. — Yo no creo en esta práctica moderna en que las parejas casadas viven sus vidas por separado. Si tu esposo está aquí, tú también lo deberías estar. Yo, — dijo ella, — siempre acompañé a mi esposo. — Dado que su esposo solamente vivió dos años después de su matrimonio, no era tan fuerte el argumento como Genoveva pensó en ese instante. — ¿Cómo podrán las jovencitas tener hijos si viven separadas de sus esposos? Yo perdí a dos hijos antes de que nacieran. Es mi mayor lamento. Pero al menos mi esposo tenía hermanos que podían continuar con el linaje.

Genoveva se quedó callada. Estaba segura de que su suegra, la viuda Lady Sumner, se quejó con ella porque a Genoveva no le gustaba viajar a la ciudad.

— Supongo que, ya que no te gusta mi vestido, ¿piensas que estás más a la moda que yo?

Genoveva miró su propio vestido de seda color durazno. — ¡Dios mío, no! — Se sonrojó. — Perdóneme, por favor. A veces tengo los modales de un mozo que trabaja en el establo. O así dice mi Mamá. No puedo evitarlo.

Pero la viuda simplemente estaba entretenida. — Yo nunca cuido mis modales. — Miró detenidamente a Genoveva. — Entonces no te gusta tu vestido, y preferirías estar en un establo. Supongo que tú ayudas a Frederick en su crianza de caballos.

Genoveva se quedó callada una vez más. Era su deber apoyar a su esposo, pero no podía mentir tan fácilmente. La crianza de caballos de su esposo iba a fracasar si él no la dejaba ayudar. Cosa que no haría.

Lady Harrington al parecer no se dio cuenta. — Obviamente eres una mujer que no disfruta de las fiestas de Londres. Pero es mi deseo que el nombre de mi padre siga vivo, y por el momento tú, querida, eres la única esperanza. Así que quiero verte siempre con tu esposo. Por lo menos hasta que quedes embarazada.

Genoveva se paró de repente. Las palabras de la anciana al fin le habían dolido. Era un resumen tan acertado del deber al que se había sometido que no

lo soportó. Si Frederick simplemente hubiera sido aburrido, tal vez lo hubiera aguantado. En cambio, vivía una pesadilla a diario.

— ¿Cómo se siente tener el poder para ordenar las vidas de los demás, Lady Harrington? — dijo Genoveva, mirándole a los ojos.

Las cejas de la viuda se elevaron, y el rojo de la ira tiñó sus mejillas. Genoveva sintió que Sumner se paró detrás de ella, y se sobresaltó. Él no pudo haber escuchado su comentario, pero escucharía la respuesta de la anciana.

Lady Harrington se dirigió solamente a Genoveva. — Es el privilegio de la edad y de la riqueza, querida, — dijo ella tranquilamente.

La mano de Frederick descansó sobre su hombro, y la apretó tanto que Genoveva tuvo dificultad de no quejarse.

— ¿Cómo están mis damas favoritas?

Genoveva miró hacia otro lado, esperando que la delatara.

— No dejes que tu mamá te oiga diciendo eso, Frederick, — dijo Lady Harrington. — Tu esposa y yo nos la estamos pasando de maravilla. De hecho, accedió a acompañarme a la casa de una amiga mañana en la tarde. — Los ojos de Genoveva se clavaron en los ojos claros de Lady Harrington. — Mañana a las tres, entonces, — dijo, y extendió su mano.

Genoveva tomó la mano de la viuda y contestó, — Gracias, Lady Harrington, — mirándole directamente a los ojos viejos y astutos de la señora, — lo espero con ansias.

Interrumpieron sus recuerdos cuando llegó un mensaje del establo. Fiebre, el caballo semental de su papá, tenía un cólico extraño. Tal vez comió algo indebido ayer cuando lo sacaron a ejercitarse. El medicamento usual no había hecho efecto.

Genoveva pensó en Serena. El viejo mozo de los Fenton tenía la receta para un remedio más fuerte, pero no serviría de nada mandar a Ned. Serena no entregaría sus secretos a un sirviente. Salió con la intención de ir ella misma a la Mansión Fenton, pero una vez estuvo listo su caballo casi abandonó la expedición. No podía enfrentar la mirada inquisitiva de Benedict.

Ned hablaba sin parar, y ella escuchó el nombre de Benedict. — ... fue a Londres, de sorpresa, o por lo menos así lo cuenta Sam.

— El Sr. Benedict? — Ella no sabía si sentirse aliviada o no. Ella lo hubiera podido evadir el día de hoy, pero... ¿habrá tenido ella algo que ver en su decisión de ir a Londres?

— Sí, señora, — contestó Ned, revisando el cincho y el arnés como si ella fuera una novata. — Fue donde su tío, según tengo entendido. — Genoveva respiró más tranquilamente. No tenía nada que ver con ella. — Y la familia también se está preparando para viajar.

— ¿En esta época del año? — Genoveva subió al caballo y apretó las riendas. — No importa, Ned. Mantén a Fiebre calmado, y denle de tomar. Regresaré pronto.

Ned se despidió de ella, tocándose la frente, y Genoveva salió cabalgando del patio del establo.

Con poca ceremonia Macleod le indicó a Lady Sumner que las jóvenes señoritas se encontraban en el salón amarillo, y dejó que ella pasara. Las chicas saltaron para abrazarla, pero Genoveva rápidamente le comentó a Serena el motivo de su visita. Inmediatamente ella se preocupó por la salud de Fiebre, pero se negó rotundamente a entregarle a Genoveva la receta del remedio. En cambio, insistió en que ella iría a prepararlo inmediatamente.

— ¡Pero puedes confiar en mí! — protestó Genoveva antes de que Serena saliera del salón.

— Lo sé, pero no puedo confiar en Ned. Él se lo contará a nuestro mozo, Jenkins, y luego no habrá razón para que yo visite el establo. Entonces Papá me prohibirá pasar tanto tiempo allí. Tú sabes que es cierto, Genoveva. — Era cierto, Genoveva lo sabía. Pero se preguntó porqué Serena, tan diferente a ella, quien llevaba puesto un vestido vaporoso de muselina con un cincho azul y lazos azules del mismo tono en su pelo, pasaba tanto tiempo en el establo. Ella sabía que Serena se preocupaba por su apariencia tanto como Honoria, pero era común verla vestida así en el establo, atendiendo un caballo enfermo. — No desperdiciaré la más mínima ventaja que pueda tener, o Mamá me tendría constantemente ocupada, — señaló las medias blancas que estaba cosiendo, — ¡o practicando el piano!

Honoria se rio. — Todo mundo está de acuerdo en que Serena necesita practicar más.

Ellas se sentaron. No que le importaba mucho, pero Honoria igualmente hacía que Genoveva se sintiera fuera de moda. Hoy ella usaba un vestido de muselina con rayas blancas y rosadas, con mangas largas y ajustadas y con los hombros ligeramente inflados. Lady Fenton tenía buen gusto. Después de que le ofrecieran y ella rechazara algo de tomar, Genoveva dijo, — Ned me comentó que están en preparativos para irse de viaje.

Para la sorpresa de Genoveva, Honoria se sonrojó, y se concentró en coser

las medias que estaba reparando. — Así es. El Sr. Rowley Allison ha sido tan gentil de invitarnos a pasar un mes en su casa, Bassington Hall.

— ¡El Sr. Allison! — por supuesto que Genoveva había escuchado acerca de uno de los hombres más ricos de Londres. — No tenía idea que tus padres conocían al Sr. Allison.

— Lo acabo de conocer, — dijo Honoria, sin poder mirarle a la cara, — durante mi temporada en Londres.

— Santo cielo, Orry, ¿te propuso matrimonio?

Escuchar su apodo de la niñez la relajó un poco. — Él no me ha dicho nada. Pero Genny, creo que ya le habló a mi papá. — Sus ojos cafés buscaron los ojos verdes de su amiga.

— ¿Estás feliz, Honoria?

Honoria tragó en seco. — Por supuesto, estoy muy halagada. — Ella sentía que podía confiar en Genoveva, quien siempre había sido como una hermana mayor para ella. — Es que no lo conozco muy bien.

— Y se van a Bassington por eso, supongo. — Ella estaba intentando recordar cualquier chisme que pudo haber escuchado en Londres acerca del Sr. Allison. No se le venía a la mente nada negativo, pero eso no significaba nada. Las mujeres de sociedad por lo general no se enteraban de los libertinajes de los hombres. Ella lo conoció una vez. El le tuvo compasión durante una cena formal, e intentó mantener una conversación algo forzada hasta que tocaron el tema de los caballos y ella logró relajarse. Lo recordaba con sentimientos favorables. Aun así, la expresión de Orry no era la expresión de una mujer enamorada. Genoveva se inclinó hacia adelante y agarró la muñeca de Honoria. — No aceptes casarte con él si no estás segura, Orry. El matrimonio no es un destino con el cual se debe jugar.

— Por supuesto que no lo haré, — contestó Honoria.

Eso relajó a Genoveva un poco. — Y tu papá es un amor. Él no te lo exigirá.

— Ciertamente, — asintió Honoria. Y por eso era tan importante que ella aceptara la propuesta de matrimonio del Sr. Allison. Su querido Papá nunca se lo pediría si él sentía que ella no iba a ser feliz, aún si su familia necesitaba cualquier liquidación que sus padres hubieran acordado. Pero le sonrió a su visita y sintió alivio cuando Serena las interrumpió, cargando un contenedor de vidrio con una sustancia café.

Genoveva se paró al instante, ansiosa por regresar con Fiebre.

— Dele solo la mitad. Más de eso podría ser venenoso, — le dijo. — Tendrá temperatura, pero deberá mejorar para hoy en la noche. Woodward le

dio esto a Fresa hace dos años, y funcionó. Pero me recuerdo que él dijo que, si no se hubiera recuperado al anochecer, que solamente se le podría dar una vez más.

La sabiduría de Woodward en cuanto a los caballos era legendaria en esa localidad, y Genoveva escuchó atentamente. Se despidió rápidamente y apenas si registró la mirada extraña que Honoria le dio.

Para mientras, Benedict Fenton estaba renovando su relación con Frederick Sumner. Se había topado con él durante las últimas tres noches. La primera vez fue en una taberna frecuentada por los aficionados a las carreras y peleas de caballos, entrenadores y jinetes, dueños y algunos de los mejores boxeadores del momento. Carstairs lo llevó allí, pero no le gustó la expresión en el rostro de su amigo cuando lo vio observando a Sumner en la mesa de al lado. Sumner se comportaba de una manera bulliciosa y poco culta, al igual que los demás de sus compañeros de mesa. Benedict, observando y escuchando el escándalo, se sintió sumamente disgustado por cada idiotez y palabra soberbia que salía de la boca del Barón, y no confió en su habilidad para hablar con él de manera decente. Cuando Carstairs insistió en que se fueran, él accedió.

La siguiente noche, sin el acompañamiento de su amigo, Benedict se acercó a Sumner en una mesa en el establecimiento de White. Sumner vio que se acercaba a él, y lo saludó de manera jovial.

— Joven Fenton ¿todavía en la ciudad?

— Regresé por unos asuntos familiares, señor.

— Bien, bien — dijo Sumner, sin interés. — Espero que su familia esté bien. Honoria causó un impacto durante su temporada, según me han dicho. Una chica muy bonita. Tiene muchos admiradores.

— Si, — dijo Benedict, sin poder verle a los ojos. — Bueno, debería ir a mi mesa. Buena suerte.

Sumner se rio y nuevamente se concentró en el juego de naipes. El club no era muy frecuentado en esa época del año, así que Benedict pudo observar cómo Sumner perdió todas sus fichas, y como la casa, el Sr. Semple, no le aceptaba sus pagarés. Molesto, Sumner se levantó de mala gana y se fue. Benedict a duras penas controló su deseo de seguirlo. Si fuera la época de su padre, lo hubiera retado a un duelo, usando de excusa que su capa era ofensiva o alguna tontería así, sin tener que mencionar a su esposa. Pero la gente siempre hablaba, y Benedict estaba decidido a que nada tacharía el nombre de Genoveva Horton.

La tercera noche, Benedict siguió a Sumner por las calles oscuras de la ciudad hasta que llegó a una casa lujosa a la cual su tío lo llevó unos meses atrás. Era suficiente. Con eso confirmaba que Sumner era un típico villano. No era necesario indagar más.

Su ira aumentaba mientras caminaba de regreso a la casa de Carstairs. De repente, se detuvo y empezó a reír de sí mismo. ¿Qué había descubierto realmente? Que Sumner era un pedante, perdía cuando apostaba a las cartas, y frecuentaba una casa de señoritas que su propio tío y su amigo Carstairs también frecuentaban. Eso lo convertía en un noble promedio, nada más ni nada menos. Pero, a diferencia de sus amigos, él estaba casado.

Ese detalle no era significativo, o por lo menos así lo verían la mayoría de los hombres de la sociedad. Entonces, ¿por qué juzgarlo tan fuertemente? Él sabía lo que Sumner le había hecho a su esposa. Sumner era un hombre sin honor, y, al parecer por lo que vio donde White, la sociedad empezaba a reconocerlo. Si Benedict lo podía destruir sin que afectara a su esposa, lo haría. Empezaba a ver una complicación en su plan medio pensado, pero de igual manera lo llevaría a cabo.

Capítulo 5

A Bassington Hall

La instrucción de Benedict en las complejidades de los juegos acaparaba mas o menos una hora del día de su tío. Muchas de las técnicas que le impartió su tío requerían de práctica. — Sólo para que te des cuenta de que otro las está usando y así puedes tomar medidas para evitarlas, — fue lo que le dijo su tío. Lord Carstairs, a quien lo obligaron a mantener el secreto, se aburrió de ver cómo las manos rápidas de Benedict escondían los dados o las cartas, o barajaba del fondo del mazo durante horas sin parar.

— Estoy empezando a preocuparme que mi casa, mi nido y mi refugio de todas las penurias y tribulaciones de la vida, se está convirtiendo en un antro de la iniquidad, — le comentó, moviendo la cabeza desconsoladamente. — Nunca más podré tener un juego amistoso de cartas contigo al lado de la chimenea, sin preguntarme si tienes escondidos todos los ases, o si las cartas que repartiste eran del fondo del mazo. No hay nada más que hacer. Te tendré que echarte a la calle e ignorarte si te vuelvo a encontrar. Al diablo, ¡no puedo ser amigo de alguien que juega sucio!

Benedict le sonrió. — Dile a Stoddart que ponga la mesa al lado de la chimenea, y jugaremos una partida como siempre.

Carstairs lo miró con recelo. — ¿Y no esconderás las cartas bajo tu manga? — Los ojos de Benedict lo miraron con una expresión inocente y sacudió su cabeza. — ¿Ni repartirás del fondo del mazo?

Benedict puso su mano derecha sobre su corazón y dijo — Lo juro.

Carstairs sonó la campana para que arreglaran la mesa y demás para jugar cómodamente. Esto incluía acomodar la mesa a su gusto (pidió varias veces que la ajustaran) frente a la chimenea, que llevaran más carbón, y les prepararan un refrigerio de vino y pastel y algo de queso. El peso del azafate

donde llevaban el refrigerio casi fue demasiado para la pobre mucama que lo cargó.

Con un último ajuste a la posición de una pantalla a la satisfacción de Carstairs, empezaron su juego amistoso, apostando chelines en lugar de guineas. No tardó mucho para que la pila de chelines de Carstairs se encontrara en frente de Benedict. Carstairs tiró sus cartas, enojado. — ¡Al diablo, Fenton! ¡Prometiste que no harías trampa! ¡Lo juraste!

Benedict se rio. — Cumplí mi promesa. — Levantó una torrecita de chelines y los puso frente a su amigo. — Pero sí pido tus disculpas. Estas las gané de una manera no honorable.

— ¿Qué?

— Marqué las cartas. Un pequeño truco que me enseñó mi tío la semana pasada. Quería probarlo, y funcionó sorprendentemente bien.

— Mientras más me cuentas acerca de tu tío, más temor me da. Su alma está en peligro. Parece ser alguien ruin.

— Él me asegura que solo son técnicas para enfrentarse a los tramposos del mundo que le quieren robar.

— Bueno, — dijo Carstairs, — si tú lo dices.

— Cielos, no lo digo. *Yo* creo que no solo los usa para eso, así como sospechas, pero no se lo diría a nadie más que tú. Pero pierde fortunas en los juegos, así que he de suponer que no practica mucho.

— O no las usa cuando juega con otros que saben los mismos trucos, — añadió Carstairs con un tono cínico. Luego, con su normal indiferencia agregó, — Bueno, hay uno en cada familia, — mientras bebía un sorbo de vino y comía un poco más de queso. — Nuevamente te pregunto, Dicky, ¿por qué es que quieres aprender estas artes oscuras? No creo que me sentiré bien durante el resto de mi vida al llevarte a algún casino. Mira lo que puedes hacer solo con dos semanas de práctica. — El vino al parecer le dio una inspiración. — Oye, Dicky, ¿crees que la habilidad es hereditaria?

— Estoy aprendiendo estas artes oscuras, como les llamas, con un propósito bueno y moral. Puede que sea por nada, pero espero que no. — La expresión de Benedict se tornó severa por un momento, pero nuevamente sonrió cuando notó la preocupación en el rostro de su amigo. — En cuanto a tendencias hereditarias, — comentó, pensando en algunas trampas que su hermana Serena había cometido durante su niñez, — no me sorprendería para nada.

— Como sea, — dijo su amigo de la universidad, acomodándose en su sillón con otra copa de vino y un poquito más de pastel, — no me involucres.

No quiero saber en qué te estás metiendo. Todavía me recuerdo como casi me diste un infarto cuando te descolgaste de la ventana del dormitorio para escapar del administrador. Nunca más. Yo no quiero saber.

— Eso es justamente lo que mi tío dijo. ¡Ni que él fuera un santo! — los ojos de Benedict brillaron. — Y según me recuerdo, tu tampoco fuiste el más prudente durante la universidad. Recuerdas esa vez que metiste a Rosa a ... —

Carstairs le sacudió el dedo mientras que su barbilla desaparecía detrás de su corbata. — Suficiente, amigo, suficiente...

Bassington Hall era una casa impresionante, mucho más grande que la mansión Fenton, y aún más grande que Ottershaw, la casa más grande de su distrito. Las jovencitas fueron regañadas por su mamá por casi caerse del carruaje al intentar ver la majestuosidad de la casa, pero el regaño perdió un poco su efecto cuando ella hizo lo mismo.

— Mi amor, ¡catorce columnas!

El jovial padre de familia las ayudó a descender del carruaje, orgulloso de sus hijas. Una vestía un traje de viajar azul con un bonete que le hacía juego, y la otra llevaba un traje rojo cereza y su bonete estaba adornado con cerezas de cera que resaltaban los rizos oscuros de su pelo. Su esposa vestía un traje verde oscuro que le favorecía muchísimo. ¿Cómo no sentirse orgulloso?

Pero cuando el vestido rojo empezó a seguir el mozo del establo que cabalgó detrás del carruaje, montado en el caballo de su hermano, él puso un hasta aquí. — Serena. Jenkins no necesita tu ayuda para acomodar a los caballos.

Serena se detuvo para mirar a su papá un segundo. — Pero no estoy segura de que Rufus estaba caminando ...

— ¡Serena!

De mala gana regresó al pequeño grupo, justo antes de que se abrieran las puertas y un número de sirvientes salieran para darles la bienvenida y encargarse del equipaje. Dos caballeros caminaron hacia ellos: el Sr. Scribster, de lo más relajado, y el Sr. Allison, que parecía un soldado de plomo.

Después de los saludos convencionales, muy joviales de parte de Sir Ranalph, y cordiales de parte del Sr. Allison, a los huéspedes los pasaron adelante al recibidor, donde una magnífica escalera curva subía de la planta baja hasta los niveles superiores de la casa. Unas mucamas jóvenes los esperaban en una fila para recibir las capas y los bonetes de las damas, y la

capa y el sombrero de Sir. Ranalph. Luego el mayordomo los escoltó a un salón, cuyas puertas de roble hubieran permitido el paso de su carruaje aún con el equipaje encima. Sir Ranalph bromeó con su esposa acerca de eso después, ya que ciertamente había empacado casi toda la ropa que poseían. — Mejor estar preparadas por cualquier eventualidad, — contestó su esposa cuando él protestó por la cantidad de ropa que llevaban.

El cuarto era impresionante. Las paredes estaban recubiertas de seda verde, y el techo pintado en el estilo rococó, con escenas decorativas de querubines volando en un cielo turquesa. Sin embargo, no era tan grande como suponían dado el tamaño de las puertas. Las mesas para el té se habían colocado en frente de la chimenea, donde el fuego que ardía despedía un calor agradable. Colocaron pantallas alrededor de las sillas para que el servicio del té fuera un poco más privado y ameno.

Honoría se quedó fascinada con el aspecto del salón. — ¡Qué lindo! — exclamó.

El Sr. Allison la miró y sonrió débilmente. — A mi mamá le agradará que pienses así. Ella lo mandó a renovar el año pasado, gastando una cantidad enorme e innecesaria.

Honoría se vio acongojada, pero Serena, quien entró detrás de ella, comentó — Santo cielo, tengo hambre. — Su comentario hizo que su mamá le mirara con desaprobación, pero Serena ni cuenta se dio. Ella siguió caminando y eventualmente notó las pinturas en el techo, lo que causó que exclamara — ¡Cielos! — en un tono que podría ser admiración o desdén.

Hubo una pequeña pausa. Allison se percató del lapsus en sus modales, y guio a sus invitados hacia las mesas.

— Blake ha preparado el té para nosotros. Por favor, tomen asiento damas, Sir Ranalph, — dijo el Sr. Allison, su tono de voz aún desgano. — Espero que hayan tenido un viaje placentero.

Solamente Serena parecía no sentirse afectada por el tono de voz de su anfitrión, y mientras atacaba la comida, le contó con detalles acerca del viaje. El Sr. Allison la miraba únicamente a ella cuando los buenos modales insistían que era necesario, pero ella parecía no darse cuenta de nada más allá de su relato del viaje más largo de su vida. Ella frunció el ceño un poco cuando terminó de contar la historia.

Allison no pudo evitar comentar, — Aun así, parece un poco decepcionada, Señorita Serena.

— No, para nada, — dijo ella, sonriendo nuevamente. — Es que, bueno,

Mamá nos contó que una vez asaltaron el carruaje en el que viajaba en esa carretera, cuando ella tenía mi edad.

— Me parece que las carreteras son mas seguras en estos tiempos. — Serena asintió con la cabeza. — ¿Puedo suponer que quería que los asaltaran?

Lady Fenton movió la cabeza para negarlo, aunque seguía sonriendo. — Por favor disculpe a mi hija, Sr. Allison. Le he comentado que la experiencia no fue nada emocionante, sino aterradora.

Serena sonrió directamente a su anfitrión, bajando la vista coquetamente. — Bueno, yo conozco ciertos bandoleros, — dijo ella con una mirada conspiratoria, — que no son tan aterradores.

Scribster notó que su amigo Allison se respingó aún más, pero Serena se volteó para ponerle atención al perro, que estaba olfateando su mano, esperando que le dieran un pedazo de pastel.

Era obvio por la nota bromista en su tono, junto con su actitud casual que ella no había quedado flechada por el Sr. Allison la noche de las zapatillas azules.

El Sr. Scribster observó a su amigo y a los Fenton. Sus ojos entrecerrados y expresión seria le daban un aire de miseria que los ingleses asociaban con sus ancestros escoceses, pero le proporcionaba una máscara detrás de la cual podía observar mucho y disfrutar. Honoria, la flor delicada con una sensibilidad desorbitante, todavía no se había repuesto del comentario que Allison le hizo. Hoy, portando un vestido de muselina azul que complementaba su color de piel y de cabello, se veía muy hermosa, pensó el objetivamente, aunque triste. Scribster se preguntaba si ella tomó prestadas las zapatillas azules, y si eso la haría más aceptable a su amigo. Bajó la vista para verificar, y vio la punta de unas botas de mezclilla que se asomaban debajo del ruedo de su vestido. Cuando levantó la vista nuevamente sus miradas se cruzaron. Él no supo interpretar su expresión, pero podía ser disgusto.

Serena estaba disfrutando la velada, completamente sin darse cuenta del efecto que tenía sobre su amigo. Ella portaba un vestido rosado con finas líneas color cereza que le iba muy bien. Su vivacidad opacaba a su hermana, pero ¿cómo formar una opinión solo con esta reunión? La bella mamá estaba algo nerviosa por si la lengua incauta de su hija dijera algo impropio. El padre, un hombre grande, obviamente enamorado de su esposa y lleno de cariño para sus hijas, estaba dispuesto a disfrutar todo. Y por último estaba Allison, quien intentaba no ser afectado por la presencia de Serena y ser un poco menos cordial de lo requerido con Honoria, pero aún así mantenerse

dentro de los estándares de los buenos modales. Scribster tomó un sorbo de su té, y pensó que había sido parte de fiestas más aburridas.

Apreciaba a Allison lo suficiente como para desearle lo mejor, si es que se decidiera qué era lo que quería. Durante los días antes de que llegaran los Fenton, Rowley estaba decidido a seguir el camino honorable: cortejar a Honoria como todo un caballero y descubrir todas las características de su (sin duda) ejemplar carácter, escondidas detrás de su belleza y timidez. Scribster le había aconsejado que en primer lugar tenía que dejar de asustarla si quería darle una oportunidad, pero eso detonó una diatriba acerca de estar atado a una mujer débil que recorrería a quedarse en cama si las cosas no salían como ella quería, o que dejaría un ambiente melancólico y triste donde fuera. Scribster entendió que su amigo se refería a su querida Mamá mientras hablaba. Por lo mismo, resolvió hacer que Honoria sintiera rechazo hacia él, con la esperanza que no aceptara su propuesta. Las cejas de Scribster casi habían desaparecido entre su pelo cuando escuchó eso.

— Bueno, sin importar lo que pase, en buena conciencia, tengo que proponerle matrimonio. Y dudo que puedo evitar que ella me acepte. Es el tipo de chica insípida que hará lo que sus padres le indiquen.

— Creo que la palabra que buscas es obediente, no insípida, — comentó Scribster con el tono de un vicario dando un sermón. — Recuerda amigo, que los mandamientos nos instan a honrar... —

— Detente allí, Gus, ¡o te tiraré en la zanja! — respondió Allison, ya que iban caminando mientras hablaban. — No, lo que tengo que hacer es darle la una oportunidad y conocerla mejor. — Lo último lo dijo con un tono obvio de optimismo falso.

Angus Scribster nunca había visto a su calmado, afable y amable amigo ser tan indeciso. Le parecía de lo más gracioso.

Si, lo quería suficientemente para desearle lo mejor, pero no, pensó en el momento, como para no disfrutar de lo absurdo de la situación.

La conversación giró a la presencia del joven Fenton.

— ¿No nos acompañará el joven Sr. Benedict? — preguntó Allison cortésmente.

— Él está en Londres, — contestó Sir Ranalph, por primera vez viéndose incómodo durante la conversación. — Visita a ... —

— Lord Carstairs — interrumpió su esposa.

— su tío — terminó Sir Ranalph.

Él y su esposa intercambiaron miradas contritas, pero Allison no se dio

cuenta. Su atención fue captada por Serena, quien le daba un poco de pastel a otro de sus perros que entró al cuarto sigilosamente detrás de Blake, y que tomó lugar al lado de la chica.

— Pero, con su permiso, él igualmente lo vendrá a visitar.

Allison abruptamente apartó su mirada de Serena justo cuando ella levantó la vista para sonreír.

— Ciertamente, señor, él será bienvenido, — contestó Allison.

Los esposos sintieron alivio al ver que no se les iba a preguntar más.

Angus Scribster se preguntó ¿por qué la visita a su tío sería un misterio? Aún si dicho tío era conocido como un tornillo suelto.

Repentinamente, Sir Ranalph se dirigió a él. — Lo vimos en Londres durante la temporada, Sr. Scribster. ¿Le gustó la gran metrópolis?

— Me temo que no, — le contestó con su tono lúgubre de siempre.

— Ah, entonces le gusta mas su residencia de campo, ¿Sr. Scribster? — preguntó la dama para seguir la conversación. — Queda en Escocia, según escuché.

— Tampoco puedo decir eso, señora. El castillo Stane es un lugar húmedo y triste, con la vista a una cañada común y corriente. Si lo puedo evitar, no lo visito.

La conversación murió, como solía suceder con él. Rowley le había dicho en repetidas ocasiones que no fuera tan sincero, pero él no sentía inclinación a cambiar su forma de ser. Vio que la hermana mayor lo miraba con algo de fastidio en su rostro. Ella no lo aprobaba. Era la primera expresión que no concordaba con la imagen blanda de la chica que Rowley había supuesto. Otro misterio.

Esto se ponía cada vez mejor.

Capítulo 6

El Experto de los Naipes

Honoría despertó temprano, sintiéndose extrañamente sola, ya que Serena no compartió el cuarto con ella. Les habían asignado recámaras separadas, y los mozos se veían demasiado serios como para pedirles que movieran el equipaje para que pudieran compartir un cuarto, tal como lo habían hecho desde pequeñas. Después de vestirse caminó al cuarto de Serena, para empezar el día platicando con ella, como lo hacían casi todas las mañanas, generalmente antes de levantarse. Pero al llegar a su cuarto, se percató que estaba vacío. No era necesario pensar mucho acerca de dónde estaría. La respuesta era obvia: el establo. La excusa sería que estaba preocupada por Rufus, pero seguramente estaba desesperada por conocer los caballos del Sr. Allison. Verdaderamente, Genoveva Horton, ahora Lady Sumner, debió ser su hermana. Tenían demasiado en común. Los misterios del establo las emocionaba. Los caballos le interesaban a Honoría mientras cabalgaba, pero una vez los llevaban al establo, a ella no le nacía interés alguno por interactuar con ellos. Allí podían permanecer hasta que se necesitaran nuevamente, cepillados y listos para montar.

En todo caso, era mejor que ella fuera sola a caminar esa mañana. Los jardines se veían muy tentadores, y había visto un jardín en especial que quería ver, y un camino bordeado por rosales que conducía a una gran pérgola al fondo.

La relación fría entre el Sr. Allison y ella era un punto doloroso. Él los había invitado para proponerle matrimonio, y según su papá las intenciones de él habían sido muy claras, pero por su comportamiento hacia ella, eso no se podía saber. Tal vez él también se sentía tímido y avergonzado por la situación, al igual que ella. Pero no, un caballero de sociedad como el Sr. Allison no se sentiría avergonzado. Entonces tal vez él era así de frío y formal. Aunque, ella recordaba un tono diferente en su voz cuando bailó con ella, y en

ese horrible té él había intentado ayudarla a sentirse más cómoda. Su propio nerviosismo probablemente le hizo perder su encanto ante él, pero entonces ¿por qué hablarle a su papá? Era extraño. Él era extraño. ¿Podría ser que su ánimo era tan cambiante como el Sr. Fipps, el apotecario en el pueblo de Fenton? Su esposa le comentó a su Mamá que ella nunca sabía si de un momento a otro él iba a sonreír o estar enojado.

Cualquiera que fuera la razón, ella sabía que su deber era casarse con él para ayudar a Mamá, Papá, Serena y los niños. Casi no había sonreído desde que arribaron, y su mamá le llamó la atención por eso. ¿Cuál era el problema? Ella estaba allí para atraer la atención de un hombre apuesto y adinerado. Ciertamente, ella no conocía su carácter aún. Dejó de caminar y jugó con las piedras de mármol blanco del camino con la punta de su zapato. Ella sospechaba que Genoveva Horton se había equivocado al determinar el carácter de su esposo. Recordó la advertencia que la otra chica le había dado, pero Genoveva no sabía lo importante que era para su familia que Honoria aceptara esta propuesta.

Aún así, pensó con un poco de esperanza, si se determinaba que el Sr. Allison era un libertino, por decir, o alguien cruel, su Papá nunca estaría de acuerdo. Ese pensamiento la alentó.

La calma de la mañana fue interrumpida por un grito de llanto, causando que Honoria levantara la vista para determinar la causa. Un niño desalineado se había caído de una carreta que entregaba bienes en una puerta al costado de la casa. El Sr. Allison, quien también se levantó temprano, llegó corriendo. Se agachó, levanto el niño y lo puso de vuelta en la carreta. El conductor, probablemente el padre del niño parecía estar disculpándose. Ella vio como el Sr. Allison revisó que el niño no se hubiese lastimado, y con una última palabra para el conductor y una sonrisa, se despidió de ellos.

Uy no, pensó ella, haciendo un puchero trágico, parecía que el Sr. Allison no era mala gente después de todo. Él entró nuevamente a la casa y ella suspiró. Ahora tendría que ser lo más abierta y encantadora posible. Estaba decidida a sonreírle al Sr. Allison todo el día, y no temblar de miedo. Lograría cumplir su misión, aunque pensó qué tan insatisfactorio era ser noble y abnegado cuando nadie más lo sabía.

Con firme resolución regresó a la casa, caminando con propósito. Todo hubiera caminado de maravilla, si no fuera por el hecho desafortunado de enamorarse mientras iba camino al desayuno.

Benedict disfrutaba su nueva habilidad para vencer a Carstairs en sus juegos de cartas, pero su amigo ya no era un reto. Era hora de dar un paso más, de retarse. Disfrutaría de la compañía de su tío nuevamente, por lo que se encontraba de nuevo camino al cuartito al lado de la recámara, para presenciar el delicado proceso de cómo su tío se preparaba para enfrentar el día.

— Su tío le ha dicho, *Monsieur*, que está prohibido que lo visite durante su *heure de toilette*. Prohibido, ¿comprende? — El minúsculo hombre que ayudaba a su tío hablaba rápidamente mientras subían las escaleras. — Él se está creando todas las mañanas. Nadie, excepto yo, lo sabe, y yo no le diré a nadie, que él se reinventa todos los días. Es el trabajo de un artista verdadero, y es un sacrilegio interrumpirlo. Yo dejo de respirar cada vez que veo que escoge un nuevo color, o le hace un nudo diferente a su corbata. Le repito, tengo que contener la respiración por el asombro que me provoca.

Benedict miró al hombrecillo, y quitó la mano de él de encima de su brazo, como si espantara una mosca. — Pierre, te diré algo, — le dijo mientras esquivaba el pequeño obstáculo en su camino, — Yo prometo contener la respiración también —. Le dio una palmada en la cabeza a Pierre cuando pasó a su lado. Pierre tomó una boconada de aire, ofendido, levantó la cabeza lo más posible y caminó rápidamente enfrente de él, sin voltear a mirarlo.

El creativo artista estaba parado enfrente del espejo, vestido solamente con su ropa interior, arreglando su pelo rizado de una manera más atractiva. Ver a su sobrino aparecer detrás de él causó que arqueara sus cejas. — Vamos Dicky, esto es demasiado. Soy un hombre armonioso, pero ¿te gustaría que te interrumpiera antes que hubieras empezado el día?

— Son las once y media. Desayuné hace cuatro horas.

— Niño malcriado. Apuesto que Carstairs no lo hizo. Anoche lo vi donde la Condesa Overton.

— Cierto, — sonrió Benedict, — él desayunó un poco más tarde.

— Y tú, supongo, estabas ya metido en cama a una hora decente, al igual que tu papá. Demasiado saludable para su propio bien, es Ranalph.

Para ese momento ya se había cubierto con una bata que le hacía competencia a la de Carstairs por el color tan chillante. Benedict tomó un pan dulce del plato y se lo comió, apartando la vista de su tío. — Para ser sincero, estuve despierto hasta las cuatro. Fui a un lugar en Blackwall. Me habían dicho que vería a Rennie allí, — encogió los hombros. — No fue así.

— ¡Cuatro de la madrugada! Ah, la fuerza de la juventud —. El Sr. Fenton mayor portaba una sonrisa nostálgica. — Entonces sí quieres venganza.

— No, para nada. Pero quería jugar con él igual. Quería saber...

— Qué tan hábil te has vuelto. Bueno, tienes talento, eso no se puede discutir —. A pesar de sí, Benedict sintió orgullo. — Pero probablemente él se daría cuenta —. Su orgullo explotó como una burbuja de jabón.

— Sería bueno intentar.

— Tienes agallas, eso lo admito. Pero, considera el escándalo si te atrapan. Randalph estaría más que conmocionado, y reflejaría de mala manera sobre la familia entera.

— No lo... — Benedict respiró profundamente. — No, tiene razón. Si hay la más mínima probabilidad de que se dieran cuenta, no puedo...

— Exactamente. Gracias por pensar en mí. Mi reputación de oro correría peligro.

Benedict soltó una carcajada. — ¡No podemos permitir eso!

— ¡Por supuesto que no! — Su tío sonrió. — Ya me deberías contar, ¿a quién quieres ganarle? ¿Por qué todas estas visitas tediosas? No es que no te quiera, pero si no fuera por el asunto delicado del retraso con tu comisión, no creo haberte alentado para que me visitaras a estas horas tan de madrugada...

— ¡Es casi medio día! Y no recuerdo que me hubiese alentado en algún momento.

— No me interrumpas, te estoy regañando —. Pierre ayudaba al Sr. Fenton a ponerse los pantalones. — A horas de la madrugada para interrumpir mi paz y tranquilidad. Verdaderamente, una vez se acabe tu visita a la ciudad, sinceramente espero que pase un tiempo prudencial hasta la siguiente vez que te vea. Seis meses, digamos.

Benedict se sentó en una silla y puso su pierna encima del brazo mientras continuaba comiendo el resto del refrigerio matutino de su tío. — Muy rico el pan. Si le digo quien es, ¿me ayudaría?

— Por supuesto que no —. El saco se le ponía con la precisión más delicada. El método de hacer sus brazos hacia atrás lo más posible para que ambas mangas entraran a la vez (debido a que el saco le quedaba muy ajustado) causó que Benedict sonriera malvadamente. Su tío frunció el ceño. — Pero dime de todos modos.

— No le puedo decir el porqué, pero es Lord Sumner.

Su tío rio abruptamente. — No tendrás mucho que hacer allí. Según los rumores, ya no tiene un centavo.

— Pero no puede ser. Es que...

— Ah, te refieres al dote de su esposa. Ya no existe, según he escuchado.

Tiene el título, por supuesto, pero apuesta todo el ingreso de sus terrenos, y la tierra no da para mucho si no se maneja bien. Está viviendo bajo la premisa que heredará la fortuna de su tía, Lady Harrington. Tan adinerada como el rey Midas, según dicen las malas lenguas.

La sonrisa de Benedict se desvaneció, y su expresión se tornó desanimada. Su tío, viendo la cara de su sobrino reflejada en el espejo mientras ajustaba su corbata, frunció el ceño. — Y ahora ¿por qué tan deprimido? — La luz se encendió en la mente de Wilbert. — La esposa. Ella es de la familia Horton de Ottershaw. Dicky, ¿no estarás enamorado de esa chica con nariz de águila?

— Por supuesto que no. Quiero decir, Lady Sumner es una gran amiga mía y no me gusta su descripción de ella. Un hombre portando un cojín amarrado a la cintura no debería tirar piedras.

Wilbert contentamente le dio unas palmadas a su estómago. — ¿Cuál es la historia?

— Eso no le puedo contar. ¡Demonios! — Empezó a caminar de un lado del cuarto al otro, dentro del espacio limitado. Luego se detuvo. — ¿Quién ganó el dinero de Sumner?

— Tu amigo Rennie le quitó cinco mil guineas de un solo. No sé quiénes más.

— Señor, ¿podría averiguar los otros nombres?

— ¿Por qué lo haría?

— Para nuevamente disfrutar de sus mañanas en paz durante los siguientes seis meses, por lo menos.

— Hecho. Nos vemos donde Jackson mañana a las cuatro.

Sucedió de esta manera. Honoria entraba a la casa, con la intención de presentarse en mejor plano a su pretendiente, cuando vio en la entrada un hombre vestido con uniforme militar. Estaba parado con su espalda hacia ella, una espalda fuerte y varonil, con un saco color escarlata, y pelo oscuro un poco más largo de lo normal tocando el cuello del saco. Ella no le había visto la cara, pero su corazón se detuvo. Él miraba al Sr. Scribster, quien descendía la escalera. — ¡Gus! Acabo de llegar —. Honoria pudo ver su oreja izquierda, y tuvo la sensación más extraña de enamorarse de ella. Su forma tenía grandes posibilidades. — ¿Dónde están las bellas mujeres de Rowley?

— Una está justo detrás de ti. Señorita Fenton, le pido disculpas, y le presento al teniente Darnley Prescott, primo de nuestro anfitrión.

Él se dio la vuelta y rio, y tomó su mando de una manera amistosa. Era muy

parecido al Sr. Allison, con la barbilla partida y sus ojos cafés sonrientes, pero su manera de ser cálida, al igual que su rostro agradable, eran un bálsamo para su alma. Seguramente él era la encarnación de sus sueños. Casi no pudo seguir la conversación, ya que su ingrata timidez no le permitía responder bien. Él le pidió disculpas, y luego ella le dijo que no se preocupara, y ambos rieron. Ella sintió que se sonrojaba.

Cuando alzó la vista, vio al Sr. Scribster que los observaba con sus ojos brillantes e inteligentes, y frunció el ceño. ¿Por qué estaba él allí? Y, ¿por qué esa mirada tan astuta?

Los tres se dirigieron al desayunador, donde ya se encontraban Serena y sus padres. Ella entró apoyada del brazo del teniente Prescott. Teniente Darnley Prescott. ¿Acaso existió un nombre más maravilloso? Él saludaba a su familia, haciendo que todos sonrieran. Serena comentó que siempre era grato conocer a uno de los héroes de Wellington, y él trató de restarle importancia, diciendo que pasó la mayor parte del conflicto asignado a una oficina. Mientras comían, el Sr. Allison, quien casi se había vuelto humano cuando saludó a su primo, le hizo unos comentarios acerca del clima. Ella no le escuchó, y dos veces su Mamá tuvo que llamarle la atención. La habían criado de tal manera que sabía que no podía quedarse viendo el divino rostro del Sr. Prescott, pero toda su atención estaba centrada en él, a pesar de que él se sentó con dos personas entre ellos, y ella miraba su plato de comida fijamente.

Serena, aunque actuaba con su alegría y entusiasmo habitual, sentía una sensación rara. No era debido a la bella, enorme, casa o las personas que la rodeaban. ¿Por qué la afectaría cuando podía estar cerca de caballos y un establo de primera? Pero sentía que había perdido algo. La noche anterior fue al cuarto de Honoria, se sentó en la cama y abrazó sus rodillas mientras Honoria se preparaba para ir a la cama.

— Bueno, el Sr. Scribster no ha mejorado ahora que lo conocemos. Se viste como el abogado de Papá, y creo que su rostro se partiría si intentara sonreír.

— ¿Qué? — preguntó Honoria. — Tienes razón. No, no ha mejorado.

— Pero el Sr. Allison es tan apuesto como recordaba, pero casi tan frío como cuando nos visitó en la Mansión Fenton. Tal vez está siguiendo tu ejemplo. ¿Actuaste de esta manera toda la temporada?

Honoria no respondió más que con un — Mmm —. Serena esperaba que le hubiera tirado el cepillo para que dejara de molestarla, pero no fue así. Mejor cambió de táctica. — Orry, ¿por qué sigues tan nerviosa? ¿No crees que podemos solo disfrutar la visita aquí? Es tan hermoso, y podemos salir a

caminar o a cabalgar todos los días. Benedict vendrá pronto, y no están los niños aquí para molestarnos.

— A mi no me molestan los niños, — protestó Honoria.

— No todo el tiempo, — respondió Serena, abriendo los ojos grandes. — ¿Qué me dices de cuando Cedric interrumpe nuestras caminatas al pedir que juguemos cricket? ¿O cuando Angélica enredó todos tus hilos?

— Cierto, pero me hacen falta.

— No te pueden hacer falta. ¡Apenas llegamos!

— Es un poco extraño estar aquí, eso es todo, — dijo Honoria, limpiando su cepillo.

Hubo algo en la voz de su hermana que hizo que Serena brincara de la cama y corriera a abrazarla. Miró a Orry en el espejo y le dijo, — Es una aventura, sabes. No tienes que hacer nada si no quieres. Quisiera que te pudieras sentir bien.

Orry sonrió y la abrazó fuerte. — Lo haré, lo prometo. Solo soy un poco tímida. Tu sabes que así soy con la gente que no conozco bien.

Serena no creyó del todo lo que le dijo, pero con un último abrazo, se despidió por la noche.

Era raro sentir esa distancia entre ellas. De repente entendió que, si los planes de su Mamá para la visita se llegaban a realizar, Honoria y ella se separarían de manera permanente, y dentro de poco tiempo.

La primera vez que Benedict fue al Salón de Boxeo de Jackson fue muy emocionante para él. Sabía que muchos jóvenes en la ciudad darían lo que fuera por entrar y poder estrechar la mano del legendario Caballero Jackson, luchador sin igual, quien tenía la maravillosa idea de permitirle a los jóvenes de sociedad la oportunidad de entrenar con los mejores. Las puertas abiertas que tenía su tío a muchos sitios de los cuales otras personas solo podías soñar era algo por lo que Benedict estaba agradecido, aunque su papá le había advertido de ciertos lugares a donde su tío podría ofrecer llevarlo que en ninguna circunstancia debería aceptar ir. Por lo general, Benedict se sentía ansioso por cambiarse y pelear, una vez incluso con el gran hombre en persona, pero su visita de esta tarde fue breve. Su tío formaba parte de un grupo de hombres ya mayores, pero aún a la moda, vestidos demasiado formales para el entorno lleno de sudor y aserrín que los rodeaba. Veían una pelea entre Freddy Poole y Sir Neville Austen. Benedict tocó el hombro de su tío, y este volteó a verlo. Le entregó un pedazo de papel y puso su atención

nuevamente en la pelea. Benedict giró para marcharse, y casi había llegado a la puerta cuando la voz clara pero despreocupada de su tío llegó a sus orejas.

— Seis meses, jovencito.

La risa de Benedict se escuchó claramente antes de que la puerta de salida se cerrara.

Capítulo 7

Honorina, ¿Enamorada?

Después del desayuno, las damas pasaron a un pequeño salón donde se sentaron a trabajar. Serena bordaba unas pantuflas para su papá, y tenía el terciopelo sobre el marco para bordar. Los dedos hábiles de Mamá reparaban los tirantes de un bonete de encaje que la pequeña Angélica había roto. Luego de encontrar un alfiletero alto hecho de madera grabada con terciopelo relleno en la punta, Honorina estaba ocupada plegando y fijando un listón grueso, creando un moño que se podía utilizar como adorno de un sombrero de paja o en su pelo natural.

— Estuviste muy callada durante el desayuno hoy, — comentó Mamá.

— Lo sé, Mamá. Intentaré ser más amigable en el futuro, — dijo Serena, bajando la vista inocentemente.

— Muy chistoso, Serena, — respondió Mamá.

Honorina miró a su hermana, sonriéndole en gratitud.

— Pensé que ya se te había pasado la timidez con el Sr. Allison, — insistió Mamá, — pero tal vez fue la llegada del nuevo invitado que hizo que te callaras nuevamente. No lo entiendo, Honorina. No eres así en casa.

Viendo cómo su hermana se sonrojaba, Serena volvió a contestar. — Son los hombres de la ciudad, Mamá. Son tan diferentes a nuestros conocidos en el campo que nos hacen temblar de nervios.

Su mamá la miró por un segundo. — No me pareció verte temblar, Serena. No diré que eres demasiado aventada, pero debes dejar que tu hermana también se pueda apreciar.

Serena se sonrojó. Estaba acostumbrada a los regaños gentiles de su mamá, pero esto parecía ir un poco más allá.

— Eso no es justo, Mamá, — refutó Honorina. — Sabe que Serena solo

llenaba los silencios que yo no podía, debido a mi penosa timidez.

Los ojos de su mamá se abrieron al escucharla. — Yo sé que ambas son niñas buenas. Tal vez yo estoy un poco nerviosa, bueno, ya que espero que todas nos podamos divertir.

Fue lo único que se mencionó del tema, pero fue suficiente como para que Honoria sintiera la pesada mano del destino aplastándola de nuevo. No tardaron mucho antes de que empezaran a hablar entre ellas como siempre. Honoria no se puso nerviosa nuevamente, hasta que mencionaron el nombre del teniente Prescott. Solo escuchar su nombre la emocionaba, y no pudo seguir participando en la conversación. Mamá se preguntaba cuál era la situación del teniente Prescott, y cómo estaba emparentado con el Sr. Allison. Basado en su conocimiento limitado de la familia y sus diferentes ramas, su pensamiento fue así, — Ha de ser el hijo de una hermana, ya que su apellido no es Allison. Pero puede ser un primo en segundo o tercer grado, ya que frecuentemente se introducen a otras personas como primos... Ah, ¿escucho la voz del Sr. Scribster en el pasillo? Por favor, Honoria, pídele que entre. Estoy segura de que él nos puede iluminar.

Honoria caminó a la puerta e hizo lo que su mamá le pidió. — Sr. Scribster, ¿podría acompañarnos en el salón? Mi Mamá le quisiera hablar.

Él encogió los hombros, con completa falta de modales, y contestó, — Está bien — mientras se quitaba el saco.

Honoria sintió encenderse en ira, pero se controló. Sin embargo, el Sr. Scribster aparentemente se dio cuenta, ya que arqueó una ceja, lo que ella pudo ver por debajo de la cortina de su pelo liso. — ¿Cómo la he ofendido, Señorita Fenton?

Bueno, pensó Honoria, ni siquiera te molestas en responder de manera cortés o fingir un interés en nada ni nadie, hombre grosero y odioso. Pero se limitó a decir en tonos dulces, — Para nada, señor. Estoy segura de que usted nunca ofende a nadie —. Al escuchar eso, Scribster arqueó ambas cejas, pero la siguió obedientemente al salón.

— Sr. Scribster, ¿ya dejó la compañía de los otros caballeros?

— Tal como lo puede ver, madame.

Honoria observó que su mamá titubeó un segundo, sorprendida por su respuesta tan corta. Sin embargo, siguió con su acometida. — Debe venir a admirar nuestra labor.

Scribster observó el trabajo de las tres damas y se quedó callado.

— Serena es muy hábil, ¿no lo cree? — preguntó Mamá.

Él se sentó en una silla desocupada y contestó — Yo no puedo opinar sobre los bordados.

Un pequeño sonido de enfado escapó de Honoria, y él le miró a los ojos por un segundo. Pero fue Serena quien contestó. — Pocos hombres lo pueden hacer, señor. Pero no le hemos invitado aquí por eso. Quisiéramos preguntarle acerca del primo del Sr. Allison. ¿Hace cuánto lo conoce?

— Tengo muchos años de conocerlo.

— Y, ¿cuál es su parentesco con el Sr. Allison?

— Me parece que lo presentaron como su primo, — contestó despreocupadamente el Sr. Scribster.

Honoria se levantó abruptamente y caminó a la ventana.

Su Mamá no se daba por vencida. — ¿Es hijo de una tía, entonces?

— Allison no tiene tías.

Honoria se dio la vuelta desde la ventana y lo miró tan intensamente que su pelo empezó a rizarse. Él no bajó la mirada mientras que Lady Fenton continuó con las preguntas. — ¿Es hijo de una prima?

— Ciertamente, — contestó. Sus ojos entrecerrados aún miraban a Honoria.

— Hablar con usted es como...

— ¡Serena! — interrumpió Mamá. Continuó pacientemente preguntando — Entonces la prima del Sr. Allison tuvo un hijo, y ¿ese hijo es el teniente Prescott?

— Es correcto, — contestó el Sr. Scribster mientras observaba a Honoria, quien le dio la espalda y estaba observando el mundo exterior por la ventana. — La Señorita Annabelle Allison, prima de mi amigo, se casó con el Sr. Prescott, y tuvieron a nuestro más reciente invitado —. Honoria arqueó sus cejas, pero fue Serena quien dio voz a sus pensamientos.

— Nos dio información sin que se la preguntáramos, señor. Nos sentimos honradas.

— Deberían estarlo, Señorita Serena. Me temo que es algo que pasa muy raras veces.

Honoria lo miró con disgusto y nuevamente se giró hacia la ventana. Se escuchó ruido en el pasillo de los caballeros que iban pasando, y en pocos momentos entró el grupo al salón, liderado por el Sr. Allison.

— Damas, pedimos disculpas por invadirles el espacio aun cubiertos de tierra.

Honoria rígidamente hizo una reverencia y tomó de nuevo su asiento para seguir con sus labores.

— No se preocupen, caballeros. Espero que se hayan divertido, — comentó Lady Fenton.

— Así fue, — contestó Sir Ranalph, — aunque la lluvia nos agarró por sorpresa, así que mandamos a Scribster para que nos pidiera algo de vino antes de subir a cambiarnos para el almuerzo —. Papá obviamente estaba disfrutando de la compañía, y se comportaba como su ser jovial de siempre.

— Temo, — dijo Scribster de lo más despreocupado, — que me entretuve con las damas.

Honoría jaló una boconada de aire cuando se puyó con un alfiler. El teniente Prescott le dio su pañuelo cuando lo notó. — Déjeme, Señorita Fenton —. De repente, su rostro apuesto estaba cerca del de ella, su mano grande tomó posesión de la mano pequeña de ella, y él se arrodilló en frente de ella, usando el pañuelo como venda. Honoría no podía respirar, tal como les pasaba a las heroínas en las novelas que leía. El roce de sus manos la hizo temblar y Serena se dio cuenta. Se acercó a ella, diciendo, — Vamos hermana, creo que debemos curar tu dedo y alistarnos para el almuerzo —. El teniente ya se había apartado y estaba pidiendo el vino.

El Sr. Allison se inclinó cuando las hermanas pasaron frente de él, y Honoría le contestó con una sonrisa tímida. Ya que Lady Fenton hablaba con su esposo y su primo, Allison pudo comentarle a su amigo en voz baja, — Esa chica puede ser hermosa, pero es tan animada como el trofeo de cabeza de venado en el pasillo. ¿Cómo puedo seguir con esto?

— En cuanto a eso, todavía no entiendo por qué deberías hacerlo. Tu forma de honor es un misterio para mí.

— ¿Acaso tienes honor propio como para juzgarlo? — preguntó Allison.

— Suficiente como para decirte que te equivocas en cuanto a la Señorita Fenton. Te aseguro que puede ser bastante animada. Yo mismo, al parecer, puedo hacer que su ira se encienda como un fósforo.

— Tienes ese efecto en muchas personas, pero no te puedo creer en este caso. Ella es el bello títere de sus papás. ¿Qué le hiciste?

— Nada más que ser yo.

— Bueno, eso ya de por sí es irritante. Pero ¿creer que ella demuestra su enojo? Casi me dan ganas de molestarla hasta lograr que me conteste.

— Y ¿qué quieres hacer con su hermana?

— Nada. Eso se acabó. Es una jovencita muy amable, pero era — Scribster rio, interrumpiéndolo, — Sabes, Gus, creo que ya sé por qué medio mundo te odia. Creo que yo también empezaré a hacerlo.

Serena le susurraba a Honoria mientras subían la escalera hacia las recámaras. — ¿Por qué rayos te enamoraste del teniente Prescott?

— ¡No lo hice! — le siseó su hermana.

— Si lo hiciste.

Llegaron a la recamara de Honoria y ambas se tiraron encima de la cama.

— No, en serio no. Es que me pongo ansiosa cuando estoy cerca de hombres apuestos. Y el teniente es muy, muy apuesto.

— Es casi el gemelo del Sr. Allison, y no te pones así con él, — contestó Serena. Honoria miró al techo un segundo y Serena se inclinó hacia ella para tomarle las manos. — ¿Qué pasa Honoria? ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Honoria luchó con su conciencia al contestarle con solo parte de la verdad. — Si tan solo Mamá no me hubiera comentado la razón por la que estamos aquí, creo que me hubiera podido relajar y disfrutar del viaje. Pero saber que el Sr. Allison me podría proponer el matrimonio en cualquier momento me pone los nervios de punta. Y eso significa que no me puedo relajar lo suficiente como para conversar o ...—

— Te entiendo. Solo que el Sr. Allison es muy amable, Orry, y tú dices que su primo es muy apuesto, así que te gusta cómo se ve.

— Si, — contestó Honoria, aliviada de poder confesarle parte de sus preocupaciones a Serena, — y vi cómo él ayudaba y se preocupaba por el hijo del conductor de una carreta, todo mientras él pensaba que nadie lo veía. Yo sé que es un hombre compasivo —. Ella suspiró.

— Pues no tienes que estar tan contenta, — bromeó Serena.

Honoria se rio. — Supongo que me estoy ahogando en un vaso de agua. Intentaré conocer mejor al Sr. Allison. Parece ser muy... agradable a pesar de su forma de ser reservada.

¿Era agradable y reservado el ladrón roba zapatillas azules? — Es un poco más que eso. Y ser ama de Bassington Hall no sería el peor destino del mundo. Tal vez el teniente Prescott también tiene una fortuna, y yo lo puedo atrapar como mi esposo. Así Papá no tendrá que pagar por mi temporada en Londres.

La broma acerca del tiempo que Honoria pasó en Londres le pegó en el corazón. Pero algo que su hermana dijo le dio un poco de esperanza. — Tal vez si lo sea. Deberíamos decirle a Mamá que lo averigüe.

— No te preocupes. Estoy segura de que ya lo está investigando. Ni siquiera la legendaria reserva del Sr. Scribster es capaz de resistir a Mamá

cuando ella quiere descubrir algo.

Tal vez el primo tenía suficiente dinero, y tal vez, si llegaba a quererla... Ay Honoria, ella pensó, eres tan ridícula. Pronto vas a pensar que el Sr. Scribster también te admira. El teniente no era más que un apuesto y simpático héroe con una naturaleza gentil y amable (evidenciada por el pañuelo que ella guardó cerca de su corazón), de quien no tenía caso enamorarse.

Rowley Allison no podía mirar a su amigo Gus Scribster cuando estaba en presencia de Serena Fenton. Evitaba estar cerca de ella lo más posible, pero había momentos... como cuando su querido, pero no muy inteligente primo Darnley repitió algo que escuchó sobre el caballo más reciente que compró Lord Sumner. — Mi amigo se lo vendió, y como él dijo, al principio puede parecer que no tiene espíritu, pero una vez reconoce a su amo, seguramente saldrá a brillar.

Serena Fenton lo había visto a los ojos, llena de risa y alegría. — Y ¿cuánto tiempo cree su amigo que llevará ese proceso?

El teniente se rascó la cabeza. — Pues no lo dijo. Pero supongo que llevará un tiempo, porque él lo tuvo por dos meses antes de que mostrara algo de espíritu. Pero se ve muy bien, ¿sabe?

Serena soltó una risada y miró directamente al Sr. Allison para reír junto con él. Él sonrió y le dijo a su primo, — Espero que tu nunca le compres un caballo a tu amigo.

Prescott se mostró confundido. — Pero si tu sabes que Papá insiste que compre todos mis caballos en Tatersall. De otra manera no aguantaría los reclamos —. Su padre era un hombre sensato, y no dejaría que su hijo fuera engañado por sus amigos ostentosos.

Al dejar el desayuno, Serena lo tomó del codo y lo jaló para hablarle separados del grupo. — Entonces mi bandolero, ¿siempre ha sido tan mentecato su primo, o solo es así con los caballos?

Él miró la expresión de confianza y picardía en sus ojos, y no la pudo rechazar nuevamente. Se relajó y le contestó, — Mi primo, Señorita Serena Fenton, no es un mentecato. Un ingenuo tal vez, pero no mentecato. Esa palabra sugiere alguien quien va sin rumbo, haciendo estupideces. Mi primo, al contrario, es apuesto y lleno de confianza y se mueve como un verdadero inocente, sin darse cuenta del caos que deja a su paso.

Ella se rio, pero su Mamá la llamó y ella se fue. Scribster estaba en el pasillo junto con los demás, pero su altura le permitió ver lo que sucedía y

lanzarle una sonrisa irónica a su amigo. Él tenía que mantenerse apartado de ella, eso era todo. Mantener la distancia de sus ojos brillantes, su sonrisa traviesa, para detener el deseo que sentía que lo atacaba como una oleada. La observó entonces, y él claramente vio que ella no tenía idea de lo que él sentía por ella, y además no compartía esos sentimientos. Algún conocimiento innato de su ser hacía que ella lo volteara a ver cuando algo le parecía chistoso o entretenido y ella pensaba que él también lo consideraba de la misma manera, y buscaba que ellos fueran amigos. Eventualmente, una vez estuviera casado con su hermana, tal vez podría llenar ese papel en su vida. Pero no ahora. Mientras se alejaba, la sonrisa sardónica de Gus siguiéndolo, se imaginó el horror de las visitas de su futura cuñada. Seguramente para ese entonces, él se habría enamorado de su bella, obediente, y totalmente aburrida hermana.

Los padres de las chicas no eran exigentes, pero la mamá sí sugirió varias actividades para los “jóvenes” diseñadas, estaba seguro, para darle la oportunidad de hablar con Honoria en privado. Esa mañana observó a la Señorita Fenton mayor durante el desayuno, y pensó que su propia falta de iniciativa le estaba causando dolor. ¿Era tristeza lo que reflejaba su rostro? No lo miró durante toda la comida, sino que se enfocó en su plato, sonrojada, o distraídamente perdía la vista en la distancia. Al pensar que ella se sentía mal, decidió hablar con ella después de la comida, ya que la había mantenido en ascuas demasiado tiempo y no podía continuar ignorándola. Pero de repente ella sonrió de una manera tan radiante que hizo que él cambiara de opinión. Estaría bien dejar la plática para otro día.

Hicieron planes para salir a cabalgar después del desayuno, y cinco de ellos iban a intentar llegar al molino y regresar antes del almuerzo. Aunque las hermanas eran muy similares en cuerpo y color de pelo, le era fácil a Allison diferenciar cuál de las dos era Serena, aún viéndolas por detrás. Ella portaba un vestido de terciopelo verde con un sombrero estilo chacó, mientras que el vestido de su hermana era de lana azul con trenzas doradas. Scribster se subió al caballo justo a su lado. Cuando él se preguntaba si había acertado en su identificación de Serena, ella giró su caballo hacia su primo, quien caminaba al lado del caballo que iba a montar.

— ¿Quién preparó ese caballo? — preguntó, su rostro enrojecido de ira. Serena señaló al caballo. — Llévenlo de regreso al establo inmediatamente —. Mientras el grupo la miraba con asombro, ella añadió, — Tiene un espolón desguinzado. ¿No ven cómo está caminando?

El mozo del establo, Taft, luego de ver que su amo le inclinó la cabeza para

darle permiso, se agachó e inspeccionó la pierna que Serena indicó. — Hay un poco de inflamación, Sr. Allison, señor, pero no mucha.

— Habrá mucha más si hacen que cabalgue cargando a un hombre de 89 kilogramos durante dos horas. Llénenlo de regreso, y yo... — dijo ella mientras intentaba desmontar.

— Taft sabe qué hacer, Señorita Serena, se lo aseguro, — la interrumpió Allison.

Ella frunció el ceño, su expresión claramente indicando que ella pensaba que no se podía confiar en un mozo quien había ensillado a un caballo lastimado. — Muy bien, señor.

Él tuvo que suprimir una sonrisa, y conceder el punto. — Lo siento Darnley, no hay otro caballo en el establo, exceptuando Rufus del Sr. Fenton, que aguante tu peso, — le dijo a su primo mientras empezaba a cabalgar, esperando que los demás lo siguieran.

— Lo lamento tanto, teniente Prescott, — comentó Honoria, aunque su caballo había empezado a ir a medio galope, y ella debía prestarle atención.

El Sr. Allison apuró a su caballo para que empezara a galopar, y así poder dejar a los demás atrás y poder sacar de su cabeza la atracción que sentía hacia Serena en su papel de belleza autocrática. Su corazón estaba hinchado de orgullo, aunque no tenía razón para sentirlo. Mientras cabalgaba velozmente no se sorprendió que ella casi lo alcanzara, dejando atrás a Scribster y su hermana, quienes aún iban a medio galope.

Capítulo 8

La Oferta del Sr. Scribster

Honorina cabalgaba junto al Sr. Scribster, aunque su corazón seguía con el noble teniente, con quien ella había deseado tener la oportunidad de hablar durante el paseo de hoy. Ella sabía que lo más probable era que se hubiera limitado a escuchar al teniente Prescott, porque mientras más se le acercaba menos capaz era de hablar. Pero no importaba, a ella le bastaba escucharlo y observarlo. Es lo que hizo durante el desayuno, hasta que la risa de Serena la interrumpió. ¿De qué se reía? Seguramente no...

— Pobre teniente Prescott.

No se dio cuenta que habló en voz alta, pero el Sr. Scribster le respondió. — ¿Por qué? ¿Porque impidieron que lastimara un caballo?

El Sr. Scribster observó cómo Honorina apretaba la mandíbula, cómo los músculos de su rostro luchaban por mantener el control.

— Ya, ¡dígalo!

— ¿Disculpe? — preguntó ella en un tono de voz que indicó que la había ofendido.

El Sr. Scribster rio, algo que ella no hubiera creído posible que saliera de ese rostro miserable y triste. — Dije dígalo, o la bilis la va a ahogar.

Honorina sí se atragantó cuando, por buenos modales, detuvo la contestación apropiada a ese comentario.

— Se lo dije. Debería reclamarme que soy un patán sin sentimientos, o lo que sea que se muere por decir —. Ella le miró como si lo quisiera matar. — Sí, me ha mirado de esa manera durante bastante tiempo. ¿No tiene un poco de honestidad que le permita decir en voz alta lo que realmente siente?

— Usted, señor, tiene suficiente *sinceridad* como para el país entero. Si tan solo tuviera los modales para limitarlo... — Honorina cerró la boca,

sorprendida por su propia falta de modales.

— Me crio una madre escocesa. En su opinión, los modales estaban fundados en la sinceridad. Supongo que los suyos están fundados en la falsedad.

— ¿Falsedad? ¿*Falsedad*? Si sinceridad significa para usted destrozarle los sentimientos a todos los que estén a su alrededor con un comportamiento grosero abominable, entonces...

La expresión de Scribster mostraba interés, logrando transmitir ese sentimiento solamente con arquear una ceja. Honoria se mordió el labio y bajo la vista. — ¿A quién le he lastimado los sentimientos? ¿A usted?

— ¿Yo? Ni que me importara un comino lo que usted piense.

— Bien, — contestó el Sr. Scribster mientras frenaba su caballo para ir a la misma velocidad que Honoria. — entonces no hay problema. No necesito disculparme. Rowley generalmente me hace saber cuándo necesito pedir disculpas, y por supuesto, lo hago, aunque raras veces veo por qué es necesario.

— ¿No hay problema?

— Al parecer usted ha desarrollado la costumbre de tomar una de mis palabras y luego repetirla. Se está volviendo cansado.

— ¿Cansa...? — Honoria se detuvo de golpe y se atragantó con una risada. La situación era demasiado ridícula. — Usted, — le dijo, pero en un tono mas amable, — es una horrible persona.

— Listo, ya lo dijo, — comentó el Sr. Scribster. — Apuesto a que se sentirá mejor.

— Sin modales...

— Muy cierto.

— Y le divierte incomodar a los demás.

El Sr. Scribster lo pensó. — Creo que puede tener razón.

— Pero no tuvo éxito con el teniente Prescott. Sus comentarios acerca de que su puesto lo mantuvo lejos de la pelea, insinuando que es un cobarde, no lo afectaron en lo más mínimo.

— No, al parecer no tiene la agilidad mental para darse cuenta de lo que dije.

— ¡Que cosa! Solo porque un hombre tiene suficiente autoestima, suficiente nobleza, para que no le molesten los moscos como usted... — su voz regresó al tono apasionado de hace unos minutos mientras hablaba.

— ¿Un mosco? ¿En serio? Creo que soy un poco grande para ser...

— Que siente celos de una cara apuesta porque usted mismo es tan feo.

Hubo un silencio incomodo, ambos sorprendidos por el comentario de Honoria. Las cejas del Sr. Scribster se fruncieron. Honoria tapó su boca con una mano. — Sr. Scribster, le pido mil disculpas.

Los caballos se detuvieron y Honoria estaba congelada. Su mano tapaba su boca, como si fuera posible detener las palabras que ya habían salido, o tal vez volverlas a meter en su boca.

La expresión del Sr. Scribster no había cambiado, pero bajó la vista. Honoria se sintió horrorizada de ver que sus hombros se sacudían. Acercó su caballo para poder tomarlo del brazo con su mano enguantada. Cuando ella se inclinó hacia él para consolarlo, ella se dio cuenta que un musculo en el rostro de él se movió. Ella levantó rápidamente la mano y le pegó en el brazo con fuerza considerable. Años de defenderse de sus hermanos le habían enseñado cómo reaccionar. — ¡Se está riendo!

Él levantó la cara para poder verla, una sonrisa reemplazando su expresión habitual. — Me ha herido en lo más profundo, — le dijo. — Realmente ¿cree que es mejor decir feo, a decir un rostro serio pero interesante? Las personas han usado eufemismos como ese para describirme, pero usted es la primera mujer que me dice feo desde que salí de casa. Mi mamá me decía así.

Honoria sintió compasión por él. — ¿Su mamá? Oh, ¡pobre niño!

El Sr. Scribster sonrió una vez más, y súbitamente Honoria se dio cuenta cómo sus ojos oscuros podían cobrar vida con la travesura. — Ella me dijo que solamente una madre podía amar un niño feo como yo. Las mujeres hoy en día no buscan más allá de las apariencias. Al parecer, ella tenía la razón.

— No trate de engañarme para que sienta pena por usted, Sr. Scribster. No lo lograré dos veces. Si tan solo intentara ser mas ameno, yo sí me sentiría mal. Pero en todos los eventos sociales donde lo he visto, expresa la emoción de alguien que trabaja en una funeraria.

— No es cortés mencionar eso nuevamente. No es mi culpa que nací así.

— Y, — continuó Honoria, — si una dama de casualidad le dirige la palabra, usted le contesta con una de sus respuestas demasiado honestas que no le permiten dar una contestación adecuada.

— Es asombrosamente acertada en su descripción de mis interacciones sociales. ¿Acaso ha estado espíandome?

— ¿Espiendo?

— Lo hace de nuevo.

Honoria no pudo evitar reír. — No lo estaba espando, pero me enteré de

que insultó a la señorita Shaw. Su mamá me lo dijo cuando me senté a su lado durante la cena de los Raleigh.

— ¿Estuvo allí?

— Se acostumbra a tratar de recordar si conoció una dama anteriormente —. Scribster arqueó una ceja. — Tiene razón. Que tonto de mi parte esperar algo así de usted.

— ¿Qué horrendo comentario le hice a la señorita Shaw?

— ¿Realmente no recuerda? — Scribster no se molestó en responder. — No fue a ella, sino a su mamá, y ella lo escuchó. La mamá de ella le preguntó si usted pensaba que el color rosa favorecía a su hija. Y usted respondió que no.

— Bueno, porque había una chica de pelo más oscuro también vestida de rosa, a quien le quedaba mejor el color. Creo que la señorita Shaw se hubiera visto mejor vestida de otro color. Amarillo tal vez. Aunque no le hubiera ayudado con su acné —. Honoria hizo un sonido de disgusto. — Oh, espere. Creo que sí recuerdo. La chica de pelo oscuro, ¿era usted?

Honoria frunció el ceño. — Creo que llevaba puesto mi vestido rosa de muselina esa noche. Pero ese no es el punto.

— Le puedo asegurar que, si su mamá me lo hubiera preguntado en lugar de la Sra. Shaw, le hubiese respondido que sí, porque usted se veía muy bien vestida de rosa.

— Y aún así no se recordaba de mi presencia hasta hace unos momentos.

— Por supuesto que no. La temporada está llena de jovencitas atractivas. Y más aún de jovencitas no atractivas.

Honoria abrió la boca, asombrada por el comentario. — Usted es completamente...

— ¿Honesto? — interrumpió Scribster. — No puedo entender por qué está disgustada conmigo. Le acabo de dar un cumplido, que es algo que estoy seguro de que usted pensaba que yo era incapaz de hacer.

— Y también hizo un comentario negativo sobre la piel de la señorita Shaw.

— No hablé mal de ella. Comenté sobre el estado de su piel, así como las personas comentan sobre la mía.

Muy tarde Honoria se dio cuenta de la piel llena de hoyos y cicatrices del Sr. Scribster.

— Sarampión de niño. Pero sobreviví, como puede ver.

Honoria y él continuaron cabalgando a un paso tranquilo, sin poder divisar a sus supuestos compañeros. — La verdad puede herir a las personas, — dijo Honoria después de un rato. — ¿Por qué no simplemente se queda callado?

— Eso es lo que normalmente hago. El consejo de mis amigos, como Rowley, es que hable lo menos posible en los eventos sociales. Eso me da la reputación de ser poco amigable y engreído, ¿no? — Honoria sabía que él decía la verdad. — Por supuesto que sí. Pero ocasionalmente alguien pide mi opinión, y es mi deber contestarles honestamente.

Honoria suspiró. — Ha de ser una maravilla ser usted, Sr. Scribster. Puede hablar y no le importa qué es lo que dice. Estar en la sociedad sin la necesidad de entablar conversaciones o hacer comentarios ocurrentes. Pensar solamente en usted.

— ¿Es eso lo que usted quisiera hacer, señorita Fenton?

Esta vez su suspiro fue más profundo. — Por supuesto que no. Hay deberes que cumplir, y los buenos modales nos hacen sentir más cómodos a todos. Pero a veces...

— ¿A veces, señorita Fenton?

— No. No pensaré de esta manera —. Parecía considerar seriamente lo que iba a contestar. — Si usted hubiese dicho una mentira piadosa, que el rosa sí favorecía a la señorita Shaw, no le hubiera hecho daño. Al contrario, le pudo haber causado alegría.

— Si. Pero también le hubiera dado a su mamá la idea que la señorita Shaw era la ama indicada para el castillo Stane, y ese es un porvenir que no se lo desearía a nadie. Y luego la señorita Shaw y yo nos hubiéramos encontrado en otras situaciones sociales donde nuestras mentiras tal vez hubieran llevado a una situación incómoda para ambos. Aun si quisiera una esposa, no sería ella, — Honoria frunció el ceño de nuevo, — y no tiene nada que ver con su atroc gusto para los colores o su mala complexión. Sencillamente es que ella es una de las chichas mas cabeza hueca que he conocido.

Honoria consideró que ella también había evitado la presencia de la señorita Shaw. — Tiene una respuesta para todo, — comentó, aunque no estaba inconsciente de los paralelos entre la situación del Sr. Scribster y su propia situación.

— Entonces, ¿seguirá con sus mentiras piadosas, señorita Fenton? — De nuevo Honoria lo miró como si lo quisiera matar. — Sus ojos dicen que no, pero solamente cuando me ve a mí.

— Es porque usted tiene absolutamente ningún deseo de ser cortés, y eso me enfurece —. Volteó para verlo directamente. — Lo siento, Sr. Scribster. No he sido respetuosa.

— Y ha sido muy entretenedor —. Ella le sonrió renuientemente, y él notó

que se le veía a ella un camanance en una de sus mejías. — No me puede lastimar, señorita Fenton, sin importar lo que diga. Si le es necesario regresar a sus pláticas banales y corteses, ¿puedo pedirle que me excluya? Permita que exista al menos un lugar donde puede expresar sus pensamientos libremente, y ser tan ofensiva como quisiera.

— Usted es un vil y terrible hombre.

— Eso es una exageración. Digamos que a mi no me importan los modales. ¿Me dirá la verdad siempre?

Habían llegado a una puerta en una verja, y el Sr. Scribster se bajó de su caballo para abrirla, demostrando una condición física inesperada. Luego de abrirla, miró hacia arriba para verle el rostro a Honoria. — Ya que a usted no le importa ser cortés con los demás, yo no lo seré con usted. Creo que lo disfrutaré, — ella comentó.

— Tenemos un trato —. Él extendió la mano para cerrar el trato. — Desde ahora en adelante, siempre me dirá la cruda y triste verdad.

Ella titubeó al extender su mano. — No le diré mentiras piadosas, — ella corrigió. — No valdría la pena. Usted pareciera poder adivinar siempre lo que estoy pensando —. Las cejas expresivas de él se arquearon nuevamente. — Pero no le comentaré lo que no le compete, así que debe prometer que no me presionará.

Él extendió su mano más hacia ella. — Prometo que no lo haré. ¿Tenemos un trato?

Ella estrechó su mano por un breve instante. — Muy bien, repulsivo señor.

— Así se hace, — dijo el Sr. Scribster, estrechando su mano con firmeza.

Capítulo 9

Genoveva va a Bassington

Genoveva, Lady Sumner, recibió la carta de su esposo anunciando su próxima llegada el mismo día que recibió una carta de su tía, Lady Harrington, pidiéndole que regresara a la ciudad inmediatamente. Encontró su salvación en la segunda carta. Regresaría a la ciudad como se le había pedido. No podía dejar de hacerle caso a Lady Harrington. Y si el mayordomo le decía a su esposo que su carta llegó justo después de su partida hacia la ciudad, él no tendría cómo quejarse. Si Sumner fuera un hombre racional, que, desde luego, no lo era. Pero aún así era una excusa.

¿Por qué iría al campo? Ella sospechaba que su padre le pudo haber escrito para recordarle sus deberes y pedirle que estuviera junto con su esposa para la exhibición del condado. Él debió pensar que sería algo ameno para Sumner, como si a él le importara una exposición provincial. Entonces, ¿por qué venía? Porque ¿no estaba seguro cómo ella respondería a una orden de él para que ella regresara a Londres? No, él no temía que ella le fuera desobediente. Había tomado medidas para asegurarse que ella no lo fuera. Sus manos tocaron su cuello. Las marcas ya se habían desvanecido, pero ella pensó que siempre las sentiría allí.

Seguramente tenía sus propias razones para llegar. Un “respiro de aire fresco” es lo que sus amigos decían cuando era necesario viajar fuera de la ciudad para evadir los colectores de deudas, o recuperarse de los excesos de vivir en la ciudad. Él esperaría hasta la quincena, cuando sus tierras harían efectivas el pago y podría regresar a la ciudad. Pero ¿por qué emprender el viaje largo hasta allí, y no ir a Sumner? Precisamente porque era un viaje largo. Sumner quedaba a dos horas de la ciudad. Era muy improbable que alguien lo siguiera hasta Ottershaw para cobrarle.

Ella podía emprender el viaje de regreso ese mismo día, pero seguramente se encontrarían en el camino. Y ¿si pasaba a Bassington primero? Se había encontrado con el Sr. Allison varias veces, y podía dar la excusa que era necesario consultar con Serena acerca de un remedio para uno de sus caballos. De seguro él la invitaría para que se quedara con ellos un par de días, ya que los buenos modales lo requerirían. Le podría escribir a Lady Harrington y a su esposo (dirigido a él en Londres, para que no pudiera leer su carta hasta que regresara a la ciudad) para explicarles. Si tenía mucha suerte, su esposo se quedaría en Ottershaw hasta la quincena. Sintió su propio engaño. Él era su esposo, era inevitable que lo viera dentro de poco tiempo. Pero ella no podía, aún no. Necesitaba tiempo para aceptar lo ocurrido, y reconstruir su fuerza. Toda esta situación era su culpa. Ella aceptó cuando él le propuso matrimonio. Debía regresar con él. Pero todavía no.

La cabalgata le pareció a Rowley Allison como un espacio fuera de la vida real. No hablaron, ya que la velocidad a la que iban no lo permitió, pero siguieron adelante, riéndose por el gozo de estar en movimiento, intercambiando miradas llenas de placer. Llegaron al molino, Serena ganándole por medio segundo. Ella bajó abruptamente de su caballo. — ¡Señorita Fenton! — protestó él, pero ella se rio y llevó al caballo a un árbol cercano, donde amarró las riendas. Él la acompañó.

— ¿Dónde están los otros? — preguntó Serena, mirando hacia el sendero por el cual habían cabalgado.

Allison entrecerró los ojos. — Cabalgando a una velocidad prudencial. Tal vez debería emular la cautela de su hermana.

— ¿Cree que necesito que me den lecciones de cómo cabalgar, Sr. Allison? — preguntó entretenida Serena.

— No, Señorita Fenton. Ha demostrado su destreza en ese ámbito. Pero cabalgar a esa velocidad por un terreno desconocido fue algo extremadamente riesgoso.

— Si, pero seguía a mi bandolero, quien *sí* lo conoce —. Mientras reía ella lo miraba de tal manera que él deseó poder abrazarla. — De otro modo no lo hubiera hecho. No soy tan desquiciada. Siempre pienso en el bienestar del caballo. Creo que los otros vienen demasiado lentos, — comentó, mirando nuevamente al camino. — Cuando miré sobre mi hombro hace un rato, estaban detenidos. Y creo que vi que Honoria le pegó al Sr. Scribster.

— ¿Qué?

— Puede que me haya equivocado.

— Le aseguro que Scribster no es del tipo de hombre que le haría insinuaciones...

Serena soltó una carcajada. — Oh, eso no me preocupa. Probablemente él dijo algo ofensivo. A Honoria le cuesta enojarse, no como yo, me temo, pero si está defendiendo a la familia o algo importante para ella puede ser muy feroz.

— ¿En serio? — preguntó él, la incredulidad evidente en su tono mientras observaba el paso tranquilo con el que ella y su amigo cabalgaban hacia ellos.

— Si, en serio. Una vez que un vecino le gritó al pequeño Cedric y le pegó por dejar abierta la puerta de la verja, Honoria le pegó con su fuste — Serena lo miró seriamente. — Pero le aseguro, él se lo merecía. Por lo general ella es una chica muy dulce.

Él intentaba lograr empatar esa información con su imagen de Honoria. Para mientras, ella siguió hablando. — Usted es tan afortunado de vivir aquí, Sr. Allison. El área es tan adecuada para salir a cabalgar, el lugar es bello, y queda tan cerca de Londres.

— ¿Ha visitado a Londres alguna vez, señorita Fenton?

— Nunca. Quisiera ir con todo mi corazón. Iría al Anfiteatro de Astley para ver a los caballos, y visitaría a todas las tiendas de ropa y los museos y...

— E iría a todos los bailes y tendría una multitud de jóvenes caballeros siguiéndola.

Ella nuevamente se rio, y lo miró coquetamente de nuevo. — ¿Cree que sí?

Él la miró, sonriendo, perdiéndose en sus ojos. — Sin duda. Habría una fila de jóvenes esperando tener la oportunidad de sacarla a bailar.

— Bueno, tendría que decepcionarlos y bailar solo con mis amigos.

— ¿Qué amigos tiene en Londres?

— Bueno... usted... y el Sr. Scribster, — contestó Serena.

— Él nunca baila.

— Y el teniente Prescott, por supuesto. Él no sabe nada acerca de los caballos, pero supongo que sí sabe bailar.

— Y es muy bueno.

— Sr. Allison, — dijo Serena en su mejor tono persuasivo, — ¿cree que podríamos hacer un viajecito a Londres? Ya que estamos tan cerca.

— No encontrará mucha gente allí en esta época del año.

— ¡Yo vivo en *Yorkshire*!

— Está bien, si eso quiere. Podríamos visitar a Astley y quedarnos una o

dos noches en mi casa de Grosvenor Square.

— ¡Es el mejor de los amigos! — exclamó y se puso de pie. — Por favor, cuando se lo mencione a Papá, no le diga que fue mi idea. Él me dijo expresamente que no... — se sonrojó y rio al decirlo.

— Creo, señorita Fenton, que usted es demasiado atrevida.

— Eso lo supo desde la primera vez que me conoció, Sr. Bandolero —. Se dio la vuelta y se paró sobre un tronco para poder subir nuevamente a su caballo. — Salgamos a encontrarlos.

Una vez mas era obvio que Serena Fenton no tenía el deseo de alargar su tiempo juntos, muy al contrario de lo que sentía su acompañante. Hacía que el deseo abrumador que sentía por ella pareciera algún tipo de locura. La única manera de cauterizar la herida era casarse con su hermana.

Benedict tenía su listado. Escrito con la mala caligrafía de Wilbert, la nota decía: *Rennie, Sutcliffe, Dawson. Empieza con Dawson. Él es un principiante, relativamente. Pueda que no se de cuenta que le están jugando sucio.*

Luego de buscarlo en varios lugares en la ciudad, como el club de Carstairs, una taberna, y nuevamente donde Jackson, Benedict fue al casino de la Condesa Overton en busca de su presa. Aunque no había mucha gente en la ciudad, el salón principal estaba lleno. Esta visita era muy diferente a su primera visita. Entonces, no conocía a nadie, pero ahora mientras paseaba por el cuarto, saludaba a varios conocidos. La Condesa le indicó quién era Dawson, pero, con ojos entrecerrados, le dijo — No quiero problemas aquí —. Benedict, abandonando su actitud de indiferencia, la miró con ojos de joven inocente, practicando para cuando fuera a jugar con Dawson. — No me engaña, joven Fenton, — dijo la Condesa. — Su padre me miró de igual manera antes de robarme un beso detrás del vivero de un vecino.

Benedict se quedó intrigado por la idea de su padre como un Don Juan. Obviamente su mamá había impedido que él siguiera por ese camino. — ¿Quién podría culparlo, madame? — contestó Benedict, besándole la mano como un caballero de antaño. La condesa rio, y tocó su rostro suavemente.

— Lo que quieras hacer, por favor hazlo con discreción o lejos de aquí.

Él quitó su mano de su rostro y la besó nuevamente. — Lo que usted desee.

Ella miró hacia arriba en exasperación y exclamó — ¡Niño travieso! — antes de irse. Pero Benedict supo que lo iban a observar.

Los rostros de los jugadores se revelaban por la luz de las velas. En una

mesa se encontraban los amigos del príncipe, con sus vestimentas exageradas y olorosos a perfume, mirando con desinterés a sus cartas. En ningún momento daban indicio de las fuertes sumas que apostaban, capaces de alterar la vida de las personas. En una mesa vecina, Dawson se encontraba sentado con un número de personas que Benedict apenas conocía, incluyendo un joven caballero quien se miraba extremadamente tenso. La luz parpadeante de las velas iluminaba el creciente horror que sentía al darse cuenta del apuro en el que se encontraba.

Don Hubert Dawson, un hombre de pelo negro y piel rubicunda, intentaba disimular una pequeña sonrisa debido a la pila de pagarés que se había acumulado al lado de su dinero. Benedict los observó por un tiempo, saludando con un movimiento de su cabeza a Tubby Danford, un amigo tanto de Carstairs como suyo de Cambridge. Dawson repartía las cartas del fondo del mazo, pero de una manera tan torpe al ojo entrenado de Benedict que era un milagro que nadie más lo había notado. Observó a todos los de la mesa: Dawson, con una expresión de superioridad en su rostro, Danford, recién llegado a la ciudad, pero con suficiente dinero como para no preocuparse, dos oficiales borrachos, y el joven ingenuo.

Benedict acercó una silla y se sentó al lado de Danford, platicándole de una manera más animada de lo normal. Danford le preguntó en voz baja — ¿Cuánto has tomado, Dicky? — Perfecto. Benedict actuó como si estuviera ligeramente ebrio y Dawson, con una gran sonrisa amistosa, lo incluyó en el juego.

No tomó mucho tiempo. Benedict manipuló las cartas lo suficiente como para permitir que Potts, el novato, recuperara la mayoría de sus pagares. Él se fue de la mesa antes de recuperarlos todos, pero agradecido con el destino por poder escapar de la ruina. A Benedict le agradaba que pensaran de él como el destino. Dawson se veía confundido, pero no sospechaba nada. La manera torpe de jugar de Benedict lo tildaba de novato a los ojos de Dawson, pero la incompetencia de Dawson empezaba a aburrir a Benedict. ¿Cómo fue posible que le ganara las 3000 guineas a Sumner? Tenía que ser un idiota. La memoria de su propio encuentro cercano con la desgracia en manos de Rennie le quitó la arrogancia. Tomó la mano de Dawson mientras intentaba esconder un as, de la misma manera que Lord Grandiston había agarrado la mano de Rennie. Pero él lo hizo debajo de la mesa, donde nadie lo podía ver. Se inclinó hacia adelante y le dio a Dawson un papelito. — Enviaré todo lo que le ganó a Sumner a esta dirección, o ¡lo acusaré ahora mismo! — siseó en la oreja del

otro hombre. Dawson intentó zafarse, pero se quedó quieto cuando Benedict apretó más su mano.

— ¡Está bien! — dijo Dawson en voz baja. — Suélteme.

Benedict se hizo para atrás, aparentemente ebrio y exclamó — ¡Eso estuvo bueno! — mientras reía y casi se caía de su silla.

Tubby Danford se levantó de la mesa y dijo — Mejor lo llevo a casa.

A la mañana siguiente, tres mil guineas le fueron entregados en billetes grandes en la casa de Carstairs. Ya que el hombre cumplió, Benedict no lo podía acusar públicamente. Se preguntó cuántos otros ingenuos caerían víctimas de sus trampas. — No puedo salvar al mundo, — concluyó. Sin embargo, cuando recordó la expresión atemorizada de Potts la noche anterior, supo que no había terminado con Dawson.

Tenía que concentrarse antes de enfrentarse a Rennie o Sutcliffe. Ellos no serían tan fáciles. ¿Les habrá comentado algo Dawson? ¿Existía una federación de tramposos, que intercambiaban información? Por lo general, Benedict pensaba que no. Pero aún así, debía ser cauteloso. Necesitaba pensar las cosas durante los siguientes días.

La siguiente noche, él y Carstairs iban camino a su club para cenar cuando se encontraron con el honorable Charles Booth en la calle Media Luna, quien estaba deshonorablemente ebrio.

— ¡Fluff! ¡Gracias a Dios! — exclamó Booth. — Al menos ustedes no son pretendientes de Oriana Petersham...

— Estás un poco entonado para esta hora, amigo. ¿Qué tiene que ver la señorita Petersham? ¿Ya te rechazó?

— No, no, — dijo Booth mientras pasaba sus manos por su cabello y fruncía el ceño. — Al menos, no aún —. Se inclinó hacia ellos, su dedo índice golpeando suavemente contra su nariz. — Estoy llevando a cabo una misión secreta para Grandiston. Solo voy a estar aquí un par de días. He visitado a varias tabernas —. Booth se inclinó demasiado y empezó a caerse. Carstairs lo detuvo y se rio.

— Ven a cenar con nosotros, Booth, y no te presionaremos para que reveles tus secretos. Necesitas una base, y un poco de carne de carnero te caería bien —. Benedict y Carstairs tomaron un brazo cada uno, y caminaron hacia el club. No hablaron mucho, ya que, aunque los pies de Booth se movían hacia adelante (por lo general), su cabeza estaba recostada sobre su pecho y parecía estar dormido. Sería una pena molestarlo.

Después de que los porteros del club realizaron el familiar trabajo de sentar

un joven en una silla y traerle algo de comer que fuera adecuado a su condición (la sopa, por ejemplo, no sería su primer platillo), Booth empezó a platicar con confianza nuevamente. — Oriana Petersham se está hospedando en Ashcroft, — anunció.

— ¿Quién es Oriana Petersham? — preguntó Benedict.

— ¡La Diosa Oriana! — suspiró Carstairs. — La belleza sin rival de la penúltima temporada.

— Oh, — respondió Benedict, interesado. — Nunca vine más de un par de días a la vez antes de la última temporada. No la conozco. ¿Es muy hermosa?

— Sí, lo es. Pelo dorado, los ojos un azul cielo impresionante —. Booth miró a Carstairs con curiosidad. — Pero no recuerdo que tu estuvieras pendiente de ella.

Carstairs se vio incómodo con ese comentario. — Por supuesto que no. Una vez le pedí que bailara conmigo y me dijo en un tono de voz frígido que estaba ocupada. Todavía me da escalofríos pensar en eso. A mí me gustan mis mujeres cálidas y amigables.

— Como Rosa, — comentó Benedict. Carstairs lo miró de reojo.

— Ella es un ángel, — dijo Booth. Se inclinó hacia adelante para decir con aire conspiratorio — Ella está en Ashcroft, — mientras que la punta de su corbata se manchaba con la salsa holandesa.

— Ya lo habías comentado. Pobre Bosky Ashcroft. Aunque no esté, nunca se le olvidará — comentó, refiriéndose al joven Vizconde Ashcroft, quien servía como advertencia a los jóvenes que hasta alguien de su edad podía sucumbir ante una vida de excesos. — ¿Qué hace allí?

— Visitando un amigo. Allí esta. En Ashcroft.

— Ashcroft. ¿Por qué insistes en decirlo?

— Es mi misión.

— ¿Tu misión secreta es contarnos ese secreto? — preguntó Carstairs.

— Sí, — contestó. — Grandiston me envió.

— Tendrás a todos los tontos de la ciudad viajando para ir a ver...

Booth golpeó nuevamente su nariz con su dedo. — ¡Exactamente! — Booth siguió comiendo el cangrejo, y pareció estar mejor. — Díganles a todos. Ella está en Ashcroft.

— No te preocupes. Le diremos tu secreto a todos los que podamos.

— Eres un buen hombre, Fluff. Tú no quieres casarte con ella.

— Yo no. Pero tú sí, según recuerdo. Si tienes la ventaja de saber dónde está, ¿por qué rayos se lo estás anunciando a tus rivales?

— Grandiston.

— Ah.

— Dele las gracias de mi parte a su señoría cuando lo veas, ¿sí? — dijo Benedict.

Booth le puso atención a Benedict por primera vez. — Tu eres el joven Fenton. Te metiste en problemas con Rennie.

— Si, así fue, — admitió Benedict. — Aunque estos días no lo haría.

— No estés tan seguro, — dijo Booth. — Escuché que él ha destrozado vidas con sus juegos de carta en el ejercito —. Bajó la voz nuevamente. — Hace trampa.

Carstairs estaba tomando su segunda botella de vino, y comentó — No te preocupes por Benedict. Ha practicado cómo manipular las cartas. Es muy bueno, por cierto.

— ¡Fluff! ¡Demonios!

— ¿En serio? — contestó Booth. — Eso te servirá. Pero si te lo enfrentas en un juego, él seguramente lo notará. Sería un escándalo tremendo.

— Sí, lo sé, — contestó tristemente Benedict.

— Y probablemente ya ni tenga tu dinero. Gasta demasiado, según dicen las malas lenguas, — agregó Carstairs.

— Pues no lo sé. Bajó al joven Silverton hoy, según me contaron, — dijo Booth. — Su papá tuvo que intervenir. Le quitó mas de dos mil guineas.

Benedict se irguió. — Eso es una buena noticia.

— No para Silverton.

— No, pero...

— Si crees que le puedes ganar, mejor hacerlo en una reunión privada, — le sugirió Booth.

— Si lo invito, él sospecharía algo.

— Yo lo invito. Estudiamos juntos en Eton, a los dos nos gusta apostar. Antes lo invitaba a fiestas en mi casa, hasta que mi mozo de recámara lo cachó. Pero tendrá que ser mañana en la noche. Al día siguiente.

Carstairs se rascó la cabeza. — Si se da cuenta de lo que hace Benedict...

— Estaría entre amigos. Un caballero del reino, — Carstairs inclinó la cabeza, — mi honorable ser, y Rennie. ¿A quién creerán? Será divertido. ¿Quién es más hábil manipulando las cartas? Tienes que ser bueno, hombre, o perderemos las cabezas.

—Sí, lo es, — comentó Carstairs. — Impresionantemente bueno.

—Pero también Rennie lo es, — Benedict les recordó.

Capítulo 10

Un Juego de Cartas

Al día siguiente, el Sr. Allison planificó la visita a la ciudad con los Fenton. Sir Ranalph estuvo de acuerdo que un viaje sería una bonita experiencia para las jóvenes damas, y a la hora de la cena todos discutieron qué tipo de entretenimientos podrían disfrutar durante el viaje. El teatro, el museo, el anfiteatro de Astely, y los jardines de Vauxhall fueron mencionados, y el teniente Prescott dijo, bromeando, — Si agregamos algo más al listado, sería mejor quedarnos allí durante el resto del verano.

— Tiene razón, señor, — comentó Lady Fenton. — Aunque Londres no es un lugar muy saludable durante el calor del verano. Una visita breve no nos hará mal, o eso espero. Pero no deberíamos considerar una visita extendida en este momento.

— Si supiéramos los planes de Benedict, podría acompañarnos al regresar, — comentó Serena.

— Le escribiré hoy para informarle de nuestra llegada, — dijo Sir Ranalph. — Debo decir, es muy gentil de su parte abrir nuevamente su casa, solo por complacer a mis hijas, Sr. Allison. Es mucha molestia mandar a los sirvientes para que hagan los preparativos y demás.

— Para nada, — contestó su anfitrión, encogiéndose de los hombros. — Blake hará el viaje con los sirvientes necesarios. Él es un mago. Las ocasiones inesperadas son su fuerte. Vive para ser sorprendido con un proyecto y luego actuar como si todo estuviera perfectamente bien.

Serena se veía un poco avergonzada. No se le había ocurrido que su idea causaría tanto trabajo adicional ni que pudiera ser una molestia. Las visitas de Papá a la ciudad normalmente involucraban hoteles o casas rentadas, las cuales se podían preparar y dejar sin darles mayor problema. Pero desde

luego, el Sr. Allison tenía una vivienda allí que estaba cerrada durante el verano, con solo unos pocos empleados dedicándose al mantenimiento necesario. Sin lugar a duda, todo estaría cubierto con protectores y no habría nada preparado para que ellos llegaran de un momento a otro. Su simple deseo de ver a los caballos en el anfiteatro de Astley ocasionaría mucho trabajo extra para una gran cantidad de personas. — Tal vez no deberíamos ir, — comentó en voz baja.

Honoría supuso por ese comentario que su hermana era la responsable del viaje por llevarse a cabo, y aunque ella sabía lo mucho que Serena quería conocer la ciudad, ella misma se estaba dando cuenta cuánto trabajo involucraba. La posición del Sr. Allison en la sociedad era lo que impedía que el viaje se hiciera a una escala más modesta. Su casa era impresionante en verdad. — Tal vez fuera mejor que no hiciéramos el viaje.

— Pero ¿no quiere viajar, Señorita Fenton? — preguntó el teniente. — Será divertido ir en grupo.

Honoría le sonrió, perdiéndose en sus ojos gentiles. — Sí, teniente. Si usted lo cree. — Al desviar su mirada, encontró la expresión seria del Sr. Scribster. Pero su expresión inescrutable ya no le era un misterio. Sus ojos brillaban con diversión y ella lo miró con enojo. La sombra de una sonrisa posó sobre los labios de él.

— Si partimos el viernes, todo debería estar listo. Le doy un día entero a Blake. Eso es suficiente, ¿cierto, Blake?

— Sin duda, señor.

— Pero ¡piensen en la disrupción que causa! — exclamó Lady Fenton.

— La dama quiere tener piedad de usted, Blake. Digamos entonces que llegaremos el sábado.

— Como usted lo diga, señor, — contestó Blake, imperturbable.

Después de la cena los señores se quedaron en el comedor, bebiendo brandi, mientras que las damas se retiraron. Parecía que el modo relajado y bonachón de Sir Ranalph lidiaba con el deseo de preguntarle directamente al Sr. Allison si iba a proponerle matrimonio a su hija. Allison sabía lo que contestaría. Estaba seguro, o por lo menos estaba casi seguro de que sabía. Sin embargo, estaba agradecido que pudo evadir la pregunta por la presencia de Scribster y Prescott. Los buenos modales impedían que Sir Ranalph hablara de un tema tan delicado en presencia de ellos, pero Allison también trataba de impedir que le pidiera un momento para hablar a solas. Usó a Darnley sin ningún remordimiento.

— ¿Ya terminó la pelea, Darnley? — preguntó. Vio cómo Sir Ranalph se concentraba en el tema, ya que era un privilegio tener la oportunidad de escuchar cómo estaba la situación actual de la guerra, contada por uno de los jóvenes que peleaban bajo el mando del Duque.

— Bueno, mi asignación ha sido mayormente en el equipo de Duncan, lejos de los campos de batalla. Pero ahora que Napoleón está prisionero en Elba, no hay mucho que temer.

Después de un rato más de plática, los caballeros brindaron a la salud del Duque, y se levantaron para reunirse con las damas en el salón donde se servía el té.

La llegada de un carruaje causó que la conversación se detuviera.

— Oh, teniente, — dijo Honoria sin pensarlo, — ¿no será que lo mandan a llamar para que regrese a Lisboa? ¿Habría alguna emergencia? Espero que no sea el caso.

El Sr. Scribster se inclinó hacia adelante y puso su taza de té sobre una mesita, y susurró en la oreja de Honoria. — ¿Una emergencia de la cual solo Darnley nos puede salvar? Sinceramente espero que no. — Ella lo miró con disgusto y ya no hizo otro comentario. El Sr. Allison no se dio cuenta del intercambio, ya que estaba poniendo atención a lo que sucedía en el vestíbulo. De haberlo visto, tal vez hubiera cambiado su opinión de Honoria.

Lady Fenton, sin embargo, sí se dio cuenta. Se acercó al azafate con el servicio del té y dijo, — ¡Honor! Favor me asistes a servirme más té. — Honoria se acercó automáticamente, notando de repente el reproche en la mirada de su mamá. — Yo sé que el Sr. Scribster puede colmarle la paciencia a un santo, pero me harás el favor, Honoria, de no permitir que tu exasperación sea tan obvia. No es tu comportamiento normal, querida.

No había manera de explicarle a su mamá el pacto que había hecho con él, y que el Sr. Scribster no se ofendería por su comportamiento, así que se limitó a decir, — Sí, Mamá, — en voz dócil. Levantó la vista y vio que el hombre condenado de quien hablaban tenía una buena idea de la conversación que ella tenía con su mamá.

— Me parece que es Genoveva Horton... dijo, Lady Sumner, — comentó Serena, quien también estuvo escuchando lo que sucedía en el vestíbulo.

Y así era. Lady Sumner, vestida con una capa vieja y un vestido sin adorno, su pelo espeso escapándose de su bonete y la punta de su nariz aguileña roja debido al frío, entró al salón donde estaban reunidos.

— ¡Mi Lady! — exclamó el Sr. Allison, acercándose a ella. — ¿No

ofrecieron tomar su capa?

— Sr. Allison, — dijo Lady Sumner, estrechando su mano en un saludo más masculino que el esperado de una dama de su posición social. — Lamento mucho entrometerme de esta manera tan descortés, pero tengo un caballo lastimado, y necesito urgentemente hablar con la Señorita Serena Fenton.

Allison pudo contener su sorpresa exitosamente, y pidió que pasara y tomara asiento.

No tomó mucho para que las cosas salieran como había planeado, y estaba accediendo a que enviaran el remedio a Londres con su palafrenero. Ella se quedaría con los demás y viajaría a Londres con ellos el sábado. ¡Solamente dos días! Estaba cruelmente decepcionada, pero había logrado un poco de distancia entre ella y su esposo. Fue lo mejor que pudo lograr.

Honoría y Serena se sentaron a su lado sobre el sofá elegante, y ella contestaba automáticamente mientras ellas le hablaban. Levantó la vista y le tomó por sorpresa la expresión de compasión en los ojos de Sir Ranalph. Los ojos de Genoveva se humedecieron. Seguramente él no tenía idea, pero ella se sintió avergonzada. Benedict debió decirle. Miró rápidamente a Lady Fenton, pero ella conversaba animadamente con el teniente. Genoveva estaba segura de que no tenía idea de su secreto.

De un lado, Serena hablaba sin parar del remedio, pero la mano pequeña de Honoría tomó la suya. Se volteó para mirarla. Honoría también se daba cuenta que algo sucedía. ¿Acaso le había contado Benedict la situación a su familia entera? No, pero ella misma le comentó demasiado a Honoría en cuanto al matrimonio. Nuevamente, se había delatado ella misma. Debía ser más cuidadosa. Luego de apretar la mano de su amiga, apartó la suya.

Ahora se dedicó a observar el Sr. Allison. Ella sabía que era un compañero interesante y divertido para la cena. Los habían sentado uno al lado del otro por lo menos una vez durante la última temporada en la ciudad, y él se comportó mucho más abierto y dispuesto a platicar con ella que con la dama sentada a su otro lado. Ella reconoció el comportamiento de un hombre que no quería ser atrapado por el matrimonio, pero era lo suficiente amistoso como para querer una compañera que no pondría en peligro su libertad. Eso la divirtió mucho. Ahora le pondría mucha más atención, ya que debería conocer más de él si él pretendía casarse con la dulce Honoría. Por lo que podía ver, no había sucedido nada entre ellos. No había nada en el trato de él hacia Honoría que indicara que se acababan de comprometer. Y por supuesto, Lady Fenton, quien hablaba animadamente con Genoveva de asuntos del pueblo que

hasta hace poco fue su hogar, le hubiera mencionado un compromiso.

Entonces no había sucedido nada. ¿Qué significaría? ¿Qué tipo de hombre era, realmente? Le había puesto mucho peso a la belleza de Honoria si le habló a su papá después de un solo baile. Genoveva había observado a Honoria durante su temporada. La timidez era un impedimento, pero su atractivo físico aseguró que nunca estuviera sin compañeros de baile, todo lo opuesto a Genoveva en su primera temporada. Sin embargo, Honoria sintió que las fiestas eran castigos que debía enfrentar. Solamente cuando estaba en presencia de sus hermanas, o bailando con su hermano, era que su personalidad brillaba. Entonces, ¿por qué había roto Allison su larga racha de evitar a las mujeres (o mujeres en busca de un matrimonio, por lo menos, ya que Genoveva había escuchado rumores de sus amoríos con bailarinas y otras similares), y puesto su atención en Honoria? Solamente podía ser por su físico, y a los ojos de Genoveva, eso lo convertía en un hombre igual de superficial que todos los demás. Que alguien quisiera casarse con una persona solamente por su atractivo físico o su dinero, como en el caso de ella misma, eran dos lados de la misma moneda sin valor.

Lo observaría cuidadosamente, y si ella sentía que él no valoraba a su amiga, entonces intervendría en la situación. Estaba segura de que si Lady Fenton o Sir Ranalph conocían el peso de la obligación familiar que ella cargaba, no querrían destinar a su hija a una vida de miseria. Lo mismo no se podía decir de su papá. Él vio las marcas en su cuello, e igual le escribió a Sumner para que llegara a Ottershaw. No quería que los chismosos empezaran a hablar de la separación extendida entre esposo y esposa. Pero si ella veía que Allison era sincero, tal vez la amabilidad que le mostró durante esa cena era real. Eso le daba un poco de peso a su carácter.

Scribster la observaba especulativamente. Genoveva le devolvió la mirada, manteniendo su expresión neutra. Ella no tenía opinión alguna sobre el Sr. Scribster, y no tenía deseo alguno de conocerlo ni sus pensamientos. Él era una página en blanco en un libro interesante.

El teniente Prescott le traía a la mente un gran perro amigable. Un Labrador negro que movía su cola alegremente, queriendo caerle bien a todos. Su carácter era similar al de Sir Ranalph, aunque ella no sabía hasta qué punto. Tal vez podría ser un buen esposo para Serena, si es que tenía una fortuna adecuada. Se quedó atónita con ella misma. ¿Por qué las mujeres siempre intentaban buscarle pareja a los demás? Porque sabían, muy en el fondo, que una mujer sin esposo era un ser exageradamente desdichado en este mundo.

Sin un esposo, ¿quién la mantendría? Para algunas viudas, como Lady Harrington y otras pocas herederas de fortunas grandes, la vida sin un esposo era posible. Pero para la mayoría de las jovencitas era indispensable conseguir un esposo, ya que la fortuna de los padres normalmente estaba destinada a ser parte de la herencia del hijo varón mayor. A menos que fuera un esposo como Sumner. Genoveva no podía encontrar nada necesario en cuanto a Sumner. Sin él, ella hubiera vivido una vida calmada con una dama de compañía (otra mujer soltera desafortunada), con unos caballos y pocos lujos. En retrospectiva, no le hubiera importado descender en el estatus social después de ser la hija del mayor hacendado del condado. Debió saber que la idea de conseguir un marido con la misma fortuna o estatus social que su papá era una meta sin sentido. Su padre era un bloque de hielo, sin sentimientos, y su reemplazo era prácticamente un demente.

La reunión de Booth fue un éxito. Actuó como el anfitrión perfecto para cada uno de sus tres invitados, y Rennie no parecía sospechar nada cuando recibió la invitación. — ¿No está Grandiston en la ciudad? — le preguntó casualmente a Booth. — Pareciera que siempre estás con él.

La cara de Booth se congeló un instante, pero solamente Benedict lo vio, ya que estaba de espaldas a los otros, sirviéndole vino a sus invitados. Luego contestó de manera indiferente, — Sí, pues, es generoso con sus amigos.

Rennie rio. Eso podía entender. — Supongo que sí. Eres un amigo afortunado.

Carstairs fingió estar algo ebrio. — Oigan caballeros, ¿qué les parece si jugamos?

Rennie observó a Benedict, quien aparentemente no ocupaba un lugar especial en su memoria. Seguramente le habría hecho trampa a cientos de ingenuos. Además, la suma que le ganó, aunque había sido el total de dinero que Benedict disponía, era chico en comparación con lo que les habría ganado a otros. Al parecer no asociaba a Benedict con su incidente con Grandiston, comentando que el conde era — un entrometido de primera, sin ofender, Booth. Yo sé que eres amigo de él, — mientras hablaban de él. Nunca volteó a ver a Benedict mientras hablaba. Tenía una memoria vaga de haberlo visto, nada más. — Joven Fenton, ¿cierto? ¿Hemos jugado antes?

— Sí, — Benedict contestó con indiferencia. — En mi primer viaje a Londres. — Benedict vio cómo Rennie intentaba recordar, pero no lo logró.

— ¡Ah! Sí, — contestó vagamente.

Se sentaron a disfrutar una noche de vino y cartas. Tenían un plan. Benedict observaría para aprender los métodos de Rennie. Ya sabían lo de los dados, por supuesto, pero no los iban a usar desde un principio. Sin lugar a duda, Rennie tenía otros métodos para hacer trampa como parte de su repertorio. Durante ese tiempo, todos perdieron poco y ganaron poco (de acuerdo al plan de Rennie, Benedict estaba seguro), para que todos entraran en confianza. Se pusieron de acuerdo desde un principio en usar a Carstairs como su ruta de escape. Él aparentaría estar ya tomado, y seguiría tomando cantidades grandes de vino (su especialidad), y si empezaban a perder demasiado a causa de las maquinaciones de Rennie, él caería aparentemente inconsciente y Benedict tendría la excusa para terminar el juego.

Los cuatro tomaron, pero los tres amigos tomaron más que su invitado. Él a penas tomaba, agregando unas pocas gotas cuando le ofrecían más. Booth y Benedict, sentados al lado de la ventana, llenaban sus copas frecuentemente gracias a la presencia de una maceta cercana. Carstairs sí estaba tomando, y Benedict temía que colapsara antes de tiempo.

Las cartas no estaban marcadas según los métodos que Benedict sabía, pero allí era donde su poca experiencia jugaba en su contra. Podrían existir varios métodos de los cuales él no tenía conocimiento. Sin embargo, no observó que Rennie les pusiera atención especial a las manos de sus oponentes, cosa que tendría que hacer si las cartas estuvieran marcadas. A pesar de eso, Benedict si se dio cuenta de la forma en que Rennie usaba diferentes actividades, como una copa derramada, un chiste gracioso, y demás como distracción para esconder varias cartas bajo la manga. Además, la manera en que barajaba las cartas mantenía las que él quería cerca la parte superior del mazo. Booth le arqueó una ceja, preguntando si Benedict se había dado cuenta de algo. Él asintió, moviendo su cabeza de manera casi imperceptible y Booth se relajó, confiando demasiado en las habilidades de Benedict. ¿Cómo ganarle al tramposo? Había demasiados ases por el momento, y el agregar los que Benedict tenía escondidos bajo su manga o debajo del collar de su saco solo serviría para alertarlo y que empezara a sospechar. Al caer torpemente sobre Rennie debido a su borrachera, logró sacar algunas de las cartas escondidas, actuando sorprendido con su buena fortuna. Luego, con Booth o Carstairs distraendo a Rennie, logró distribuirles a ellos también para que tuvieran unas victorias aparentemente al azar. Esto sucedió por un tiempo, hasta que Rennie se dio cuenta, pero los dedos torpes de los jóvenes borrachos no eran capaces de llevar a cabo los movimientos delicados para hacer trampa. No

miró hacia Fenton porque este llevaba una buena racha perdiendo.

Maldita suerte. Rennie empezó un juego para sacarles más dinero. Empezó a apostar cantidades cada vez más altas. Aunque Carstairs se quejó que se estaban pasando de los límites acordados, solo lo hizo de manera petulante. Los otros lo callaron y continuaron apostando, llegando a niveles peligrosos. — Por Dios, Rennie, es un juego entre amigos, ¡no estamos donde Boodle o White!

— ¿Tienes miedo, Booth? No eras tan cobarde en Eton.

Booth se indignó ante ese comentario. — ¿Cobarde? Apuesto el doble, ¡ahora mismo! — exclamó, enunciando sus palabras con dificultad.

Hubo un momento de tenso silencio. Esta era su jugada principal. ¿Tomaría Rennie el anzuelo? Sus ojos se entrecerraron, pero no por miedo o nerviosismo, pensó Benedict. Era por satisfacción. Le estaban dando la oportunidad de un premio mayor al que él había anticipado.

Carstairs se quejó. — No seas tonto, Booth. Por mi parte, mis bolsillos ya se vaciaron. Que entretenimiento tan caro. Me retiro.

— ¿Está seguro, su señoría? — preguntó Rennie con tono inocente. — ¿No confía en sus cartas?

Carstairs miró nuevamente sus cartas. No eran malas. Benedict lo sabía. Tenía dos reyes que Carstairs le mostró mientras Booth distraía a Rennie. Se le habían dado para tentarlo a seguir adelante con esta apuesta final.

— Ah, está bien. Todos presentaremos nuestros pagarés. — Booth sacó unos pedazos de papel y una pluma, y cada uno tomó su turno para escribir su nombre y las diferentes cantidades que necesitaban para doblar su apuesta. Sobre la mesa habían más de tres mil guineas. Rennie estaba más que seguro que lo ganaría, y Benedict estaba de acuerdo. Su mano tembló al añadir su pagaré, con la cantidad inimaginable e imposible de obtener que había escrito. Si esto no funcionaba, tendría que huir y enlistarse en el ejército. O convertirse en un pirata o algo por el estilo, y su familia, su querida mamá y sus hermanas, al igual que su buen papá, caerían en desgracia y deshonor.

No era el momento para la cobardía. Pensó en Potts y su cara horrorizada. Pensó en el cuello de Genoveva, por el cual su horrible esposo tenía que pagar. Pero por el momento, el que pagaría era el hombre que poseía parte de la fortuna de Genoveva. Benedict se encargaría de eso, y nadie se daría cuenta que lo hizo.

Con la ayuda de dos cartas escondidas, y una de la mano de Booth, Benedict esperó a que Rennie mostrara sus cartas para mostrar las propias. La mano

ganadora. Por un momento, Rennie se miró perplejo. Levantó las cartas de la mesa y miró a Booth. Esa no fue la mano que le dio.

— ¡Gané! — exclamó Benedict. — ¡Qué asombroso!

Rennie lo miró a los ojos, entendiendo todo.

— Por Dio, lo has hecho, — dijo Booth. — Si no tuviera que viajar mañana, los invitaría de nuevo para poder ganártelo. Mala suerte, caballeros, — continuó, mirando a los otros dos. — Es hora de terminar, Carstairs. — Volteó para hablarle al derrotado. — Maldito juego hoy, ¿no, Rennie? Es un chico suertudo.

— Si. Suerte. — contestó Rennie con la voz cortante.

— Paso mañana para recoger el dinero, caballeros. Me voy al campo dentro de poco. Me llegó una carta de mi papá, — comentó Benedict de manera despreocupada.

— No te preocupes, Dicky. Mañana tendrás tu dinero, — dijo Booth y le dio una palmada en la espalda.

Rennie, luchando para no expresar su ira, dijo, — ¡Mañana! — y se fue del salón con un ademán ostentoso.

Honorina le jaló la manga al Sr. Scribster después de la cena, cuando salían del salón para subir a sus habitaciones. Se quedaron un poco atrás del resto del grupo.

— Tiene que dejar mirarme como que si adivinara cuáles son mis pensamientos, — le dijo entre dientes. — Ahora estoy en problemas con Mamá por la manera en que yo lo miré.

— No tanto me miró si no que me dio un espadazo, — le contestó, viendo hacia abajo debido a su gran altura.

— Dijimos, señor, que no vamos a mentir.

— Bueno, me hubiera cortado, pero lo logré esquivar. ¿Qué mensaje piensa que le envié? Esto es muy entretenido. La mayoría de la gente solo pueden ver pesadumbre sin alivio en mi expresión.

— Pues entonces serán idiotas, — dijo Honorina sarcásticamente. — Claramente me dijo que usted piensa que me gusta el teniente Prescott cuando simplemente estaba siendo amable con él.

— Espero que algún día sea tan amable conmigo, Señorita Fenton. Se ve muy hermosa cuando bate sus pestañas.

— Yo espero que el flan del que comió tanto se ponga rancio en su estómago y que el dolor no le deje dormir.

— Creo que un día entero de portarse bien la ha puesto de mal humor. Mejor nos vemos antes del desayuno para intercambiar insultos para refrescar su mente.

— Honoria, — la llamó su mamá. — ¿Por qué tardas tanto, niña?

Honoria empujó al Sr. Scribster detrás de la puerta del salón y levantó su falda para salir corriendo. — Se me perdió un listón, Mamá. ¡Ya voy!

— Tan deshonesto. En la glorieta ¿a las seis? — preguntó Scribster en tono bajo.

— Y media, — contestó Honoria, corriendo para encontrar a su mamá.

Capítulo 11

Un Ataque Ruin

Benedict pasó la noche jugando con Sir Philip Sutcliffe, un hombre que vivía en el borde de la sociedad (a pesar de su título), ya que estaba casado con una bruja cuyo padre era un comerciante. Su fortuna era una cosa, pero su vulgaridad era por completo otro tema. Aunado a esto, se rumoraba que el suegro cuidaba las finanzas de su hija más celosamente de lo que Sutcliffe había pensado. Ya no recibía invitaciones a las casas privadas ni a Almack, ni a función alguna que no fuera la más plebeya, pero seguía manteniendo contacto con sus amigos apostadores. Siempre sonreía (una característica que los menos honestos parecían compartir), pero su sonrisa no podía disimular las líneas de amargura marcadas en su rostro. Benedict, muy confiado, le había ganado de manera extravagante. Cuando Sutcliffe se levantó de la mesa, miró a Benedict con una mirada fulminante. Por supuesto que sabía lo que sucedió. Los tramposos casi nunca encontraban quién les podía ganar, y menos que fuera una persona tan joven y respetable como el Sr. Benedict Fenton.

No fue tan difícil como Benedict pensó que sería el devolverle el dinero y los pagarés a las personas inocentes que habían perdido su dinero. Stoddart, la ayuda de cámara de Carstairs se encargó de todo, contratando un trabajador desempleado, pero excelente persona, para que llevara los paquetes a las diferentes direcciones. Luego desaparecía antes de que le pudieran preguntar algo. La mayoría de los favorecidos estaban confundidos, pero se quedaban callados, ya que la nota que acompañaba al paquete decía *‘Por razones propias, por las cuales le ruego no me pida explicaciones, le devuelvo lo que perdió anoche.’* Al parecer los caballeros estaban dispuestos a no preguntar más, a excepción de un amigo de Cambridge, el Sr. Barrabás Smythe, quien fue a la casa de Carstairs.

— ¡Hola, Barry! ¿Qué haces aquí a esta hora? — preguntó Carstairs, bostezando antes de tomar un sorbo de su taza de café.

Pero el Sr. Smythe, parado con la espalda erguida, miró directamente a Benedict, quien estaba ya vestido y leyendo el periódico. Lo puso en la mesa cuando anunciaron la visita.

— ¡Señor! — exclamó, como si nunca hubiera vomitado sobre la ropa de Benedict y dormido en su habitación en varias ocasiones después de una noche de fiesta. — Debo preguntar qué significa esto. — Y le tiró el paquete con la nota, su pagaré (con valor de ciento veinte libras esterlinas) una nota del banco por otras cien libras, y unas cuantas guineas, sobre la mesa.

— ¡Con cuidado! — protestó Carstairs, recogiendo una guinea que cayó debajo de la mesa. — ¿Por qué hiciste eso?

— Es lo que perdiste anoche, Barry. ¿Qué te puso tan enojado? — preguntó Benedict.

— Si le han informado, señor, que no cubro mis deudas de manera honorable, entonces le tengo que decir... —

— Ah, ¿es eso todo? — dijo Carstairs con alivio. — Se tardó en pagarle a Rennie el año pasado porque su papá no le daba el dinero. Es un tema un poco sensible para él.

El Sr. Smythe se volteó hacia Carstairs. — Le informo, milord, que le pagué en menos de una semana. Hubiera sido más pronto, pero...

— Lo sé. Lo sé. Gilchrist se echó para atrás en la compra de tus grises. Pero yo los compré, así que no hubo problema.

— Si cree echarme en cara ese acto de caridad, — continuó el Sr. Smythe, furioso, — entonces está gravemente...

Benedict se levantó y le dio una palmada en la espalda. — No Barry. Nada de caridad. Fluff ganó mil con ellos en la carrera. Sabes que fue así.

— Si, bueno. Me duele haberlos vendido, — dijo el Sr. Smythe, calmándose. — Pero si cree que puede andar por allí, pensando que no puedo pagar mis deudas...

— No pienso nada por el estilo, viejo amigo. — Tomó la nota de encima de la mesa. — ¿Ves? Aquí dice que *'por razones propias, por las cuales le ruego no me pida explicaciones'*...

— ¿Cuáles razones?

— Pedí que no me preguntara, — dijo Benedict, sonriendo.

— Entonces ¡sí piensa que no puedo pagar mis deudas! — explotó Smythe. Tomó su cartera y la tiró sobre la mesa. — Allí está. Y si el maldito de Rennie

no hubiera ido de bocón por todos lados, diciendo que no tengo dinero para pagar, no me hubieras insultado de esta manera.

— Barry, no es así. ¡Lo juro!

— ¿Entonces cómo es? — preguntó Smythe.

Benedict miró a Carstairs, quien se encogió de los hombros, y luego sus ojos brillaron con inspiración. — Conversión religiosa, — dijo brillantemente. — Dicky siempre ha ido a la iglesia, como todos nosotros, pero tuvo una experiencia que hizo que, eh, profundizara sus creencias religiosas.

Los otros dos jóvenes se le quedaron viendo, sus bocas abiertas.

— ¿Anoche? — preguntó Smythe.

— No, no es eso. — Benedict se sentó. — Que tonto eres, Fluff. ¿Fue eso lo mejor que se te ocurrió? — Carstairs hizo un sonido que denotaba su vergüenza. — Mira, Barry. Te contaré una historia. Pero sin importar lo escandalosa que sea, no se la puedes contar a nadie.

— ¿Acaso mencioné alguna vez la moza de taberna que Carstairs trajo...

— Está bien, está bien. — interrumpió Carstairs. — Deja eso para otro momento, y deja que Dicky hable.

— Antes que nada, tengo que decir que lo estoy haciendo es por una razón muy seria. No te la puedo contar. Simplemente te puedo decir por qué te mandé el dinero. Pero es un cuento largo, y pueda que no me creas.

— ¿Tienes algo más fuerte que el café? Creo que necesito un trago, — dijo Smythe, más calmado.

— Si quitas todo este maldito dinero de mi desayunador, veré qué puedo hacer.

Más tarde esa noche, después de que los tres amigos habían cementado su amistad con cerveza y algo de ginebra, salieron en bastante mal estado de la taberna donde se fueron a festejar. Barrabás Smythe, quien se sentía sumamente aliviado por haber escapado una deuda tan grande, no podía mantener el equilibrio, y Carstairs se ofreció para asegurarse que llegara a casa, si Dicky se podía adelantar y pedir que tuvieran unos ladrillos calientes listos para cuando él llegara a casa. Y tal vez un poco de ponche de ron también.

Fue así como Benedict, tomando un atajo por el callejón al lado de la taberna, se encontró de frente a un rufián vestido con un largo abrigo de lana y una bufanda que cubría su boca. El sombrero le cubría los ojos. El tipo le impedía el paso, y sostenía algo en su mano. Lo levantó, y Benedict se dio

cuenta que era un garrote. Entrenado en el arte de la esgrima, Benedict se lamentó que los caballeros ya no portaban sus espadas. Miró por el callejón, buscando algo que pudiera usar como arma. Solo vio una caja de madera llena de botellas vacías. Seguramente era para que los fabricantes de ginebra las pasaran a buscar en la mañana. La madera no serviría contra el garrote, así que tomó una botella. Sucedió en segundos. El hombre intentó pegarle en la cabeza con el garrote, pero Benedict logró evadirlo y le pegó en el brazo con la botella. El hombre gritó cuando recibió el golpe, pero no detuvo su propio ataque. El garrote pegó contra el hombro de Benedict. El joven saltó hacia atrás, pero su atacante lo siguió, pegándole una y otra vez con el garrote, pero sin poder pegarle en la cabeza. Benedict se la cubría defensivamente con un brazo. Cuando su oponente levantó el brazo una vez más para pegarle, Benedict rompió la botella contra la pared y se acercó al tipo en lugar de alejarse. Logró darle en el estómago, cortando la tela de lana y apuñalando su contrincante. El tipo cayó de rodillas y se agarró el estómago, mirando a Benedict con asombro. Benedict, respirando fuertemente, pateó el garrote y se hincó para revisar a su atacante. Un segundo después sintió cómo el aire se movía cuando otro garrote le pegó en la parte posterior de su cabeza. Lo último que vio al caer fue la punta de una bota, lustrada hasta brillar.

Empezaron a buscar en sus bolsillos, echando pestes, hasta que escucharon el grito de — ¿Quién anda allí? — que les alertó sobre la presencia de los vigilantes. Dos corpulentos vigilantes con antorchas se encontraban en la entrada del callejón. Con una última patada al cuerpo inconsciente de Fenton, ambos hombres se echaron a correr, uno abrazándose el estómago.

Capítulo 12

Preparativos para el Viaje a Londres

Era inusual, pero Blake, el mayordomo de Bassington Hall, era también mayordomo de la casa del Sr. Allison en Londres. Además, tenía un excelente segundo mayordomo llamado Coates, quien ahora se quedaría encargado de las cosas en Bassington Hall mientras Blake viajaba a Londres para preparar la casa allá. Aún en la temporada baja se quedaban ocho sirvientes en Londres, así que Blake se llevó con él solamente a dos mozos, tres mucamas, dos criados, y el chef francés. Como mandó a avisar que iban en camino, estaba confiado que llegaría a encontrar el pequeño ejército de reclutas limpiando y puliendo los pisos de los cuartos públicos y las recámaras. Tanto trabajo para que seis personas se quedaran solamente una o dos noches en la ciudad.

Afortunadamente el clima en Londres estaba soleado, aunque no caluroso, aún en el verano. Con el calor las partes más pobres de la ciudad emanaban un olor fétido y se propagaban todo tipo de enfermedades. Por eso la alta sociedad abandonaba a Londres durante el verano y se escapaban a sus propiedades de campo.

Cuando él llegó, la Sra. Hunter, el ama de llaves de la casa de Londres, tenía el ejército de sirvientes trabajando de manera ordenada y en poco tiempo asignó sus tareas a cada uno de los recién llegados. La Sra. Hunter era bajita y gordita, pero su energía era interminable. Ella le había confiado a Blake en alguna ocasión que, al contrario de las personas bajo su mando, ella odiaba los meses del verano, al igual que cada vez que el Sr. Allison se ausentaba de la casa. Sin lugar a dudas a ella le hubiera gustado recibir una mayor cantidad de visitas y por más tiempo. Ella, junto con la ayuda de recámara del Sr. Allison, Camden, y el propio Blake, habían llegado a la conclusión que una de

las visitas podría ser la futura esposa del Sr. Allison. Eso la llevó a mandar a lavar las ventanas de la recámara una segunda vez, lo que era un trabajo extra y poco necesario. La Señorita Fenton no encontraría nada de qué quejarse, y todo por admirar en la casa a cargo de la Sra. Hunter.

Ella se encargaría de tener flores frescas. La casa ya se encontraba en camino a estar decente, y Antonio se hacía cargo de la cocina y apuntaba lo que sus ayudantes deberían conseguir si no querían que les tirara un sartén a la cabeza al regresar. Los establos estaban ya en orden, albergando varios caballos que el Sr. Allison usaba en la ciudad, pero se preparaban para recibir los otros diez caballos y dos carruajes que iban en camino. Los carruajes que llevaron a Blake y los demás a Londres fueron alquilados, pero era inconcebible que el Sr. Allison ofreciera transportar a sus invitados en carruajes que no fueran de su propiedad. Todo ese movimiento solamente para ir al anfiteatro de Astley, según Blake tenía entendido. Debería averiguar si no había un brote de tifoidea en el área. Los espectáculos públicos grandes, como las acrobacias ecuestres de Astley, realizadas mientras cabalgaba parado en el lomo de un caballo, eran los lugares favoritos para que ese tipo de infección se propagara.

Él se enteró del viaje no por algo que le dijera el Sr. Allison, sino porque Molly, su novia y posiblemente la futura Sra. Blake, le contó de una conversación que ella escuchó en la recámara de Lady Fenton. Después de regañarla por escuchar conversaciones ajenas, ella le contó a Blake lo sucedido. Ella estaba ocupada en una pequeña recámara con acceso a la recámara de Lady Fenton, guardando la ropa recién lavada de la dama. Quedó atrapada cuando Sir Ranalph llegó y besó a su esposa. Ella estaba a punto de mostrar su presencia cuando Lady Fenton dijo, — ¡Qué vergüenza! ¡Llegaremos tarde para la cena! — así que se quedó quieta, esperando poder evitar el bochorno de interrumpir el momento íntimo entre esposos. Pronto se irían. La experiencia de Blake decía que no siempre era así, y le dijo cómo debería comportarse en situaciones similares. Lo que debió hacer era hacer algún ruido antes de salir a la recámara y preguntarles si necesitaban algo más, y luego salir de la manera menos apurada y despreocupada posible. Le perdonó su inexperiencia, y dejó que siguiera con la historia.

— ¿Qué piensas acerca de este viaje a Londres? — preguntó el baronet.

— Temo que Serena tiene algo que ver. Ella le habrá dicho algo acerca de querer ir al espectáculo de Astley.

— Creo que tienes razón. Cuando nuestra hija quiere algo, usa todos los

métodos a su disposición para conseguirlo. Al igual que su mamá. — Se escuchó el ruido de una palmada juguetona y tal vez otro beso. Molly se preguntó cómo hacer para salir de esa situación. — ¿Crees que deberíamos decir que no se haga el viaje? Me parece que es mucha molestia para Allison.

— No creo que Allison tendrá que hacer más que dar la orden, — dio Lady Fenton, riéndose. Ella sabía distinguir cuando una casa se manejaba bien, y el Sr. Blake asintió con satisfacción. — Mi preocupación es que interrumpe lo bien que todos parecen estar llevando aquí. La llegada del teniente ha sido una bendición. Hasta Honoria parece estar más relajada.

— Yo pensaba que todo iba bien, — contestó su esposo. — Han salido a cabalgar juntos y a hacer otras cosas.

Hubo una pausa. — Nunca me deja de sorprender lo poco observador que eres, querido. Y pensaba que el Sr. Allison era un hombre de buena labia, pero tanto él como Honoria se han comportado de una manera poco relajada cuando están juntos.

— No he visto nada además de que sean corteses el uno con el otro.

— Y ¿crees que con cortesía me hubieras conquistado? — sonó otra risada y se escuchó nuevamente un beso.

— Entonces, ¿no van tan bien las cosas como pensé? — preguntó su esposo.

— Tal vez no debimos contarle a Honoria las intenciones de Allison. Está tan nerviosa. No demuestra su dulce carácter, y ciertamente no hace nada de su parte para alentarlo. — Su esposo hizo un ruido de protesta. — No la culpo. Honoria hace todo lo que le pido, y dice que está dispuesta a considerar su propuesta. Pero es tan tímida que se cohíbe, y Allison, lejos de ayudarla a relajarse, parece haber adoptado algo de su comportamiento también.

— Y aquí yo que pensaba que todos estábamos disfrutando la visita.

— Si, cariño, así es. Pero el propósito de esta visita está en duda.

— No dejaré que Honoria haga algo que ella no quiere.

— Lo sé, querido, y le he hablado acerca de esto, pero ella insiste que sí está dispuesta.

— Bueno, durante su temporada sucedió lo mismo. No la pudo disfrutar como lo debió hacer. Ser la belleza sin disputa de la temporada le hubiera encantado a cualquier otra señorita, pero a mi bella hija no le gustó tanta atención. No es nada vanidosa. Estoy seguro de que Serena le encantará toda esa atención cuando sea su turno.

— Pero el punto es que, si este compromiso no se da, Serena nunca tendrá la oportunidad.

— Podríamos... — protestó Sir Ranalph.

— Sí, tal vez podríamos visitar a Wilbert unas semanas, pero solo unas pocas. Y sabes que estar cerca de él te da jaqueca.

— Sólo cuando pierde sus apuestas.

— Bueno, no podemos ayudarlo nuevamente si lo vuelve a hacer. Suficiente que nuestras hijas no podrán tener otra temporada. Y ¿qué de Angélica?

— Faltan trece años por lo menos hasta que lleguemos a ese punto, querida. Si no le sigo pagando los excesos a Wilbert, espero que nuestras finanzas estén recuperadas para entonces. Pero diré esto. Si hay alguna posibilidad que este matrimonio no se dé, y confío en tus instintos en cuanto a este tema, entonces Serena deberá poder visitar el espectáculo de Astley al menos una vez. ¡Malditas las deudas de Wilbur!

— Sí querido. Iremos a Londres. Tal vez allí todos se sentirán más relajados.

Se escuchó el movimiento del vestido de seda, y la pareja bajó a cenar.

Blake entendió mucho por lo que Molly le contó. La Señorita Honoria Fenton podría ser la futura esposa del Sr. Allison, y que su naturaleza era dulce y sencilla. También que al momento de convertirse en la señora de Bassington Hall, podría necesitar un poco que apoyo y consejo en cuanto a llevar bien el cuidado de la casa, aunque fuera la hija de un noble. Blake se haría cargo de darle ese apoyo e instruirla en la manera más discreta posible. La había observado de cerca, cómo acostumbraba con todos los invitados a Bassington, y cuando su amo no estaba en su presencia, ella parecía una chica vivaz, inquisitiva y con buen sentido de honor. Pero cuando estaba en presencia de los caballeros, ella se desvanecía. Aún era bella, pero era más cuidadosa con su habla y su comportamiento era más, bueno, más frío. Los otros sirvientes reportaron que todos los miembros de la familia mostraban modales impecables en su trato con ellos. Se notaba la buena crianza en el comportamiento.

Blake estaba contento de ver que su amo al fin se casaría, y no tenía razón alguna para estar en contra de su elegida. Había características mucho peores que ser tímida, y él haría todo lo posible para que al llegar ella (y los demás invitados, por supuesto) se diera cuenta de lo bien que funcionaba todo en la casa y que no debía temer convertirse en la señora. Tal vez habría una oportunidad para presentarle a la Sra. Hunter. Seguramente al conocer a ese personaje tan bondadoso y eficiente, se sentiría tranquila y vería que convertirse la Sra. Allison no era algo de qué preocuparse después de todo.

Lo conversaría con la Sra. Hunter esa noche, mientras cenaban en su pequeña sala de estar, y así podían planificar la mejor manera de abordar a la jovencita que llegaría dentro de dos días.

Pero no sucedió así. Los huéspedes llegaron esa noche, con gran revuelo y preocupación, y nadie se dio cuenta que las ventanas de la tercera recámara estaban aún un poco empolvadas, o que el personal de la cocina entró en pánico por no tener provisiones suficientes a la mano. Todo por un horrible incidente que ocurrió.

Capítulo 13

El Deseo del Sr. Allison

Era necesario hacerlo, pensó Allison. Él, quien había comandado una tropa en la guerra, no había logrado preguntarle a una de las jovencitas más bellas y amables que conocía si quería casarse con él. Hoy era el día. Le pediría que caminara con él después del desayuno. Solicitaría ayuda a su mamá para asegurarse que nadie más los acompañara. Él estaba seguro de que ella lo ayudaría, ya que llevaba las últimas dos semanas esperando que sucediera. Los demás irían a cabalgar y él le declararía su amor, no, su cariño a Honoria, y luego esperaría su respuesta. No le podía mentir. El resultado se sabía de antemano. No era que él creía que el corazón de ella rebosaba de amor por él. Cuando se acercaba demasiado, la expresión de ella no brillaba con pasión, sino que más parecía que estaba estreñida. Sinceramente esperaba que no era la misma expresión con la cual lo vería todos los días durante el resto de su vida.

Pero todo era porque ella era excesivamente tímida. Scribster le aseguraba que en realidad era una jovencita vivaz con un excelente sentido de humor, y él confiaba en la opinión de su amigo. Gus era un bromista perenne, haciéndole bromas desde que estuvieron juntos en el ejército, pero estaba seguro de que no le haría una broma con un tema tan delicado. Gus le comentó que el carácter de Honoria era igual de vivaz que su hermana, pero cuando le preguntó cómo lo sabía, o que le diera un ejemplo, le contestó que no podía quebrantar un juramento. Gus sonrió, en una manera nada usual para él, al recordar sus conversaciones, y eso le dio a Allison la esperanza que no se estaba casando con una bella idiota ni con un maniquí que su única característica importante era la belleza. No bajaría a desayunar, no dejaría que una mirada de los ojos brillantes de Serena lo distrajera de su propósito. Eran

tan parecidos a los ojos de su hermana en su forma y color, pero la expresión era tan diferente. Le hablaría a la mamá primero, y casualmente preguntaría si le podía avisar a Honoria mientras él se retiraba a la biblioteca para atender ‘negocios de la propiedad’.

Estaba dispuesto a no hablar con nadie, ni con Scribster. Se conocía lo suficiente para saber que estaba a punto de salir corriendo, como uno de sus propios caballos cuando alguien más cabalgaba en ellos. No podía esperar a que Sir Ranalph le preguntara qué sucedía. Eso sería lo peor de los modales, y solo los avergonzaría a los dos. Sin importar qué tan amable era el Baronet, eso podría crear malas relaciones entre ellos. No. Hoy definitivamente era el día.

Justo en el momento que Allison estaba tomando esa decisión, su futura prometida caminaba con el Sr. Scribster en una avenida rodeada por altos setos a cierta distancia de la casa.

— ¿Por qué usa ese sombrero tan horroroso, Sr. Scribster? Debe tener al menos cien años.

— Era de mi abuelo.

— Pues debería devolvérselo inmediatamente y comprar otro. Uno no tan alto para no elongar su perfil ya bastante largo.

— ¿Qué tiene de malo mi sombrero? A mi no me interesa estar a la moda.

— Tal vez le debería interesar estar presentable. — Ella extendió su mano. Él se quitó el sombrero y se lo entregó.

— El fieltro negro no recupera su color una vez que se destiñe y adquiere este color oxidado, — comentó, señalando las orillas. Él lo miró con una expresión seria, pero ella sabía que él no lo estaba tomando nada en serio. — El ancho del ala es casi igual al de uno de los sombreros de mi mamá. Y las hebillas plateadas ya no se usan como adorno, señor. El Sr. Brummel seguramente se desmaya cada vez que lo ha de ver.

— ¿George? Si, así es. Me dice que ser excéntrico es el último recurso de los feos. — Tomó su sombrero de nuevo y se lo volvió a poner. — Así que acepto por completo mi excentricidad. Además, no le puedo devolver el sombrero a mi abuelo, ya que él falleció.

— Entonces debieron enterrarlo junto a él. — Nuevamente Honoria alzó su mano para tapar su propia boca, pero él la agarró suavemente de la muñeca y la apartó.

— Está bien. Lo utilizo solamente porque mi hermana me dijo, cuando me

fue heredado (probablemente por la hebilla, mi abuelo era un hombre sagaz), que no debería usarlo bajo ninguna circunstancia.

— ¡Solo para llevar la contraria! Pero su hermana no está aquí para verlo.

— Ciertamente, pero ya se convirtió en un hábito.

— Pues no se lo vuelva a poner. Y un corte de pelo no le caería mal.

— Suena como mi hermana.

— Estoy segura de que solo quiere lo mejor para usted.

— ¿Lo está? — él preguntó. — Es obvio que no la conoce. Sin embargo, yo creo que usted sí tiene buenas intenciones para mí, así que compraré otro sombrero y me cortaré el pelo en cuanto pueda. Pero no crea que un ejército de barberos y un galón de pomada podrán domar mi pelo liso para que esté peinado a la moda.

— ¿A lo romano? No, a usted le hubiera quedado bien nacer en la generación anterior. Entonces hubiera podido simplemente agarrárselo en una coleta. Supongo que se hubiera visto muy respetable. ¿Por qué cree que yo tengo buenas intenciones hacia usted? No soy otra cosa más que mal educada en mi trato hacia su persona.

— Pero la absuelvo de ser odiosa sin razón.

Ella caminó un poco, pensando en sus palabras. — Eso es muy gentil de su parte, pero yo no me absuelvo. Al parecer, ser odiosa me divierte muchísimo más de lo que pensé fuera posible.

— Es simplemente el efecto de estar en una situación opresiva.

Honorita nerviosamente lo miró directo a la cara. — ¿Qué quiere decir con eso?

Él la tomó de los hombros y la volteó para estar frente a frente. — Sabe a lo que me refiero, Señorita Fenton.

— Entonces ¿sabe por qué estamos aquí?

El Sr. Scribster bajó sus manos repentinamente. — Probablemente sí.

— ¡Ahora se porta evasivo! — exclamó Honorita.

— No. Sencillamente cauteloso. Usted me ha dicho que no la presione para revelar la verdad acerca de ciertos temas, y siento que nos estamos acercando a esos temas. — Él se apartó un poco y continuó caminando en silencio.

Honorita dejó que se aumentara un poco la distancia entre ellos antes de voltear a verlo. Él caminaba con un paso más rígido de lo que normalmente acostumbraba. Ella se rio. — Sr. Scribster, ¡mírese! Está en grave peligro de dejar que los buenos modales le impidan preguntar algo.

Él también rio, y dijo — ¡Eso no puede seguir así! Entonces dígame, ¿qué

tan serio es su afecto por el apuesto teniente? ¿No se ha dado cuenta aún que es un idiota?

— Justo cuando me empieza a caer bien, dice algo así. — Tomó su falda y se dio la vuelta, corriendo hacia la casa.

Se calmó un poco casi al llegar a la casa, y disminuyó su paso de nuevo para seguir caminando. Prescott venía caminando desde los establos, lastimosamente sin su uniforme militar, pero aún así bastante apuesto en un traje para montar de tela verde con pantalón de gamuza y botas altas.

— ¡Señorita Fenton, buenos días! — la saludó, acercándose a ella. — ¿Salió a caminar? ¿Gustaría de acompañarme a dar un paseo antes del desayuno? Es un día hermoso. — Al ver que ella dudaba, agregó — Sin perder de vista la casa, por supuesto.

Su exquisito sentido de decoro era una de las cosas que a ella le atraían de él. El Sr. Scribster, por ejemplo, caminó con ella muy lejos de la casa. Pero para ser justos, fue a propósito para que ella se pudiera desahogar sin que nadie la escuchara. Sin embargo, compartir con alguien de modales impecables era justamente lo que ella necesitaba en ese momento, así que tomó con la mano temblorosa el brazo que el teniente le ofreció, y empezaron a caminar hacia el jardín de rosas.

Él era muy alto. Un poco mas bajo que el Sr. Scribster, pero suficientemente alto como para que ella se sintiera como una ninfa del bosque siendo escoltada por un hermoso dios griego. Él habló de su visita a Bassington, mencionó el clima y habló de los jardines. Ella respondió con calma, aún demasiado enojada con Scribster para sentir que su acompañante fuera amenaza alguna.

— ¿Es reciente la amistad de su familia con mi primo? — él preguntó.

Honoría se extrañó al escuchar esa pregunta. — Creo que mis padres lo conocieron hace seis meses, — contestó ella sin entrar a detalles, esperando que la conversación cambiara de tema.

— Ah. ¿Fue durante la temporada, entonces?

— Sí, así fue.

— ¡Mi madre tenía razón! Rowley al fin encontró su pareja, — exclamó. — ¿Por qué no se menciona? ¿Hay alguna circunstancia familiar que lo impide? Puede confiar en mí, Señorita Fenton, se lo prometo. ¿Cuándo esperan casarse mi primo y su hermana?

Honoría se detuvo en seco, pasmada. — ¡Mi hermana!

— Mil disculpas, Señorita Fenton. Demasiado tiempo en Lisboa como para recordar mis modales. Le preguntaré a Rowley si decido curiosear. La he

hecho sentirse incómoda.

— No, teniente, no. Solo, ¿me podría acompañar de regreso para poder desayunar? Mamá odia cuando llegamos tarde.

— Por supuesto, Señorita Fenton. En seguida.

Ella tomó su brazo nuevamente y estaba tan concentrada en sus pensamientos que se le olvidó temblar al tocarlo. ¿Por qué pensaría que su primo estaría a punto de pedirle matrimonio a Serena? Pero, así como los pequeños pedazos de vidrio de colores se juntan en un vitral para crear una imagen, ella supo por que el inesperado comentario no le pareció tan desatinado. Era evidente que, aunque la inteligencia del teniente se podía disputar, su sensibilidad estaba plenamente desarrollada. Él se daba cuenta de lo que le sucedía alrededor. Era la razón detrás de cómo él aparecía como por arte de magia cuando se quería levantar de la mesa, por qué rescató la lana de Mamá de enredarse en la pata de una silla, o redireccionó la conversación cuando Papá le preguntó a Serena si visitó el establo ese día. Él se daba cuenta de las cosas. ¿Era posible que él se hubiera dado cuenta de algo que sucedía entre Serena y el Sr. Allison? Y si así fuera, ¿qué significaba para ella? Debería hablar con Serena inmediatamente. No para preguntarle directamente, ya que, si estaba equivocada, nunca más podría ocultarle lo que sentía en cuanto a la razón de su visita.

Seguramente Mamá, quien tenía una habilidad clarividente acerca de sus hijos, se habría dado cuenta también. Pero luego Honoria recordó algo raro. El Sr. Allison siempre parecía estar en la esquina más alejada del cuarto en relación a Serena. Casi siempre... No servía de nada especular. Necesitaba hablar con su hermana. El Sr. Scribster recomendaría la honestidad. Al mismo tiempo, el Sr. Scribster era un rinoceronte que aplastaba los sentimientos ajenos. ¿Qué le aconsejaría Mamá? Tal vez lo mismo.

De repente miró a las personas reunidas para el desayuno, y se dio cuenta que la tensión reciente que sentía se debía precisamente a una falta de honestidad. No solo de parte de ella, sino otro secreto que guardaban sus padres, su atracción hacia el teniente, un misterio que involucraba a Genoveva, quien hablaba animadamente con Serena sobre los caballos, y el extraño comportamiento de Dicky en regresar a Londres cuando ella sabía que él ya se había gastado el dinero de su manutención de los siguientes tres meses en un juego de cartas. No podía recordar otro momento en el cual una nube de secretos de tal magnitud rodeara su familia. Usualmente ellos solamente podían guardar un secreto por un corto tiempo antes de que su Mamá se diera

cuenta y todo salía a la luz y era discutido. Ella siguió comiendo, tratando de discretamente llamar la atención de su hermana.

Su mamá se inclinó hacia ella y le susurró en el oído — El Sr. Allison desea hablarte, mi amor. — Honoria levantó la vista para buscar a su anfitrión sentado a la mesa. — Él no se encuentra aquí, Honoria. ¿No te habías dado cuenta? — Honoria miró a su mamá, pero se notaba que no estaba concentrada en el presente. — Después del desayuno puedes reunirte con él en la pérgola de rosas. — Honoria parecía estar pensando en otras cosas. — Querida, ¿me escuchaste?

— Sí, Mamá, sí. — Sus ojos se encontraron con los del Sr. Scribster. No estaban llenos de diversión como normalmente lo estarían. Ella le frunció el ceño. Serena se levantó de la mesa y Honoria la siguió. — Serena, ¡espérame!

Su hermana se detuvo en la puerta para esperarla, y cuando salían del cuarto, Honoria escuchó que su mamá le decía — Cinco minutos, Honoria.

En la recámara de Serena, Honoria se sentó sobre la cama y dobló las piernas, viendo cómo su hermana usaba un cepillo especial para quitar la tierra y el polvo de los establos de su ropa y zapatos.

— ¿Cómo te sentirías si accedo a casarme con el Sr. Allison?

— ¡Orry! — exclamó Serena, tirándose sobre la cama y tomando sus manos. — ¿Ya te preguntó?

— No, aún no, — contestó Honoria, buscando el rostro de su hermana por alguna emoción que la delatara. — Lo que sucede, Serena, es que puedo ver que no estás tan feliz como pensaría... ¿Por qué?

Serena agachó su cabeza. — Es demasiado egoísta de mi parte. Me he dado cuenta de que ya no viviremos juntas cuando te cases. Y eso me da tristeza.

Honoria se soltó de las manos y se levantó para empezar a caminar de un lado del cuarto al otro. — ¿Eso es todo? ¿Estás segura?

— Bueno, ¿qué más podría ser? — preguntó Serena, confundida.

— No lo sé, — contestó Honoria algo molesta. — ¿Tal vez alguna objeción al Sr. Allison?

Serena rio. — No seas tonta, Orry. ¿Qué objeción podría tener a que te cases con un caballero tan apuesto, amable, y rico? Nunca nos hubiéramos imaginado lo maravilloso que es. Usé el método de Mamá de hablar con los sirvientes sin hacerles preguntas directas, y es muy notorio lo mucho que lo respetan y admiran. — Observó cómo Honoria caminaba de un lado a otro. — Pero si no te quieres casar con él, solo díselo a Papá. — Honoria ahora retorció su pañuelo entre sus manos, además de seguir caminando. — ¿Temes

que ya es demasiado tarde? Sé lo que sientes sobre seguir siempre las reglas de comportamiento debidas, pero sé que Mamá te entendería. Ella es ambiciosa, sí, pero solo quiere que seamos felices.

— Sí, sí, ya lo sé, — dijo Honoria de manera preocupada. Se agachó y esta vez fue ella quien tomó las manos de su hermana. — Pero ¿qué piensas tú acerca de él? Dime, Serena, te lo ruego. No como futuro esposo mío, sino como hombre.

Serena tenía una expresión de confusión en su rostro, pero se sentó a pensar. — Bueno, tanto él como su primo son muy guapos. Y es muy fuerte. Me levantó para sentarme en la silla de montar como si yo pesara nada más que un bebé. Y es tan divertido. — Vio que Honoria fruncía el ceño. — Es cierto, lo es. Y puede cabalgar como el viento y siempre es cuidadoso con sus caballos, que es algo que verdaderamente aprecio. Su primo me ha dicho que él fue un héroe bajo el mando del Wellington, junto con el Sr. Scribster, si es que puedes creer que ese personaje es capaz de hacer otra cosa que no sea verse todo amargado. Es algo atrevido a veces... — Honoria la miró, completamente sorprendida. — En serio lo es. — Serena miró a la distancia, absorta en sus recuerdos.

— El suena, — dijo Honoria con algo de desesperación, — maravilloso según tu descripción. Tal vez, — dijo, intentando aligerar la situación, — él sería mejor pareja para ti que para mí.

La sugerencia fue como una bofetada para su hermana. — ¡Orry! No puedes pensar que yo pretendo algo con él, ¿solo porque nos adelantamos en la cabalgata el otro día? Por favor, no pienses eso, — contestó preocupada.

Honoria no pudo contestar que tenía la esperanza de precisamente eso. — No, no. Era una broma. — Pero ella vio algo en el rostro de su hermana que debía analizar más tarde. Pero ya no había un ‘más tarde.’ Se acababa de dar cuenta que la persona con quien debía reunirse en la pérgola de las rosas era Allison, y que esta vez estarían solos. Eso solo podía significar una cosa. Nada la podía salvar ahora.

Le pidió disculpas a Serena y salió de la recámara. Encontró al Sr. Scribster parado al lado de las escaleras. Parecía que la estaba esperando. Ella se acercó a él y rápidamente lo tomó de la mano. Él la miró con confusión, como si nadie lo había tomado de la mano en su vida. — ¿Puede ayudarme?

— Sí, — contestó. Era muy característico de él ser tan directo.

— Voy a reunirme con el Sr. Allison, y yo sé que usted sabe...

— Sí, — dijo nuevamente.

— ¿Podría interrumpirnos? Él probablemente hará una pregunta para la cual aún no estoy preparada. Intentaré que siga hablando, pero por favor no tarde.

— Se alejó caminando y bajó las gradas a vestíbulo de entrada.

Él pareció despertar de su trance y le dijo en voz baja mientras ella se alejaba, — Si dice que no, todo esto acabaría.

Ella se dio la vuelta para hablarle, con una expresión triste en su cara. — No puedo. Es que... no es tan sencillo. Simplemente no estoy lista. — Nuevamente se dio la vuelta y corrió hacia la puerta, abierta anticipadamente por uno de los sirvientes.

El Sr. Allison esperaba a Honoria en la pérgola, alto, apuesto, y determinado. Él la tomó de la mano y se la besó con gran ceremonia. — Señorita Fenton, qué bien le queda el color rosa. — La mención de eso la hizo pensar en el Sr. Scribster y la Señorita Shaw. Una pequeña sonrisa alumbró su rostro, y Allison pensó que nunca la había visto comportarse de manera tan natural. Esto iba por buen camino.

— Creo que debería saber, Señorita Fenton, lo mucho que la aprecio, — él continuó.

— ¿Debo? Y ¿cómo, precisamente, debería saber eso? — preguntó Honoria con un tono de voz que él nunca la había escuchado usar.

— Bueno, pues, es cierto, — dijo él sin saber qué más decir, aunque empezaba a sentirse entretenido.

Ella miraba hacia la casa, como si esperara algo, pero respondió, — ¿Qué cualidades mías son las que más admira?

¿Qué diantres pasaba? La chica que a penas le podía hablar ahora le preguntaba cosas tan sagaces, preguntas que podrían causar que su mamá se desmayara si las escuchara. Estaba confundido y no estaba preparado para eso. Esta plática, practicada tantas veces en las últimas horas, había tomado un rumbo inesperado, aunque interesante.

— Su belleza, — empezó, pero se detuvo cuando vio que su atención nuevamente estaba en otras cosas.

— Ajá, sí. Mi belleza, — repitió ella con aburrimiento. — ¿Y?

— Su inteligencia.

— Le ha de haber pedido referencias a alguien. No me recuerdo haber mostrado gran inteligencia en nuestros encuentros previos, — contestó ella desinteresadamente, como si las palabras fluyeran de su boca sin darse cuenta

mientras ella estaba pensando en otras cosas.

— En fin, eso me ha llevado al punto de querer pedirle... de solicitarle...

— Oh, ¿es el Sr. Scribster corriendo hacia nosotros? — preguntó con lo que él pensó que era alivio.

Él estaba de espaldas a la casa y contestó en tono irritado, — No puede ser. Gus nunca corre. — Sin embargo, se volteó para encontrar a su amigo casi a su lado.

— Gus ¿qué?

— Lo lamento, Rowley, Señorita Fenton. Me temo que hemos recibido noticias de la ciudad. El Sr. Benedict Fenton fue atacado.

— ¡Oh no! — exclamó Honoria, haciéndole honor a los grandes actores del teatro en West End. — ¡Tengo que ver a Mamá! — Se alejó rápidamente con el Sr. Scribster mientras Allison tomó un momento para reponerse.

— ¿Porqué tardó tanto? — susurró Honoria. — Y esa historia es un poco exagerada ¿no? Ahora Benedict tendrá que usar un cabestrillo para que sea convincente.

— Me tardé porque llegó un mensaje de Londres. Su mamá me pidió que la viniera a buscar. Me temo que es todo muy real, Señorita Fenton.

Honoria lo miró con profundo dolor en su rostro, levantó su falda, y corrió a toda velocidad hacia la casa.

Capítulo 14

El Estado de Benedict

Cuando llegó la noticia del ataque que recibió Benedict, el corazón de Genoveva se contrajo por el sentimiento de culpabilidad. De no ser que su esposo estaba en ese momento en Ottershaw, ella hubiese pensado que Benedict, luego de ver los moretones en su cuello, fue a enfrentar a Sumner, y que éste luego le pegó como el cobarde que era. Pero ese no era el caso. Sumner no estaba en Londres. No pudo ser él. Repentinamente Genoveva quedó convencida que la visita sorpresiva de Benedict a la ciudad tenía que ver con su situación. Eso la conmocionó como un jarrón que se reventaba en mil pedazos. La naturaleza de él era tal que nunca podría dejar las cosas en paz una vez que se diera cuenta de la verdadera situación en que ella se encontraba. Ese joven tonto y maravilloso seguramente quería rescatarla, sin importar el precio, y aunque Sumner no estaba en la ciudad, ella temía que era responsable del horrible ataque. Nada tenía sentido. ¿Qué habrá hecho Benedict? Y ¿qué pudo ordenar Sumner que le hicieran a Benedict?

Fue así como Genoveva los acompañó a la ciudad, para hospedarse en la casa en Grosvenor Square ya que la casa Sumner sobre la calle Curzon estaba cerrada durante esta época del año. No esperó el permiso del Sr. Allison, y se fue en el carruaje al hospedaje de Lord Carstairs. Como un joven soltero, él vivía afuera de la vieja casa familiar de su papá. La casa no llevaba más de dos generaciones en la familia, pero aún así atemorizaba a Carstairs cada vez que la visitaba por la presión de las expectativas de su familia. Su vivienda no era grande, pero era cómoda. Solo tenía una recámara y una sala, donde Benedict dormía en un catre cada vez que lo visitaba. Su ayuda de cámara y la criada dormían en el ático, al igual que los otros sirvientes de los jóvenes que alquilaban cuartos en el mismo edificio.

Cuando llegaron los padres de Benedict y sus hermanas, además de una amiga, el cuarto parecía ser demasiado pequeño. Carstairs apartó a Sir Ranalph de las damas y le comentó la opinión del doctor acerca de lo sucedido. A Benedict le golpearon repetidas veces, de acuerdo a un testigo. Era muy posible que tuviera dos costillas rotas, y sus piernas y brazos tenían varios golpes, pero lo más importante eran los dos golpes que recibió a la cabeza. El testigo, un vendedor ambulante que estaba bebiendo en una taberna pública, dijo que esos fueron los últimos que le dieron. Benedict usó una botella para defenderse de un atacante, pero no vio al que se le acercaba por la espalda y le pegó dos veces en la cabeza. El vendedor gritó — ¡Cuidado! — y los dos hombres salieron corriendo, dejando a Benedict sangrando en la calle. Si Benedict despertaba en las siguientes horas, entonces tenía probabilidad de una recuperación exitosa. Pero si no... Carstairs se tapó los ojos con una mano, intentando ocultar las lágrimas que asomaban. — Lo siento, señor.

Sir Ranalph puso una mano sobre su hombro. — Gracias, hijo, por todo lo que has hecho.

Lord Carstairs lo miró, su pelo cayendo sobre sus ojos llenos de lágrimas. — Pero es Dicky, señor. — Trató de contener las lágrimas. — No creo que las damas lo deberían ver así, señor, — le dijo, acompañándolo de nuevo a sus cuartos.

— No creo que podamos detenerlas, — dijo Sir Ranalph.

Las damas se encontraban en un grupo en el centro del cuarto, encabezado por Lady Fenton. — ¿Se encuentra allí mi hijo? — preguntó y apuntó a la puerta.

Sir Ranalph se acercó a ella. — Tal vez sea mejor que yo lo vea de primero, querida.

— No me mantendrás alejada de él.

Pero fue Genoveva quien abrió la puerta. Se quedó parada en la entrada, conmocionada al ver al joven tan pálido como un cadáver, inconsciente sobre la cama de Carstairs. Luego corrió al lado de la cama y se hincó, tomándolo de la mano. — Dicky, ¿qué has hecho? — exclamó apasionadamente y empezó a llorar.

Lady Fenton miró alarmada a su esposo, pero él solo sacudió la cabeza. El resto del grupo entró y se colocaron alrededor de la cama. Serena y Honoria se abrazaban mutuamente, buscando apoyo. Honoria tocó el hombro de Lady Sumner. — ¡Genoveva!

Ella se levantó y abrazó a Honoria. — ¡Es mi culpa! — le dijo en el oído. Honoria la abrazó, pero su mirada se encontró con la de Serena. Sabían que Genoveva le tenía cariño a Benedict, pero normalmente no expresaba tan fácilmente sus emociones. ¿Qué podría significar?

La noticia le llegó al Sr. Wilber Fenton cuando salía camino al teatro, no tanto para ver el espectáculo sino para salir con las bailarinas después. Necesitaba de acompañamiento femenino esa noche, y esperaba encontrar mucha después de la función. Recibió una pequeña nota de Richardson, un magistrado que pertenecía a los corredores de la calle Bow.

‘Su sobrino Benedict fue atacado por rufianes esta noche. Fue llevado a los cuartos del joven Fluff Carstairs en Picadilly. Me han dicho que es grave. Pensé que le interesaría saber.’

Pierre estaba subido en un banco, ajustando el pin de la corbata de su amo cuando éste soltó una grosería, y el diminuto hombre vio la expresión más seria de su amo que había visto en su vida. — Deja esas bobadas, — dijo el Sr. Fenton, hiriendo el corazón del hombrecillo con esas palabras. — Me tengo que ir.

Carstairs no pudo impedir que el Sr. Wilbert Fenton, quien iba vestido inapropiadamente (sin saco y con la capa para la ópera), entrara al cuarto con el paciente. Parecía haber demasiadas personas en el cuarto, pero en realidad ya no eran tantos. Serena y Lady Sumner regresaron a la casa del Sr. Allison, Serena profundamente conmocionada, y Lady Sumner aun llorando por ratos.

Carstairs y Sir Ranalph se encontraban parados al pie de la cama, y Cynthia y su hija mayor estaban paradas a cada lado de la cama donde yacía su sobrino. Se veía en muy mal estado.

— ¡Wilbert! — exclamó Sir Ranalph, pero su hermano no le prestó atención y se paró al lado de su sobrino.

— ¡Benedict, despierte! — ordenó. Lady Fenton, quien sostenía una compresa con agua de lavanda en la cabeza de su hijo, hizo un sonido de protesta. Benedict frunció el ceño y abrió sus ojos un poco.

— Tío, — dijo débilmente después de unos segundos en los cuales todos contuvieron la respiración. — ¿Ya pasaron seis meses? — La carcajada de su tío estaba mezclada con lágrimas.

Lady Fenton estaba confundida, pero Wilbert le contestó, — Todavía no. Tuve un deseo inexplicable de verte.

Benedict hizo una mueca de dolor al reírse. — Intentaron tomarlo, pero

tomé su ejemplo. Tenía un cojín. — Le guiñó el ojo a su tío, y luego quedó profundamente dormido.

— Solo duerme ahora, — dijo su mamá, posando su mano sobre el pecho del joven. — ¿De qué hablaba, Wilbert?

— Carstairs, — dijo Fenton, — ¿llevaba algo en la cintura?

— ¿Se refiere a eso? — dijo, indicando un rollo de lino sobre el armario, del cual escapaban algunas guineas y notas de banco. — Lo llevaba debajo de la camisa, atado alrededor de su cintura.

Sir Ranalph vio el dinero, y luego miró a su hermano. Su expresión normalmente bonachona se borró por completo de su rostro. — ¿Su visita fue por las apuestas, Wilbert? Te juro que te voy a matar si así es.

— Sí, — contestó su hermano, acercándose con las manos levantadas en un gesto conciliatorio. — Pero no en la manera que piensas. Te explicaré lo que pueda, pero no aquí, y no hoy. — Los dos hermanos salieron del cuarto. La expresión del Sr. Wilbert Fenton era indescifrable.

— De haber sabido, — le dijo Honoria a su mamá, — que solamente con ordenarlo a despertar lo haría, lo hubiésemos hecho antes. — Sus miradas se encontraron, y después de tanto estrés, hasta esa pequeña broma causó que rieran a carcajadas.

Su mamá la tomó de la mano. — ¿Ahora iras a casa, mi niña? Déjame, que yo cuido a Benedict. Necesitas descansar.

Honoria vio la expresión fatigada de su mamá, y sabía que no era el momento para que ella se preocupara por ambos. — Sí, Mamá, lo haré, pero solamente después de que se siente en esa silla y duerma por una hora. Yo puedo cuidar a Dicky para mientras. Ya sabe que se recuperará.

— Lo que dijo fue tan extraño que por un segundo pensé que su mente fue afectada. Pero su tío entendió lo que quería decir, ¿no es así? — Honoria la llevó al sillón al lado de la ventana y puso su chal encima de las piernas de su mamá.

— Sí, así fue.

— Le pediré a tu papá que te acompañe de regreso a Grosvenor Square. Solo estará en mi camino si se queda aquí. — Sus palabras se empezaban a arrastrar, y sus ojos se cerraron de cansancio ya que logró liberar la tensión de las últimas horas. — ¡Solo una hora! — dijo, y quedó dormida.

Honoria sonrió y volvió su atención hacia su hermano, quien ahora dormía inquietamente.

Genoveva logró controlarse antes de llegar a la casa en Grosvenor Square, y pudo saludar a los caballeros con tranquilidad. El Sr. Allison no pidió noticias, ya que había recibido una pequeña nota de Sir Ranalph. Recibió a las damas en el vestíbulo y les ofreció acompañarlas a cenar.

— Necesito retirarme a mi recámara, — dijo Lady Sumner. — ¿Podrá mandarme un poco de pastel y vino? Creo que eso será suficiente. — Sonrió débilmente, pero al ver que Serena la acompañaba, se volteó y le dijo — No, no. Por favor, señor, que Serena coma algo. No quiso comer nada mientras estábamos donde Carstairs.

El Sr. Allison se inclinó de la cintura y le dijo a Serena, — ¿Podrá acompañarme al salón principal?

Ella lo miró, y le contestó honestamente, — ¿Podría no acompañarlo, Sr. Allison? Esta noche no tengo la energía para mantener una conversación. Sé que debo comer, pero ¿podría hacerlo en otro lugar? Algo sencillo, por favor.

— ¿Puedo acompañarla en el salón azul? Pediré que le suban algo de comida en seguida. — Inclino su cabeza hacia Blake, quien mandó un mozo a la cocina solo con un movimiento de su mano, y luego les abrió la puerta del salón azul.

— ¿Hubo algún cambio? — preguntó Allison luego de que se cerrara la puerta.

Serena solo sacudió la cabeza, sin poder decir palabra.

Él la tomó del codo y suavemente la llevó a un sillón para que se sentara. — Es un joven fuerte. Lo vi practicar en el gimnasio de Jackson. Se recuperará. — Serena asintió con una pequeña sonrisa. — Lady Sumner se ve muy afectada.

— Sí. Esa es la única razón por la que me vine. Mamá me pidió que la cuidara. De otra manera, no hubiera regresado.

Allison sonrió. — Debió ser una reunión muy apretada en los cuartos de Carstairs. — La expresión que utilizó la hizo reír.

— Sí. Tuvo que pedir sillas prestadas a otra persona. Dijo que se llamaba Rumpy.

— El vizconde Fitzpatrick. Le dieron ese apodo en el colegio, cuando un caballo al que le apostó no ganó por una cabeza, sino por un trasero.

— Llegó para ver ‘cómo iba todo,’ como si esperaba que yo lo entretuviera tocando el piano. Un joven tan absurdo.

— ¡Santo cielo! Fluff Carstairs tiene un piano en sus cuartos? Nunca lo hubiera imaginado.

— Por supuesto que no. Sabe a lo que me refiero. ¿Por qué le dicen Fluff?

— Creo que es por su desafortunado segundo nombre de Florián. Ah, y uno de sus títulos menores es barón de Loughborough.

— Oh, — comentó, aunque perdió interés mientras incrementaba su cansancio.

Él le sonrió. Booth llegó con una bandeja con comida, y una criada se adelantó para colocar una mesita al lado de la silla donde Serena se encontraba sentada.

— La dejaré para que coma en paz, — dijo Allison mientras los sirvientes se retiraban.

— Por favor, no. Quédese a acompañarme, si cree que sus otros invitados no pongan objeción.

— ¿Gus y Darnley? Están jugando un juego de billar tan intenso que dudo que se habrán dado cuenta que ya no estoy, — dijo mientras tomaba asiento enfrente de ella.

— ¿Ve? Por esa razón es que quiero que me acompañe. No pienso en Benedict a cada segundo. Sé que hacerlo no ayudará a mi Mamá, pero no lo puedo evitar. Se veía tan... — Sacudió la cabeza como para deshacerse de la imagen. Allison hubiese dado su brazo derecho para quitar el dolor de su mirada. — Pero dígame por qué el juego de billar entre el Sr. Scribster y el teniente Prescott es tan intenso.

— Bueno, empezó en Lisboa, — le dijo y le volvió a sonreír. — No puedo seguir contándole si no come.

— Hace lo mismo que yo hago con Angélica, sobornándola con historias para que coma sus vegetales. — El Sr. Allison cerró la boca y ella rio. — Muy bien. ¿Qué sucedió en Lisboa? — Levantó el tenedor, y Allison le sonrió.

— Se da cuenta que estoy rompiendo mi promesa como caballero al contarle esta historia, ¿cierto? — empezó. — Porque está relacionado a una apuesta. Cuando Gus y yo llegamos a Lisboa, recién salidos de batalla, descubrimos que Darnley, quien llevaba dos meses allí como el secretario de Lord Duncan, tenía la reputación de ser el mejor jugador de billar. — Serena arqueó las cejas y continuó comiendo. — Por supuesto, la reputación de Gus para jugar billar es legendaria, y de no ser por la herida en su brazo, la cual exageró, ni siquiera Darnley hubiera sido tan tonto de apostar contra él en un juego.

— No puedo sentir compasión por el teniente cuando quiso aprovecharse de un héroe herido en batalla mientras que él estaba lejos del frente.

— Para ser sinceros, Gus ya estaba recuperado de la última herida de tres heridas de bala que lo sacaron de la batalla dos meses antes. La herida que tenía en el momento fue causada cuando se cayó de su caballo después de pasar la noche en una taberna en Lisboa. — Al escuchar eso, Serena casi se ahogó con el pedazo de la tartaleta que estaba tragando. — Le dije que esta historia no era para una dama... —

Para cuando terminó de escuchar el resto de la historia y terminó su comida, Serena estaba exhausta, pero de mucho mejor ánimo. Recibió una nota de Honoria, contándole que Benedict despertó, y ella se sintió que ya podía intentar descansar. El Sr. Allison, ignorando las todas las formalidades esa noche, la acompañó en el camino hasta su recámara. Ella se detuvo en la puerta del cuarto de Lady Sumner. — Dejaré esta nota en la mesa de noche de Genoveva, para que la pueda leer al despertar, — dijo ella, refiriéndose a la nota de Honoria. — Eso la tranquilizará.

— Ella parecía estar muy afectada por lo que le sucedió a Benedict.

— Sí, pues, crecimos juntos. Ella dijo algo en el carruaje de que era culpa de ella... — Serena frunció el ceño.

— No se preocupe por eso hoy, querida niña, — él contestó, sus ojos viéndola con una expresión amable mientras acariciaba su mejilla con su dedo. — Simplemente descansa.

Ella lo miró a los ojos, tomó su mano, y se paró de puntillas para darle un casto beso en la mejilla. — Usted es un hombre tan bueno, Sr. Allison. No puedo entender por qué Honoria... — de repente se quedó callada y abrió la puerta detrás de sí. — Buenas noches, señor, — susurró, y se fue.

Era casi media noche cuando Honoria y su papá llegaron a la casa. El Sr. Allison estaba despierto, pero ambos declinaron la invitación para comer algo, se quitaron las capas y los sombreros y subieron las escaleras. Al llegar al piso de arriba, se despidieron con un abrazo. Su papá le susurró en el oído, — No te preocupes. Ya mejorará, querida.

Ella dejó que su papá fuera a su habitación, y ella se dirigió a su recámara, indicándole al criado que los había acompañado para alumbrar el camino que no era necesario su presencia. Del otro lado del pasillo se encontraba un cuarto con la puerta entreabierta y se veía la luz de una vela. Ella caminó hacia el sin dudar.

— ¿Sr. Scribster? — preguntó en voz baja cuando llegó a la puerta.

— ¿Cómo supo que era el mío? — le preguntó, caminando hacia la puerta

con una vela en mano y abriendo la puerta. Ella entró y la cerró detrás de sí. Ella escuchó que él tragó en seco. — No creo que sea apropiado que cierre la puerta, Señorita Fenton. — Trató de agarrar la manija, pero ella puso su pequeña mano encima de la de él para que no la abriera.

— Por favor, no me hable de lo que es o no apropiado, también. Espero que usted se comporte de su usual manera vil y abominable después de haber pasado un día tan horrendo. — No más terminó de decir esto y se tiró hacia él, abrazándolo por la cintura y echándose a llorar con todo el sentimiento y pasión que Genoveva mostró esa tarde. Él se quedó congelado, con sus brazos rígidos a su lado, pero después de unos segundos puso la vela sobre una mesita oportunamente colocada cerca de la puerta, y la abrazó, posando su mentón encima del pelo de Honoria.

— Pobre chica. Cuénteme. — Así estuvieron parados un rato, Scribster sosteniéndola cuando Honoria ya no se pudo mantener parada. Él la levantó con cuidado y la llevó al sillón al lado de la chimenea, donde unas brasas aún ardían. — Ya sé lo que pasa. Se ha comportado como una mujer buena y fuerte para su mamá y papá, para Benedict, para Serena, para fulanito de tal y todos. ¿Siquiera se ha permitido llorar antes de ahora?

— No mucho. Los otros lloraban demasiado como para que yo también lo hiciera. Especialmente Genoveva Horton. Dijo, Lady Sumner. ¿Por qué a ella se le permite comportarse histéricamente y convertirse en la principal doliente, aún antes que mi Mamá?

— Pero no él no ha muerto... todavía.

— ¡Ah! — exclamó Honoria, antes de empezar a reír. — Ese fue un golpe bajo, aún para usted.

— Sí, lo es. Pero ¿crees que Lady Sumner está fingiendo? Nunca me pareció ser de ese tipo.

— No, para nada. No fue amable de mi parte decirlo. Es solo que, me costó tanto no comportarme así cuando lo vi, y ella... Que poco gentil soy.

— Totalmente. Y rápida, también. Lo noté cuando cerro la puerta para quedarse a solas con un caballero.

— ¡Pero solo es usted!

— Si su mamá se enterara...

— Y apenas califica como caballero. Pero no es un lengua-larga.

— Eso lo escribirán en mi lápida. — Ella se rio. Casi inmediatamente empezó a temblar. — Debería irse a dormir.

— Sí. Pero tengo que decirlo en voz alta, y no se lo puedo decir a nadie más

sin que les afecte demasiado. — Él asintió con la cabeza, su expresión seria, concordando con el estado de ánimo de ella. — Pensé que estaba cercano a la muerte. Yacía allí, y pensé que iba a morir, y me di cuenta cuánta falta me haría su presencia. Pensé que yo moriría también si él no estaba, pero primero tendría que matar a quien le hizo esto. ¡Soy tan malvada! — Él se acercó a ella y se hincó al lado de la silla para abrazarla nuevamente, y dejar que llorara sobre su hombro. Ella lo abrazó, repitiendo, — Así no me debería comportar.

— ¡Al diablo con el buen comportamiento!

Ella se quedó así unos minutos, y luego se apartó. — Sabía que podía confiar en usted para dejar que me comportara de esa manera. Ya me debo ir. — Se marchó del cuarto antes de que él se pudiera levantar.

Llegó a su cuarto, aún temblando un poco. Una mucama la esperaba para ayudarla a desvestirse, pero ella sabía que no temblaba por el frío.

Él se quedó arrodillado mientras la verdad le golpeó como el garrote que hirió a Benedict. Abrazó a Honoria Fenton, y daría su vida para que ningún otro hombre hiciera lo mismo. Estaba enamorado, y ya no era solamente un observador en la comedia que le había causado tanta diversión. No era una situación cómoda para él, pero al igual que en medio de una batalla, encontraría la manera de salir victorioso, o moriría en el intento.

Después de todo, lo único que tenía que hacer era convencer a Honoria (y a su familia) que no aceptara una fortuna y todas las ventajas al casarse con un ser humano diabólicamente apuesto, a la moda, inteligente y buena persona, quien coincidentemente era su mejor amigo, para casarse con él.

Capítulo 15

Lord Sumner Recibe una Carta

Scribster y Allison se encontraron en el camino al desayuno temprano. — No creo que debas proponerle matrimonio a la Señorita Fenton, — le dijo, yendo directo al grano.

— Pues, no lo podría hacer bajo estas circunstancias. Nunca te conté lo que sucedió ese día.

— ¿Ya le preguntaste?

— Lo hubiera hecho si ella no me hubiera interrumpido a cada rato.

— ¿Lo hizo? Y tu pensaste que ella esperaría obedientemente hasta que la mayor esperanza de sus padres se hiciera realidad.

— Lastimas mi orgullo. Tal vez ella podría quererme, y no solo por obediencia a sus padres. En realidad, ella se comportó de una manera refrescante, y me interesé por primera vez. Gracias por eso.

— ¿Me agradeces? — preguntó Scribster mientras bajaban el último escalón.

Allison puso su mano sobre el hombro de su amigo. — Fuiste tú quien me insistió que había algo más en ella.

— Sí. Lo hice.

— Y eso me impulsó a hablar con ella. El retraso ya se iba a ver muy vergonzoso para toda la familia. Pero ella me sorprendió. Cuando le dije que era obvio que la admiraba, ella me contestó que nunca lo esperaría por la manera en que me he comportado con ella. — Él rio. —Admiro esa honestidad. Ya me estaba resignando a una larga vida de aburrimiento.

— ¿Cómo contestó tu propuesta?

— Nunca logré preguntarle. Nos interrumpiste, aunque supongo que eso ya lo sabías.

— Es lo que pensé. Igual, no deberías hacerlo ahora.

— Por supuesto que no. ¿Qué clase de tonto egoísta crees que soy? Y, en todo caso ¿qué tiene que ver contigo?

— Te sorprenderías.

Entraron al desayunador para encontrar al teniente Prescott y Honoria. Honoria sostenía el pañuelo del teniente en su mano cuando alzó la vista para ver a los recién llegados.

— Buenos días, Sr. Allison, Sr. Scribster, — les saludó con una sonrisa, aunque sus ojos todavía se veían un poco llorosos. — Les pido disculpas por encontrarme así. Les aseguro que me siento mucho mejor. El teniente Prescott fue muy amable.

— ¿No se han levantado su hermana y Lady Sumner?

— Serena fue a la cocina para hacer un unguento para Benedict. Al parecer ella piensa que, si sirve para los caballos, le servirá a él, — dijo con una pequeña risa. — Luego irá para que Mamá regrese y pueda descansar. Lady Sumner y yo nos quedaremos aquí hasta hoy en la tarde, cuando Papá dice que puedo ir para cambiar el lugar con Serena. Él desea que yo descance, ya que me quedé despierta hasta tarde. Papá ya se fue, creo. ¿Podría hacer el favor de llamar un carruaje para llevar a Serena?

— La llevaré yo mismo, — contestó el Sr. Allison con determinación. — Y usted debería descansar.

— No puedo. Esperaré aquí hasta que se me necesite.

El Sr. Scribster dijo, — Seguramente lo que conseguirá al hacer eso es deprimirse. No sea to...

Allison miró de reojo a su amigo. Casi llamar a un huésped un tonto era un comportamiento demasiado grosero, aún para él.

Honoria le frunció el ceño, su tristeza desapareciendo por un momento.

— Por eso la he invitado a que tome un paseo conmigo en tu carruaje, Rowley. Ya solicité que lo alistarán. Así puede despejar su mente antes que tenga que ir a cuidar a su hermano. Supongo que no tienes objeción alguna.

— No, para nada, — dijo Allison, escuchando a Serena caminar por el pasillo. — Señorita Serena, — la llamó desde la puerta. — Yo la llevaré.

— Puedo ir en un carruaje alquilado, — contestó ella, entrando al desayunador mientras se ajustaba los lazos de un bonito sombrero de paja.

— De ninguna manera. Además, quiero ver cómo está su hermano.

— Bueno, gracias. Pero no se puede quedar. Mamá no quiere que tenga muchas visitas, no como ayer. Honoria me lo dijo hoy en la mañana.

— ¡Serena! Eso es descortés. Aunque es cierto. Desde que Benedict recuperó el conocimiento, su descanso ha sido inquieto. Hasta el ruido más pequeño lo despierta, y cuando lo hace siente mucho dolor. El doctor quedó en llevarle otra medicina para dormir en el transcurso de la mañana.

— Le prometo, — dijo el Sr. Allison, inclinándose en la dirección de Honoria, — que solo entraré un par de minutos para ver si puedo ayudar en alguna manera. — Sonrió. — Y señoritas, ¿podemos dispensar con la cortesía por el momento? En estas circunstancias, y hablo por todos los caballeros presentes, nos ponemos a su disposición, y a la disposición de su familia por el futuro inmediato. — Prescott y Scribster se inclinaron brevemente, reforzando sus palabras.

— Muchas gracias, pero Benedict ya tiene suficiente ayuda, — contestó Serena con demasiada honestidad. — Y no creo que habrá algo más que hacer.

Pero Serena se equivocó. Esa tarde, a insistencia del Sr. Allison, otro doctor, con más experiencia, examinó a Benedict y dio las indicaciones exactas para trasladarlo a la casa de Grosvenor Square. Se le aplicó el unguento preparado por Serena, y se le dio un remedio para hacerlo dormir. Le vendaron las costillas y el doctor dio instrucciones en cuanto a su dieta. Benedict estuvo despierto durante parte de la visita del doctor, y lo soportó mientras apretaba la mandíbula contra el dolor e intentaba sonreír para tranquilizar a los demás.

En la casa del Sr. Allison, se bajó una cama del ático mientras que varios muebles modernos se sacaron del salón azul. Una enfermera, una mujer sobria de al menos cincuenta años, quien fue la nana del Sr. Allison antes de casarse e irse a vivir con su esposo, llegó para atender al paciente, incluyendo el vetar el paso a las visitas que lo podían alterar y desatarle una fiebre.

Carstairs se sintió algo ofendido por el rapto de su amigo, pero el Sr. Allison lo calmó al decirle que siempre era bienvenido en su casa, y si su deseo de permanecer con su amigo era tal, que lo invitaba a quedarse con ellos.

De nuevo en el carruaje del Sr. Allison de camino de regreso a su casa, Serena le dijo, — Es un bandolero a quien le gusta estar al mando, ¿no es así?

— ¿Cree que me pasé? — le preguntó, desviado su mirada por un segundo de la calle transitada para observar el rostro de la chica.

— No. Fue justo lo que necesitaba. — Le sonrió y luego exclamó — ¡Cuidado, la carreta!

Después de una maniobra genial de las riendas y su látigo, pasaron al lado de la carreta con un pequeño rayón en las ruedas. — Había visto ya la carreta.

— Ajá, — contestó, y luego se quedó callada un par de segundos. — Sé que mi mamá ya le dio las gracias, pero yo debo hacerlo también. Lo han sacado de su casa para hacerlo parte de esta pesadilla, y lo ha aceptado de buena gana. Todos sus planes se han venido abajo.

— Que horror. Los suyos también, — le contestó, — o ¿gustaría que le consiga boletos para ir al anfiteatro hoy en la noche?

— No sea sonso. Como si pudiera pensar en ir a algún lado en este momento.

— Pues yo me siento igual.

— Pero no es su hermano.

Los dos se quedaron callados al darse cuenta que posiblemente sí lo sería pronto. O, por lo menos, sería su cuñado.

— Pero son mis invitados, y soy famoso por tratar bien a mis invitados. Arruinaría mi reputación si actuara de manera diferente.

Ella colocó su mano sobre el brazo de él. — Sí, eso lo explica todo. Quiere mantener su reputación intacta. No hay nada de amabilidad en sus actos.

— Que bueno que se da cuenta. — Quitó una mano enguantada de las riendas y apretó la mano de ella.

— Señor, ¡Con cuidado! — exclamó riendo y apuntando a otro carruaje.

Después de esquivarlo, él comentó. — No puedo imaginar cómo logré conducir solo tanto tiempo en las calles de Londres sin que estuvieras a mi lado para advertirme.

— Ni yo, — contestó ella, riendo nuevamente. — ¿Cuándo podré intentar conducir?

— ¿Estos caballos jóvenes? Nunca.

— Es muy malo.

— Totalmente.

Ella se recostó en el asiento, su tensión aliviada por el momento, tal como él lo planeó.

Era de esperarse, aun considerando que no había mucha gente en la ciudad, que el ataque recibido por un joven de la sociedad no podía pasar desapercibido. Los chismosos se interesaron más todavía cuando el joven fue trasladado de los aposentos de Carstairs, un miembro de la nobleza, ciertamente, pero de menor importe social en comparación al extremadamente

adinerado Sr. Allison, a la casa de este último en Grosvenor Square. Que la pareja de hermosas hermanas estuviera involucrada le dio un toque extra a la historia. Ya que Scribster era un enigma, los chismosos se concentraron en el teniente Prescott. Algo, estaban seguros, pasaba allí.

Fue así como tan solo dos días después, Lord Sumner, ahora descansando en Ottershaw, y listo para descargar su frustración en su esposa una vez la encontrara, recibió una carta.

Querido Foxy.

Espero que la tranquilidad de la campiña te caiga bien, aunque por alguna razón lo dudo. No es buena temporada para la caza, ¿cierto?

Todo se encuentra sumamente aburrido en la ciudad durante el verano, por supuesto, pero la semana pasada ocurrió un evento, el cual tal vez te interese. ¿Conoces al joven Fenton? Pues, sé que sí. Era vecino de la familia de tu esposa, ¿no? Casi lo matan, dicen, a garrotazos. Lo agarraron entre dos hombres de una parte no muy buena de la ciudad. Lo salvó un vigilante, y si eso no es tener mucha suerte, no sé qué lo es, ya que todos son unos inútiles y ladrones. Mi esposa le tiene cariño al muchacho. Él bailó con ella dos veces en la fiesta de Fenwick, y le dijo que su vestido se veía bien cuando se encontraron en Almack. Ella no ha dejado de hablar de eso, así que me puse a investigar a ver qué encontraba para poder callarla. Pues sucede que todos hablan de que el joven ha ganado fuertes sumas de dinero recientemente. Le ganó a Sutcliffe y Dawson. A Sutcliffe le quitó mil doscientas guineas en Brooks, y tenía un fajo de pagarés. Pero aquí empieza lo interesante. Hay rumores que al menos dos otros que estaban en la misma mesa, los que perdieron menos, recibieron su dinero y sus pagarés. ¿Qué te parece? Juraron mantener el secreto, pero sabes que Southeby no puede quedarse callado, ni siquiera para salvar su propia vida. Eso bien lo sabes.

Que racha de suerte tan asombrosa la que tuvo el chico, aunque tal vez no fue tanto ahora que lo pienso. Pero las cosas suceden. Me recuerdo de Harris, y aunque le ganó su fortuna al viejo Skipton, lo llevó a casarse con una harpía como Gussi Fawkes, así que realmente salió perdiendo. En todo caso, Fenton está al borde de la muerte en la casa de Rowley Allison en Grosvenor Square. Al parecer, toda la familia está allí. La razón no es un misterio. ¿Recuerdas a la señorita Fenton, la reina de la temporada del año pasado? Al parecer hay otra hermana igual de hermosa, y con un poco más espíritu, si se le cree a Darnley Prescott.

Y aquí viene la razón por qué te escribo esta carta, Foxy. Prescott

también me contó algo que te pueda interesar. Lady Sumner está de visita en Grosvenor Square también. ¿No fuiste a Ottershaw para estar con ella? Bueno, sé que esa no era la única razón. Sé que prefieres escapar de Londres por el momento, pero todo mundo se pregunta porqué no está en la casa Sumner. Allison dice que ella le está haciendo compañía a su amiga Lady Fenton, y por el momento nadie ha dicho nada en contra. Pero tu tía Harrington está en la ciudad, y el otro día me agarró mientras caminaba en el parque y me preguntó si yo sabía algo. Me dijo que tú le habías dicho que ibas a juntarte con tu esposa, pero que ella escuchó que tu esposa estaba en la ciudad, hospedada en la casa del soltero más codiciado de Londres. Por supuesto que le dije que no sabía nada. Ella se molestó, y como ella es tu fuente de ingresos, pensé que deberías saber. Sería bueno que regreses antes de que los chismosos empiecen a hablar. Puedes quedarte en mi casa. Tomaría un tiempo para que los cobradores te encuentren aquí.

Hay que poner a tu esposa en cintura, viejo.

Atentamente,

Fordyce

Sumner se alegró de saber dónde estaba su esposa, y su plan le pareció. Estar en la ciudad, aunque no en su casa, tenía que ser más entretenido que estar en el maldito campo. Además, tenía ciertos planes para su esposa errante. Encontraría que irse sin permiso tiene consecuencias. Si de veras estaba en la casa de Allison, tendría que ser cuidadoso. Pero ningún hombre podía impedir el gozoso reencuentro de marido y mujer.

Al joven idiota Fenton no le puso atención. Los nombres de las personas a quien les ganó le eran conocidos. Él jugó con ellos, pero eran tipos que siempre estaban jugando las cartas y apostando. Devolverles el dinero a algunos de los perdedores era algo curioso. ¿Qué tipo de hombre hacía eso? Uno débil. Merecía que le partieran la cabeza.

Que los Fentons visitaran a Allison le dio a su esposa un escondite, pero se daría cuenta que nada sucedía en Londres sin que Frederick Sumner se enterara.

Capítulo 16

El Corte de Cabello del Sr. Scribster

La mejoría del Sr. Benedict era incierta. Durante los primeros días de su traslado a Grosvenor Square, estuvo inquieto, pero no despertó por completo. Lograba estar despierto unos minutos a la vez, pero luego se volvía a sumir en un sueño intranquilo, obviamente atormentado por el dolor que sentía en la cabeza o sus costillas. Genoveva se quedaba en el cuarto con él, esperando los pequeños instantes en que despertaba y podía hablar.

El Sr. Scribster bajó al comedor a desayunar la siguiente mañana, callado como siempre, pero cuando Prescott alzó la vista exclamó — ¡Dios mío! — llamando la atención de todos. — Te cortaste el pelo, — comentó.

— Tan observador como siempre, teniente, — contestó Scribster, sentándose al lado del Sr. Allison y aceptando una taza de té que le ofreció Blake, quien estaba nada impresionado con el corte.

— Pero ¿por qué? — continuó Prescott, mientras los demás comensales continuaban observándolo.

La diferencia entre las dos cortinas lisas de pelo que enmarcaban su rostro el día anterior y el nuevo corte, con su pelo grueso y brillante peinado hacia atrás, revelando un pico de viuda bastante atractivo, era nada menos que sensacional. Sus ojos profundos ya no estaban escondidos detrás de su pelo, y se podía ver con mayor facilidad lo expresivos que eran, además que el color miel era más notorio. Él mismo quedó sorprendido cuando su ayuda de cámara terminó de peinarlo, y se había observado en el espejo, pensando que era un hombre diferente. Pero ahora la atención se volvía irritante.

— Supongo que ese corte era demasiado caluroso para estos días de verano, — comentó Honoria después que el silencio se extendió

incómodamente por varios segundos.

— Mmm, — contestó Scribster, y miró a todos los que estaban sentados a la mesa, incluyendo su amigo. Todos seguían mirándole el cabello. Se sintió aliviado que Honoria estaba sentada del mismo lado de la mesa que él, para no verla directamente a los ojos. — Ay, por todos los cielos, — comentó, molesto, y todas las damas se concentraron nuevamente en sus platos. Ya en tono normal, preguntó — ¿Cómo sigue el inválido?

— Pasó una noche agitada, — contestó Lady Fenton, — pero el doctor nos asegura que es buena señal. Ayer nos habló un poco, y nos reconoció cuando despertó.

— En serio que es una excelente noticia, — dijo el Sr. Allison, aunque no podía dejar de mirar a Scribster. — Su mente no fue afectada.

— Nunca lo dudé, — contestó Sir Ranalph, no del todo honestamente. — Tiene la cabeza dura como una bala de cañón, ese chico. Se cayó de no se cuántos árboles de pequeño. ¡Nunca se lastimó!

Como de costumbre, todos discutieron sus planes para ese día. Lady Fenton se quedaría con Benedict esa mañana, pero fue muy insistente en que las jóvenes damas salieran a pasear para mantenerse saludables. Decidieron ir al parque como un grupo, con Genoveva, Serena y Honoria en el carruaje con el teniente Prescott, conducido por el Sr. Allison, y el Sr. Scribster acompañándolos a caballo.

— Los veré en el parque. Tengo un asunto que atender primero, — comentó el Sr. Scribster.

— Yo tengo que ir al banco. Veré a Benedict primero y luego los veré aquí, — dijo Sir Ranalph inesperadamente. Su esposa le arqueó una ceja, pero estaba demasiado preocupada por su hijo como para preguntarle más.

El segundo Fenton que logró esquivar al mayordomo y el atento ayuda de cámara entró en la santidad del vestidor del Sr. Wilbert Fenton.

— ¡Por Dios, Wilbert! ¡Parece el vestidor de una concubina!

Su hermano, mirando el reflejo de Sir Ranalph en el espejo, exclamó — ¡Hermano! Siempre es tan grato recibir tus comentarios acerca de las modas de hoy. Pierre, — le dijo a su ayuda de cámara, — toma nota. El baronet nos impartirá su opinión acerca de la decoración. — El diminuto hombre miró a Sir Ranalph de pies a cabeza, desde sus botas empolvadas hasta su cómodo, pero no bien ajustado saco, y un escalofrío le recorrió la espalda. — ¿Es una visita familiar? — preguntó Wilbert. — ¿Puedo asumir que Cynthia y las niñas

están abajo, esperándome?

— Cynthia está con Dicky y las niñas fueron al parque con Allison para pasear, — le contestó, ya que sabía que las preguntas eran una manera de desviar la atención. — Vine a hablarte acerca de Benedict.

Su hermano se volteó para mirarlo, dejando por un lado el peine que utilizaba para acomodar los rizos alrededor de su frente. — ¿Ha empeorado?

Sir Ranalph estaba anormalmente enojado, pero al escuchar el tono de preocupación en la voz de su hermano, le bajó la ira un poco. — ¡No, no! Lograste que despertara, y ahora duerme y despierta por turnos. El doctor dice que es la respuesta normal del cuerpo ante un trauma en la cabeza. — Su hermano se volteó de nuevo para verse en el espejo. — Lo que te dijo acerca de los seis meses, ¿dijiste que no estaba delirando? ¿No nos debemos preocupar?

— No. Fue totalmente normal. — Buscó la mirada de su hermano en el espejo. — Una broma, de hecho.

— ¿Acerca de qué?

El peine se detuvo por un instante. — Se refería a un trato que hicimos. Yo le averiguaría algo si él me dejaba de molestar aquí por los siguientes seis meses.

— Y ¿lo hiciste?

— Lo hice.

— ¿Qué averiguaste?

— No te lo puedo decir.

— ¿Cómo así? — Sir Ranalph se irguió y su estatura creció por lo menos unos cinco centímetros por la indignación que esa respuesta le causó.

— Se lo prometí a Benedict.

— ¿Dices que eso no tiene que ver con el golpe que recibió mi hijo?

Wilbert bajó el peine nuevamente y se volteó para ver a su hermano de frente. — Todo lo contrario. Estoy casi seguro de que sí. Al igual estoy seguro de que Dicky no querría que te enteraras.

— Me lo vas a decir, Wilbert, — dijo Sir Ranalph, casi temblando de la ira. — Si tiene que ver con las malditas apuestas... ¿Acaso el chico...?

— No de la manera que temes, hermano. Tu hijo, — contestó con un poco de amargura, — no es como yo.

— Me lo dirás, Wilbert, o te juro que nunca pagaré tus deudas de nuevo. ¡Nunca!

Hubo silencio en el cuarto. Los dos se miraban a los ojos, la expresión de

Wilbert Fenton tensa, triste, y simpática, y la de Sir Ranalph furiosa, determinada, y sin nada de la afabilidad que normalmente lo caracterizaba.

Wilbert bajó la vista primero. — Entiendo, — fue su única repuesta.

Sir Ranalph inhaló abruptamente. — ¿No lo harás entonces? — dijo, casi sin poder creer que su hermano actuara así.

El Sr. Fenton se volteó de nuevo para ver el espejo. Su tono, al contestar, le faltaba un poco para ser considerado cortés. — Temo, — dijo, — que no puedo.

Su hermano dio media vuelta en estilo militar y salió del cuarto.

El pequeño ayuda de cámara empezó a cepillar los hombros de su amo para quitarle el polvo imaginario. Finalmente, lo miró al espejo, sus ojos abiertos expresando simpatía y temor.

El Sr. Wilbert cruzó su mirada con la de él. — Siempre he sido adicto a los juegos y las apuestas, mi amigo. Pero creo que ahorita me excedí.

— Sir Ranalph es un hombre bueno, ¿no? Tal vez si cambia de opinión... — dijo Pierre, consciente de las numerosas deudas y de su propio salario que dependían del dinero que Sir Ranalph le daba a su hermano.

— Y entonces mi hermano haría algo que lo convertiría en la siguiente víctima del desgraciado que atacó a su hijo. No. Esto es mi culpa, y ahora debo pagar el precio. Y mi promesa al chico fue implícita. Creo que es hora de encontrar otra ocupación.

La ayuda de cámara encogió sus hombros, tal vez en resignación. Se dio la vuelta para escoger un saco de cuello alto de color verde pálido.

— No ese, — dijo el Sr. Fenton. — Mejor mi traje para cabalgar.

— Pero, señor, nunca sale a cabalgar a esta hora.

— ¡Rápido, hombre!

El Sr. Scribster cabalgaba hacia el faetón del Sr. Allison, que estaba estacionado para permitir la conversación entre los ocupantes y un caballero a caballo, quien parecía estar hablando con las damas más que el propio Allison. Al acercarse, reconoció a Peter Fairchild, un caballero de al menos cuarenta años quien empezó a viajar con más frecuencia a Londres después de la muerte de su joven esposa dos años atrás. Él era serio, para no decir aburrido, y estaba en busca de esposa. Cuando se unió al grupo, Fairchild lo saludó diciendo — Scribster, ¿eres tú?

El Sr. Scribster frunció el ceño un poco y tocó el ala de su nuevo sombrero, y respondió — Fairchild.

— ¡Qué sombrero tan bonito! — dijo Serena, con una expresión aliviada.
— Le queda bien.

— Gracias, — contestó con su usual inexpresividad, pero luego su mirada se cruzó con la de Honoria. Ella se miraba entretenida, y él le arqueó una ceja, aunque su expresión no cambió.

— ¿Estarán en la ciudad mucho tiempo, Señorita Fenton? — preguntó el Sr. Fairchild, y Honoria se volteó hacia él para contestar.

— No estoy del todo segura, Sr. Fairchild. Una semana o dos, creo. — Se sonrojó y miró al Sr. Allison al decirlo, dándose cuenta de que dependían de su invitación.

Él asintió con la cabeza. — La familia se hospeda en mi casa por el momento.

— Ya veo, — dijo el Sr. Fairchild. — Y ¿será posible que pueda llegar a visitarla? — Miraba a Allison mientras lo preguntó, esperando su reacción a la pregunta.

Pero fue Lady Sumner, quien no le estaba poniendo mucha atención y miraba hacia el otro lado, quien le contestó. — No puede, señor. Seguramente ha escuchado que el Sr. Benedict Fenton fue agredido. Las jóvenes están cuidando de él. Al momento solo salimos a tomar el aire fresco, y ya no lo detendremos para que siga con su paseo.

El Sr. Fairchild, después de ser despedido de esa manera, se inclinó rígidamente y siguió con su cabalgata.

Hubo silencio en el faetón, y luego Serena empezó a reír. — Muy bien, Genoveva. Que conversación más tediosa.

— Creo que quiere decir, Señorita Serena, que tipo tan aburrido. Todos estamos agradecidos por el favor que nos hizo Lady Sumner, — rio el Sr. Allison.

— ¿Fui descortés? — preguntó Genoveva, casi sin remordimiento. — Lo siento. Solo que no podemos tener una parvada de tontos invadiendo la casa para hablar con las chicas mientras que Dicky está tan enfermo. Esperarían que se les diera té y se les atendiera a toda hora.

Allison soltó una carcajada. — Creo que Blake hubiera impedido que llegara a ese punto.

— ¡Cierto! Lo siento tanto. Mi lengua dice lo que quiere. Es solo que, si los admiradores de Honoria se dieran cuenta que hay una hermana igual de hermosa aquí en Londres, tendríamos a media ciudad visitando. — Su tono era vivo y algo sarcástico. El Sr. Scribster nuevamente se preguntó acerca de su

aparente devoción a Benedict, que le parecía algo más que preocupación por un vecino.

Allison empezó a adelantar el faetón y Prescott acomodó la alfombra que cubría las piernas de las damas, poniéndole especial atención a Honoria, quien le sonrió tímidamente. Scribster sabía que ella pensaba que era menos atractiva que su igual de bella pero más espontánea hermana. Pero el carácter sardónico de Serena podía mantenerla a salvo de los aburridos (como Fairchild) o los menos inteligentes, quienes sentirían su desaprobación ya que ella no lo ocultaría. La callada amabilidad de Honoria, en cambio, atraería a todos ya que tomaba su tiempo para juzgar a las personas, y no le gustaba ofender a nadie. Prescott, él podía ver, ya sentía el poder del encanto de Honoria y se sentía atraído, aunque Scribster sabía que él quería casarse con una heredera. Pero al comparar el dinero contra el terciopelo oscuro de los ojos tímidos de Honoria, era una batalla en la cual el dinero tenía posibilidad de perder. Un ingreso limitado y poder abrazar a Honoria todas las noches bien podría ser algo que el teniente estaría dispuesto a aceptar. Si Prescott sabía a ciencia cierta de las intenciones de Allison tal vez desistiría, pero él no las conocía.

Otro jinete, casi nunca visto en el parque a esa hora, cabalgaba hacia ellos sobre un bello caballo café. — ¡Tío Wilbert! — exclamó Serena. — La vez pasada que nos visitó, me describió el caballo, con la mancha blanca sobre la nariz.

Poco después, vieron que era cierto. Allison paró el faetón de nuevo, suspirando, para poder saludar al recién llegado. Después de saludar a todos del grupo, el Sr. Wilbert Fenton, cuyo traje para montar de color azul era lo último de la moda, le pidió a Lady Sumner que caminara con él, ya que tenía un asunto importante que discutir con ella.

Genoveva estaba más que sorprendida. Wilbert Fenton era poco más que un conocido de ella, y menos de su esposo. No podía llevar un mensaje de Frederick, creía, ya que, aunque los dos les encantaban los juegos de cartas, no se juntaban con la misma gente. Seguramente se trataba de algo relacionado con Benedict. Con una prisa poco usual para una dama, Genoveva bajó del faetón y se paró al lado del caballo mientras que Sir Wilbert desmontaba del caballo con una facilidad que era inesperado para alguien de su figura corpulenta.

— ¿Por qué no caminamos todos? — dijo el Sr. Allison, consciente de que un paseo entre una dama casada y un viejo pícaro como Fenton podría incitar a

los chismosos, a pesar de la diferencia de edades. — Belcher, — le dijo al mozo, — encárgate de los caballos del Sr. Fenton y el Sr. Scribster, y luego toma las riendas. Belcher se bajó de la parte trasera del faetón y se encargó de todo.

Fue un paseo muy informativo. De ser un espectador, el Sr. Scribster hubiera pensado que era muy divertido estarlos observando. Pero ahora, totalmente inmerso en la situación, sentía que sus entrañas habían sido arrancadas y luego aplastadas por los pies de sus amigos sin darse cuenta de lo que hacían. Observó cómo Rowley intentaba hablar con Honoria y evitar a su hermana. El teniente Prescott le impedía que lo lograra, siempre metiéndose entre su primo y Honoria.

Honoria a veces lo miraba, cuando podía hacerlo sin ser demasiado obvia, e intercambiaban miradas blandas parecidas a las de él, pero que decían tanto a la vez. Miró su nuevo sombrero, y él pensó que vio aprobación en la mirada de ella. Los ojos de él se abrieron un poco más cuando el teniente le habló, acaparando su atención con la excusa de mostrarle una flor. Ella se sonrojó, y su mirada le decía que no hiciera bromas, pero más a manera de amigo que de un pretendiente potencial, que el cuchillo se clavó en su estómago de nuevo. Su expresión debió cambiar, porque por un momento ella se vio preocupada.

Él observó a Prescott y se preguntó si el hombre era de alguna manera bueno para ella. Él sería un esposo bueno y atento, pero tan ingenuo que ella algún día lo notaría. Tal vez cuando ya no pudiera mantener a su tercer hijo y estaban viviendo en la penuria. Hasta entonces, sus buenos modales y apuesta cara lo salvarían.

Cuando al fin Rowley logró hablar con ella a solas, Scribster tuvo una ridícula inhabilidad de ver más que rosas y champaña en el futuro de Honoria. Realmente su amigo era un buen hombre. Una vez que Honoria dejara de ser intimidada por él, él disfrutaría del humor y amabilidad que la caracterizaban. Él sería un esposo honorable, y eventualmente amoroso, si es que su hermana no los llegaba a visitar con demasiada frecuencia. Pero eso también se iría acabando con el tiempo, especialmente después que Serena se casara.

Oh, por Dios, ¿por qué Rowley no le proponía matrimonio a la hermana que verdaderamente quería? Honoria se recuperaría de eso. Él se aseguraría que así fuera. Sería su amigo, y tal amigo que cuando al fin le revelara sus intenciones (en dos o tres años, tal vez) que ella tal vez lo vería de esa manera también.

Ninguno de los presentes se preguntaba de qué hablaban los dos que caminaban adelante, a la vista de todos, pero sin poderse escuchar. Todos estaban ensimismados en su propio drama.

Capítulo 17

El Sr. Wilbert Fenton se Prepara

Wilbert puso la mano de Lady Sumner encima de su brazo, a la manera de su abuelo. Ella no se dio cuenta, concentrada en sus palabras.

Él empezó hablando de trivialidades, pidiendo perdón por interrumpir su paseo, y preguntando por su padre y su esposo.

— Mi esposo está fuera de la ciudad, según entiendo. Pero eso no importa. Me quería hablar acerca de Benedict.

— De cierta manera, sí. Pero primero, necesito hablar de su esposo.

— ¿Qué tiene que ver él con esto?

— No nos conocemos, mi lady.

— No bien, no.

— Mi sobrino es, según sé, un amigo de la infancia, ¿cierto?

— Diga lo que quiera decir. Pregúnteme lo que quiera preguntar.

— Benedict me pidió información. Información acerca de su esposo. — Ella se detuvo y lo miró con los ojos abiertos y preocupados. — Y yo, como un tonto, se lo di.

Él la impulsó para que siguiera caminando, ya que el resto del grupo se les acercaba. — ¿Qué información?

— Verá, yo no me pregunté ¿por qué quería esa información? Tuve una sospecha de qué haría con ella, pero yo...

— ¿Qué información? — ella preguntó de nuevo, otra vez deteniéndose.

Sir Wilbert se inclinó para saludar un conocido quien caminaba en la dirección opuesta. Le dijo en voz baja — Siga caminando, madame, a menos que quiera darle algo de hablar a los chismosos.

Genoveva, con los nervios de punta desde que se enteró del ataque a Benedict, le contestó — No me importa, — pero siguió caminando.

— Primero tengo que preguntarle. ¿Necesita dinero? ¿Comentó algo de eso con Benedict?

— No, no lo hice. — Al intentar recordar lo que hablaron, se quedó con la duda. — Tal vez, pero eso no era lo... dígame, ¿fue por dinero? Por favor dígame qué información le pidió Benedict.

Él la observó, su figura demasiado delgada, su pelo desordenado debajo de su sombrero, y su nariz larga y mejillas teñidas de un color rojo nada halagador, y sus ojos rebozando con un deseo apasionado de saber más. Los ojos y la pasión que expresaban permitieron que Wilbert Fenton entendiera un poco más qué era lo que Benedict veía en ella. Una mujer con más vida en su interior que muchas de las otras damas de sociedad.

— Si le digo lo que Benedict me preguntó, ¿me dará la otra pieza del rompecabezas? ¿Dirá lo que sucedió entre ustedes?

Ella se ruborizó. — Puede estar seguro de que no es nada de lo que ha pensado. Mi apariencia puede asegurarle que no es así.

Varios piropos acudieron a la mente de Wilbert Fenton, pero bajo la mirada turbada de Lady Sumner, no los pudo decir.

— Él se enteró de un problema que tuve, reciente, y creo que me quería ayudar. Yo le dije que no había nada que él pudiera hacer. Pero es muy insistente y compasivo. Siempre quiso ayudar a las criaturas heridas que encontraba.

— Imagino que el matrimonio con alguien como su esposo la ha dejado herida también. — Él lo dijo a la ligera, refiriéndose a los vicios comunes de Sumner, su amor por las apuestas y las mujeres ajenas, pero ella se quedó congelada, y puso una mano alrededor de su cuello. Entonces se le ocurrió algo más. — Ya veo. Literalmente, no solo figurativamente, herida. — Ella bajó su mano a su vientre, y él entendió más. — ¿Lo sabe Sumner? — le preguntó, refiriéndose a la mano protectora.

Ella levantó la barbilla. — ¡No! Nadie lo sabe.

Wilbert Fenton suspiró. — Como quisiera nunca haberme involucrado. Pero no sirve de nada lamentarse. Me porté de manera negligente. No pensé cómo terminaría, ni me importó para ser sincero. Pero el asalto lo cambió.

— ¿Qué información le dio a Dicky?

— Averigüé quiénes habían ganado de su esposo la mayor parte de su fortuna.

— ¿Para qué?

— Para recuperarla, en la manera que ellos se la ganaron a su esposo

descuidado.

Genoveva no intentó protestar. Estaba demasiado cansada. — ¿Haciendo trampa? Estaría por debajo de él.

— Sí, pero...

— ¿Quiénes son? ¿Fue uno de ellos quien planeó asaltar y matar a Benedict? ¡Es mi culpa!

Él tomo su mano y la apretó contra su brazo. — La mía también. No le puedo dar los nombres, pero no se preocupe. Si uno de ellos es el culpable, lo pagará.

Genoveva vio el poder y determinación en la promesa del corpulento caballero. — No sé qué hacer. Dígame qué puedo hacer.

— Por el momento, ayude a cuidar de Benedict. Le diré si hay algo más que pueda hacer.

La dama paró en seco. A lo lejos, vio una figura familiar, caminando con otro caballero, sin darse cuenta del grupo que se acercaba.

— ¡Es Sumner! Por favor, Sr. Fenton, sáqueme de aquí.

A toda prisa, el tío de Benedict cruzó para tomar una vereda secundaria y desapareció con Lady Sumner. Luego regresó al camino principal y se acercó al resto del grupo, solo, y apartó al Sr. Allison para hablar con él.

— Por favor no me pregunte porqué, pero lleve a todos de regreso al carruaje. Yo los veré, junto con Lady Sumner, en el portón a la derecha.

Algo en la mirada de los ojos del señor hizo que Allison le hiciera caso y se inclinó a él. Luego regresó al grupo y los llevó de nuevo al carruaje, ayudando a Honoria a subir. No se sorprendió cuando Serena logró subir sola, aunque el asiento era alto. Antes que Sumner se diera cuenta, el grupo pasó desapercibido y recogió a Lady Sumner antes de regresar a la casa en Grosvenor Square, a un kilómetro del parque.

Genoveva pensaba en y consideraba la nueva información que obtuvo ese día. Benedict, ¿haciendo trampa en los juegos de cartas? Y Sumner que estaba tan seguro de que conocía todos los trucos, que nunca lo podían timar. Al igual que con la crianza de caballos, lo habían engañado todos los que querían quedarse con su dinero. ¡Qué tonto! Y él era su esposo ante Dios. ¿Eso en qué la convertía a ella? Subconscientemente toco su vientre de nuevo.

Ella dejó su esposo cuando intentó estrangularla por no poder quedarse callada. Ella podía no decir nada, pero no podía mentir si le preguntaban algo. Cuando Sumner llegó a su cuarto, y se sentó en la cama, aún vestido y oloroso a ginebra y perfume barato, le dijo, luego de besarla a la fuerza, — Hora de

cumplir con tu marido, querida. — Empezó a forcejear con ella. Ella estuvo a punto de decirle que ya estaba encinta, y que no había necesidad cuando él le preguntó, — Me desprecias, ¿cierto? Sra. Frígida.

— Sí, — contestó estúpidamente, y fue entonces que él la intentó estrangular. No fue la primera vez que la agredía. Una vez la aventó al otro lado de una habitación y ella se abrió la mejilla con una esquina de la chimenea, lo que permitió que se quedara en su cuarto, sola, una semana. La mayoría de las otras veces le dejaba moretes que no eran visibles, escondidos debajo de la ropa con manga larga o guantes. Su manera preferida de atacarla era pegarle en el estómago o patearla en la espalda cuando estuviera en el suelo. Esta vez, su rodilla subió por reflejo, y ella le pegó entre las piernas. Él la soltó y cayó a un lado, sobre la cama, maldiciendo con palabras que ella nunca había escuchado antes de quedarse dormido, totalmente ebrio.

Genoveva se levantó, llamó a su mucama para que empacara su ropa, y le dijo a un criado que contratara un carruaje para salir lo más temprano posible, antes que Sumner pudiera despertar. Cuando ya estaba vestida y con sus maletas empacadas, lista para bajar al salón verde para esperar el carruaje, se volteó a verlo. Todavía estaba medio vestido, babeando sobre la almohada blanca, su rostro gris y disoluto. Intentó ver en él algo del joven afable, aunque nada llamativo, con quien ella se casó. No pudo. Todo su ser la repulsaba, y estaba condenada pasar el resto de su vida con él. Lo tenía que soportar, pero por el momento no podía arriesgarse a que la estrangulara de nuevo, ya que mataría a su bebé si lo hacía.

Fue cuando agarró camino para ir a Ottershaw, aunque no sabía qué haría después.

Ahora estaba viviendo el después. ¿Por qué Benedict recuperó ese dinero? ¿Qué pensaba hacer con él? ¿Se convertía en un apostador como Sumner? O peor que eso, ¿un tramposo? Pero Genoveva sabía que no era así. Benedict tenía un plan para ayudarla. Estaba segura. Estaba furiosa con él y con ella misma. ¿Cómo dejó que él supiera? Ella lo conocía, sabía cómo era. Nunca dejaría ese asunto en paz. Así que ella misma se tenía que salvar. Era muy riesgoso, especialmente ahora que Sumner estaba en la ciudad. ¿Por qué estaba allí?

Allison sentía que el destino estaba en su contra. Intentó hacer lo correcto y proponerle matrimonio a Honoria, y nuevamente fue interrumpido. Ignoró el alivio que recorrió su ser, y se concentró en su decepción. La franqueza de

Honoría esa mañana, de la cual ella no estuvo consciente, como si su mente estuviera en otro lado, lo dejó intrigado, y lo hizo pensar que si se casaba con ella no se estaba condenando a una vida de observar una bella estatua todos los días. Sin embargo, ya no estaba seguro de que ella lo aceptaría. Esa idea también lo llenó de alivio, pero igualmente lo ignoró. Notó el interés de Prescott hacia ella, y pudo decirle en cualquier momento que pensaba pedirle que se casara con él, pero no lo hizo. Darnley era honorable y hubiera desistido. Tal vez tenía la esperanza que su primo lo hiciera antes que él. Pero los padres de ella seguramente querían que ella tomara una buena posición en el mundo, no estar en la sombra de un esposo desprovisto.

Pero la reacción poca entusiasta de Honoría a su intento de hablar con ella en privado significaba algo. No le dolería si él le pedía la mano a su hermana, y, seguramente, después de una explicación, los padres también lo entenderían. Pero todo eso dependía de los sentimientos de Serena hacia él. Si eran más que fraternales, él aún no lo sabía. Y ella conocía tan pocos hombres. ¿Estaba bien de su parte tratar de acapararla antes de que tuviera su primera temporada? Su hermana fue la sensación de la temporada anterior. Serena sin duda sería la sensación de la siguiente. Una joven bella, vivaz, llena de inteligencia y encanto tendría a todos los jóvenes de Londres a sus pies, sin importar que no tuviera una fortuna. Parte de él le gustaría verla conquistar al mundo de la sociedad en su primera temporada, pero era una parte pequeña. Rowley Allison, pensó, hablándose a sí mismo, ¿desde cuándo le temes a un rival para los afectos de una mujer? Curiosamente, eran las sonrisas conspiratorias y la cómoda confianza que tenía con él era lo que cantaba la muerte anunciada de sus esperanzas. Ella no lo consideraba como pretendiente. Esa idea ni siquiera le había cruzado por la cabeza.

El único lugar racional para qué él habitara era el manicomio de Bedlam. El cuidado que necesitaba Benedict Fenton era una bienvenida diversión. Los padres estaban enfocados en su hijo y no se preguntaban por qué no había hablado con Honoría. Las hermanas también se desempeñaban de manera hermosa y abnegada en sus cuidados hacia él.

Mientras tanto, su amigo Gus cambió su apariencia, aunque no su manera de actuar, su primo prácticamente enamoraba a su posible futura esposa, y Genoveva Sumner sabía algo relacionado al ataque sufrido por Benedict que ninguno de ellos sabía. Y ¿por qué huyó de su esposo en el parque? ¿Estaba él ayudando en mantener una relación adultera entre un joven y una mujer casada? Seguramente no.

Pero no tenía tiempo para preocuparse de los asuntos de sus huéspedes cuando los suyos estaban en tal desarreglo. Era como una tragicomedia pésima presentada en Vauxhall, hasta con el personaje del viejo pícaro caracterizado por el Sr. Wilbert Fenton. Allison rio. No había nada más que hacer.

Honorio vio el toque suave que Genoveva le dio a su vientre. Era el mismo gesto que había visto su mamá hacer numerosas veces, el toque protector de una madre al bebé en su interior. Ahora se castigaba por haber estado tan absorta en sus propios problemas que había ignorado el estrés obvio de Genoveva, además de resentir tanto la manera que ella reaccionó ante el ataque a Benedict. Un pensamiento horrible cruzó su mente, solo para ser descartado de inmediato. Ella sabía, por las varias veces que su mamá estuvo encinta, que solamente se puede saber a ciencia cierta que una mujer estaba embarazada luego de dos o tres meses. Benedict estuvo en Londres con sus padres y con ella, y durante cierto tiempo también lo estuvieron Lord y Lady Sumner, pero ella estaba segura de que nunca se vieron solos. No, era un pensamiento que una joven dama no debía tener. Pero ¿podría Genoveva estar enamorada de Benedict? Ella se estuvo demasiado afectada por el ataque. Él la vio solamente dos veces en Ottershaw. No, no concordaba. Y luego Honorio pensó en la oreja del teniente. Tal vez el corazón podía ser afectado repentinamente después de todo.

¿Sabría algo su tío de esto? ¿Por qué él, quien pasó tanto tiempo con Benedict durante el verano, quisiera hablar con Lady Sumner? Era demasiado misterioso. Pero ella pensó que, aunque nunca discutiría eso con sus padres (pues discutir los asuntos de los otros era algo que los hermanos Fenton mayores nunca harían), al menos era algo que podía discutir con Serena. Honorio extrañaba la relación que tenían antes, pero el gran secreto que ella llevaba creó una división entre ellas. Pero ahora, pensó, hablar de esto con Serena sería un alivio.

Después de bajar las escaleras del carruaje, el teniente Prescott tomó su mano y la ayudó a descender. Él le apretó la mano y le dijo, mientras que ella cuidadosamente quitaba su falda de donde se atoró en la escalera, — Está preocupada por algo, Señorita Fenton. Por favor, le aseguro que puede confiar en mí por si necesitara alguien con quien hablar.

Ella se sonrojó y se quedó mirando su cara apuesta. Era muy típico de él notar que ella estaba preocupada y buscar la manera de consolarla. Él era tan alto y fuerte y guapo, y ella podía ver todas las ventajas de dejar que sus

hombros masculinos cargaran con sus problemas. Pero hablar de su hermano y su amiga con él era imposible. Solamente se limitó a susurrar, — ¡Muchas gracias!

Serena, esperándola en las gradas que daban a la puerta principal, arqueó las cejas. — ¿Qué quiere el galante teniente contigo, Honoria? — Entraron a la casa, y después de asegurarse que Benedict no había empeorado, Honoria le pidió a Serena que la acompañara a su cuarto.

Una vez allí, dejó salir todo su temor y preocupación acerca de Benedict y Genoveva. Serena la escuchó atentamente. Le dijo que sus primeros pensamientos sobre un amorío eran patrañas, y luego se levantó rápidamente y le pidió a un criado que fuera a llamar a Genoveva del cuarto de Benedict.

Honoria protestó, pero Serena dijo — Sabes que hay demasiados secretos flotando en el ambiente ahorita. Es hora de hablar con franqueza. Estoy casi segura qué es lo que te impide que te cases con el hombre más magnífico que tendremos el honor de conocer...

— ¿El teniente?

— ¡No! ¡Nuestro anfitrión! ¿Cómo no lo puedes ver, Honoria? Es justo el hombre para ti. Me hace reír tanto, y es tan guapo... — Ella misma se detuvo. — Aunque no sirve de nada si te has enamorado de su primo. Pero te lo advierto. Creo que te aburrirás con él.

— No me enamorado. ¿Qué te hace pensar que alguien se podría cansar de...? — pero ella también dejó de hablar, consciente de todo lo que no podía decir.

— ¿Has escuchado cómo habla acerca de los caballos? — preguntó Serena. — El tipo es un tonto.

— No conocer mucho de caballos no significa... — y se detuvo de nuevo. — Ya basta, Serena.

Pero en ese momento Serena, quien no tenía intención de dejar la conversación más honesta que había tenido con su hermana en más de un mes, fue interrumpida por la llegada de Lady Sumner.

— ¡Genoveva! — dijo al verla. — Te felicitamos. Orry dice que ha visto señas que indican que estás embarazada. — Un silencio profundo se extendió mientras todo el color desapareció del rostro de su amiga, y ella rompió en llanto.

Honoria quiso matar a su hermana con la mirada mientras se apresuró a guiar a su amiga a un pequeño sofá y se sentó al lado, sosteniéndole las manos. — Por favor no le digan nada a nadie. Mi esposo aún no lo sabe.

Serena no había terminado de hablar con franqueza, como siempre había sido el trato entre ellas antes de que Genoveva se casara. — ¿Por qué estás tan alterada por lo de Benedict? Te comportas como si hubiera algo más entre ustedes de lo que nosotros sabemos.

Honoría se quedó pasmada. — ¡Serena!

Genoveva parpadeó. — ¿Creen...? — soltó una carcajada que alivió a las hermanas. — Amo a Benedict como las amo a ustedes, pero no es eso. Me siento responsable por sus heridas. — Miró a ambas hermanas. — Creo que lo lastimaron porque Benedict se sentía responsable por... unos asuntos míos.

— ¿Qué asuntos? — continuó Serena, sentándose al lado de Honoría. Su tono de voz se suavizó al ver la evidente angustia de su amiga.

— No les puedo decir.

— Genoveva, ¡basta de secretos!

— Su tío se encarga de todo. Es lo único que puedo decir.

Honoría, mucho más tranquila al saber que no era lo que ella pensaba, se portó simpática con Genoveva. — No te presionaremos más, Genoveva, pero recuerda que estamos aquí para ayudarte.

Genoveva frunció el ceño. — Nadie me puede ayudar. Mira lo que le sucedió a Benedict cuando él lo intentó.

El Sr. Wilbert Fenton terminó su mañana visitando a Lady Overton.

Estaba encantadoramente en deshabillé, según el estilo del último siglo, cuando las damas casadas de la alta sociedad, vestidas únicamente en ropa interior y batas, permitían que sus pretendientes entraran a sus vestidores para verlas alistarse. El Sr. Fenton pensó que era un tentador recuerdo de su juventud, al igual que la condesa Overton. Ella se recostó en un medio sofá y aceptó la taza de chocolate que le llevó la mucama. Extendió una mano y el Sr. Fenton se inclinó sobre ella para besarla. En el proceso, la bata de ella se abrió, revelando la piel blanca de uno de sus hombros, y el Sr. Fenton comentó, con más sentimiento de lo que él anticipó, — Condesa, que mujer tan tentadora eres.

— Wilbert Fenton, ¿Qué tanto hace vagando por el mundo a esta hora? — Él dirigió su mirada hacia la mucama. La condesa le señaló con una mano para que se retirara, y ésta se fue, dirigiendo una mirada crítica al caballero.

— ¡Qué mal carácter! — comentó el Sr. Fenton.

— Ella protege mi honor. No es muy frecuente que me deje a solas con un hombre así. O en cualquier otra ocasión. — Ella sonrió, tomando sorbos

delicados de su chocolate. — A pesar de mi reputación como una compradora compulsiva y dueña de un antro de vicios, creo que mi honor sigue a salvo. ¿Qué te trae a visitarme a esta hora tan atroz, Wilbert?

— Vine para hacerte una propuesta, mi lady, pero ahora que estoy en tu presencia, se convierte en una solicitud que proviene del corazón. Te ves hermosa hoy, mi querida Aurora.

— Y me estás mirando como lo hiciste hace 20 años. — Él se levantó, pero ella levantó la mano para detenerlo. — No te acerques. No creo que se te pueda confiar más ahora que en aquél entonces.

— En los jardines de Vauxhall, en ese camino poco transitado, y tu tan hermosa en ese vestido plateado, ¿quién me culparía?

— ¡Te di una gran bofetada!

— Pero solo después de que te robé un beso. Que recuerdos tan felices.

La condesa lo miró con afecto. — ¿Qué sucede, Wilbert?

— He venido para pedir tu mano en matrimonio.

Ella rio tan fuerte que casi derramó su chocolate. — ¡Que ridículo eres! Y tu sin un solo centavo, estoy segura.

— Tienes razón, — contestó el Sr. Fenton, cruzando sus piernas, — pero puedo ser de utilidad en tu establecimiento. — Él tomó un sorbo de su propia taza de chocolate. — Ciertamente, supongo que es lo único que sé hacer.

— No necesito ayuda, — contestó ella, — al menos, no que lo sepa.

— La reputación de tu establecimiento está en peligro. Se rumora que hay muchos que toman ventaja de los inocentes que no saben apostar.

— Cuando me entero de ese tipo de personas, quedan vetadas.

— Pero después de que ocurrió el daño. Yo podría identificarlos mucho antes.

Ella se sentó enérgicamente. — Si lo haces, Wilbert, serías como yo. Aceptada solo en la mitad de las casas de la sociedad. Ignorado por los demás. Hasta el regente te abandonaría.

— Creo que podré sobrevivir.

— ¿No tendrías objeción a ser un hombre mantenido? — Él arqueó las cejas. — Tengo una propuesta diferente, si lo dices en serio. — El Sr. Fenton frunció el ceño. — Aceptaré tu propuesta de matrimonio, pero cerraré el club. — Él se quedó sorprendido. — Y tendrías que dejar de apostar, al igual que yo. Fue lo que me arruinó en primero lugar, y después de dos años de tener el casino, ya me cansé. Pero está en tu sangre, Wilbert, y no puedo casarme con otro apostador.

El Sr. Fenton la sorprendió al contestar, — Sinceramente yo también ya estoy cansado de vivir esa vida, pero ya se convirtió en hábito. Pero ¿de qué viviríamos?

— Durante los últimos dos años, el Banco Faro tuvo una ganancia de cien mil libras.

Hubo un silencio largo, ya que él no pudo hablar por la sorpresa. Finalmente dijo, — Entonces ¿por qué aceptarías casarte con este viejo libertino?

— Somos viejos amigos, ¿no es así? Y sin importar que tan diabólico eres, Wilbert Fenton, tienes las puertas de la sociedad abiertas. Eres mi entrada de regreso a la vida respetable. A mi vieja vida. ¡Almack! ¡Fiestas!

Él lo consideró. Creía que ella tenía razón. Sus conexiones y el dinero de ella le abrirían las puertas a casi toda la sociedad decente. Pensó con satisfacción de cómo ellos causarían una sensación, pero luego los chismosos se irían callando. No había escándalo asociado con Lady Overton. Los amigos de él lo molestarían por casarse a su edad, pero no lo vetarían. Por supuesto, sus noches de fiesta con Prinny serían menos, pero, a decir verdad, ya lo habían hastiado. El matrimonio sería la perfecta excusa para ya no tener que atenderlo tanto. Él se levantó y caminó hacia ella, levantándola y abrazándola para besarle el cuello y el hombro, tal como lo hizo veinte años atrás.

Ella se rio y luego se quejó, — Querido, recuerda que solamente sería un matrimonio de conveniencia.

— Eso fue lo que pensé, mi querida Aurora, — contestó el Sr. Fenton, — pero al parecer se puede convertir en otro tipo de matrimonio muy fácilmente.

Cierto tiempo después, Lady Overton descansaba su cabeza sobre el pecho del Sr. Fenton. Ella murmuró, — Varios hombres han intentado coquetear conmigo, ¿sabes?

— Lo he visto. Pero siempre lograbas lidiar con ellos de una manera muy eficiente, querida.

— Gracias. Pero no siempre fue fácil. — Él le apretó el hombro para confortarla, repentinamente sintiéndose protector. Ella suspiró y luego dijo en tono juguetón, — Pero Wilbert, te aviso desde ahora que te pondré a dieta. No es saludable que peses tanto, sin importar lo bien que lo puedas llevar.

— Bajar de peso será más fácil de lo que puedas imaginar, mi amor, — dijo el Sr. Fenton.

Ella levantó la cara para mirarlo, y él la besó otra vez. Se dio cuenta que él estaba más contento con este arreglo de lo que hubiera pensado.

Capítulo 18 – Genoveva Habla con Benedict

El exceso de emoción de Genoveva, Lady Sumner, relacionado con la actual condición de Benedict por supuesto que fue notado y considerado por Lady Fenton. Ella estaba casi segura de que no había nada escandaloso que lo hubiese originado, pero de todas maneras se aseguró que Genoveva nunca estuviera sola en el cuarto con Benedict. En sus momentos despierto, Benedict se miraba contento de verla, y en una ocasión le dijo algo que ella no pudo escuchar. En otro momento, estando solamente ella y Serena en el cuarto, Benedict preguntó dónde estaba Genoveva. Esta mañana dejó a Honoria a cargo del cuidado de su hermano mientras que salió a comprar unas cosas para ayudarlo a que se sintiera más cómodo. Quería comprar unas pastillas de lavanda para quemar, un poco del Elixir del Dr. Elcott, que había servido como tónico cuando Benedict era niño, y un poco de franela más suave para limpiar sus heridas, la cual escondería de la Sra. Hunter, ya que sin duda ella se sentiría insultada al verlo.

Esa mañana Benedict despertó sintiéndose mucho mejor. Quiso sentarse en la cama y nada de lo que Honoria le dijo hizo que dejara de moverse hasta que un criado lo ayudó a levantarse. Genoveva, quien nunca estaba lejos, entró y arregló las almohadas para que estuviera más cómodo.

— Gracias, — le dijo. Después de sentarse, cerró los ojos, más mareado de lo que estaba dispuesto a admitir. Los abrió para ver a dos mujeres angustiadas viéndolo mientras el criado salía del cuarto. — Estoy bien. No llamen al sacerdote todavía. — Las dos chicas se miraron entre sí y rieron. — Supongo que estoy en la casa del Sr. Allison. Creo que lo he visto un par de veces al despertar.

— Sí. Dicky, no sabes lo bien que se siente verte despierto. Esos rufianes horribles te partieron la cabeza. Estoy segura de que Mamá temía que tuvieras daño mental, pero veo que no eres más tonto que antes. — Benedict rio e hizo una mueca de dolor al mismo tiempo. Honoria se sentó sobre la cama y tomó su mano. Él gimió del dolor. — ¿Recuerdas algo de lo que sucedió?

— Dios mío, sí. Había un hombre con un garrote. Creo que me quería matar,

pero solo me lastimaron la cabeza. Es más dura de lo esperado. Corté a uno en el estómago con una botella que rompí contra la pared. El otro me sorprendió por detrás y me pegó en la cabeza. Tenía puesto unas botas negras lustradas. Las vi al caer. No era un criminal corriente.

Genoveva habló para preguntar, — ¿Sabes por qué sucedió, Dicky?

Benedict le habló a su hermana, como si no hubiera escuchado lo que ella dijo. — Orry, tengo hambre. — Levantó su mano para que ella no lo interrumpiera. — ¿Crees que me puedes preparar algo del atol de mamá?

— Por supuesto, pero ni te gusta...

— Lo necesito. — Honoria lo besó en la mejilla y se fue a la cocina para prepararlo. — Tengo tu dinero, — le dijo a Genoveva.

— Muchacho tonto, ¿qué hiciste?

— Recuperé tu herencia.

— Que le pertenece a mi esposo.

Benedict dio un respingo, causando que sus costillas se ensartaran en sus órganos internos, y enviando una oleada de dolor por su cuerpo. — No le pertenece. Te pertenece a ti y a nadie más. Me meterás en problemas si... — tosió y se quejó del dolor nuevamente.

Genoveva se sentó en la cama a su lado, e imitó a su hermana al tomarle la mano. — Prometo que no se lo diré. Pero, Dicky, ¿realmente crees que tener dinero resolvería mi problema?

Él cerro los ojos. — Quería ir y demandar que te pidiera disculpas. Pero tenías razón. Lastimarlo me hubiera hecho sentir mejor, pero a la larga tú terminarías pagándolo.

— Cómo deseo que nunca hubieras adivinado lo que sucede. Es mi culpa.

— Luego pensé en mi tía Millicent. Y sí, pensé que el dinero era la solución.

— ¿Tu tía, Lady Millicent?

— Ella está casada, pero vive lejos de su esposo en una manera que es aceptada por la sociedad, porque tiene dinero.

— También es hija de un conde. A ella se le permite ser excéntrica.

— Tenía que hacer algo. Si fuese Honoria o Serena, se que mi padre hubiera hecho algo, sin importar lo que piense sobre la santidad del matrimonio. Tu padre no es así. Pero tienes un hermano. Es lo que siempre he sido para ti. — Ella agachó la cabeza, demasiado afectada para hablar. No quería que él viera las lágrimas que asomaban a sus ojos con tanta facilidad desde que lo encontraron tirado en el callejón. — No tenía caso ganarle a Sumner. Él ya no

tenía el dinero, — continuó Benedict. — Así que le jugué sucio a los tramposos. Resulta que tengo habilidad para hacerlo, o por lo menos eso dice mi tío. La mayor parte del dinero está donde Carstairs. El último poco...

— No lo consiguieron. Seguía amarrado alrededor de tu cintura cuando te encontraron.

— Entonces hay casi diez mil guineas en todo. Para que puedas escapar, Genoveva. Europa es mucho más seguro ahora. Puedes vivir donde sea. Si tienes miedo, puedo acompañarte para ver que quedes instalada.

Ella ya se imaginaba el escándalo, y lo que podía significar para él. — ¿Realmente me ves en Europa? A penas soporté estar en Londres. Soy chica de campo. —

Ella notó que él se veía algo ofendido. — Hay mucho campo en Europa, según he escuchado.

Ella frunció el ceño. Se le empezaba a ocurrir una idea. — Lo siento, Dicky. Eres un idiota por arriesgarte de esa manera. — Ella le alborotó el pelo, como solía hacer de niños. — Gracias por preocuparte por mí. Y si logro lo que pienso, tal vez, tal vez pueda resolver este problema. — Ella le sonrió y el se vio mucho más tranquilo.

— Pensé que no aceptarías el dinero. En serio, cómo lograr que lo aceptaras era casi lo único en que pensaba durante las semanas antes de que me atacara el de las botas lustradas.

— Lo tomaré, con la condición de que te quedes con quinientas libras para comprar tu puesto en el ejército.

— ¡Segundo teniente en los húsares! Pero no puedo...

— Si quieres que lo acepte, lo tendrás que aceptar también.

— Pero lo gané haciendo trampa. No puedo empezar mi carrera con dinero sucio.

— Y quieres que yo lo haga.

— Eso es diferente. Te devolvía el dinero que te robaron cuando se lo robaron a tu esposo idiota.

— No hables así, Benedict. No soporto escuchar que digas eso.

— Lo siento, Genny. Pero debes ver que hay una diferencia entre devolverte el dinero y gastármelo yo mismo.

— Ya entendí. Es una de esas extrañas reglas de los caballeros que no termino de comprender. ¿Qué tal esto entonces? Si logro ejecutar mi plan, aceptaré las diez mil guineas. Si no lo logro, no aceptaré nada. Sin embargo, si funciona mi plan, después de recibir el dinero le daré, o prestaré si prefieres,

a mi hermano para que compre su puesto y se dedique al ejército en lugar de meterse en problemas aquí.

— Y ¿si no funciona tu plan?

— Entonces daremos el dinero que ganaste a alguna caridad para los caballeros indigentes que fueron timados en las apuestas o algo así. No aceptaré un centavo. Esconderte en Europa no es para mí. Enfrentaré mi destino.

Dado la expresión vengativa de Benedict, Genoveva pensó que él revirtió a su plan original, zarandear a Sumner hasta que se le cayeran los dientes. Pero ella sabía que Benedict lo podía lograr. Ya no lo veía como omnipotente, cosa que en un momento empezó a creer. Él no podía quedarse de pie ante el fuego en la mirada de Benedict. Pero esa confrontación nunca debería suceder. Su plan tenía que funcionar para protegerlo a él también, o por lo menos evitar un escándalo que Lady Fenton no apreciaría.

Honoría regresó con el atol y ambas damas observaron como Benedict se lo tomó con obvio disgusto. A pesar de sí misma, Genoveva se rio. Benedict le tiró su servilleta de damasco a la cara.

Capítulo 19

Confiar

La ayuda de cámara del Sr. Wilbert Fenton se despertó de madrugada para visitar el número 32 de Ludgate Hill, la dirección de Rundell y Bridge, una joyería de mucho renombre, llevando consigo un pin de corbata con un gran zafiro (ganado del Príncipe Regente en un juego de cartas) y un anillo de esmeralda que le perteneció al papá del Sr. Fenton, pero que actualmente estaba irremediablemente fuera de moda. El Sr. Fenton pensó muchas veces que nació en la época equivocada. A él le gustaba la moda de los tiempos de su padre, cuando los hombres se vestían con seda bordada y medias blancas, y usaban zapatos de tacón alto con hebillas plateadas. Pero todas las modas tienen sus atrocidades. Las pelucas, pesadas y calientes, que requerían que los hombres estuvieran rapados para poder utilizarlos, no encajaban con el estilo del hombre moderno de 1814. Pero, él se vería mal si portaba el anillo de su padre, sin importar qué tan bien lucía en su mano. Así que decidió convertirlo en un anillo para su prometida, para poder sorprenderla. El dinero de vender el pin de corbata serviría para mantenerse cómodamente hasta el día de la boda.

Cuando Pierre regresó, le entregó a su amo el fajo de billetes que recibió en la joyería, y una nota que un criado, que sabía muy bien que no se debía molestar al Sr. Fenton a esa hora, dejó sobre la mesa en el pasillo.

Benedict despertó, decía la nota, escrita con la letra femenina de Lady Sumner. Comenta dos cosas sobre el ataque. Uno, él hirió a uno de los agresores en el estómago con una botella quebrada. Dos, el hombre que le pegó con el garrote, el cobarde que lo atacó por atrás, usaba las botas bien lustradas de un caballero. Lady S.

Interesante. ¿Quién de las personas a quien Benedict le ganó últimamente

pudo ser tan impetuoso, o estaba tan enojado, como para atacarlo en persona? Era un poco exagerado, ya que había criminales de sobra en Londres que se podían contratar para ese tipo de cosas. Se podían encontrar en cualquier taberna en una parte no tan buena de la ciudad. Tenía que ser alguien demasiado furioso o tan fríamente vengativo que quiso participar en el asalto, incluso hasta herir físicamente a su presa. ¿Habría pensado en asesinarlo? No hizo nada para evitarlo. Un garrotazo a la cabeza no deja a nadie en condiciones de hablar. Eso quería decir que su propósito era herirlo, no robar el dinero, que tal vez creía que Benedict aun llevaba consigo. O tenía la esperanza de que lo llevara, al menos. Entrar al hospedaje de Lord Carstairs y buscar el dinero allí era demasiado peligroso. Un ejército de sirvientes estaba al servicio de los jóvenes que vivían en el edificio. Sería más difícil entrar allí que en una de las casas lujosas de Grosvenor Square. Atacar a Benedict era la única manera de recuperar el dinero, pero el uso desalmado del garrote indicaba que el atacante quería tomar venganza.

Le divertía el hecho que lo sucedido a Benedict sería el golpe que su conciencia adormecida necesitaba para despertar. Su padre decidió castigar las indiscreciones del joven Wilbert, heredándole todo a Ranalph. El testamento le dejó únicamente el anillo, con un consejo sarcástico de no dejarlo empeñado. Aparte de eso, el único ingreso que tenía era la poca herencia que le dejó su mamá, que le habría permitido vivir en una casita en el campo, cuidando cabras o algo así. Él sintió que la situación era injusta, y su conciencia hibernó durante los siguientes veinticinco años. Secretamente estaba agradecido con su hermano por el dinero que le daba, pero su resentimiento hacia su papá y el hecho que desde joven tuviera amistad con el Príncipe Regente permitió que siguiera por el mal camino. Vivía sabiendo que algún día su hermano ya no le ayudaría, y secretamente estaba resignado a eso. Cuando su hermano siguió ayudándolo una y otra vez, Wilbert quiso creer que las propiedades eran más prósperas de lo que pensaba, ya que la familia de su hermano crecía y seguía manteniendo a todos. Por supuesto, de vez en cuando le llegaba una buena cantidad de dinero que ganaba mientras sus habilidades para los juegos de azar aumentaban. Él siguió viviendo esa vida mucho después de que la atracción que alguna vez sintió a ella se había esfumado, y su rebelión juvenil terminado. Pero era perezoso y egoísta, y continuó con el estilo de vida al que se había acomodado, su alma corroída por un remordimiento escondido.

Hasta el día en que Benedict fue herido y dejado por muerto en un oscuro

callejón, causado, en parte, por la inhabilidad de Wilbert de actuar en pro de algo que no fuera de su beneficio.

No le parecía bien que por ese hecho tan deplorable ahora él empezaba una nueva vida, con una mujer quien había sido su amiga de toda la vida y ahora se daba cuenta que posiblemente era su alma gemela. Bajo el trato que le ofreció él tal vez encontraría, al fin, el amor que su hermano encontró al casarse. ¿No debería pagar por eso? Pero dejar los encuentros casuales con mujeres casadas o con alguna actriz, o dejar las fiestas con sus amigos, no le parecía un precio muy alto. Había pensado que tendría que dejar la sociedad respetable por ser dueño de un antro, pero al menos le podía ofrecer a su condesa el único talento que poseía: conocimiento de los juegos de azar y de cartas. Pero resultó que hasta ese pequeño sacrificio se le negó. Nuevamente sería un hombre mantenido, ahora esposo de una mujer adinerada. Una lástima, pensó, arqueando una ceja, pero seguramente lograría vivir así.

Pero primero localizaría el responsable de las heridas de Benedict, y solo Dios sabía lo que él haría al encontrarlo. Podría terminar con un viaje a Tyburn para encontrarse con la horca. Era posible que Dios le cobrara algo aún.

Serena cuidaba de su hermano esa noche. Aunque había varios sirvientes y una enfermera a su disposición, las damas, mamá, hermanas y amiga, decidieron que ellas cuidarían de él durante las noches cuando estaba más inquieto y su fiebre subía. Sus voces familiares parecían calmarlo. Como Papá no podía dormir sentado en la silla, y el Sr. Allison, el teniente y el Sr. Scribster eran prácticamente desconocidos, no se les aceptó las ofertas de ayuda que dieron.

Benedict sufría con una pesadilla causada por su fiebre, y se retorció en la cama, quedando atrapado por la sábana. Serena intentaba liberarlo cuando él la tomó del brazo y dijo — ¡Genny! Él nunca volverá a pegarte. — Serena inhaló rápidamente, pasmada, pero tomó la mano de su hermano.

— No. No lo hará, — le contestó mecánicamente mientras varias piezas del rompecabezas encajaron. ¿Acaso eso no sucedió por algo relacionado a Genny? No estaba enamorada, entonces, sino que se sentía culpable. Serena no gastó tiempo pensando que fuera culpa de su amiga. Ella conocía demasiado bien el instinto protector de Benedict. Pero seguramente no habrá sido Sumner quien golpeó a su esposa. ¿Cómo podría ser?

Ella le limpió el sudor de la frente, estiró las sábanas a la fuerza, y le dio

vuelta a la almohada para ayudar a que le bajara la fiebre. Él se tranquilizó y quedó profundamente dormido mientras que Serena pensó y pensó sobre lo que él dijo.

Mamá llegó a relevarla a las cuatro de la mañana. Estaba tan cansada que no se dio cuenta de cómo actuaba Serena, algo que normalmente vería inmediatamente. Serena logró escapar antes de ser interrogada y tener que responder preguntas a las cuales no tenía respuesta. Al salir al pasillo, escuchó el sonido que hizo una bola de billar al pegar con otra, y vio por una puerta entreabierta al Sr. Allison jugando billar a la luz de dos candelabros. Ella se dirigió a las escaleras, pero su anfitrión la escuchó pasar y la llamó. — Señorita Serena.

Ella se detuvo y se giró hacia él, sabiendo que su expresión probablemente revelaría su preocupación. Esconder sus emociones no era su mayor talento. Su mamá se lo decía a menudo.

— No quiero entretenerla mucho a esta hora. Solo quería saber cómo sigue su hermano.

Él estaba parado cerca de ella, y ella sintió una necesidad terrible de tirársele a los brazos y contarle todas sus preocupaciones. Pero él todavía no era familia, y ella no lo podía hacer.

— Está mejorando, pero todavía duerme inquieto.

Subconscientemente, él extendió la mano para tomar la mano de ella, y ella extendió su mano de la misma manera. — Estás más preocupada de lo que estás diciendo. Mejor me lo cuentas antes de que te enfermes también. Estoy seguro de que una vez hayas compartido tus preocupaciones, estarás más tranquila.

Ella le sonrió. — No creo que pueda discutirlo con nadie. Puede que Benedict haya dicho algo mientras dormía que no quería que me enterara.

— Y eso te preocupó. ¿Esta relacionado con el ataque que sufrió? ¿Temes que todavía esté en peligro?

— No. Creo que Benedict pudo estar portándose de una manera no usual por ayudar a alguien más, y que entendería todo si lograra hacer encajar todas las piezas. Tal vez sí esté relacionado con el ataque.

— Ven conmigo al salón verde y hablamos. Estás demasiado preocupada para dormir ahorita. Cuéntame lo que puedas.

Serena se preguntó, ¿cómo era posible que Honoria sintiera temor al hablar con este hombre tan amable y encantador? Su mano tembló en la de él, y él inmediatamente la soltó. Caminaron juntos al salón.

Serena frunció el ceño. — No conoces bien a mi hermano, pero dejando a un lado que es fastidioso y su reciente fascinación con la moda impuesta por el Sr. Brummel, él es la persona más valiente que conozco. Cuando un animal o una persona está en peligro, él es el primero en intentar salvarlo. No lo puede evitar. Creo que se enteró que un amigo está en peligro y, por supuesto, se metió de lleno para ayudar, sin pensar siquiera en su propia seguridad. Pero no puedo comprender del todo, ni creer, lo que dijo esta noche. Puede que me haya equivocado. — Lo miró ansiosamente a los ojos. — De hecho, estoy segura de que debo estar equivocada.

— Me atrevería a decir que tu tío sabe algo de ese asunto.

— Oh, sí. Sí. ¡Tío Wilbert! Necesito hablar con él mañana.

— ¿Dejarías que yo le hable de tu parte? Creo que deberías descansar, y tu tío tal vez hablará con más libertad si es con un caballero. Incluso conmigo, si le digo que es de tu parte.

— Y usted, Sr. Allison, ¿se enterará de lo que tiene que decir mi tío y luego no me lo dirá simplemente porque soy una dama? Prefiero hablar con él directamente. — Sus ojos brillaban, y él se alegró de verlo, ya que alejó la preocupación de ellos.

— Te prometo que te diré exactamente lo que me diga, Señorita Fenton, si permites que haga este servicio.

— Creo que sí cumplirías esa promesa. — Ella lo miró, ladeando su cabeza y pensando. — ¿Me dirás sus palabras exactas?

— Por supuesto que no. — A ella se le cayó la mandíbula de la sorpresa. — Tu tío puede ser muy expresivo, y esas expresiones no son apropiadas para repetir las ante una joven dama. Pero te diré lo que quería decir.

Ella se rio y se levantó del sillón, extendiendo su mano una vez más. — Gracias. Creo que serás el mejor de los hermanos. — Él se ruborizó, y un segundo después, ella también. — Perdón, olvidemos que mi lengua estúpida dijo eso. Solo quiero decir que actúas como lo haría mi hermano. Ay no. Mejor me voy a la cama. Lo siento. — Le soltó la mano y salió corriendo del cuarto.

Lady Cynthia salió del cuarto de Benedict para buscar la prenda en la que trabajaba costurando, que dejó en el salón, solo para ver a Serena salir corriendo de él. Por la puerta entreabierta, vio al Sr. Allison, con una expresión tan desolada, que decidió regresar al cuarto de su hijo, cerrando suavemente la puerta. Él dormía más tranquilo, pero era muy obvio que tenía

que prestarles más atención a sus hijas. Desde hace varios días que ella se percató que la visita no iba del todo como lo habían planeado, incluso sin contar con el ataque a Benedict. Ahora se detuvo a considerar unos momentos extraños entre los jóvenes, ciertas maneras de comportarse que ella vio inconscientemente, y que estuvo demasiado preocupada con otras cosas para analizar. Normalmente ella sentía que entendía a sus hijos, y sabía que podía ver en ellos lo que ellos no querían expresar. Ella lo sabía todo, desde Edward asumiendo la culpa para proteger a su hermano por la pelota de cricket que destrozó la ventana de la biblioteca, hasta la ocasión en que Honoria, a los trece años, le gustó mucho el clérigo joven y apuesto que llegó al pueblo. Gracias a Dios, solo estuvo de visita. Una madre debía saberlo todo. Ahora estaba a la alerta. Vigilaría y esperaría.

Los planes de Lady Cynthia de vigilar a sus hijas se hicieron nada al día siguiente cuando se levantó luego de dormir un par de horas. Comía un rollo de pan porque debía ser el ejemplo para sus hijas y Genoveva, quienes habían perdido el apetito debido a los horarios inusuales que tenían para cuidar a Benedict. Ella las instaba a que comieran cuando le entregaron una carta escrita en la letra nítida y precisa de la Nana de la Mansión Fenton.

— ¿Qué piensa ahora que sea la emergencia? — preguntó Sir Ranalph de buen humor. — ¿Pensará que Angélica es un sirviente del diablo porque escondió su encaje? — Pero dejó de hablar porque una línea marcó la bella frente de su esposa.

— ¡Sarampión! — exclamó Lady Cynthia. — ¡Todos están enfermos!

— ¡No! — dijo Genoveva.

— Bueno, — dijo su esposo. — Así salen todos de un solo. — Pero tomó la mano de su esposa y la apretó, porque todos los de Yorkshire recordaban a la hermana pequeña de Genoveva, quien murió diez años antes, a causa de la misma enfermedad.

Honoria sostuvo la mano de Genoveva debajo de la mesa. Scribster y Allison intercambiaron una mirada.

— Seguramente están en buenas manos, ¿cierto? — preguntó el Sr. Allison.

— Sí, las mejores, — le contestó, — pero debo irme. Cuando Cedric se siente mal, quiere a su mamá. — Ella se levantó de la mesa, disculpándose con su anfitrión, y salió rápidamente del cuarto, seguida por su esposo.

Una vez en su recámara, ella le dijo, — Benedict está mejor. Ya casi no tiene fiebre. ¿Esta bien que me vaya, mi amor?

Él tomo sus manos en las de él y se sentó junto a ella. — Benedict es fuerte. Tengo que admitir que estuve preocupado, pero ahora habla con claridad. Estoy seguro de que no tendrá secuelas a causa de su herida.

Ella le sonrió y llamó a su sirvienta, ocupándose en empacar y dando órdenes al mismo tiempo. Todos debían quedarse allí hasta que Benedict se recuperara. Sir Ranalph se debía quedar como chaperón de las niñas. Él debía contratar un carruaje para que la llevara, haciendo el menor número de escalas posibles.

— ¿No te acompañará una de las niñas?

— No, no creo.

— Dudo que algún miembro del grupo esté pensando en matrimonio en este momento, querida.

— Tienes razón. Es muy probable que no. Pero yo no las necesito para que me acompañen, y Benedict sí.

— Benedict tiene suficientes enfermeras. Creo que nunca tuvo a tantas mujeres pendientes de él en su vida.

Sus hijas entraron a la recámara en ese momento. — Mamá, ¿viajarás sola?

— No. Irá una mucama y el cochero también.

— ¿Puedo acompañarte, Mamá? — preguntó Serena con un toque de desesperación. — Por favor.

— No, hija. No. — Lady Cynthia la estudió, notando los ojos llorosos y rojos por el cansancio... ¿o será por algo más? ¿Sería mejor llevarla? Todo era tan extraño. Pero no le podía pasar nada a sus niñas si su papá estaba con ellas. Bueno, casi nada. En su cabeza, le daban vuelta imágenes de miradas intercambiadas entre los jóvenes, los cuales ella no tuvo la suficiente energía para interpretar. No podía pensar en eso ahora. Tenía que llegar a cuidar de sus otros hijos, pero algún instinto primitivo le dijo que algo sucedía, pero que era mejor no mover la olla hasta que las cosas tomaran consistencia. Cuando su cabeza no lograba entender, una madre siempre debía confiar en su corazón.

Sacó a sus hijas del cuarto, y le dejó instrucciones a su esposo que lo dejaron preocupado. Los hombres nunca entendían cuando era necesario manipular un poco a las otras personas.

Después de besar a sus hijas para despedirse de ellas, se sentó en el carruaje bien abrigada y sacó una pequeña libreta de notas plateada y un lápiz de su bolsa. Quería plasmar sus ideas para entender la situación de mejor manera, ya que no todo encajaba con el propósito original de su visita a la

casa del Sr. Allison.

A.: Formal y distante con H. O demasiado atento. O parado lo más lejos de ella posible. Se lleva bien con los demás. ¿Peleó con Serena? ¿Será culpa de que ella no puede controlar su lengua?

H. y S. no se juntan tanto como de costumbre. ¿Pelearon? No es usual para ellas. H. se porta fría con A. ¿Podría ser su timidez o el hecho de que ella conoce sus intenciones? R. tenía razón. No le debimos decir. Trato muy amistoso con el T. ¿Le gustará? Espero que no. No tiene dinero, y menos sentido común.

S. es amable con el T, pero se da cuenta que no es muy inteligente. Amistosa con A. Pero ¿anoche? Hasta hace tres días, era la vida de la fiesta.

G. afectada profundamente por el ataque a Benedict. No quiero pensar porqué. ¿Será lástima? ¿Culpabilidad? No es romántico. Creo. Pero G. es difícil de leer.

El T. es muy amable con ambas chicas. Se concentra más en H.

El teniente era una mosca en la sopa. Qué tan grande problema causaría no lo sabía aún. Honoria debería haberse enamorado del Sr. Allison, quien había mostrado ser gentil, además de ser apuesto y adinerado. Y ver a Honoria cuidar de su hermano, ver su carácter que era igual de impresionante que su belleza, debió ser incentivo para que él se decidiera también. Pero al esperar que Honoria se sintiera más relajada en la presencia del Sr. Allison, ella se dio cuenta que ignoró el torpe comportamiento de él en relación con su hija. Se molestó con él. Era increíble que hubiese revertido su comportamiento al de un adolescente que se portaba de manera torpe ante su amada. Pero ¿qué le hizo cambiar de opinión? Y si así fuera, ¿por qué invitarlos a que fueran a su casa de esa manera?

De repente se le vino la respuesta a la mente. ¡El honor! Siempre que un hombre se comportaba de una manera absurda, como pagarle un pagaré a un Duque, quien no se daría cuenta del dinero extra, en lugar de pagarle lo que le debía al sastre, que podía significar la ruina para el pobre, era debido al código de conducta masculino. Estaba más allá del entendimiento de las mujeres.

Pero ¿qué le hizo cambiar de opinión? Le dolió la cabeza, y tuvo que descansar antes de que sus temores y preocupaciones la acongojaran. Se volvería loca.

Sin embargo, en todo lo que consideró, nunca se le ocurrió que se le olvidó incluir a un miembro del grupo...

El caballero que se le olvidó a Lady Fenton pasó una mañana nada contento, intentando hablar con Honoria a solas. Le molestaba el hecho que se había convertido en partícipe del absurdo embrollo que se desarrollaba, en lugar de mantenerse como espectador. Por poquito perdió la oportunidad de pedirle a Honoria que lo acompañara a cabalgar después de la partida de su mamá. Le ganó el teniente, diciéndole a ambas, — ¿Puedo invitarlas a que me acompañen a pasear? Ya pedí que prepararan el carruaje. — él sabía, por supuesto, que Serena estaba de turno esa mañana para cuidar de su hermano. Lo comentó durante el desayuno, evitando ver a su amigo a los ojos. Scribster no tenía mucho que decir sobre eso, ya que su interés por los problemas amorosos de su amigo había disminuido. No pasaría toda la mañana esperando encontrar a Honoria en el pasillo, o vigiando su recámara, esperando poder hablar con ella. Si él se mostraba obvio en sus intenciones, lo más seguro era que ella lo evitaría. Él estaba muy consciente que el único atractivo que tenía para ella era la posibilidad de hablar con franqueza. Todavía no encontraba la manera de convencerla que se casara con un hombre feo, de temperamento desagradable, y con ingresos moderados. Así que cuando Allison se puso su saco para salir, él le preguntó si le podía acompañar.

Su amigo dudó un momento, y luego dijo, — Mejor no, Gus. Voy a hacer un mandado para una dama.

Por qué ir a buscar limones o algún otro medicamento para darle a Benedict era algo que se debía mantener en secreto, no lo sabía, pero simplemente asintió cuando su amigo le sugirió que lo llevaría al club. Estaba seguro de que pasaría el tiempo esperando ver a Honoria si se quedaba en la casa. Las personas enamoradas eran indudablemente estúpidas, algo que había observado en varias ocasiones, pero nunca entendió por completo. Hasta ahora.

Honoria era su amiga, la primera amiga femenina que tuvo desde que dejó de ver a su hermana. Su belleza lo afectó cuando la vio por primera vez, pero lo mismo había sucedido con otras mujeres bellas, y aún así pudo mantener la sangre fría. Simplemente fijaba su interés en otra parte. Pero destruir el síndrome de mártir de Honoria fue tan agradable, que bajó sus defensas. Luego quedaron hecho añicos cuando la abrazó. Si fuera un mejor hombre, desearía que ella fuera feliz con Prescott. Un buen hombre, pero no era alguien en quien se podía confiar para cuidar de un perro, mucho menos una esposa.

Podía ver al pobre can en su imaginación. Un pequeño perro blanco con una

mancha negra sobre un ojo, moviendo la cola, caminando hacia el plato de comida vacío. El valiente teniente probablemente lloraría por el destino cruel de su pobre compañero canino, pero llorar no le quitaría el hambre.

Se excusaría de querer que Honoria hiciera de Darnley Prescott un mejor hombre, pero no podía encontrar una excusa para que ella no eligiera a su amigo. Él, también, era un buen hombre, y cuando al fin se conocieran bien (cuando Rowley dejara su actitud distante), ella se vería encantada por su modo de ser. Ella se convertiría en una gran dama de sociedad, tendría toda la elegancia y entretenimiento que una mujer podía desear, y su propia naturaleza afectuosa se encargaría de que no pasara mucho tiempo antes de que se enamorara de él. Serena, la mosca en la sopa, tendría su temporada el siguiente año y arrasaría con la ciudad. Se casaría igual de bien, y Allison la olvidaría. Entonces, alentar a Honoria a que se casara con Rowley era lo que un hombre decente debía hacer. Desafortunadamente, él reconoció hace mucho tiempo que no era un hombre decente.

Normalmente Honoria podía leer las emociones de Serena como un libro abierto. Sin importar cuánto ella intentaba esconder sus sentimientos, existía demasiada intimidad entre ellas como para que no pudiera notar su dolor. — Serena ¿qué te pasa? — preguntó Honoria cuando fue a buscar su chal para salir de paseo con el teniente Prescott. — Por favor, dime.

Serena no estaba segura de la naturaleza exacta de sus emociones, pero le podía contar una parte de sus preocupaciones a su hermana. — Benedict dijo algo mientras dormía anoche, pero se trata de alguien más, y no puedo comentarlo. Pero, Orry, cómo quisiera no haberlo escuchado.

— ¿Está relacionado con lo que le sucedió?

— Temo que sí, pero no estoy segura. Le pedí al Sr. Allison que me hiciera el favor de hablar con mi tío.

— ¿El Sr. Allison?

Serena se sonrojó. — Bueno, no hemos dejado que nos ayude atendiendo a Benedict, así que nos puede ayudar de esta manera, ¿no crees? — Vio la expresión preocupada de Honoria. — ¿Todavía le temes? No entiendo por qué. Habló conmigo después de que salí de cuidar a Benedict, y, pues, casi que le ordené ir a hablar con el Tío Wilbert.

Honoria rio. — Ay, Serena, eso es tan típico. Yo no me llevo tan bien con él, pero ya no me da miedo. Se ha portado demasiado amable con todos.

— Sí, — contestó Serena, sin emoción.

— ¿Sucede algo más?

— Si, — dijo Serena con tono ligero, para restarle importancia. — Mucho más. Quisiera que Benedict estuviera mejor, y que estuviéramos en casa con los niños.

— ¿No te preocupa el sarampión?

— No, no. Todos son exageradamente saludables. Hasta la pequeña Angélica es tan fuerte como un toro. Supongo que todo en conjunto me ha afectado. Y nosotras ya ni nos vemos tan seguido por tomar turnos para cuidar a Dicky. Te extraño. — Ella sonrió. — Deberías apurarte, si no quieres que el teniente se desespere.

Las chicas se abrazaron con un poco de más fuerza de lo necesario, considerando que solo se iban a separar lo que tardara el paseo. Luego, con tristeza mutua por la separación entre sus espíritus, cada una fue por su lado.

El teniente Prescott dio una vuelta completa al parque manejando el carruaje de su primo. Solamente entonces Honoria le empezó a contestar sus preguntas con algo más que monosílabas. Su timidez y decoro lo fascinaban. Las esposas e hijas de los oficiales que frecuentaban las fiestas en Lisboa eran demasiado ruidosas y atrevidas. Él prefería la tímida belleza de esta chica. La admiración que había visto en sus ojos cuando ella lo miraba también le llamaba la atención. Pocas damas lo miraban así cuando estaba acompañado de su igualmente apuesto, pero mucho más acaudalado primo. Hoy, sin embargo, no lo miraba de la misma manera. Ella llevaba puesto un sencillo vestido de muselina amarilla con un chal, y su sombrero era de paja con largos listones café claro. Enmarcaba sus rizos oscuros y ojos grandes a la perfección. Se veía como la personificación misma del verano.

— ¡Es más hermosa que todas las flores del parque, Señorita Fenton!

Ella se sonrojó. — Yo... muchas gracias. — Pero sus ojos se enfocaron en el camino delante de ellos, y sin importar lo que el teniente dijera, ella simplemente asentía con la cabeza distraídamente.

La presencia de Allison en el vestidor de su amo causó nada más que Pierre tornara los ojos.

— Adelante, señor, se lo ruego. Que lástima que viene solo. Las puertas están abiertas. Nada de importancia sucede aquí...

El Sr. Allison miró hacia abajo al diminuto hombre de mejillas coloradas y lo ignoró. Wilbert Fenton, con un criado ayudándolo a ponerse sus botas, dijo,

— Allison. Pensé que usted también se estaría arreglando a esta hora.

— Durante la temporada, tal vez tendría razón, señor. Pero es verano, y siempre mantengo el horario del campo durante el verano.

Al Sr. Fenton le recorrió un escalofrío. — Bueno, dígame. ¿Trae noticias de Benedict? — Trató de fingir indiferencia, pero Allison escuchó la nota de preocupación en su voz. Eso hizo que le cayera mejor.

— Continúa mejorando, señor. Pero vengo por otro asunto. Soy emisario de su sobrina, Serena.

— Serena, ¿eh? Pensé que Honoria había llamado tu atención. — Allison se sobresaltó. Miró a la ayuda de cámara y al criado. — Mis sirvientes son sordos y mudos. Piensa en quienes son mis amistades, y sabrás por qué. Actuar de otra manera implicaría perder la cabeza.

El Sr. Allison imaginó una guillotina secreta que el Príncipe Regente podía usar para castigar a los sirvientes chismosos, pero entendió.

— Y ¿qué cree la Señorita Serena que yo le pueda contar?

— ¿Podemos hablar en privado, señor?

Fenton le hizo un gesto al criado para que saliera, y le arqueó una ceja a Pierre, quien estaba parado, tieso como una estatua. Con lenta deliberación, el hombrecito dejó las corbatas que tenía en las manos sobre una silla y salió del cuarto, sin siquiera voltear a ver al Sr. Allison.

— Si deja de decirme señor, podemos hablar. Dígame Fenton.

— La Señorita Serena sospecha, debido a algo que mencionó su hermano mientras dormía, que el ataque que recibió fue por un asunto relativo a Lady Sumner.

Fenton se vio sorprendido por un instante. — Lo fue, o al menos eso creo. Pero yo fui el instrumento de su desgracia.

— ¿El dinero? ¿Tiene que ver con el dinero que llevaba amarrado a la cintura?

— Sus ganancias.

— Bastante dinero para un jugador inexperto.

— Bueno, hay algunos juegos en donde uno no arriesga nada...

— No lo creo. ¿Benedict? ¿Dónde aprendió? — Allison se detuvo de repente, y Wilbert Fenton asintió con la cabeza.

— Sí. Bueno, el mundo pensará que no tengo mucho honor, pero quiero que sepa que nunca usé mis habilidades, excepto en una situación.

Allison sonrió. — Cuando jugaba con alguien que hacía trampa.

— Y Benedict.

Allison se sentó sobre una mesita. — A Sumner lo timaron. Supongo que eso le hizo la vida difícil a Lady S. Pero aún no veo...

— Había otros factores, los cuales no puedo divulgar. Pero Benedict consideró que eran inaceptables.

— No está enamorado...

Fenton lo negó. — No lo creo, aunque Lady Sumner es una dama ejemplar. Benedict se entrega de corazón a veces, y no sabe medir las consecuencias.

— ¿Entonces le ganó a...?

— Los hombres que timaron a Sumner. — Habló más callado. — Yo le proporcioné los nombres.

No había respuesta que le pudiera dar a eso, así que no dijo nada. Eventualmente, preguntó — Y ¿ahora qué? — pasándole a Fenton una corbata y observando cómo se la amarraba para lograr estar perfectamente a la moda.

— Voy a investigar a los tres para determinar quien fue el responsable, quién le pegó a Benedict. — Otra vez intentaba fingir indiferencia, pero no podía engañar a Allison. Se escuchó la furia en su respuesta.

— Cualquier ayuda que le puedo brindar, solo tiene que mandarme una nota. Y mi amigo Scribster también. Ambos hemos llegado a querer la familia de su hermano.

Los ojos duros del hombre mayor lo estudiaban en el espejo. No quedaba nada del regordete, perezoso, bueno para nada que Allison conocía. No le gustaría encarar esa mirada detrás del cañón de una pistola. Parecía que Fenton le diría que no se metiera en asuntos que no eran de su incumbencia, pero finalmente dijo — Creo que aceptaré su oferta, Allison. Espere mi nota.

Capítulo 20

Genoveva Se Salva Sola

Genoveva, Lady Sumner, partió de la casa del Sr. Allison antes de que Lady Cynthia terminara de empacar, determinada de llevar a cabo su desagradable mandado. La persona a quien iba a visitar era alguien quien no quería ver, pero ahora que Benedict despertó, ella sintió que necesitaba intentar hacer algo para salvarlo antes de que él se viera envuelto en otro episodio igual, o peor, por su culpa.

Ella pidió que un carruaje de alquiler la llevara a cierta dirección, ni a kilómetro y medio de la casa del Sr. Allison. El sombrero que llevaba puesto tenía un velo espeso. Siempre pendiente del bienestar de los caballos, ella le dijo al conductor que se estacionara en el establo cercano. Ella lo llamaría o caminaría hacia allá para encontrarlo al finalizar su mandado. Subió las escaleras de la casa imponente con trepidación, y la puerta se abrió sin que ella tuviera la oportunidad de tocar. Un sirviente bien entrenado la abrió al ver a una dama llegar a visitar, aunque todavía era muy temprano para eso.

Genoveva levantó el velo de su sombrero y eso fue suficiente introducción. El criado se inclinó hacia ella y dijo, — Veré si mi lady ya se levantó.

Ella pensó en seguir su espalda uniformada mientras subía las escaleras para sorprender a la persona quien llegó a visitar, pero decidió no hacerlo. La dignidad lo era todo en esta situación. Dentro de poco tiempo, el mismo criado bajó y le hizo señas para que lo siguiera al piso de arriba. Ella se paró con la espalda derecha, tomó aire, y lo siguió.

La condujo a una sala privada, que ella sabía era la antesala a la recámara de la tía de su esposo, Lady Harrington. Allí se encontraba sentada, vestida con un bata color malva y un gorro para dormir. La observaba con ojos fríos, pero levantó la mejilla para que Genoveva la llegara a besar, lo que hizo

brevemente. Se apartó de ella y se quedó parada, observando los ojos oscuros y brillantes de la ya anciana señora.

— ¡Siéntese! — le ordenó la señora, — Me dará dolor de cabeza tener que verla allí parada. — Genoveva no se movió, y la dama entrecerró los ojos. — Supongo que ha venido para pedirme perdón por quebrantar nuestro acuerdo. Escuché que pasó tiempo en Yorkshire mientras su esposo estaba aún en la ciudad.

— No hice acuerdo alguno con usted. — Como de costumbre, su lengua la sorprendió. Hubiera sido bueno hablar con un poco más de diplomacia. — Pero si quiere hablar del trato que propuso y tal vez llegó a un acuerdo con mi esposo, entonces sí. No lo cumplí, y no voy a pedir perdón por ello. — Cállate, Genoveva, pensó. Pero la manipulación de Lady Harrington era anatema a su espíritu honesto. — Y, a decir verdad, mi intención es nunca más cumplirlo.

— Supongo que sabe qué significará eso para usted. Miseria y remordimiento. Nunca podrá mostrar su cara en la ciudad después de eso. — Genoveva soltó una carcajada amarga. — Si, supongo que eso no le molesta, pero seguramente Frederick se sentirá de otra manera. Y creo que él logrará que entre en razón y haga lo que él y yo queremos. — Ahora fue la señora quien se rio, aunque de una manera helada. Genoveva estaba sorprendida de ver qué tan fría podía ser su mirada. Manipular a su familia verdaderamente era lo único que le quedaba ya que su afamada belleza se había esfumado con el tiempo. Se aferraba a ese poder con todas sus fuerzas.

Genoveva apartó el encaje de su cuello. — Debería estar orgullosa de los métodos que él usa para que yo haga su voluntad. — Las marcas alrededor de su cuello habían bajado de intensidad, pero todavía eran visibles.

Genoveva vio cómo los ojos de Lady Harrington se abrían por la sorpresa, pero pronto se controló. — Créame, le hablaré a Frederick sobre este asunto, al igual que otros. Él hará lo que yo quiero y desistirá. — Lo dijo mientras bajaba la vista a su bata para jugar con la tela, sin poder ver a Genoveva a los ojos.

— No lo creo. Quiero vivir en la propiedad donde se crían caballos, y quiero que Frederick nunca me visite allí.

— ¡Eso es! — exclamó la señora, sus ojos ardiendo de ira. — Viene aquí para mostrarme sus heridas, con la esperanza de que esté de acuerdo que se separen. Pero ¡el nombre de mi esposo debe seguir! Hizo un mal negocio al escoger a Frederick. Sí, lo admito. Pero no tendrá dinero mío para vivir

alejada de su esposo. Es probable que él tenga que vender esa propiedad...

— Sabe que no lo puede hacer, sin importar qué tan deteriorada esté. Es propiedad del título, no de él.

La señora se levantó. — No lo permitiré. Va en contra de Dios y de...

— No me quedaré con él.

— Y ¿qué hará? ¿Regresar a casa con su padre? Conozco a Henry Horton lo suficiente como para saber que no la ayudará en crear este escándalo. Él también la repudiará.

— Me iré a la finca de caballos y usted me ayudará.

— No soportaré su comportamiento, Lady Sumner — dijo la anciana, despidiéndola.

— No necesito de su dinero.

— ¿Escondió dinero de su esposo? — preguntó la anciana, claramente escandalizada.

Genoveva la miró con una expresión imperturbable. — Digamos que tengo un inversionista. Y créame, lograré hacer dinero con ese negocio. Tengo excelente ojo para los caballos.

— Sin lugar a duda, — dijo Lady Harrington, desaprobando por completo de la idea. — Pero todavía existe el deber que debe cumplir con su esposo.

— Señora, si fuera solo yo, — dijo Genoveva, — sin importar lo horrible que fuera, supongo que estaría de acuerdo. Pero no dejaré que mate a este bebé a golpes, ni confío que será un padre gentil.

Lady Harrington se levantó apresuradamente y corrió lo más que pudo para abrazar a Genoveva. — ¡Un bebe! Ay, querida, es me mayor anhelo. Esperemos que sea un varón.

— No importa lo que sea, mi lady. No habrá otro.

Pero la anciana dama era toda sonrisas. — Por favor, querida, tome asiento, — dijo en un tono completamente distinto. Genoveva se sentó. Durante la siguiente hora de plática, Genoveva le comentó a Lady Harrington todos los hechos. Ellas estuvieron de acuerdo en difundir la historia que Lady Sumner se retiraría a la casa de campo por precaución, ya que el embarazo podía estar en peligro. Su esposo dejaría la ciudad para visitarla de vez en cuando, aunque en realidad iría a otro destino, y ella quedaría sola para criar al bebé. No era un arreglo inusual. A Frederick se le permitiría visitar a su hijo únicamente cuando la tía estuviera presente. Ese era el trato que Lady Harrington negociaría con su sobrino. Sin lugar a duda, le saldría caro. Suficiente como para mantener el estilo de vida de Frederick en la ciudad.

Si no fuera un varón, entonces, dijo la anciana dama, tendrían que revisar el acuerdo. Si no nacía un varón, pensó Genoveva, sería hora de visitar a Europa y encontrar un lugar apartado, usando algo del dinero que Benedict ganó. Pero esto, por supuesto, no se lo dijo a la vieja ogro. En cierta manera, a Genoveva le caía bien la señora. Una mujer, ejerciendo su poder en el mundo de los hombres. Pero no la subestimaba. Sabía que la señora la sacrificaría en un instante para poder lograr sus propósitos.

Cuando Genoveva partió, reflexionó que hizo una apuesta arriesgada. Era como tirar una moneda. Como el matrimonio, pensó cínicamente. Un niño, y todos sus problemas se solucionaban. Una niña, y tendría que seguir huyendo de su esposo. Pero sin importar lo que fuera, ella mantendría su hijo a salvo de Frederick.

Ella dejó la casa, pensando qué tan pronto podía irse, y si sería buena idea comprar unos caballos antes de partir. El carruaje la esperaba, pero antes de subir, vio pasar un faetón, conducido espectacularmente bien. Lord Carstairs era el pasajero, pero a Genoveva la impresionó el joven que conducía. Eso la hizo pensar. Ella necesitaba alguien justo así para demostrar las habilidades de los caballos que ella iba a criar. Los caballeros no confiarían en la palabra de una dama en cuanto a caballos. Alguien que los exhibiera sería una gran ayuda. Entonces sus amigos le preguntarían dónde los compró. Se preguntó si Benedict podría conseguir el nombre del caballero que acompañaba a Carstairs. Ella rio. Sin duda él pensaría que podía hacer el trabajo que ella quería, pero aun que Benedict podía cabalgar muy bien, su destreza con los carruajes no estaba tan desarrollada.

Lady Sumner se quedó parada pensando, sin cubrir su cara con el velo de su sombrero mientras pasaba el faetón. No se dio cuenta del hombre que la observaba del otro lado de la calle. Tampoco se dio cuenta que siguió su carruaje por las congestionadas calles de Londres.

Lady Cynthia se quedó dormida durante el viaje, y despertó con un brinco cuando llegaron a la primera parada. — ¡Oh, cielos! — exclamó, y se tiró del carruaje sin esperar que el conductor bajara las gradas.

— ¡Mi Lady! — exclamó el sorprendido conductor.

— No se preocupe. Necesito escribir una carta, ¡de inmediato! — Un señor pachoncito con un delantal algo sucio que se le acercó para ofrecerle un poco de ponche y pastel la condujo a uno de los cuartos del hostel. Si hubiera puesto atención, estaría contenta de que el cuarto estaba más limpio que el

delantal del hombre. Pero se sentó a la mesa y tomó tinta y pluma para escribirle a su amado.

Mi amor, en ninguna circunstancia deberás dejar que Honoria esté a solas con el Sr. Allison o con el teniente Prescott. Cuento contigo.

Tuya siempre,

C.

El dueño del hostel apenas terminó de enumerar las varias comodidades que le podía ofrecer a sus huéspedes, pero Lady Cynthia se dio la vuelta y le dijo — Alguien debe llevar esto inmediatamente a Londres, a la casa del Sr. Allison en Grosvenor Square. — La expresión del dueño se tornó preocupada, ya que al llevar a cabo esa encomienda perdería un miembro de su equipo por varias horas mientras iba a Londres y regresaba. Sin embargo, escuchar el nombre del Sr. Allison lo alivió, ya que era muy bien conocido en todos los hostales aledaños a Londres. Hasta tenía sus propios caballos resguardados en el establo de ese preciso hostel. Lo que el dueño perdería por la inconveniencia, el caballero se lo integraría sin chistar. Se inclinó hacia la dama y le dijo, — Por supuesto, mi lady.

— Inmediatamente, — le advirtió.

— De una vez, su señoría.

— Y envíele un poco de té a mi mucama.

La mente de Lady Cynthia logró resolver algunos de los misterios que la aturdián sobre la situación en Londres, y ahora sintió que necesitaba estar allí con más urgencia que en Yorkshire. Todos sus hijos la necesitaban, y al parecer todos al mismo tiempo. Los más pequeños estaban enfermos, pero su hija mayor estaba a punto de tomar una decisión que les podría cambiar la vida para siempre y poner en riesgo la felicidad de su familia. Su corazón de madre nunca se sintió tan partido, sin saber a quien atender primero. Si no era demasiado tarde, tenía que confiar en su esposo, pensó y rio con un toque de amargura. Ella sabía que él daría su vida por ella y los niños, pero en este caso...

Capítulo 21

Sir Ranalph le Falla a su Esposa

— ¡Maldición!

Para cuando Sir Ranalph recibió la carta de su esposa, a las cuatro de la tarde, sabía que ya le había fallado a su esposa. Honoria salió a pasear con el teniente esa mañana. Él notó la rapidez con la que su esposa escribió la carta, y la manera que subrayaba sus palabras le indicó su urgencia. Ella dependía de él para salir adelante en una situación que él sentía no estaba preparado para enfrentar.

No sabía cómo era que iba a cambiar el ambiente relajado que habían establecido. Y ¿cómo vigilaría a sus hijas todo el día, o cómo le podía prohibir a los caballeros que las sacaran a pasear, para mantener tanto su salud mental como física mientras cuidaban de su hermano? No podía jugar el papel del padre estricto cuando ya estaba establecido ese ambiente armonioso entre todos.

Y ¿por qué? ¿Qué temía Cynthia? En cuestiones relacionados con sus hijos, él aprendió la lección de no preguntar, solo obedecer. Su esposa tenía una habilidad sobrenatural para saber qué pasaba con ellos, la cual él nunca cuestionó.

Estaba sentado en la biblioteca, donde ojeaba ejemplares viejos de *La Revista Deportiva*, o *Calendario mensual de las transacciones de la Pista, la Caza y cualquier otro pasatiempo de interés para el Hombre de Placer, Iniciativa y Espíritu*. Leía el reportaje de una pelea de gallos, ocurrida dos años atrás, cuando el teniente Prescott entró.

— ¿Puedo hablar con usted, señor?

Sir Ranalph no era tonto. Si el teniente le estaba preguntando, y no hablándole de costumbre, las cosas estaban peor de lo que pensó. Con el

pánico presionando su pecho, tosió y dijo, — No me siento muy bien, hijo, — y se levantó, dejando la revista tirada a un lado. Vio la sorpresa de Prescott ante su partida tan abrupta, e intentó suavizarla, poniéndole una mano amistosa sobre el hombro mientras salía de la biblioteca. — Sé que me perdonarás, ¿cierto? — y salió casi corriendo de la biblioteca como todo un cobarde.

¿Qué debía hacer? Las cosas podían estar peor de lo que él pensó. Si el teniente le pidiera permiso para cortejar a Honoria (y no entendía cómo su esposa supo que eso era una posibilidad cuando ella se encontraba a 60 kilómetros de distancia), entonces era algo que Cynthia definitivamente no quería. Eso lo entendió a la perfección. Pero ¿por qué no Allison? Rowley Allison había mostrado ser todo lo que un padre pudiera pedir como un futuro miembro de la familia. Era generoso, considerado y divertido, nada que ver con su reputación de serio y estirado. Y Cynthia misma parecía estar encantada con él. ¿Cómo iba él a impedir que el teniente lo atrapara a solas más tarde? Suponía que el teniente no sabía que su primo había expresado su interés en Honoria. Le pediría a Scribster que le hablara al teniente. Scribster era un tipo raro, y su expresión siempre era demasiado seria y deprimida, pero Ranalph logró ver más allá de eso y apreciaba su sentido de humor cortante. Estaba seguro de que podía confiar en él. Después de todo, Allison lo consideraba su mejor amigo.

Benedict estaba sentado en la cama, y otra vez Serena lo cuidaba, lo que era complicado para los hermanos. Benedict se negaba a platicar con ella sobre los motivos que lo llevaron a visitar a Londres, y ella se enojó. Mostró su molestia con él al llevarle ratafia en lugar de vino, arreglarle las almohadas por deber, pero sin gentileza, y conversar con él en un monótono de mártir que solo logró enojarlo.

— Por Dios, Serena, le das mejor trato a los caballos que a mí. Pásame el plato con los pastelitos. Tengo hambre.

— No creo que debas comer más. Ya comiste tres.

— El doctor dijo que tengo que recuperar las fuerzas. Dámelos.

Serena alejó el plato y le dijo con tono santurrón, — Estoy segura de que el doctor quiso decir que debías comer atol y avena y otras cosas así para que recuperes las fuerzas. Los pastelitos probablemente te darán dolor de estómago.

— Seguro. Luego dirás que solo debería comer pan remojado con leche...

— ¡Excelente idea!

— pero ¡ya no tengo dos años! Santo cielo, Serena, ¿qué mosca te picó hoy? Serena lo miró, su expresión una mezcla de vergüenza y de confusión. — Nos asustaste a todos por comportarte como colegial...

— No recuerdo que casi me maten cuando estuve en Harrow.

— y luego rehúsas hablar con todos, excepto con Genoveva Horton.

— Lady Sumner para ti. Genny es mucho mayor que tú, Serena. No lo tomes a mal que confie...

— ¡No me trates como un bebé!

Benedict entrecerró los ojos. — Hay algo más aquí de que lo que te cuente o no, — dijo, al fin entendiendo. — ¿Qué sucedió mientras dormía? ¿Alguien te molestó? — Pausó un momento, luego adivinó — ¿Fue Allison?

— Por supuesto que no. Él ha sido el anfitrión más maravilloso.

— ¿Fueron al anfiteatro? Cuando me escribiste, me contaste que venían a Londres específicamente para hacer eso.

— Sí, Benedict. Eso y todas las fiestas y asambleas nos han mantenido tan ocupados, sin mencionar las visitas que recibimos en las mañanas.

— ¡Bien! — dijo su hermano en aprobación. — Me alegra que hayas podido conocer algo de la ciudad, ya que tal vez no tengas otra oportunidad.

Serena lo interrumpió al lanzarle un pequeño cojín de seda. — ¡Horroroso! ¿Crees realmente que hemos salido de fiesta cuando estabas casi muerto?

— ¡Oye! ¡Cuidado con el enfermo! — Se estiró para alcanzar el plato con los pastelitos, haciendo una mueca de dolor cuando sus costillas protestaron el movimiento, y se los comió con gusto. — Podían suponer que iba a estar bien. Mayormente mi cabeza fue la más afectada.

Pero Serena había procesado lo que él dijo. — ¿Qué quieres decir con que no tendré otra oportunidad? ¿Te refieres a ver a Londres antes de mi temporada? Honoria me dijo que Mamá la llevaba a tres o cuatro reuniones al día. Supongo que no habrá mucho tiempo para ver otras cosas. Tal vez deba pedirle a algún caballero que me lleve a Buckingham House cuando salga para mi paseo diario. ¿Qué tan lejos queda la prisión de Newgate? Es un destino un poco tétrico, pero tengo ganas de ver el lugar donde fue encarcelado el Caballero Bandolero.

— Pobre Serena. ¿No se encontraron con un caballero que les robara sus cosas y les disparara mientras viajaban a Londres? Que mala suerte la tuya. No te preocupes. Estoy seguro de que algún día conocerás a Newgate, y de manera más detallada que los demás. — Serena protestó, pero sabía que, aunque la estaba molestando, Benedict también le escondía algo. Y ella lo

resintió. Más secretos. Orry, Genoveva, y ahora Benedict. Era demasiado. Si él estuviera bien, lo interrogaría hasta hacerlo hablar, pero como no... Era tan frustrante. Su estado de ánimo, normalmente tan alegre, la irritaba, y ella misma no sabía por qué.

Quería regresar a casa. Pero no quería regresar. No sabía qué quería.

Mientras Serena estaba con Benedict, el Sr. Allison, el Sr. Scribster, y Genoveva salieron a hacer mandados, cada uno por su parte. Honoria subió a su cuarto con dolor de cabeza. Una pequeña preocupación la molestaba, pero no llegaba a sus pensamientos conscientes. A ella le tocaba el turno esa noche para cuidar de Benedict, aunque él estaba empezando a desear que sus hermanas lo dejaran en paz, y dejaran su cuidado en las manos de los sirvientes. Ella no pudo dormir, y tenía calor. Estaba molesta, pero no se podía explicar por qué. Que Benedict mejorara significaba que la razón de la visita se estaba terminando. A veces ella dudaba que el Sr. Allison le propusiera, pero si así fuera, seguramente ya les habría informado a sus padres.

Por el otro lado, aunque no lo hiciera, ella cargaría con la culpa de saber que no ayudó en nada. No buscó su atención ni fue alentadora con él en la única ocasión que él intentó hablarle. Aún sabiendo lo que significaría para Serena, ella lo evitó a toda costa.

Ocasionalmente Serena hablaba con ella de la siguiente temporada y de la manera en que ambas se iban a divertir. Ella no sabía cómo responderle, así que estaba agradecida que cuidar de Benedict las distraía a las dos. Era su deber hacer algo, pero ¿qué? Ella no podía enviar los mensajes secretos que las damas de la época de su abuela enviaban a los hombres cuando usaban sus abanicos. ¿Cómo hacían las damas de hoy para mostrar interés en un caballero? Aunque más joven, estaba segura de que Serena sabía la respuesta.

Alguien tocó su puerta. Tal vez era Serena, o mejor, el Sr. Scribster. No le podía contar todo, pero tal vez el intuiría lo que ella no podía decir y explicarle todo. Al menos la haría reír.

Se quitó el chal de encima y se sentó en la cama. — Adelante — dijo.

Su papá entró al cuarto, y le sonrió. — Noté durante el desayuno que parecías sentirte mal, querida. Creo que deberías cenar en tu cuarto hoy.

— No, Papá. Me siento bien. Bajaré a la hora de la cena.

Su papá le habló con un tono de voz serio que casi nunca lo escuchó usar. — Me harás el favor de quedarte en tu cuarto, Honoria. No quiero que otro de mis hijos termine en cama, enfermo.

— Por supuesto, Papá, si así lo dice. Intentaré descansar.

— Gracias mi niña, — dijo su padre, una vez más de buen humor. — No salgas de tu cuarto. Yo tal vez esté donde mi hermano esta noche, pero descansa y nos veremos en la mañana para el desayuno. — Le pellizó el mentón, la abrazó y luego se dirigió a la puerta, contento consigo mismo. Se detuvo antes de salir y se volteó para mirarla una vez más. — Disfrutaste de tu paseo hoy en la mañana?

— Sí. Fue bonito. ¿Por qué?

Él levantó las cejas — ¿Bonito?

— Sí. — Al parecer, él esperaba escuchar más. — Hizo bonito clima.

— Bien, bien. Bonito clima, ¿no? Que bien. — Se dio la vuelta y se fue.

¿Qué fue eso? se preguntó ella, aunque no podía decir que estaba molesta. Una noche sin tener que lidiar con todos los secretos y la decepción era un alivio. Se acostó en la cama, y cuando la mucama le llevó su cena a las siete de la noche, todavía seguía dormida. Ni se dio cuenta que Serena entró a su cuarto. Serena, al verla dormida, solo la arropó mejor, le dio un beso en la mejilla, y se fue.

Sir Ranalph hizo lo mejor que pudo esa noche, pero encerrar a Honoria en su cuarto hasta que regresara su mamá para que ella se encargara de la situación no era un plan viable. Cenar donde Wilbert (aunque su hermano no sabía que iban a cenar juntos) lo ayudaría a evadir a Prescott y lo que fuera que le quería preguntar. Se le ocurrió que tal vez solamente quería su opinión acerca de un caballo o algo así, pero temía que eso no era cierto. Se estaba felicitando por haber esquivado el problema, pero no contó con la determinación de Prescott. Él lo interceptó cuando bajaba las escaleras, sonriendo ansiosamente, pero con esperanza, y le dijo — Señor, ¿tendrá un momento?

Detrás de él, el Sr. Scribster, quien se quitaba el sombrero en la entrada, se detuvo en seco al escuchar al teniente.

Sir Ranalph entró en pánico. — De hecho, voy de salida con el Sr. Scribster. Es un asunto importante. — Le dio al teniente una palmada en el hombro al pasar, lo cual se estaba volviendo repetitivo, pero fue todo lo que pudo hacer. Scribster le siguió la corriente de inmediato y se volvió a poner el sombrero y le hizo señas al criado para que abriera nuevamente la puerta. Los dos hombres salieron de la casa, Sir Ranalph inclinando su cabeza hacia el inescrutable Sr. Scribster como señal de agradecimiento.

Bajaron las gradas de la casa hacia la calle. — Muchas gracias por eso, Scribster, — dijo el baronet mientras caminaban. — De seguro se estará preguntando de qué se trata.

— Para nada, señor, — mintió Scribster. — No es de mi incumbencia.

— Bueno, tal vez lo sea, hijo. — La cara de Scribster tenía la misma expresión seria de costumbre, y a Sir Ranalph de repente se le hizo difícil pedirle lo que pensó que era un sencillo favor. Sin embargo, era necesario, así que le puso el brazo sobre los hombros y caminaron hacia un café donde podían hablar. — El teniente quiere hablar conmigo. Y como salió a pasear con Honoria hoy, puede que me quiera pedir algo. — La expresión de Scribster no cambió. Desgraciado, ¿no le ayudaría en algo? — Se me ocurre que él no sabe de la razón por la cuál su primo nos ha invitado a pasar tanto tiempo en su casa. — Levantó las cejas para ver si le daba alguna señal de entendimiento o simpatía, pero nada. — Maldición. Su amigo tiene que haberle confiado algo. Se que todo quedó en el aire por lo que sucedió a Benedict, pero... — Sir Ranalph suspiró. Se sintió tan cansado por la conversación como si hubiese escalado una montaña. — ¿Se lo podría mencionar al teniente Prescott? ¿Que esté enterado antes de que...? Bueno, aunque supongo que todavía podría... — Sir Ranalph ya no sabía que decir. — Podría evitarme una situación vergonzosa.

Scribster, al fin, habló. — A mi amigo no le gusta que otros hablen de sus asuntos, verá. No sé si puedo mencionar algo a su primo que él mismo no le ha dicho. — Sir Ranalph se sintió derrotado. — Pero puedo darle a entender algo de lo que me mencionó. — Tomó un sorbo de su café. — ¿Puedo suponer que la Señorita Fenton le ha dado a Prescott razón para hablar con usted? — Su voz no tenía inflexión alguna. — Y tal vez se le debería informar a mi amigo sobre...

— No, se lo ruego que no, — rápidamente lo interrumpió Sir Ranalph. — No sé cuánto sabe mi hija de esto, y hasta que no esté seguro yo de lo que sucede, no quiero que se sepa nada. — Scribster asintió con la cabeza. Sir Ranalph se recostó en la silla, exhausto. — Mi esposa sabría qué hacer. Ella sale a brillar en estas situaciones. Ella entiende a nuestras hijas. — El baronet suspiró con más sentimiento. Pensándolo bien, estaba subestimando a su esposa. Ella también comprendía a sus hijos varones. Hasta su hermano entendía a Benedict mejor que él.

— ¿Nos vamos, Scribster? — preguntó al fin. Scribster, quien normalmente estaba presente en el momento y observando todo, parecía haber estado

perdido en sus pensamientos.

— Por supuesto, señor, — contestó su alto y extraño compañero. Sir Ranalph lo observó. Scribster siempre le había parecido el miembro más distante y menos afectado del grupo. Aunque el baronet conocía su fuerza y a veces su sentido de humor, nunca había visto una expresión tan devastada en los ojos del caballero que tenía enfrente. Le recordó a Benedict cuando tenía doce años, en el momento que su perro favorito murió. Solamente duró unos segundos, y nuevamente la expresión fría y seria retornó a su rostro.

Si el baronet no tuviese sus propios problemas en ese momento, hubiera intentado hacer que el joven confiara en él. Pero sí los tenía. ¿Cómo rayos lograría mantener a Honoria alejada de dos caballeros respetables y afables, quienes actualmente eran considerados amigos? Bueno, por lo menos encontró la solución para esa noche. Era típico de Sir Ranalph encontrar lo bueno en la situación antes de ir a su club preferido para tomar unas cuantas cervezas y luego ir a confrontar a su hermano.

Esa tarde, Allison fue a ver cómo iba el joven paciente, y encontró a Benedict intentando pararse, habiendo puesto sus piernas en el piso. Su rostro se veía gris debido al dolor que sentía. Lady Sumner tenía una mano sobre su hombro para detenerlo, y dos criados los observaban, sin saber qué hacer. Benedict les decía que le ayudaran a levantarse, y Lady Sumner les decía lo opuesto. — ¡Ni se le ocurra! — le dijo a uno de los pobres criados cuando él intentó acercarse para ayudar a Benedict. Él hombre se quedó petrificado. El pelo de ella había escapado de su peinado, y parecía una diosa vengativa.

— Dicky, si no te quedas quieto, te prometo que te irá peor. Tus costillas están rotas, niño malcriado. ¡Puedes perforarte un pulmón! — Ahora menos que pensaba que había un romance entre ellos. Su hermana se refería a él de esa manera. Benedict aún intentaba levantarse, hasta que ella dijo — ¡No aceptaré tu regalo! — No sabía qué quería decir con eso, pero el resultado fue que Benedict se quedó quieto.

— Mi lady, ¿puedo sugerir un compromiso? — dijo Allison, y señalándole a los criados que salieran del cuarto.

— No si significa que él se levantará de la cama — dijo tercamente Lady Sumner.

— Lady Sumner... ¿puedo decirte Genny? — preguntó Allison, sonriéndole.
— Deje que Benedict descansa hoy en la tarde...

— Si sigo descansando seguramente... — empezó a objetar Benedict.

— Benedict, cállate. — Benedict sonrió y cerró la boca. Allison se dirigió nuevamente a Lady Sumner, quien estaba parada con una expresión determinada en su rostro y las manos sobre las caderas. No iba a ceder fácilmente. — Más tarde le vendaremos las costillas hasta que no se pueda mover y le diré a unos muchachos que lo lleven cargado a la cena. ¿Qué le parece?

— No necesito que me lleven cargado, — protestó Benedict. — No tengo más que moretones en las piernas.

— ¡Cállate! — contestaron dos voces a la vez, una enojada y la otra exasperada.

— Está bien, — dijo Benedict, subiendo las piernas de nuevo a la cama y haciendo una mueca de dolor por el movimiento.

Genoveva no parecía estar contenta con la sugerencia de Allison, pero Blake entró y se acercó a su amo. — Lord Sumner está en el vestíbulo y solicita ver a su esposa.

Benedict bajó rápidamente las piernas y Genoveva se transformó de diosa vengativa en suplicante, sus ojos enormes y llenos de pánico. Empezó a decir algo, pero Allison, observando todo en un instante, le contestó — Lady Sumner salió con un grupo de amigos para hacer una visita por el momento, Blake. Por favor infórmele a Lord Sumner que con gusto puede venir mañana en la mañana cuando sin lugar a duda su esposa estará para recibirlo.

La palabra de su amo era ley para Blake así que ni siquiera miró a Lady Sumner de reojo antes de salir a informarle a su esposo. Los tres estaban parados juntos. Benedict le tomó la mano a Genny y Allison le puso una mano en el hombro para tranquilizarla. Se quedaron así hasta escuchar el sonido de la puerta principal al cerrarse.

— Genny, — empezó Benedict.

Pero Lady Sumner se recuperó rápidamente. — De regreso a la cama, Dicky, o no seré responsable de lo que pueda hacer.

Benedict le hizo caso, y ella y Allison salieron del cuarto. En el corredor, Allison le dijo, — Lady Sumner, si hay algo...

— Es Genny. Y Dios me salve de más caballeros errantes, Sr. Allison. Admito que la visita de mi esposo fue una sorpresa. No puedo mentir y decirle que no fue una sorpresa desagradable, puesto que estamos distanciados, pero seguramente ya se dio cuenta. — El asintió con la cabeza, su expresión seria. — Ya somos demasiado cercanos a ser amigos como para intentar ocultárselo. Pero ya tomé medias para resanar la situación. No necesito más ayuda. Es que

por el momento yo... — Ella se volteó hacia él y le apretó la mano, encontrado su mirada con franqueza. — Me ha dado justo el tiempo que necesito para resolver el asunto. Muchas gracias.

Allison no pudo deshacerse de su preocupación mientras observaba cómo ella se alejaba. Él vio más que enojo o desprecio o impaciencia en sus ojos. Ella estaba aterrada. Sabía que Sumner era un bravucón sin ética, aunque ocasionalmente podía ser carismático. Era famoso por entregarse a sus vicios, pero lo mismo se podía decir de muchos otros miembros de la sociedad. Lo que lo diferenciaba era la manera poco honesta que se comportaba. No les daba dinero a sus amantes después de dejarlas, a menudo pagaba sus deudas con retraso, y no podía guardar un secreto. Pero lo peor (por lo menos entre los caballeros de sociedad) era que no podía distinguir un caballo de pura sangre de una mula. Allison había tratado con su esposa lo suficiente como para saber que la fuerza de su carácter se impondría a la de él, y aunque ella sabía que hizo una mala decisión al aceptarlo como esposo, hubiera aceptado su situación y hecho todo en su poder para llevar las cosas de la mejor manera posible. Pero ella le temía. Nada en lo que él sabía del carácter de Sumner era suficientemente malo como para amedrentar a una mujer como ella. Sólo se le ocurrió una cosa que pudiera hacerlo, y eso le heló las venas.

Ya le caía bien Dicky Fenton, pero ahora lo entendía un poco mejor. Intentaba de alguna manera ayudarla. Pero ¿pensaba que devolverle su dinero sería una respuesta fácil al problema? Eso demostraba la inocencia del joven. El dinero no puede proteger a una mujer de la voluntad de su esposo. Por las leyes actuales, cualquier dinero que ella tuviera se convertía en propiedad de él.

Aunque la presencia de Benedict en la cena fue grata, fue una comida más aburrida de lo normal. Su primo el teniente parecía estar ansioso, y Scribster estaba perdido en un mundo tan lejano como su castillo en Escocia. Lady Sumner se excusó poco después de terminar de comer, y Serena, quien a penas le dirigió una mirada en toda la noche, también presentó sus disculpas y subió a su cuarto.

— ¡Qué aguafiestas! — declaró Benedict. — Alguien saque las cartas, por amor de Dios.

Alistaron una mesa cercana a la chimenea, con una botella de brandy en una mesita al lado. Después de un par de partidas mediocres, con Allison y Benedict llevando la carga de la conversación, Benedict se inclinó hacia los otros con solo un poco de dolor evidente en su rostro.

— Creo, caballeros, que debemos aumentar las apuestas. — Scribster le arqueó una ceja. — Pero si lo hacemos, necesito su palabra de honor que olvidarán lo que sucede aquí esta noche.

— Benedict... — advirtió Allison.

Pero el joven, bastante relajado por el alcohol, le preguntó — ¿No confías en ellos?

Allison encogió sus hombros y se acomodó en la silla. Durante las siguientes partidas Benedict ganó tanto que era perfectamente obvio que algo andaba mal. Los otros empezaron a poner más atención. Con más brandy y bastante hilaridad lo observaron, intentando ver cómo lograba hacer trampa.

— Joven bribón. No intentes unirte a mi club o haré que te pongan en la lista negra, — dijo el Sr. Scribster, riéndose.

— No lo haría... — dijo Benedict con seriedad.

— Es una broma, — dijo Allison.

— ¿Entonces sí bromea? — preguntó Benedict.

— Pero generalmente lo toman como rudeza, — comentó Scribster, — joven sinvergüenza. Siga repartiendo.

— Es maravilloso, — dijo Prescott alegremente. — ¿Puedes darte cuenta cuando alguien más lo hace? Estoy seguro de que hay un capitán en Lisboa que le roba a los nuevos reclutas.

Durante la siguiente hora, hasta que Allison declaró que era hora para que el joven paciente regresara a cama, Benedict, entre risas, les demostró su talento escandaloso. Benedict dijo que era muy temprano, apenas la una de la mañana, pero Allison insistió. No hubo necesidad de llamar a alguno de los sirvientes, ya que el teniente y Scribster lo llevaron con todo y silla hacia su cuarto. Hacían tanto escándalo que Allison, riéndose del comportamiento de sus amigos, tuvo que decirles que se callaran para no despertar a todos.

Honorina despertó, pero no supo por qué. Dormida a su lado, abrazándola, estaba Serena, sus mejillas todavía húmedas por las lágrimas que derramó. Honorina la abrazó también, sin entender por qué sus propias lágrimas caían en el pelo de Serena, pero sintiéndose reconfortada por la cercanía de su hermana amada.

Capítulo 22 – Una Propuesta de Matrimonio

La primera vez que paró para descansar, Lady Cynthia mandó una carta a su esposo. En la segunda parada, ella recibió una carta. Provenía de la Mansión Fenton, y fue entregada por su palafrenero. Jenkins la encontró en el hostel donde decidió pasar la noche, interrumpiéndola cuando se preparaba para ir a la cama. Varios hostales se encontraban a lo largo del camino de Londres a Harrogate, pero no eran muchos los que le daban servicio a los miembros de la nobleza. Por lo mismo, Jenkins solamente tuvo que visitar a tres hostales antes de encontrarla.

La carta era de la Sra. Hall, la excelente ama de llaves. Después de los saludos acostumbrados, la voz de la Sra. Hall resonó por medio del papel.

Me apené muchísimo, mi lady, cuando me enteré de que la Sra. Bunter le escribió para avisarle que los niños habían contraído sarampión. Aunque ella normalmente es una mujer sensata, cualquier enfermedad que aqueje a los niños (como ya sabemos) la pone en lo que el Sr. Macleod llama su modo histérico. Sea como sea, si eso significa que ella se porta de manera más dramática que una actriz de teatro, temo que él tiene razón. Gracias a Dios, por lo saludable de la familia, estos episodios de la Sra. Bunter son pocos. Sin embargo, en este caso casi me enojé con ella. ¿Qué necesidad tiene de preocuparla más cuando ya debe estar suficientemente preocupada por la situación del Sr. Benedict?

Los niños sí están cubiertos con ronchas, pero no considero que hacer un relajo y destruir sus cuartos, sin mencionar comer como hordas invasoras (como dice el Sr. Macleod) signifique que debemos estar preocupados. Ciertamente, hoy tienen menos manchas que ayer, así que van mejorando. En cuanto a la señorita Angélica, a ella solamente le han salido dos manchas y no parece que le saldrán más. Después de dormir más de lo normal por un par de días, hoy despertó con mucha más energía.

Como la conozco, mi lady, sé que ya habrá emprendido el viaje de regreso a casa. Por eso mandé a Jenkins para que la encuentre en el camino y avisarle que, si todavía la necesitan en Londres, no es necesario que le ponga atención a la carta de la Sra. Bunter. Sabemos que su reacción proviene de un corazón suave y demasiada sensibilidad. Todos los niños estarán bien en unos días, tal como nos lo ha indicado el doctor.

Eran noticias maravillosas. Estaba segura de que su imperturbable mayordomo Macleod y la sensata Sra. Hall eran de confiar. Mañana al amanecer, le dijo a Jenkins, le diría al conductor del carruaje y al dueño del hostel que ella regresaría a Londres. Tenía la esperanza de llegar a tiempo

para salvar a sus hijas.

Ahora que Benedict estaba mejorando y Sir Ranalph necesitaba un lugar dónde esconderse, los hermanos se habían contentado de nuevo. No hablaron nada relacionado a las finanzas. Cruzaron una línea allí, y al parecer le hizo bien a su hermano.

El baronet compartió su idea, una inspiración que le llegó luego de su quinta copa de vino, de que ahora que Benedict estaba mejorando, les diría a sus hijas que siempre estuvieran juntas, y así resolvería el problema.

Cuando la condesa Overton, el tercer comensal en la cena, se rio de la idea, él le preguntó — ¿Qué le causa tanta gracia, mi lady?

Ella sonrió. — ¿Realmente cree que dos hermanas no se van a solapar en cuestiones de amor? La intriga es parte natural de ser mujer.

— No mis hijas, — comentó Sir Ranalph con dignidad.

— Ranalph Fenton, ¿no fuiste tú quien conspiró con mi hermana para que nos viéramos detrás del vivero durante la fiesta de la Sra. Frederick?

Sir Ranalph se vio abochornado. — Bueno, mi querida Aurora, es que eras, y sigues siendo, una mujer hermosa. ¿Cómo podía no hacerlo?

— Deja de coquetearle a mi prometida, — comentó Wilbert lacónicamente.

— Ella me besó de primero, — dijo Sir Ranalph, recordando viejos tiempos.

— ¿De veras? — le preguntó su hermano a su bella condesa.

— Detrás de ese mismo vivero. Fue mi primer beso. Que días tan emocionantes.

— Así que verás... — empezó Sir Ranalph.

— Pero fui yo quien bailó contigo de primero, — dijo Wilbert. — Ranalph no tuvo la valentía de enfrentarse a la horda de tus admiradores.

— Tal vez. Y tal vez yo te ayudé un poco.

— Siempre quisiste a mi hermano más que a mí. Me rompiste el corazón, — suspiró Sir Ranalph.

La condesa llevaba puesto un vestido de muselina pálido incrustado con cristales alrededor del escote. Brillaban a la luz de las velas casi con tanta intensidad como sus ojos. Ranalph vio cómo los dos se miraban y se dio cuenta de algo. Sin importar cómo fue que se dio, el matrimonio entre ellos no era solamente por conveniencia. Su hermano se miraba más joven y más contento de lo que lo había visto en años. La condesa se dirigió al baronet.

— Tu corazón roto no duró toda la temporada, según me recuerdo.

— No, — dijo Sir Ranalph. — Conocí a mi lady, y eso fue todo.

— Y tu papá mandó a Wilbert de regreso a la Mansión Fenton por jugar cartas demasiado. Y a mi me subastaron a mi conde. — Wilbert la tomó de la mano. — Pero hice lo mejor que pude. De nuestra manera, estuvimos contentos.

— Pero sí creo, — dijo el baronet, tomando un sorbo de su sexta copa de vino, — que mis hijas estarán bien juntas. Les hablaré mañana antes del desayuno para informarles de mi decisión. — Cuando los otros dos rieron de nuevo, él sonrió. — Cielos, como quisiera que Cynthia no hubiese regresado a casa.

El reloj en el pasillo marcaba las tres de la madrugada cuando Sir Ranalph regresó a Grosvenor Square. Estaba decidido sobre lo que iba a hacer. Vería a sus hijas antes del desayuno y les daría sus instrucciones. Luego se relajaría, habiendo cumplido su deber paternal. Pensó en cómo se divirtió Aurora Overton al escuchar su plan, pero se sintió reconfortado al pensar que sus hijas eran especiales. Honoria nunca era desobediente, y Serena... bueno, Serena tenía buenas intenciones.

Sin embargo, no se levantó a la mañana siguiente cuando uno de los atentos sirvientes del Sr. Allison llegó para abrir las cortinas. Y para cuando bajó a desayunar, Honoria ya había pasado tiempo a solas con dos caballeros. Y Serena, aunque no debía preocuparse por ella, pasó tiempo a solas con el otro.

Las niñas se despertaron temprano, sin decir mucho, aunque le dijeron a la sirvienta que llegó a ayudarlas que ellas se harían cargo de todo al prepararse para bajar. Ninguna de las dos dijo nada acerca de las marcas de lágrimas sobre las mejillas de la otra. Simplemente se lavaron las caras y borraron la evidencia. Honoria se preguntó qué sucedía con ellas. Normalmente eran tan habladoras, pero ahora tan envueltas en secretos que no podían decir una palabra que no fuera algo banal.

Serena se estaba peinando con la ayuda de una sirvienta que le ponía un listón entre sus rulos, cuando Honoria le dijo, — Voy a bajar. Veré cómo está Benedict antes de ir a desayunar

— Está bien, — suspiró Serena. — Te veré abajo, Orry.

Pero Honoria tocó la puerta del Sr. Scribster, justo en el momento en que él iba saliendo.

— Buenos días, Señorita Fenton, — le saludó.

— ¿Podemos salir a caminar? Me gustaría hablarle.

— No estamos en Bassington, Señorita Fenton. Me temo que nuestras

reuniones no serían aceptables en Londres. Las costumbres del campo no son permitidas. — Él cerró la puerta y caminó por el pasillo, dejándola atrás.

— ¡Patrañas! Nadie pensaría que usted y yo...

Scribster se dio la vuelta y le arqueó una ceja, su expresión fría. — Bella y la Bestia, ¿no? Sin duda, pero aun así... — Hizo una leve inclinación con su cabeza, lo que ella podía tomar como un tipo de reverencia si así lo quería. Ella no lo tomó de esa manera.

— ¿Usted también está retomando las formalidades? — Rio con aspereza, ya que la actitud tan desdeñosa de él era más de lo que ella podía soportar — Pensé que no les daba importancia a esas cosas.

— ¿Sí? — Sus ojos grandes y oscuros la observaban, y un bucle cayó sobre ellos. — Alguien debe hacerlo.

Ella se sonrojó, pensando que él la culpaba por la manera tan escandalosa que se comportó la noche que lloró en sus brazos. En ese momento, se sintió lo más natural del mundo, pero ahora él estuvo pensando y...

— Entiendo. Supongo, — dijo, enojada y humillada. Se alejó de él y caminó hacia las escaleras.

— ¡No! — exclamó, pero ella no le escuchó. — ¡Honoría! — dijo más fuerte. Ella no se volteó a verlo.

Ella entró al cuarto de Benedict, pero el olor a brandy todavía lo acompañaba cuando ella se inclinó a besarlo en la mejilla. Ella se imaginó cómo le fue en la cena. Serena le contó del regreso de Benedict al mundo social. Honoría suspiró. Seguramente fue demasiado para él, y los otros caballeros debieron darse cuenta. Lo dejó para que siguiera durmiendo y entró al desayuno. Rápidamente se llenaba con todas las cosas que el Sr. Allison consideraba esenciales para el confort de sus invitados: una selección de café, té y chocolate, jaleas de Bassington, huevos y varias carnes, al igual que unos pequeños tazones de plata llenos de unas compotas exóticas y tentadoras creadas por su chef francés. Solamente había una persona presente. El teniente Prescott se mostró deleitado al verla. Ella tomó un paso hacia atrás mientras que él se acercó a ella. Algo del paseo el día anterior la inquietó. Si él le pidiera acompañarlo hoy, le diría que no.

Él tomó otro paso hacia ella, y como ella estaba atrapada contra una silla, no pudo evitar cuando él le tomó de la mano. Ella miró la mano de él con asombro. Los caballeros no hacían algo así, a menos que fueran a bailar, o a ayudar a una dama subir o bajar de un carruaje.

— No he podido hablar con tu padre, — le dijo con urgencia. — Pero lo

haré en cuanto pueda esta mañana.

— ¿Hablar con mi papá?

— Me alegró tanto cuando me dijiste que sí podía. Sé que no tengo derecho de hablarte hasta entonces...

Honorita lo miró a los ojos, y de repente se dio cuenta de qué era lo que la molestó durante todo el día ayer. Mientras que sus pensamientos estaban en otra parte, en una cálida fantasía de estar con amigas, o preocupada por Benedict, a lo lejos recordaba que el teniente Prescott le dijo — ¿Entonces sí me da permiso, Señorita Fenton? — Ella había asentido sin ponerle mucha atención, mientras que una astilla de sospecha entró en su subconsciente, dándole la sensación inquietante que estaba haciendo algo equivocado. ¡Seguramente le estaba hablando de matrimonio! No podía estar sucediéndole de nuevo. ¿Estaba ahora comprometida con otro hombre, esta vez olvidando sus palabras y no su cara? Honorita apresuradamente retiró su mano de la mano de él. — Debo irme, teniente. ¡Es necesario!

Se encontró con su papá en el pasillo. — ¡Papá!

— ¿Ya desayunaste?

— Todavía no. Voy a buscar a Serena.

— Muy bien. Quiero que le digas que me gustaría que las dos estén juntas en todo momento el día de hoy. Hemos dejado un poco las formalidades, dada la situación de Benedict, pero con su mamá lejos no habrá más paseos solas, no... — él la observó de cerca, ya que la expresión de Honorita mostraba su turbación. — ¿Estás bien, querida?

— Sí, Papá, — ella contestó tristemente. ¿Podría saber él de su visita al cuarto del Sr. Scribster? Pero no. Seguramente la hubiera regañado antes si fuera así. — Iré a buscar a Serena. — Se dio la vuelta y se alejó rápidamente.

Escuchó que su papá entró al desayunador y exclamar. — ¡Maldición! Se me olvidó algo. — Luego volvió a cerrar la puerta. Miró sobre su hombro, y vio que su papá encontró al Sr. Scribster, quien salía del cuarto de Benedict. Parecían hablar calladamente, y luego escuchó que su papá decía, — Está solo ahora, — antes de que el Sr. Scribster caminara despreocupadamente hacia el desayunador.

Ella subió corriendo las gradas, pensando en lo que acababa de ver. El toque final de su mañana fue cuando se topó con el Sr. Allison mientras él bajaba. — Señorita Fenton, ¿no va a desayunar? — preguntó, poniendo su mano encima del hombro de ella para ayudarla a mantener su equilibrio.

— ¡Lo lamento! Sí, iré a desayunar. Solo voy a buscar a mi hermana, señor.

— ¿Podríamos hablar en privado hoy, Señorita Fenton?

Los ojos de Honoria se pusieron enormes. — Yo... mi padre... tal vez debería... perdón, señor. — Rescató la poca dignidad que le quedaba y le hizo una reverencia, dejándolo solo. No por primera vez.

Ella corrió a su cuarto, donde Serena acababa de terminar de arreglarse. La joven sirviente hizo una reverencia antes de salir del cuarto.

— Orry, ¿qué te pasa?

— Serena, ¡lo hice de nuevo! — exclamó antes de tirarse sobre la cama a llorar.

Para cuando terminó de explicarle a Serena, su hermana también se encontraba acostada en la cama. Logró dejar de llorar y empezó a reír junto con Serena.

— ¡Ay, Orry! ¡Eso es tan típico! Si estás pensando en otras cosas, no escuchas lo que te dicen. — Serena se secó los ojos con un poco de encaje que usó como pañuelo. — Qué risa. Espera a que Dicky se entere.

Eso hizo que Honoria se sentara. — ¡No lo harías!

Serena soltó una carcajada. — ¿Cómo puedes ser tan cruel? El pobre necesita algo que lo alegre después de haber sufrido tanto. Será perfecto para levantarle el ánimo. — Miró a Honoria, sus ojos bailando con travesura. — No te recordabas del rostro de un pretendiente, y ahora no recuerdas haber aceptado la propuesta de matrimonio del teniente sonso porque no la escuchaste. — Eso la hizo reír tanto que se deslizó de la cama y terminó en el piso, todo sin dejar de reír.

— ¡No es sonso! El teniente Prescott es apuesto y noble y...

— ¡No puedes estar enamorada de él! Si su caballo se fracturara la pierna, seguramente él pensaría que se cura con un ungüento.

Los ojos de Honoria brillaron con enojo. — Créalo o no, Serena, saber de caballos no es la única cualidad necesaria para un futuro esposo.

Serena lo consideró. — Tal vez no la única cualidad, pero necesaria igual. Pero tú no puedes... Su única conversación se centra en las fiestas a las que ha ido en Lisboa o... digo, seguramente te aburrió tanto que te dormiste y por eso no recuerdas que te propuso matrimonio. No lo amas, ¿cierto?

Honoria se retorció las manos. — ¿Qué importa lo que pienso? No puedo pensar en matrimonio cuando Dicky está así. Yo... yo...

— No puedes preferirlo a... — Serena se detuvo. Habían recuperado algo de su relación antigua cuando Orry le contó el embrollo que se encontraba. No quería entrar al espacio de lo que no podían decir que las estaba separando.

Así que se paró y dijo, — ¡Espera a que le cuente a Benedict! — y salió corriendo de la habitación.

Honorina corrió detrás de ella, gritándole — ¡No, Serena! ¡Detente!

Genoveva salió de su cuarto y la llamó. — ¡Honorina!

— ¿Genny? — Honorina se sorprendió al ver a su amiga. Llevaba puesto un vestido de muselina gris que Honorina reconoció como uno de los vestidos que usaba antes de casarse. Era sencillo y elegante, con el cuello alto. El único adorno que llevaba era un collar que fue de su abuela, un hermoso rubí en forma de gota que colgaba de una cadena de plata. Su pelo estaba peinado alto, aunque relajado, con un listón agarrándolo. Unos cuantos rizos escapaban del peinado, artísticamente colocados por una mano experta. Se veían tensa, pero determinada. Se miraba mucho mejor así que con los estilos extravagantes de Lady Sumner. Honorina la abrazó. Ella nunca sería considerada hermosa, pero a Honorina eso no le importaba. Ella admiraba a su amiga enormemente.

— ¿Desayunaste?

— Aún no.

— Acompáñame, querida. Necesito vencer a un dragón el día de hoy, y necesito fuerzas.

— Por supuesto, — dijo Honorina mientras las dos bajaban las gradas. — Serena está con Benedict. Tengo que pasar por ella. Papá ordenó que estuviéramos juntas.

Genoveva arqueó las cejas. — Supongo que nos hemos vuelto demasiado informales desde que llegamos aquí. Seguramente tu papá se preocupa ahora que tu mamá no está. Si me quedo, tomaré su lugar como chaperona. Debí pensar en ustedes, pero temo que me he concentrado en mis propios problemas.

— Parece ridículo que seas nuestra chaperona. Apenas eres tres años mayor que yo.

— Yo soy una mujer casada, — dijo con un poco de amargura en su voz. — Además, soy mayor. Mucho, mucho mayor que ustedes, querida.

Entraron al cuarto de Benedict y lo encontraron vestido y parado al lado de la cama. Su cara se veía gris por el dolor. Serena estaba parada a su lado, ajustando su corbata.

— ¡Listo! Es lo mejor que puedo hacer.

— ¿Dónde está Papá? — preguntó Honorina.

— Creo que salió. Me dijo que no me levantara.

Serena suspiró. Genoveva hizo lo mismo. — ¿Entonces por qué...?

— No se me olvidó que tienes una visita hoy, mi lady. No pretendo que lo recibas sola.

Las chicas se voltearon para mirarla. — Mi esposo llegará hoy, — dijo. — Y no necesito tu ayuda, Benedict. — Benedict la miró con enojo, y ella suspiró de nuevo. — Eres el joven más terco que conozco, Dicky. Vamos a desayunar.

Capítulo 23

Lady Cynthia Regresa

Aún cuando tuvo una reunión extendida en Bassington para sesenta personas, su casa nunca pareció estar tan llena como ahora, pensó Rowley Allison mientras se dirigía al comedor. Tal vez porque cada persona en su casa en este momento tenía una carga emocional con él. En su vida normal, él les tenía cariño a ciertas personas, por supuesto, pero su fortuna le desarrolló cierto recelo con sus amigos. Tarde o temprano, todos querían algo de él, además de su amistad. Amaba a su hermana, pero ella vivía su vida felizmente lejos de la ciudad o de Bassington junto con su pobre baronet y su prole. Tal vez las similitudes a los Fentons, aunque Sir Ranalph no era pobre, sino que vivía con lo justo, era parte de lo que lo atraía a ellos. Una familia feliz, como había visto, aún en las situaciones más difíciles. Él se sentiría privilegiado de ser incluido como miembro de esa familia. Él también amaba a su fatigante y costosa mamá, pero no la extrañaba cuando ella se iba de viaje y él estaba seguro de que parte de su deseo de casarse era para mandarla a la casa de viudas mientras ella estaba en Inglaterra. Sus demandas lo enfurecían, aunque podía costearlas.

También le tenía aprecio, o incluso más que eso, a Gus Scribster, quien le había salvado la vida más de una vez en el campo de batalla. Y que él hiciera lo mismo para su amigo no negaba el hecho. Gus y él se llevaban muy bien. Aunque él bromeaba que era un mantenido, y probablemente esa era la manera en que su relación se veía, ambos sabían que era la amistad lo que los mantenía unidos. Eso, y el poco amor que Scribster le tenía al viejo castillo escocés que heredó. Él sabía también que su amigo estaba completamente desinteresado en su dinero. El nuevo corte de pelo y el nuevo sombrero de su amigo lo preocupaban. ¿Será que Scribster pensaba en iniciar una vida

pendiente de la moda? La idea lo hizo reír.

Los Fentons se habían convertido en parte importante de su vida en varias maneras. Las hermanas lo confundían y hacían que su cabeza diera vueltas en una manera que intentaba no examinar detalladamente. Los padres eran tal y como a él le hubiese gustado que fueran sus padres. Lady Cynthia era bella y astuta, tan gentil como Honoria con mucho del espíritu de Serena. Obviamente su esposo la adoraba. Benedict era alegre, valiente, y vivaz, y lo afectó como algunos de sus oficiales subalternos en el ejército. El chico le caía bien, y estaba preocupado por los problemas en los que se encontraba metido. Hasta Lady Sumner estaba incluida en su preocupación. Él tenía idea de su problema, y sintió que era necesario que la ayudara, aunque normalmente sabía que no era considerado propio entrometerse en “lo que Dios unió.”

Caminó al desayunador para encontrar a su amigo y su primo callados y concentrados en sus tazas de café. El ambiente mejoró cuando llegaron las damas, trayendo con ellas a Benedict, aunque se miraba que estaba llegando a su límite. La conversación fue alegre, pero parecía falsa. Hasta detectó algo de trasfondo en la conversación de su primo y su amigo, quienes normalmente eran muy abiertos y sinceros. Gracias a Dios todo terminó con la entrada de Blake.

— Lord Sumner ha llegado, mi lady, y desea verla.

— ¡Oh por Dios! — exclamó Lady Sumner, — ¿por qué de todos los días se le ocurrió despertarse antes de las diez de la mañana hoy?

— He hecho pasar a su señoría a la biblioteca, Sr. Allison, — prosiguió Blake, como si no hubiera escuchado a Lady Sumner. Allison asintió con la cabeza, y el mayordomo se retiró.

— Iré a verlo, — dijo Benedict, sus ojos ardiendo con emoción. — No lo verás sola.

El teniente Prescott, completamente perdido, dijo — ¿Perdón? — en un tono desaprobador.

— Yo iré a verlo, — dijo Allison, poniendo una mano sobre el hombro de Benedict para impedir que se levantara. Su mirada se encontró con la de Serena, y ella lo miró con agradecimiento. Él le sonrió. Sin embargo, al momento de levantarse, se escuchó un escándalo en el pasillo.

Honoria brincó de su silla. — ¡Mamá! ¡Estoy segura de que regresó!

— ¿Cómo puede ser? — preguntó Serena, pero en un segundo vieron que Honoria estaba en lo correcto. Lady Fenton entró sonriendo, todavía con su abrigo de viaje de color violeta, habiendo parado en la entrada únicamente

para quitarse los guantes y sombrero.

El Sr. Allison la saludó de primero. — Mi lady, — dijo, inclinándose sobre su mano. — Bienvenida de nuevo. Su hijo se recupera rápidamente, como puede ver.

Lady Fenton miró a su hijo, frunciendo el ceño un poco. — Levantándose de la cama con demasiada prisa, quiere decir. No es necesario disculparse. Siempre ha sido demasiado terco. — Benedict solamente le sonrió.

— ¡Mamá! — exclamó Honoria, sintiendo un deseo abrumador de tirársele a los brazos.

— Sí, mi amor. Los niños están bien, no se preocupen. Así que decidí mejor regresar. ¿Dónde está Papá?

— Salió hace un rato.

— Probablemente fue a su club, — dijo mientras caminaba a la mesa. — Samuel, ¿puede mandarle un mensaje para avisarle que ya regresé? — le sonrió a un criado, quien se inclinó y salió del cuarto para preguntarle a Blake cuál era el club que frecuentaba Sir Ranalph. — Siéntate, Genny, — continuó Lady Fenton.

— Mi esposo acaba de llegar, — le explicó Genoveva. — Pido que me disculpe, Lady Fenton.

— ¿A esta hora? Que poco cortés de su parte. Bueno, tendrá que esperar. No has terminado de desayunar. — Se quitó el abrigo y lo recibió otro criado para llevárselo a guardar. Mientras se sentaba, Honoria le trajo una taza de chocolate y unos panecillos dulces. — Esto es tan agradable, — dijo con alegría. — He viajado desde el amanecer. Seguramente me veo fatal.

Pero no era cierto, pensó Honoria. El vestido de muselina violeta que usaba su mamá apenas estaba arrugado, y su pelo oscuro no estaba cubierto por una de las gorras de encaje que normalmente usaba. Su presencia reconfortante y el brillo de travesura en sus ojos le dio confianza a Honoria. Ahora que Mamá estaba allí, todo terminaría bien. Miró a Serena y vio un sentimiento similar reflejado en sus ojos.

Genoveva estaba tensa aún. — Infórmele a Lord Sumner que su esposa está desayunando, y que lo verá cuando termine.

— Tal vez yo... — empezó el Sr. Allison, pero fue interrumpido por Blake ingresando nuevamente, ahora con una carta para su amo. — Temo que me tengo que retirar para atender otro asunto, — dijo luego de leer la nota rápidamente. — Y el Sr. Scribster también. — Su amigo lo miró. Parecía ansioso por salir.

— ¿Puedo ayudarles, primo? — preguntó el teniente.

— No por el momento, Darnley. Disfruta el desayuno.

Lady Fenton tomó un sorbo de su chocolate. — Espero que ambos estarán presentes un poco antes de la cena de hoy. ¿En el salón verde, a las siete?

Allison se detuvo a medio camino, dio la vuelta y se inclinó hacia ella, antes de seguir caminando.

Lord Frederick Sumner era conocido por sus compañeros como un hombre relajado. A excepción, por supuesto, cuando estaba tomado. Entonces era un demonio, rápido para pelear sobre cualquier insulto percibido, real o no. Nada lo podía calmar, y generalmente era buena idea evitarlo en esos momentos. A menos que alguien quisiera venderle una yegua vistosa por doscientas libras más de lo que valía, o quisiera ganarle en un juego de cartas. Pero no había bebido nada esa mañana, ya que estaba intentando pasar por el tipo bonachón en la casa del Sr. Allison. No serviría de nada hacerse enemigo del gran Sr. Allison. Vivir en la ciudad se estaba poniendo menos cómodo debido a todos los comerciantes que insultaban a los miembros de la nobleza, exigiéndoles que pagaran. Crear problemas entre su clase social era algo que quería evitar. Arreglaría las cosas con Genoveva al disculparse, y luego le diría lo que realmente pensaba una vez estuvieran a solas. Él no tenía mayor deseo de verla, aparte de la insistencia de su tía, quien siempre estaba lista para darle algo de dinero a cambio de su obediencia en seguir intentando preñar a su esposa.

Así que Lord Frederick tomó las cosas con calma. Hasta empezó a leer un libro de Ovidio que estaba encima de una mesita al lado de una silla. Quería presentar su mejor imagen ante su anfitrión y su esposa. Después de veinte minutos de aburrida lectura en latín, el humor de Lord Frederick se estaba tornando negro. Era un insulto hacer que un hombre esperara tanto tiempo. No estaba acostumbrado a ser tratado de esa manera. Justo cuando iba a tirar el libro contra la pared, el mayordomo entró para escoltarlo a donde su esposa lo esperaba.

Sonreía encantadoramente al entrar al cuarto, pensando que el dueño de la casa podía estar presente, pero cuando vio a su esposa parada al lado de la chimenea, usando uno de los vestidos que él le prohibió usar por no ser adecuados a su nuevo estatus como su esposa, su comportamiento cambió. — Señora esposa... — empezó a decir con un tono oscuro, pero fue interrumpido por la puerta del cuarto adyacente que se abrió.

— ¡Siéntate, Frederick! — dijo la conocida voz de su tía.

Mientras caminaban al establo, Scribster le preguntó sin mayor interés a su amigo, — ¿Me dirás a dónde vamos?

— A salvarle la vida a Benedict Fenton, supongo.

— Ah, bueno, — contestó su compañero, satisfecho con la respuesta.

Mamá estuvo contenta durante el desayuno, y mandó a sus hijas a que se quedaran con Benedict en su cuarto hasta que Lord Sumner se fuera de la casa. Le fue imposible decirle a su mamá, especialmente con el teniente presente, por qué era posible que Genny lo necesitara. Salió del desayunador con sus hermanas, pero estaba determinado a intentar escaparse cuando su mamá ya no lo viera. Honoria lo detuvo.

— No sé qué te pasa, Dicky, pero te aseguro por lo que vi en Genny hoy, que ella tiene el asunto bajo control. ¿Qué derecho tienes para interrumpirla? Debes tener fe.

El criado que normalmente no hablaba, Samuel, quien ayudaba a Benedict para quitarle el saco, comentó, — Me parece que Lady Harrington también está con Lady Sumner, señorita.

— Listo, — dijo Serena. — No sé porqué se... — vio que sus hermanos compartían una mirada. — Otro de estos horrendos secretos que viven en esta casa. Me dirás inmediatamente, Orry, o juro que nunca más te volveré a hablar.

Honoria estaba incómoda. — La verdad no sé... no estoy segura...

Serena se dirigió a Benedict. — Dicky, me sentaré en tus costillas si no me dices...

Honoria suspiró, dejándose caer en la silla más cercana a la cama. — No le preguntes. ¿No ves que un tipo de código de honor masculino impide que hable? — El tono que usó al decirlo no era halagador. — Solamente tengo un presentimiento. Probablemente te lo habría dicho antes, Serena, pero no hemos hablado mucho últimamente.

— Lo sé, — dijo Serena con tristeza.

— Ustedes dos ¿no han *hablado*? — dijo Benedict con énfasis innecesario. — Nunca las he visto no hablar. ¡Y pensar que estuve dormido mientras sucedía!

— Bueno, estar pendientes de ti no ayudó, pero es más que eso, — dijo Honoria con honestidad.

— Entonces ¿qué es? — preguntó Benedict, pero Honoria bajó la vista.

— No estoy completamente segura. Igual, ahora no es el momento.

— No, — dijo Serena, de acuerdo con su hermana. — No es el momento. Díganme lo que saben de Genoveva.

— Creo, por algunas cosas que me ha dicho, que algo anda mal con su matrimonio.

— Bueno, todos podemos ver que no son muy unidos. Pero eso no es fuera de lo común dentro de la sociedad, ¿cierto? — dijo Serena. — Por supuesto, no es lo que uno quisiera, pero yo al menos he decidido que me casaré con alguien que me convenga, si puedo. Uno no se debería casar si le va a causar problemas a la familia. — Honoria palideció al escuchar eso, pero Serena continuó, sin darse cuenta. — Si mi pretendiente tiene interés en los caballos y Papá dice que es buena pareja, entonces lo aceptaré. Espero que nos llevaremos bastante bien.

— Serena, ¿en qué momento te convertiste en alguien tan pragmática?

— Creo que el amor es menos importante de lo que la gente piensa. Muchas jóvenes se enamoran de hombres que no les convienen, mujeriegos y así. O de hombres que ya están enamorados de otras personas. No me voy a entristecer por un sueño de romance. Es mejor casarse con alguien razonable.

— Tal vez sea así, pero suena muy aburrido. Demasiado aburrido para ti, Serena, — comentó Benedict, quien al fin se había recostado sobre la cama para descansar.

— Orry, ¿estabas diciendo?

— Creo que lo que sea que sucede entre Genoveva y Lord Sumner es algo difícil de sobrellevar. Estoy preocupada por ella. Creo que hasta le tiene miedo.

Serena miró a Benedict, quien tenía una expresión seria. — Y por eso tú te metiste. Seguramente no hay nada que puedas hacer, pero hiciste algo, y por eso te atacaron. Y por eso Genny se sentía tan culpable, — dijo Serena con satisfacción. Luego se sentó sobre la cama, ignorando la mueca de dolor de Benedict cuando topó con uno de sus moretes. — No fue Sumner quien te hizo esto, ¿cierto?

— No, no, — dijo Honoria. — Recuerda que el vigilante dijo que fue un rufián.

— ¿O mandó que te lo hicieran? — insistió Serena.

— Pues allí te equivocas, señorita entrometida, — bostezó Benedict. — Sumner estaba en Ottershaw. No creo que él haya tenido idea ni interés en saber dónde estaba yo. ¿Por qué le importaría?

— Porque metiste tu nariz en sus asuntos.

— Si lo hubiese hecho, — dijo Benedict, sonriendo, — hubiese tomado las precauciones necesarias para que él no se enterara.

Serena colapsó. — Más secretos. No sé que le pasará a esta familia cuando hay tantas cosas que no se pueden decir...

— Bueno, Mamá está aquí ahora, — Benedict bostezó de nuevo, — así que supongo que las cosas no seguirán así por mucho tiempo. Ahora si todos estamos sacando nuestros trapitos al sol, ¿qué secretos estás guardando tú, señorita?

Serena se sonrojó. — Yo ninguno, — contestó demasiado rápido, — pero Honoria... No te imaginas el problema en el que está ahora.

Honoria protestó, pero no tardó mucha antes de que los tres estuvieran riendo a carcajadas por su problema.

— Para ser alguien tan sensible a los problemas de otros, Orry, — concluyó Benedict, limpiándose los ojos de las lágrimas causadas por la risa, — pasas por tu vida sin darte cuenta de nada. Dios nos salve de este embrollo.

— Ya lo hizo, — dijo Serena. — Trajo a Mamá de regreso a Londres.

Capítulo 24

Mamá Desenreda los Nudos

— ¡Caballeros, bienvenidos! — dijo el Sr. Wilbert Fenton al ver que el Sr. Allison y el Sr. Scribster entraron a su sala. El anfitrión estaba sentado sobre una silla delicada con piernas tan delgadas que al verlas los visitantes se preocuparon por si podían soportar el peso que tenían encima. No se levantó, y los caballeros vieron que su pie descansaba encima de un taburete cubierto de seda.

— ¿Lo lastimaron, Sr. Fenton?

— Temo que sí, — contestó. — Por favor, tomen asiento. Aunque no estarán mucho tiempo aquí, si es que cumplen su palabra.

Allison lo miró a los ojos. El Sr. Fenton miró a su amigo. — Sr. Scribster. No es conocido por tener la lengua suelta. — Hizo una mueca de dolor y tomó un sorbo de vino de una copa colocada en una mesa cercana a él.

— Pero mi mayor temor es que todavía hay rufianes vagando por la ciudad.

— Así es, señor. Y ¿usted fue una víctima? — preguntó el Sr. Scribster.

— No, nada así, caballeros. Pero sí me lastimaron en un terrible ataque que sufrió otra persona. Un tal Sr. Jorge Rennie. ¿Lo conocen? Yo, eh, intenté ayudarlo, pero desafortunadamente había dos asaltantes. Alguien se acercó por detrás. Yo tenía mis pistolas...

— Qué afortunado — dijo Allison.

— Lo fue. Y el tipo salió corriendo. Un tipo rudo, parecido a la persona que atacó a mi sobrino. Tiene una bala en el hombro. Creo que no será difícil encontrarlo. Una vez que les informe a las autoridades.

— ¿Dónde sucedió?

— En el bosque detrás del hostel del Búho y la Pluma.

— Un lugar famoso para lleva a cabo los duelos de honor.

— En el pasado, tal vez. Ahora es ilegal, por supuesto, pero creo que el Sr. Rennie estaba enfrentando un adversario. Tal vez su estilo de juego no completamente lícito enojó a alguien.

— Como Benedict. — El comentario provino de Scribster.

Wilbert Fenton lo miró con ojos fríos. — Nada que ver con Benedict. El Sr. Rennie es otro tipo de hombre. — La media sonrisa de Scribster fue toda la respuesta que recibió. — Creo que tal vez alguien retó al Sr. Rennie para encontrarse allí. Una vez en el lugar, tal vez la persona pensó que fue mala idea. Que solamente los caballeros deberían enfrentarse así, y el Sr. Rennie no se puede calificar como un caballero. Tal vez el hombre llevaba un garrote con él y le hizo al Sr. Rennie lo mismo que le hizo a Benedict.

— Siempre he notado, — reflexionó el Sr. Allison, — el lustrado impresionante de las botas del Sr. Rennie.

— Sí. Se enorgullece de mantenerlas así, según sé, — sonrió Fenton. — Bueno, intervine y fui agredido por el acompañante escondido.

— ¿Dónde está el Sr. Rennie ahora?

— Ese es el problema, caballeros. El Sr. Rennie está, hasta donde tengo conocimiento, en el bosque detrás del hostel. Mi ayuda de cámara me ayudó para regresar al carruaje ya que todavía podía caminar. Pero el Sr. Rennie está en muy mal estado, y mi ayuda de cámara, siendo un hombre pequeño, no lo pudo mover.

— ¿Llamó un doctor para atenderlo?

— Ordené que uno estuviera a bordo de un yate que lo espera en el Támesis. Creo que el Sr. Rennie necesita de un viaje en alta mar para recuperarse.

— Por Dios, hombre. ¿En qué condición está?

La expresión fría de Wilbert Fenton se enfocó ahora en Allison. — Está vivo. Que es más de lo que él tenía planeado para mi sobrino. Creo que sus planes de venganza no habían terminado.

— Al parecer, un viaje extendido es exactamente lo que necesita, — comentó Scribster. — Asumiendo que regrese.

— Sí, aunque se le dará un mensaje aconsejándolo a posponer su regreso hasta que su actividad ilegal sea olvidada, — respondió el señor mayor en su tono usual. — Tal vez un año. Si no, puede ser arrestado. ¿Tal vez ustedes lo pueden ayudar a iniciar su viaje? Tengo un carruaje listo. Les tomaría apenas dos horas asegurarse que llegue al yate. Le pude haber pedido a mis sirvientes hacerlo, pero...

— No necesita explicarlo. Solo ordene el carruaje.

El Sr. Fenton sonó una campana de plata que descansaba al lado de su codo.

— Siéntense, caballeros. Cuéntenme cómo están mi sobrino y mis dos hermosas sobrinas.

Si las chicas pensaron que su mamá iba a requerir que hablaran con ella inmediatamente, se equivocaron. Lady Cynthia estaba cansada y necesitaba descansar de su viaje fatigante. Ella les pidió a sus hijas a tomar un paseo extendido a Wimbledon para visitar a una prima, y que se llevaran a Genoveva también. Le debían pedir una receta de la abuela que era un remedio para la fiebre, en caso de que le volviera a dar a Benedict. Ellas protestaron, diciendo que Benedict había mejorado muchísimo, pero Mamá insistió. Uno de los palafreneros debía conducir ya que los caballeros habían salido, a excepción del teniente. Él se veía un poco cansado, seguramente de escuchar tanta plática femenina, dijo Mamá.

No sirvió de nada protestar o decir lo contrario. Mamá planeaba algo, y quería que no estuvieran en casa.

Entre tanto, el teniente estaba enfrentando un dilema moral. Scribster le había insinuado fuertemente que su primo estaba interesado en la chica Fenton mayor, cuando él estaba seguro de que su interés era por Serena. Él pensaba que era astuto en cuanto a esas cosas. Ciertamente, Lord Duncan le había dicho que la única razón por la cual permitía que se quedara trabajando con él era por su agudeza social inigualable. Prescott notaba los romances, ofensas, resentimientos y esperanzas de los subalternos de Duncan y las personas asociadas a ellos casi con tanta perspicacia que una mujer. Ya que Lady Duncan se encontraba en Londres, dijo Lord Duncan, se tendría que conformar con Prescott. El teniente era demasiado ecuánime como para sentirse ofendido por el comentario.

De haber sabido del interés de su primo, él nunca hubiera visto a Honoria de la manera en que la veía ahora. Eso nunca hubiera pasado. Pero ahora estaba enamorado, ¿no? Y tenía el permiso de ella para hablar con su padre. Se detuvo un momento y reflexionó sobre eso. Honoria dijo que sí, pero no lo vio con ese brillo en los ojos y la respiración fuerte que él había imaginado que su pareja tendría en ese momento. Mas bien, se miraba distraída. Por supuesto, ella era una mujer muy tímida y gentil, lo que fue algo que siempre lo atrajo a ella.

Si Honoria quería casarse con él, que ciertamente parecía una conjetura sin fundamento sólido en este momento, entonces debía actuar, aunque interfiriera con los planes de su primo. Las cosas habían progresado demasiado lejos. No, ella no quería casarse con Rowley, a pesar de su fortuna. Su atracción hacia él era demasiado notoria. Él lo había visto un par de veces entre las damas en Lisboa, pero él nunca sintió lo mismo. Sus relaciones eran todas con mujeres, no niñas, ya que temía que lo intentarían atrapar en un matrimonio el cual él no deseaba. Pero si Honoria lo quería, ella sería su esposa perfecta. Él buscaría un mando en Londres, y sin duda Rowley lo ayudaría a conseguir una casita decente. Bueno, aunque tal vez Rowley no estaría tan dispuesto a ayudarlo ahora...

Así siguieron los pensamientos del teniente. Sabiendo que había poca probabilidad de hablarle al baronet antes de esa noche, y sin estar seguro qué tanto el afecto y el respeto hacia su primo podría cambiar su decisión, Darnley Prescott mejor salió a cabalgar.

Durante el viaje a Wimbledon, Genoveva le contó los detalles más sobresalientes de su situación a las chicas. Ya le había comentado a Benedict sobre su embarazo y su acuerdo con Lady Harrington. De mala gana Frederick aceptó los términos: pago inmediato de sus deudas, un ingreso mayor (aunque su tía se negó a cubrir sus deudas causadas por apostar). A cambio de esto, él se mantendría apartado de su esposa.

— Es una vida tan solitaria, Genny.

— No es así. Tendré a mi bebé y mis caballos. Y visitas de mis verdaderos amigos. ¿Qué más puedo pedir? — La expresión de Benedict se tornó triste. Ella dijo con voz suave, — Saben, yo nunca soñé con casarme. No podía imaginarme viviendo con mi hermana, así que me casé con Frederick. Después de él, — dijo mientras un escalofrío le recorría la espalda, — no quiero a nadie más.

Benedict la miró y dijo — Entonces fue para nada. No necesitas el dinero.

— Nunca olvidaré lo que hiciste por mí, Benedict. Aceptaré el dinero para comprar unos buenos caballos. Será como una inversión. Y si mi bebé es una niña, — sus ojos se llenaron de lágrimas, — la finca no estará lo suficientemente lejos. Lady Harrington no me protegerá de él. Ella quiere un heredero con demasiadas ansias.

— Entonces ¿qué harás?

— Usaré el dinero que me ofreciste y me iré a Europa. Algún lugar en

España donde entrenen los caballos más magníficos. Tengo una prima que es viuda que me puede acompañar. Es un poco aburrida, pero es gentil. — Le puso su mano en el cachete, ya que él todavía se veía desanimado. — Has sido el mejor hermano para mí, Dicky. Tu valentía me ayudó a encontrar la mía. Pero siempre haces las cosas antes de pensarlas.

— Vete, Genny, — dijo Benedict mientras reía, un poco avergonzado. — Necesito dormir un poco. Mis costillas aún me duelen.

Ella se fue, y camino a Wimbledon le contó lo sucedido a sus amigas. Estaban verdaderamente encantadas y compartían su alegría al enterarse que estaba esperando. Todavía no sabían la verdadera razón detrás de su separación, pero sabían que Genny era demasiado centrada como para crear un drama por un argumento pasajero. No, si ella iba a vivir alejada de Sumner, tenía sus razones, las cuales Serena intuyó después de lo que escuchó cuando Benedict dormía. Tampoco les comentó cuál fue el papel de Benedict en todo el asunto, pero sí les comentó de sus planes para la finca de crianza de caballos y su casa. Para cuando regresaron a casa todas las relaciones de amistad y hermandad habían regresado a su estado normal. Esto, pensó Honoria, era el don de Mamá. Ella fue quien las envió juntas para que no tuvieran otra opción más que hablar, y ahora la paz reinaba entre ellas nuevamente.

Las hermanas, luego que uno de los sirvientes les informara dónde estaba su Mamá, corrieron a su recámara. Pero después de que le contaran las noticias de Genny, una vez las detuvo y no dejó que siguieran hablando. Les dio instrucciones de usar los vestidos que ella escogió para las dos, y les indicó que debían tener cuidado extra al peinarse, y que usaran las joyas que ella compró mientras estuvieron fuera ese día. Hoy era una ocasión especial, les dijo. Esperaba que su Papá regresara a tiempo para todo, ya que no lo habían encontrado en su club.

— ¿Una ocasión especial, Mamá?

— Por supuesto. Para celebrar que Benedict ya salió de peligro y está saludable nuevamente. Y tengo un pequeño anuncio que debo hacer. — Miró a las dos chicas con severidad. — ¡Vayan! Tienen apenas una hora para estar listas.

— Sí, Mamá — contestaron las dos. Ni siquiera Serena ponía peros cuando le hablaba con ese tono.

En ese momento, el Sr. Allison y el Sr. Scribster cabalgaban de regreso a la

casa. —Te quería preguntar, Gus. El sombrero y tu peinado y tu comportamiento reciente... ¿hay algo que me quisieras comentar?

— Sí, — dijo Gus Scribster con su honestidad usual. — Pero siento que no puedo. Al menos, no aún.

Allison no insistió. Era inusual que su amigo no fuera directo al grano, pero él también tenía sus propios problemas, los cuales parecían crecer mientras más se acercaba a la casa. Pensó que tal vez Lady Fenton iba a insistir que le pidiera matrimonio a su hija. Y ¿no era eso exactamente lo que él quería? ¿Qué todo concluyera y salir de esta situación tan ridícula?

Según las instrucciones de Lady Fenton, todos se encontraban reunidos en el salón verde antes de la cena, a excepción de su esposo. Eso no la afectó. Ella había enfrentado varias emergencias familiares sola mientras su esposo se encontraba ocupado. Las damas llegaron en masa, lideradas por Lady Cynthia. Ella les hizo señas a los sirvientes para que se retiraran.

Los caballeros llevaban unos minutos de estar allí. Los primos parecían niños de colegio que estaban a punto de descubrir cuál sería su futuro. El Sr. Scribster estaba sentado en un rincón, en las sombras, como de costumbre. Solamente Benedict se veía relajado.

Él le sonrió a Genoveva, quien usaba un vestido amarillo que no le quedaba bien. — Es un color horrible, ¿no crees? — le dijo en voz baja.

— Para ti, sí. Una de las chicas lo podría usar.

Todos miraban a las jóvenes y pensaban que ellas presentaban una imagen hermosa. Hasta Lady Cynthia las miraba así, como el artista que creó la imagen.

Honoría llevaba un vestido blanco, con su pelo peinado alto sobre su cabeza y listones plateados que colgaban de su pelo. Eran iguales al listón más ancho que adornaba su vestido, creando una cintura alta. Parecía una diosa griega.

— ¡Afrodita! — exclamó Prescott, sin poder controlarse.

Serena llevaba puesto el vestido azul que le quedaba tan bien, el mismo que usó en el baile de Harrogate el año pasado. La malla de encima brillaba a la luz e las velas y su peinado, similar al de su hermana, estaba adornado con listones azules.

— ¡Ángeles! — dijo Genoveva, sin ninguna traza de resentimiento en su tono.

— Siéntense, niñas.

Las jóvenes le hicieron caso, sintiéndose aprensivas y emocionadas a la vez, ya que su Mamá le había dado un toque de misterio y anticipación a esta reunión.

Lady Cynthia tomó el lugar en la cabeza del grupo, parada bajo la iluminación de un candelabro. Ella también se veía hermosa, con un vestido rojo de escote profundo y un poco de encaje sobre su pelo que pasaba por ser un gorro. — Los he reunido hoy esta noche, — empezó a decir, los jóvenes todos escuchándola atentamente, — para...

En ese momento la puerta se abrió un tanto más fuerte de lo necesario, y Sir Ranalph, cuya ocupación durante el transcurso del día se podía apreciar por cualquiera que se acercara a tres metros de él, entró. — ¡Querida! — exclamó. ¡Estás aquí! Y yo sin cambiarme. Deja que te dé un beso y me iré a cambiar. Regreso enseguida.

Su esposa permitió lo primero, conteniendo la respiración solamente un instante cuando su amado se le acercó, pero le dijo, — No, no, Ranalph. Quédate aquí, así como estás. Pronto iremos a cenar, pero primero quiero decirles algo.

Su esposo entendió y se sentó en la silla a su lado. No calculó bien y cayó con demasiada fuerza, sonriéndole de forma avergonzada a los demás presentes.

— Oh, cielos, — suspiró su esposa, observándolo. Luego enderezó los hombros. — Quiero ser franca. Creo que todos somos suficientemente amigos para eso, ¿cierto? — Ella sonrió y los demás le sonrieron también. Bueno, casi todos. No podía ver el rostro del Sr. Scribster, pero él importaba tanto en este escenario como Benedict o Genoveva.

— Cuando emprendí el viaje a ver a mis hijos menores, me di cuenta que mi cabeza estaba llena de pensamientos de lo que ocurre aquí. Me permití reflexionar sobre ellos, ya que me distraía de los pensamientos acerca de la enfermedad de mis otros hijos. Sabía que, aunque todos somos amigables y corteses con todos, hasta con vínculos demasiado fuertes considerando el poco tiempo que nos conocemos, había un trasfondo presente, hasta me atrevo a decir varios trasfondos, que no me fueron fáciles de identificar. Al menos, — continuó con orgullo, — no fueron fáciles porque mi atención estaba ocupada en otros asuntos. Si no hubiese tenido la preocupación de Benedict, creo que lo hubiera descifrado antes. Mi mente de madre vio y catalogó cada instante de comportamiento inusual y lo retuvo para que luego lo pudiera examinar. — Ella se tocó la sien mientras hablaba. — Y durante mis largas horas de viaje,

al fin tuve tiempo de hacer justamente eso. Camino a casa, recibí una carta que me informaba que los niños ya se estaban recuperando, así que decidí regresar aquí, donde las cosas no estaban bien.

Casi nadie respiraba. Ella tenía la atención completa de todo el salón. — ¿Cuáles fueron estos comportamientos? Son demasiados como para enumerarlos. Finalmente, desperté con la clave de todo: zapatillas azules y muselina francesa rota. — Ella dejó de hablar y disfrutó de la sorpresa de sus hijas. — Primero, Sr. Allison, está el tema de la zapatilla azul. ¿Quiere explicarlo, o lo explicaré por usted?

— Él dijo eso, — murmuró Sir Ranalph, sentado en su silla. — Siempre pensé que fue algo raro, a pesar del cuento que Serena nos contó.

Serena hizo un sonido de protesta, aunque su expresión mostraba un poco de alarma.

— Creo que el cuento de Serena, como le llamó, señor, no estaba tan alejado de la verdad. Ella conoció al Sr. Allison en la asamblea, en el jardín, pero no sabía que ese encuentro significó algo más para el Sr. Allison que para ella. — Serena se volteó para mirar al Sr. Allison, pero él no podía dejar de ver a su mamá. — Cuando él vio a Honoria en el baile de los Carlisle, pensó que era Serena. Eso siempre sucede, pero por supuesto que no lo consideramos porque las niñas no estaban juntas. Y luego fue a hablar con usted, querido, — le dijo a su esposo.

— ¡Por supuesto! ¡Zapatillas azules! Eso lo explica. — Pareció conformarse con decir eso, y se sirvió de una botella que estaba a la mano. — Mi esposa es un genio, — le comentó al brandy.

— Siempre me pregunté porqué me escogió a mí después de que baile tan mal con él, — murmuró Honoria, — pero, Mamá, ¿cree que deberíamos estar hablando de esto? Estoy segura de que el Sr. Allison...

— No me gustaría hacerlo pasar por un mal rato por nada del mundo. Serena no tenía idea que ella le gustaba al Sr. Allison. ¿Cómo lo iba a pensar? Él habló con tu papá por ti. Y aunque reían y cabalgaban juntos, ella pensaba en él como un amigo, creo. Al menos, hasta hace poco.

— ¡Claro! — exclamó Genoveva, recordando haber visto varias cosas ella también.

Allison, quien se había convertido en estatua cuando Lady Cynthia empezó a hablar, se dirigió a Serena. — ¿Es cierto, Señorita Serena? ¿Usted es... ha...?

Serena temblaba en su silla. — ¡Por supuesto que no! Yo... Honoria.

Honoria la tomó de la mano. — Yo nunca quise casarme con el Sr. Allison.

Tú lo sabes.

— Imagino que no has escuchado que muchas mujeres digan eso, ¿cierto, Allison? — comentó Benedict, disfrutando la escena. — Todas las chicas muriéndose para llamar tu atención cuando yo estuve en Londres y... ¡Ay! — Miró a Genoveva con enojo.

— Pero cambiaste de opinión. Dijiste... — objetó Serena, su corazón palpitando con fuerza.

— Sí. Ella dijo, — hablo nuevamente Lady Cynthia, retomando la atención de todos. — Y es allí donde entra la otra clave: la muselina rota. — Ella sonrió y se dirigió a su esposo. — Aquí fue donde lo descifré, querido. — Él contestó con un ronquido. Ella suspiró y se dirigió a los demás. — Honoria entró a tomar el desayuno con nosotros un día con una pequeña rotura en su vestido. Lo noté porque era el nuevo que llegó de Francia. Pensé que se atascó en los rosales que están sembrados cerca de los pilares. Yo misma me he quedado atrapada allí de vez en cuando.

— ¡Mamá! — protestó Benedict, queriendo evitar que la conversación divagara hacia el mundo de la moda femenina.

Su mamá le frunció el ceño. — Eso quería decir que Honoria, al verse atrapada por las espinas del rosal, escuchó una conversación que Papá y yo tuvimos sobre un gasto grande e inesperado...

— Supongo que fue mi tío Wilbert. Gasta demasiado ¿sabes? — su hijo le comentó a Genoveva.

— ¡Cállate! — le dijeron tanto Serena como el Sr. Allison, los dos con los nervios de punta.

— ... y cómo eso significaba que tendríamos que recortar algunos lujos. Incluyendo el puesto de Benedict en el ejército y tu temporada en Londres, Serena. Y tal vez incluimos unos ahorros para los otros niños también. No me recuerdo bien.

— ¿Cómo pudiste, Orry? — preguntó Serena al mismo tiempo que Benedict comentó — Es todo un mártir, mi hermana.

— Y, — continuó Lady Cynthia con menos fuerza, — hablamos de cómo el matrimonio con el Sr. Allison podía cambiar todo eso.

— Bueno, Mamá, nunca pensé que usted y Papá fueran tan... — empezó Benedict, su diversión con todo el asunto saliéndose de la mano. Genoveva hizo su deber. — ¡Ay! — exclamó Benedict de nuevo.

— Te hubieras sacrificado por tu familia. Eso es tan típico de ti, Orry, — dijo Serena, molesta. — Y yo pensé que...

Repentinamente el Sr. Allison estaba parado enfrente de ella. — ¿Qué pensó, Serena? Creo que necesito saberlo.

Ella se paró, temblando, para enfrentarlo cara a cara. — No pensé mucho por un largo tiempo. Solo que Orry era una tonta por no querer hablarle. Yo siempre me divertía cuando estábamos juntos. Y entonces supe... — los ojos que lo miraban con tanta honestidad ya no aguantaron, y bajó la vista.

Él no pudo detenerse, y la abrazó con fuerza. Ella no pudo respirar hasta que él se apartó un poco y luego la besó.

— Creo, Sr. Allison, — dijo Lady Cynthia, — que debería hablar con su papá antes que prosiga. — Allison se volteó, sin aliento y un poco avergonzado por su comportamiento. Ambos miraron al baronet, quien roncó de nuevo. — Tal vez mas tarde, — comentó. Le sonrió al Sr. Allison de nuevo. — Entonces señor, ¿puedo pensar que todos los planes para una boda no han sido en vano?

— ¿No cree que es demasiado joven? — le contestó, aunque igual tomó la mano de Serena y la puso sobre su brazo. — ¿No debería tener una temporada primero?

— Supongo que Serena disfrutará de su temporada tanto como una mujer comprometida que como soltera.

— ¿O una mujer casada? — preguntó Allison.

— Creo que eso sería demasiado apresurado, señor, — dijo Lady Cynthia. — Pero ella disfrutará la siguiente temporada, mientras usted deje que siga cabalgando.

— Pero nunca manejará a los bayos, — dijo mientras reía con su prometida.

— Eso está por verse, — contestó ella, pero sus mejillas estaban sonrojadas y se le notaba la felicidad en su voz.

— Un consejo, Allison, — dijo Benedict. — Serena no es como la otra. No le digas que no puede hacer algo, porque igual lo hará.

— Creo que eso es gracioso que lo digas, — contestó su hermana, — ya que viene de alguien quien ha hecho no sé cuántas estupideces, ¡incluyendo hacer trampa mientras juega cartas!

Honoría se paró al lado de su mamá y la abrazó, ambas sonriendo por la felicidad en el rostro de Serena.

— Y ahora tú, mi hija más gentil y amable, — dijo Lady Cynthia. — Yo también podía ver lo que te sucedía. Igualmente, lo guardé para pensarlo después y no había descifrado el rompecabezas. El teniente Prescott... — Honoría se puso tensa.

Sir Ranalph despertó de repente. — ¿Qué? ¿Quién? El tipo condenado me ha perseguido. Creo, — le dijo a su esposa en un intento de susurro, aunque habló para que todos lo oyeran, — que quiere casarse con Honoria. ¿Puedes creer? Me ha perseguido por todos lados. — Frunció el ceño. — ¿Por qué Allison está abrazando a Serena? Pensé que quería a la otra.

— No, mi amor. Él quiere a Serena, — explicó su esposa.

— No puede cambiar de opinión así. Es... — dijo Sir Ranalph, intentando pararse.

— Está bien, mi amor, — dijo Lady Cynthia. — Te lo explico luego. — Y le presionó el hombro para que se volviera a sentar.

Sir Ranalph tomó asiento nuevamente, pero miraba tanto al Sr. Allison como al teniente Prescott con enojo. El teniente Prescott miraba con atención a Lady Cynthia y a Honoria.

— Vi cómo mirabas al teniente Prescott, Honoria, y nunca te había visto observar a un hombre así. Por lo menos no durante la temporada. Y creo que él también quiere hablar con tu Papá. — Ella sonrió. — Tal vez debí dejar la velada así, pero mi querida, buena y desinteresada hija, yo quiero que tengas lo que tú quieres también.

— ¡Señorita Fenton! — exclamó el teniente, empezando a caminar hacia ella.

— ¡No! — dijo Honoria. — Te equivocas, Mamá, — continuó con agitación.

— Muy bien, hija, — comentó su papá. — Concéntrate en Allison.

— El Sr. Allison está comprometido con Serena, Papá, — dijo Benedict.

— Cierto. Se me olvidó, — dijo Sir Ranalph, y se quedó quieto nuevamente.

Su esposa no le puso atención. Su satisfacción con el momento tomó un fuerte golpe. — ¿Me equivoqué? ¿No te gustaba el teniente?

— ¡Está equivocada en todo! No soy buena ni gentil. A menudo estoy enojada y soy egoísta y para nada buena. — Otra figura estaba de pie ahora, saliendo de las sombras, mirando a la mujer de vestido blanco. Ni siquiera las lágrimas que corrían sobre sus mejillas podían distraer de lo hermosa que eran. Al fin estaba hablando su verdad, y él se sentía tan orgulloso de ella. — Cuando pensé que tendría que casarme con el Sr. Allison, ¡pensé que moriría!

— Y va de nuevo, Allison. No solo no se quería casar contigo, sino que ¡quería morir! ¿Habrá alguna manera que tu auto estima se recupere de eso? — bromeó Benedict.

— Será difícil, — aseveró Allison.

— Pero para mientras quería patear a alguien, sin importar quien fuera. ¡Hasta usted, Mamá! — Honoria continuó, ignorando las interrupciones. Cuando los ojos de su mamá se abrieron de la sorpresa, ella añadió, — Pero solo fue un momento, Mamá.

— Tu hermana realmente no se quería casar conmigo, — le dijo el Sr. Allison a su amor, quien le sonrió con travesura.

— Que bueno para ti que escogiste a la hermana menos fastidiosa, — dijo Serena, sonriendo. Pero estaba sorprendida. Ella observaba cómo su hermana temblaba y se dio cuenta de lo mucho que ella no pudo expresar anteriormente.

— No estaba del todo equivocada, Mamá. Si me agrada el teniente Prescott. — Ella levantó la mano para detenerlo y que no siguiera avanzando. — Me sentí enamorada por un tiempo. Era muy parecido al Sr. Allison, pero más sensible y de mejores modales.

— Lo sé, Benedict, lo sé, — dijo Allison con resignación antes de que Benedict le pudiera decir algo.

Honoria se dirigió al teniente Prescott. — Lo lamento mucho, teniente. No escuché cuando me preguntó si le podía hablar a mi Papá. Temo que estaba pensando en otras cosas.

Prescott tragó en seco.

— ¿Eso significa que el joven zorro me va a dejar de fastidiar? — le preguntó Sir Ranalph a su esposa. — Tuve que ir a tres establecimientos diferentes hoy. Cada vez que la puerta se abría, pensé que era porque me había encontrado. Brinqué como conejo. No confiaba en mí mismo para decirle que no, y no estaba seguro de lo que querías, amor.

Prescott abrió su boca y la cerró de nuevo. Tomó un paso hacia atrás, destrozado.

— Ni siquiera se dio cuenta que le habías propuesto matrimonio, Prescott. Eso duele.

— Benedict, ya es suficiente, — dijo Lady Cynthia con un tono severo.

— Sí, Mamá.

— Lo lamento, teniente, — le dijo a Prescott, quien simplemente asintió con la cabeza, aún sin entender lo que sucedió. Le dijo a Honoria — Lamento que te causé tanta preocupación y bochorno, querida. Yo creo que un día, pronto, un caballero vendrá que es tan gentil y amable como tú. Uno que te merezca.

Honoria le contestó apasionadamente, — ¡Pero no quiero alguien así!

Genoveva se sentó derecha. Se le acababa de venir a la mente un día en

Bassington cuando miró por su ventana y vio una pareja caminando temprano en la mañana. — ¿Qué es lo que quieres, Honoria? — preguntó suavemente.

— ¡No lo sé! Quiero ser una buena hija, por supuesto. Tengo los mejores padres del mundo. Y quiero ser buena hermana. Bueno, no para Benedict, por supuesto, pero...

— ¡Ajá! — le dijo Allison a Benedict.

— ... para Serena y a los otros niños. Siempre querré eso. Pero tiene que haber un lugar donde no siempre tenga que ser buena y gentil. Donde pueda ser mala y enojada y hasta maliciosa si eso deseo. Necesito un esposo que sea un amigo y me pueda dejar ser yo misma... — De repente se quedó callada, sus propias palabras penetrando su mente. Hubo algo en su aspecto que hizo que los demás se quedaran callados. — ¡Oh! — exclamó.

Una voz se escuchó en el silencio. — ¿Soy yo, Honoria? — y el Sr. Scribster caminó hacia ella.

Se escuchó que todos respiraron profundo en sorpresa. Nadie, excepto Genoveva, y eso que lo entendió escasos segundos antes, se lo esperaba. Lady Cynthia no lo podía creer. No era posible.

— ¿Puede ser? — dijo Honoria, mirándolo. — No pensé que me caías bien hasta el día que fui a tu cuarto...

— ¡Honoría! — exclamó su mamá, escandalizada.

— Solamente para llorar, mi lady, — aclaró Scribster, mirando a Lady Cynthia un segundo, y riéndose de la honestidad de Honoria, que al fin salió a la luz.

— Pero el otro día estabas enojado conmigo por eso, — protestó Honoria.

— No. Pensé que habías aceptado casarte con Prescott.

— ¿Cómo podía casarme con alguien tan bobo?

— ¡Y otro, Prescott! — susurró Benedict sin que su mamá lo oyera. — Mi santa hermana está disparando con todo hoy.

— ¿Y yo, Honoria? ¿Podrías casarte conmigo? — Scribster se quedó quieto, sus ojos profundos brillando con chispas oscuras.

— ¡El corte de pelo! — Le dijo Allison a Serena.

— ¡El sombrero! — ella le respondió.

Scribster se acercó a Honoria, lento y sinuoso como un gato. Ella se apartó de su mamá para encontrarlo. La mano de Lady Cynthia aún la tenía sujetada por el brazo. — Honoria, cuidado con lo que decidas.

— No eres muy apuesto, ¿lo sabes? — su hija siempre bien portada le dijo a Scribster.

— Y tú eres muy bella, — él le contestó, tocando su rostro. — Pero supongo que me puedo acostumbrar.

— Tu rostro es el que más quiero.

Él soltó una carcajada, y bajó la cabeza para que sus frentes tocaran. — No te amo por tu rostro, Honoria. Te amo por tu negro corazón.

— ¡Cielos, no! — dijo Lady Cynthia, sentándose al fin y observando cómo su hija desaparecía entre los brazos del Sr. Scribster. — Ahora me imagino que se la llevará a Escocia.

— Un pariente me compró el Castillo Stane, Lady Fenton. Hace meses compré una casa a menos de diez kilómetros de Bassington. Es la razón por la cual me he quedado allí tanto tiempo. Estaba supervisando la obra.

— ¿Qué hace Scribster con Honoria? — preguntó Sir Ranalph, despertando nuevamente.

— Se van a casar.

— ¿De veras? Bueno, no es el hombre más apuesto del mundo, — dijo intentando susurrar, aunque todo el salón lo escuchó.

— Pues no lo sé. Solamente tomaría que un pariente le herede veinte mil al año para que toda la sociedad diga lo apuesto que es.

— Tú, mi amor, — dijo el Sr. Allison, sonriéndole a su prometida, — vas a darme problemas.

Sir Ranalph observaba críticamente a Scribster. — Es un tipo feo. Cicatrices. No es su culpa, por supuesto. Pero porqué siempre anda tan serio no lo entiendo. Aunque es inteligente.

— Supongo que se acostumbrará, — dijo Lady Cynthia, sonriendo. Su mirada se cruzó por un momento con la de él antes de que él volviera a enfocar su atención en Honoria. La manera en que ciertas personas se estaban mirando tenía que parar inmediatamente, a menos que se diera otra ruptura en la etiqueta peor de lo que había sucedido en los últimos minutos. — Ahora, creo que es momento que entremos a cenar.

— ¿Tiene dinero? — preguntó Sir Ranalph, su voz haciendo eco en las paredes.

Lady Cynthia miró a Scribster, un poco avergonzada.

— Un hombre escocés nunca admitirá que tiene dinero. Pero tengo lo suficiente como para mantener a mi esposa, — le dijo, tranquilizando a su futura suegra. Miró a Honoria a los ojos. — Incluso una esposa que le gusta gastar dinero en ropa. — Ella le sonrió de tal manera que el corazón de madre de Lady Cynthia dejó de latir por un instante. En ese momento, su hija se

entregó por completo a él, y con la sonrisa que él le devolvió, algo que casi nunca se veía, Lady Cynthia supo que no existían barreras entre ellos. Su relación iba más allá de lo superficial. Realmente eran uno.

Con una última ruptura en la tradición, Benedict acompañó a Genoveva a la cena, solamente deteniéndose para estrechar la mano de los dos hombres y besar a sus hermanas.

Sir Ranalph juntó su dignidad e intentó levantarse, algo que el amable teniente Prescott se apresuró para ayudarle a hacer. — ¡Ajá! — dijo Sir Ranalph, apartándose de él al pararse. — Cynthia, es el tipo otra vez. El que me ha seguido todo el día.

El teniente le dijo a Lady Cynthia, sonriendo cortésmente, — Creo que iré a cenar a mi club, — y se inclinó a ella.

— Muy bien, — dijo Sir Ranalph. — Mejor que se vaya. No puedes tenerla. Allison le va a pedir matrimonio en cualquier momento.

— Sí, señor. — Le dio un saludo desanimado a su primo, quien lo saludó seriamente en respuesta, y se fue.

— Pobre teniente Prescott, — dijo Honoria. — Realmente no se quería casar conmigo, saben.

— Tu padre piensa que sí, — dijo Allison, caminando detrás de ellos, junto con Serena.

— Sí, pero él se quería casar con la Honoria buena. La que se sacrificaría por el bien de la familia. — Se dio la vuelta para sonreírle a todos, — mientras que yo soy mucho más malvada.

— Has insultado a muchas personas hoy, Orry. Incluyendo a mi futuro esposo, — contestó Serena.

— Supongo que me sentiré mal mañana, — suspiró Honoria contentamente.

— Qué familia con la que me voy a unir, — dijo el Sr. Allison. — Benedict, quien hace trampa en los juegos de carta, su tío Wilbert, que también se comporta de una manera turbia...

— ¿Trampa? ¿Turbio? Oh, cielos, y Papá borracho esta noche, — rio Serena. — ¿Estas completamente seguro de que te quieres casar conmigo?

— No, — dijo el Sr. Allison. — Me casaré con Honoria y esperaré que me sonría falsamente todos los días para cumplir con su obligación familiar.

Una vez acordado eso, los cuatro jóvenes caminaron al comedor para cenar todos en familia.

Epílogo

Más tarde esa noche, Honoria y Serena estaban acostadas en la cama, hablando al fin.

— ¿Y qué de tu vida de aventura? — rio Honoria. — Habías pensado casarte con un capitán o con un bandolero. —

— Rowley es mi bandolero, ya te lo dije. También es excelente jinete y me dijo que podemos viajar ahora que Napoleón está exiliado en Elba y Europa está segura nuevamente. No te preocupes. Sé que tendremos varias aventuras.

— Casi siento lástima por él, ahora que será responsable de tus travesuras. — Serena simplemente le sonrió. — ¿Cuándo supiste que lo amabas? ¿Y porqué no me lo dijiste?

— Era un matrimonio que te convenía. ¿Cómo te lo iba a arruinar? Y el Sr. Allison, Rowley, es tan maravilloso. Estaba segura de que serías feliz. ¿Cómo no podías serlo? Yo sabía que era el hombre más maravilloso que había conocido, pero no conozco a muchos hombres. Solo pensé que sería el mejor hermano. Luego me di cuenta de que no quería que fuera mi hermano. Lo quería tanto. Era tan egoísta de mi...

— ¡Ja! ¿Quién lo hubiera pensado? Tú eres la que estaba dispuesta a sacrificarse por la familia. Yo evitaba platicar con el Sr. Allison aun después de haber decidido que haría mi deber para con la familia. Tú estabas dispuesta a sacrificar tu verdadero amor por nuestro bien.

— ¡Patrañas! No hice eso para nada. Yo no tenía idea que él pensaba que yo era más que una niña tonta. No estaba sacrificando nada.

Honoria se puso de espalda y miró al techo. — Todo parece tan obvio ahora. La manera en que reaccionó cuando nos vio juntas en Fenton, el misterio de las zapatillas azules. Qué tontas fuimos al no darnos cuenta.

Serena sostuvo su rostro sobre su mano para poder mirar a su hermana mejor. — ¡Somos tan afortunadas! — le dijo. — Lo que no es tan obvio es cómo te enamoraste del Sr. Scribster. ¡Cuando pienso en lo que pensé de él la

primera vez que lo vi en la Mansión Fenton!

— Esa es una oración un poco complicada, pero sé lo que quieres decir. Yo también. Pero él vio que yo no era feliz cuando nadie más lo hizo. De alguna manera me logró leer. Y era tan reconfortante poder hablar con alguien sin tener que medir mis palabras. Su propio desdén por la cortesía me enojaba tanto, especialmente porque yo me sentía tan oprimida por la necesidad de ser cortés y obediente, que fui muy grosera con él. Era un hombre sin ninguna virtud, pensé, así que qué importaba...

— Rowley me contó hoy que Scribster le salvó la vida en la batalla. Que fue un soldado valiente y audaz.

— ¡No me lo digas! Necesito que él sea un sinvergüenza para que yo me pueda desquitar con él. No tienes idea de lo horrible que era cada vez que encontraba una nueva virtud del Sr. Allison. No me daba excusas para escaparme.

— ¿Por qué querías escapar? Por supuesto, estoy extremadamente contenta de que te sintieras así, pero ¿qué te hizo para caerte tan mal?

— No me cae mal. No lo puedo explicar. Creo que ni a mi misma lo puedo explicar. Tal vez puede ser que sea más vanidosa de lo que pensaba, — le contestó. — Simplemente no encontraba una razón convincente de por qué él estaba atraído a mí. Yo era una imbécil en su presencia. No quería casarme con un hombre que les ponía mayor importancia a mis ojos o a mi figura que a como me comporto. Imagínate ser cortejada por un hombre simplemente porque tendrían hijos guapos juntos. Fue así en todo el tiempo en que estuve en Londres. No me sentía cómoda, y entonces contestaba tonterías o simplemente no contestaba cuando me hablaban. Y aún así, muchos hombres me querían cortejar. Me dio una muy baja opinión de ellos.

— Ay, hermana. Piensas demasiado. Yo hubiera coqueteado y bailado con todos, sin importar sus motivos.

— ¡Como si tu soportaras personas así! — dijo Honoria. Se puso de lado nuevamente para ver a su hermana. — No. Yo quería un matrimonio como el de Mamá y Papá. El Sr. Allison parecía tener motivos cuestionables por fijarse en mí. Por supuesto, ninguno se dio cuenta que era tú personalidad que realmente admiraba. Creo que nunca vio la mía.

— Pero el Sr. Scribster sí.

— La peor parte de ella. Pero le pareció divertido. Y pronto nos convertimos en amigos y nunca me di cuenta cuando sucedió.

— ¡Fuiste a su cuarto! Eso parece más algo que yo haría y no tú.

— ¡Qué escandaloso pensarlo! Pero era imperativo que le comentara lo vengativa y violenta que me sentía al pensar en las personas que atacaron a Benedict. Mamá me hubiera dado un sermón sobre “la venganza es mía,” y eso ya lo sé. ¡Necesitaba decirlo!

— Que horror, — dijo Serena, tratando de reconfortarla.

— Pobre Sr. Scribster. Prácticamente me le tiré a los brazos.

— ¡Orry! Definitivamente él saca a la luz otro lado de ti.

— Sí, es cierto. Cuando Mamá nos permitió caminar en la terraza después de la cena, me dijo que fue esa noche cuando se dio cuenta que me quería como esposa. ¡Nos llama la bella y la bestia! Qué absurdo. Creo que se ve mejor ahora que se cortó el pelo.

— Ha mejorado mucho. Y me imagino que pronto podrás convencerlo de cambiar su guardarropa. Tal vez el tío Wilbert puede ayudar. — Las dos rieron al pensar en el Sr. Scribster vestido con uno de los atuendos más llamativos de su tío. — Rowley dijo que no ha logrado que acepte su invitación para ir con su sastre, pero que ahora tiene esperanzas ya que estarás con él. — Honoria se sonrojó. — Rowley dijo — y Serena se rio de sí misma por repetir la misma frase tantas veces, — que el hecho de que el Sr. Scribster comprara una casa cerca a...

— Oh, Serena ¡estaremos a menos de diez kilómetros de distancia!

— Lo sé, querida Orry. Pero ¿sabes por qué?

— Supongo que no le gustaba el castillo.

— No, no le gustaba. Pero después de las batallas, cuando los dos pasaron tantas experiencias juntos, Rowley encontró que le fue difícil estar sin su mejor amigo. Le hice el comentario de su amistad no convencional, y Rowley me explicó que le sucedieron cosas tan atroces en la guerra que fue la presencia de su amigo lo único que lo mantuvo con cordura. De hecho, él le suplicó al Sr. Scribster que comprara la casa allí.

Hubo un silencio. — Por favor, no me cuentes más virtudes de mi Sr. Scribster. Pronto harás que me sea imposible hacer otra cosa más que admirarlo, y eso sería fatal. — Las dos rieron. — Oh, Serena ¡pasaremos el invierno en Londres para escoger nuestros ajuares! Podremos ir a fiestas juntas donde no tengo que temer que me estén cortejando y admirando. Fue muy incómodo, te lo aseguro. ¡Nos vamos a divertir muchísimo!

— Pero ¿cómo lo pagarán Mamá y Papá?

— ¡La liquidación!

— ¡Qué bien! Yo pienso ser una prometida muy costosa.

— ¡Serena!

Los ojos de su hermana brillaron. — Bueno, es maravilloso estar enamorada, pero mejor aún estar enamorada con un hombre con mucho dinero. Sé que tu casa solamente tiene diez cuartos. No te preocupes, querida. Los otros niños pueden vivir conmigo en Bassington.

Lady Cynthia, despierta en la habitación de al lado, escuchó los gritos de protesta y las risas que venían del cuarto de Honoria. Ella se sintió llena de orgullo maternal y felicidad, mientras que su esposo dormía.

El Sr. Scribster y el Sr. Allison, quienes jugaban billar y tomaban brandy, también escucharon los gritos y las risas. Sus miradas se cruzaron. Era casi demasiado ver la felicidad del otro, aumentando la propia. Ambos se volvieron a concentrar en el juego, aunque ambos tenían las mejillas un poco rojas.

Había sido un día excepcional, pensó Benedict, observándolos desde una mesa en la esquina donde jugaba con una baraja, practicando cómo esconder las cartas en su saco. Pronto estaría en el ejército de Wellington, aunque en el siguiente año de 1814 no habría muchas peleas fuertes. Pero sería un oficial con saco escarlata, y la posibilidad de vivir aventuras, que era lo que él siempre anheló. Genoveva empezaría su nueva vida en un par de días, y su tío Wilbert estaba comprometido con la hermosa condesa Overton. Serena estaba a punto de convertirse en la esposa más traviesa que pudiera querer el hombre más a la moda de toda Inglaterra. Scribster era una pareja extraña para Orry, pero Benedict vio la manera en que él la miraba. No era otro como Sumner. Sumner tenía un exterior carismático que ocultaba un alma negra. Gus Scribster era el inverso.

Silenciosamente hizo un brindis a la familia Fenton. ¡Logró salir adelante sin mayor problema!

Nota de la Autora

Queridos lectores,

Les dejo un capítulo de mi primera novela traducida al español. Espero que les llame la atención leerlo. Hagan clic en el hipervínculo para poder leerlo.

Es mi sincera esperanza que disfruten de leer la historia de Honoria, y si así fuera, que pudieran dejar una reseña en Amazon para que otras personas puedan encontrarla. Puede ser corta o larga, no importa. Igual los amaré, y probablemente por siempre.

Me encantaría conocer sus opiniones sobre este libro. Me pueden escribir a alicia@aliciacameron.co.uk para hacerme llegar sus comentarios. O, si prefieren en español, pueden escribir a jenny@aliciacameron.co.uk para obtener una respuesta más rápida.

Mi corazón se siente lleno al saber que encontraron esta historia. Verdaderamente es mi sincere deseo que hayan encontrado un poco de amor y diversión entre sus páginas.

Alicia

Clarissa y las Mujeres sin Importancia:
<https://www.amazon.com/Clarissa-las-mujeres-importancia-Spanish-ebook/dp/B071D5LPWZ>

Capítulo 1

Clarissa convence

Desde su ventajosa posición en el sillón de la biblioteca, contemplando la incipiente calvicie del cura, la Srta. Clarissa Thorne consideró que ya había soportado suficiente.

‘Por favor levántese, Sr. Peterkin. Me levantaría yo misma si no estuviera usted aplastando mi falda,’ le dijo con tono ácido. Clarissa era una joven suficientemente crecida, de apenas unas dieciocho primaveras, pero tenía una expresión decidida, con un mentón firme, en un rostro rodeado de acentuados bucles, atados descuidadamente con una cinta más bien andrajosa. Llevaba un vestido simple de muselina negra, que manifestaba su estado de luto. Hubiera sido pasablemente bella, de no haber sido porque sus grandes ojos grises reflejaban un aire de gran seguridad, bastante inapropiado en una dama.

El Reverendo Peterkin se puso de pie inmediatamente, y estaba listo para darle un sermón sobre el tono en que una joven debía dirigirse a un miembro del clero, cuando percibió que eso no lo ayudaría a defender su caso.

‘Ciertamente, Srta. Thorne, sucede que es mi sincero deseo lanzarme a sus pies, ser su consuelo, confortarla en este áspero mundo que me ha motivado a...’ pero ella ya había tirado de la vieja cadena para hacer sonar la campana, y tenía su mano extendida, en un inconfundible modo de despedida.

‘Estoy muy agradecida para con sus caritativos sentimientos señor, pero ha recibido ya su respuesta y debe irse ahora.’

Al tomar su mano automáticamente, el Sr. Peterkin sintió que estaba perdiendo el control de la situación. Tomó aire y dijo, ‘Pero, Srta. Thorne, no puede haber usted considerado su situación, sus padres, ambos han fallecido, usted necesita un hombre que la guíe...’

Ella retiró su mano y miró detrás de él, a su principal sirviente.

‘Ah, Sullivan, aquí está el Sr. Peterkin despidiéndose de nosotros. Por favor acompáñelo a la puerta,’ dijo ella con la más absoluta simpatía.

‘Claro señorita.’ Dijo el imperturbable Sullivan, sosteniendo la puerta

mientras el cura salía de la sala algo perturbado. Al bajar las escaleras, el Sr. Peterkin miraba fijamente y con desagrado la espalda de Sullivan. Cómo pudo la Escuela para Señoritas de la Sra. Thorne haber admitido un sirviente con tantos aires de superioridad como Sullivan era un misterio para muchos en el condado, pero no para este clérigo. Cuando la hija del Vizconde Ashcroft se casó con un simple ‘Sr. Thorne’, un escritor filósofo con un pequeño hijo que criar, el primer lacayo de la casa Ashcroft la había acompañado a su nuevo hogar, trayendo consigo tanta elegancia en sus modales como para aterrorizar a la mayoría de los locales, pero a la vez inspirar seguridad a los padres de las jóvenes que habrían de ser educadas allí.

‘Le pido disculpas señor, por esta circunstancia de haberse encontrado a solas en la presencia de la Srta. Thorne. ¿Podría decirme cuál de los sirvientes ha sido el responsable de tal error?’ Cada vez que Sullivan hacía alusión a los otros sirvientes, daba la impresión de que aún presidía sobre una multitud, en lugar de sólo la cocinera, la sirvienta del salón y el mozo, que eran todo lo que la casa podía costear una vez finalizado el trimestre.

El Sr. Peterkin, que intentaba hacer entrar su cabeza en su sombrero con prisa, tuvo la delicadeza de sonrojarse. ‘Bueno... eso fue... es que entré por mi cuenta por la puerta del jardín... ya que deseaba proponer... ofrecer un piadoso bálsamo en este tiempo de luto para a Srta. Thorne.’

‘Evidentemente, señor’ Las cejas de Sullivan se elevaron levemente al oír esto del Sr. Peterkin, quien sabiéndose superior en sociedad al mayordomo pensó - *¿por qué debería explicarle mi comportamiento?* – ‘Tal vez la próxima vez me permita anunciarlo, señor, y entonces podrá encontrar a la señorita debidamente acompañada por una de las otras damas.’

‘Bueno, sí. Pero si está tratando de inferir que... No es su lugar Sullivan, el... Los asuntos de un clérigo son muy... Que tenga buen día.’

‘Buen día para usted, babosa comadreja envuelta en collarín de clérigo,’ dijo Sullivan luego de cerrar la puerta tras él, ‘y que lo lleve el viento. Y si no es *mi* lugar proteger a mi jovencita de hombres como usted, no sé de quién será.’

Mientras tanto, Clarissa se había dirigido a la sala contigua, donde tres damas se encontraban variadamente ocupadas en empacar el contenido del salón.

‘Ya está,’ dijo imperiosamente al entrar. Sus ojos chispeaban, sus mejillas estaban completamente ruborizadas, y llamaba bastante la atención a pesar de su aburrido vestido.

Una dama de unos cuarenta y cinco años, luciendo un vestido cilíndrico de batista color oscuro, alzó la vista desde atrás de una pila de libros y dijo, ‘Mi querida Clarissa, ¿qué pudo haberte consternado así?’

‘Acabo de tener que soportar el impertinente ofrecimiento de matrimonio del Sr. Peterkin, así es que ahora ustedes *tendrán* que soportarme a mí,’ enunció Clarissa. Quitó una caja de una de las sillas tapizadas en pana roja y se sentó en ella mientras con exclamaciones de asombro, sus acompañantes dejaban sus tareas para acercarse a ella. Dos se sentaron en un sofá y la otra en el escabel junto a su silla, friccionando su mano para calmar su evidente agitación.

Las damas en el sofá no podían contrastar más. Ciertamente, ambas llevaban vestidos en sobrios tonos grises, con cuello cerrado y sin ningún detalle que los suavizara, como ser encaje o los tristes moños de cintas con los que la tercera dama había escogido aliviar la severidad de su atuendo. Pero en todo caso la Srta. Appleby, que estaba sentada a los pies de Clarissa, tenía una personalidad romántica, y aún tenía la llama encendida por el caballero que algún día pediría su mano. Nadie dudaba que este caballero estuviera ampliamente retrasado. Las otras dos damas la hubieran reprendido por tener esa esperanza. Esa era la única similitud entre las dos.

La Srta. Oriana Petersham era sin duda una belleza de primera clase, y aunque siempre llevaba su cabello dorado arreglado de manera simple, ajustado y enlazado con horquillas cerca de la nuca, no podía evitar que algunos bucles se escaparan del peinado para enmarcar su rostro en forma de corazón, ni las oscuras pestañas que se arqueaban alrededor de sus grandes ojos verdes, o la perfección de su nariz y sus labios. No le aprovechaba tampoco vestir ese sobrio y simple vestido, que sólo servía como contraste para su magnífico cuerpo y su bello rostro. Ese rostro, por el momento reflejaba una expresión de profunda preocupación, ya que demasiadas veces la hermosa Oriana Petersham había sido objeto de la atención no requerida de los hombres, haciéndola sentir la más absoluta empatía y compasión por la situación de Clarissa.

A su lado estaba sentada una dama, probablemente unos veinte años mayor que ella, teniendo treinta y cinco, la figura de esta última era tan calma como ágil era la de su compañera, su tez era tan rojiza como delicada era la de Oriana, su cabello era tan lacio y oscuro, como enrulado y claro era el de su amiga. Sus cejas estaban peligrosamente cerca de unirse la una a la otra sobre sus ojos color café, pero su rostro era tan imperturbable que era difícil

determinar cómo estaba tomando este estallido de parte de Clarissa. El rostro de la Srta. Augusta Micklethwaite no reflejaba pensamiento alguno.

La Srta. Appleby, cuyos rizos grises y marrones (que se debían en gran parte al uso de tubos calientes) danzaban ligeramente sobre su rostro mientras ella acariciaba agitadamente la mano de Clarissa, ‘Oh cómo puede ser... ¡el Sr. Peterkin - tan romántico! Haber albergado sentimientos por ti todo este tiempo... Jamás lo hubiera imaginado... En efecto, siempre pensé que no le agradabas Clarissa, porque, recuerdas cómo te regañó por aquél botón que colocaste en la colecta para los pobres... Pero eso fue hace mucho tiempo ya...’ Entonces dejó de hablar repentinamente y Clarissa retiró su mano.

‘*Sentimientos*. No puedes hablar en serio,’ dijo Clarissa. Su enojo dejó paso a una risita al recordar lo servil que había sido el Sr. Peterkin.

La Srta. Micklethwaite dijo con su acento del norte, ‘Ha oído sobre la herencia, está claro. Eres una tonta Louisa.’

La Srta. Appleby estaba demasiado acostumbrada a esta manera informal de conversar como parece ofenderse por esta declaración. ‘Oh no haría eso, estoy segura... ¿Pero cómo podría?’ ella dejó de hablar y sus llorosos ojos brillaban de agitación. Lo que una vez había sido una leve belleza era ahora un rostro flacucho pero fuerte, y una figura reticente ganada del duro servicio prestado en varias casas como esclava-institutriz hasta estos últimos cinco años de bendición, en que había enseñado en la Academia que su amiga de la infancia había abierto. *Aquí he sido consentida*, pensaba a menudo, *he sido tratada con verdadero respeto por la madre de mi querida Clarissa* - ahora tristemente fallecida.

‘Imagino que algo de esto tendrá que ver con Jane...’ Oriana vio que la Srta. Appleby aún se veía confundida, entonces explicó. ‘Nuestra cocinera, Jane, es prima segunda de Lottie, la sirvienta de salón de la parroquia.’

‘Los sirvientes lo saben todo,’ exclamó la Srta. Appleby.

‘El Sr. Peterkin dijo que deseaba desposarme para confortar a una huérfana desolada,’ dijo Clarissa con tono trágico.

Los ojos de Oriana danzaban, ‘Y hasta ahora no había hecho nada para mostrar su empatía. Siempre he creído que es un hombre sin modales.’

‘Pues a mí no me hace gracia. Y cuando le pregunté si estaba en posición de mantener una esposa...’

‘Anda, Clarissa dime que no hiciste eso,’ exclamó la Srta. Appleby sorprendida.

‘Pues, sí lo hice. Le dije que no me avergonzaba hacer ese tipo de

pregunta, ya que no tenía padres para preguntarlo en mi lugar,’ dijo Clarissa impertinentemente, pero con sus ojos danzando con tanta gracia como los de Oriana, ‘y él tartamudeó y dijo que por el momento no tenía los medios, pero que si yo resultaba beneficiada con alguna pequeña pensión de mi madre, él creía que yo necesitaría un hombre con su experiencia para manejarla por mí. Se delató por completo. Podemos estar seguras, me ofreció matrimonio porque se ha enterado de la muerte de mi primo y de que heredaré la Casa Ashcroft.’

‘Estoy segura de que estás en lo correcto,’ dijo Oriana con los ojos brillantes. ‘¡Qué hombre tan ridículo! Buscar beneficiarse de una unión con una persona a la que no ha mostrado más que exasperación en estos últimos tres años.’

‘Pero seguramente tiene razón, mi querida Oriana. Clarissa *sí* que necesita alguien que la guíe en este difícil momento. El hombre fuerte de un caballero, su naturaleza decisiva...’

‘¡Bah!’ exclamó impacientemente la Srta. Micklethwaite, ‘Él no puede decidir siquiera entre tarta de pollo o cangrejo para cenar. No puede pretender haber ofrecido mucho apoyo a Clarissa en estos meses desde que falleció su querida madre. Fue el Sr. Norbert quien se ha comportado como debe comportarse un sacerdote, aunque todas cayéramos en un estado de hastío y depresión cada vez que su visita duraba más de veinte minutos. Si ella necesita quien la guíe, sin duda su hermano puede hacerlo, aunque sea tan picaflor e inquieto, como todos los otros jóvenes que pueda una conocer en todo un año calendario.’

‘Augusta,’ dijo la Srta. Appleby en un tono débil pero conciliador, ‘no debes decir esas cosas del Sr. Thorne. Estoy segura de que es un hombre de altos principios y fuertes opiniones...’

‘Mi queridísima Appleby, no es diferente de lo que mi madre solía decir, y es que por más que lo intentara nunca logró encariñarse con su hijastro. Hasta mi padre sentía que mi hermano había adoptado ese aire de imponente virtud sólo como reacción a los pensamientos liberales que compartían él y mi madre. Él nunca hubiera soportado ser visto como alguien diferente, o *excéntrico*, como eran vistos mis padres. Mi padre culpaba a Harrow.’ Mientras Clarissa hablaba, sus grandes ojos mostraban un afectuoso brillo al pensar en sus padres, fallecidos ambos en menos de un año, unidos en el Cielo tal como habían sido en esta vida. Ella entonces suspiró y miró una a una a sus amigas. ‘Pero están en lo cierto. John me visitará el lunes, me lo ha informado en su carta. También me informa que, se ha tomado la libertad de

visitar Ashcroft y la ha encontrado en un estado muy lamentable. Me avisa que ha preparado a sus abogados para vender la propiedad, ya que no habrá objeciones ahora que la sucesión se ha interrumpido y la herencia concluido, él está seguro de que ese será mi deseo. En cuanto al resto, me invita a ir a quedarme con él, donde está seguro, *seguro*, óiganlo bien, de que serviré de ayuda para Cornelia con los niños.’ Durante la mayor parte de su discurso, Clarissa había estado estrangulando un pañuelo de encaje mientras caminaba con vehemencia por la sala. ‘Me han educado para tener una mente independiente. ¿Pueden imaginarse lo que sería mi vida en un hogar como ese? Moriría.’

‘A menudo he pensado que tu madre no sabía lo que hacía al darte tanta rienda suelta para pensar y actuar. Aquí tu educación tiene un buen lugar, pero allí afuera, en el mundo, la gente mira con recelo a las damas que se plantan en contra de las opiniones de los hombres, o que buscar participar en debates políticos. Muchas veces hablé de esto con ella, pero ella no esperaba dejarte desprotegida tan pronto,’ esto fue lo que dijo la Srta. Micklethwaite, mientras quitaba de sus implacables ojos lo que hubiera podido ser una lágrima.

‘Sí, pero yo tengo un plan. No estaré aquí para escuchar los consejos de John - porque estaré en Ashcroft. Y ustedes vendrán conmigo.’

‘Pero no puedes,’ chilló la Srta. Appleby.

‘Clarissa, no debes haberlo pensado bien,’ dijo la Srta. Petersham.

‘Querida Appleby, sólo escucha. Claro que no puedo ir sin damas respetables que me acompañen, pero con ustedes tres funcionará a la perfección. John no podrá siquiera objetar que no es respetable.’

‘Más bien objetaría que nos estamos colgando de tus faldas,’ dijo la Srta. Micklethwaite rotundamente.

‘Sí, y estaría en lo correcto. Lleva a la Srta. Appleby, claro, pero no hay necesidad de llevarnos a todas. Yo no podría ser tu prisionera a tan alto costo,’ declaró la hermosa Srta. Petersham, con ese rubor en su rostro haciéndola lucir aún más adorable de lo normal.

‘¿Deseas ir a vivir con tu hermano, que tratará de venderte en un matrimonio con el mejor postor otra vez?’ le preguntó Clarissa.

‘Sólo estaré allí hasta encontrar una nueva posición,’ declaró Oriana. ‘Además, él no puede obligarme.’

‘Pero puede hacerte la vida tan insoportable como John la haría para mí. Sabes que encontrar otra posición es improbable. Encontrar estas condiciones te sentó bien, pero eres demasiado hermosa como para ser

aceptada en la mayoría de las casas.’

Oriana agachó la cabeza y se mordió los labios. Clarissa se sentó nuevamente, se inclinó hacia adelante y tomó las manos enlazadas de Oriana en las suyas.

‘¿No preferirías serme útil a mí?’ dijo suplicante, ‘Mira, cuando mamá murió y supimos que tendríamos que cerrar la academia al final del año, todas pensamos que tendríamos que irnos, romper con nuestra cálida vida aquí. Y entonces, cuando falleció mi primo, tan inesperadamente, pensé que puedo utilizar mi herencia para ayudarnos a todas.’ Ella se volteó impulsivamente, ‘Appleby, querida, realmente no deseas ir a vivir con tu hermano Farnham y todos esos espantosos niños, ¿o sí? Sabes que te tratarán como a una sirvienta sin paga en esa casa. Recuerdo lo exhausta que estabas el verano pasado cuando regresaste de allí.’ La Srta. Appleby hizo sonidos ahogados a manera de protesta. ‘Realmente te necesito de acompañante, alguien a quien poder hablarle de mi madre y mi padre y que me comprenda tanto como ustedes lo hacen. ¿No me abandonarías, verdad?’

La Srta. Appleby quitó de entre las manos de Clarissa el pañuelo estrujado y derramó sus lágrimas en él. ‘Oh mi querida Clarissa - tan buena... si tan sólo pudiera estar segura de que no seré una carga para ti...’

Clarissa volvió sus ardientes ojos y su decidido rostro hacia sus otras amigas, que no se conmovían tan fácilmente como la Srta. Appleby.

‘No has pensado, mi querida Clarissa, lo que implicaría vivir en una casa como Ashcroft. Si tu hermano está en lo cierto y la finca ha sido desatendida, entonces quizás venderla sea lo correcto. Y entonces tú y la Srta. Appleby pueden abrir su propio establecimiento en Bath.’ La voz endulzada de Oriana buscó calmar el ánimo de Clarissa.

‘Tienes razón en pensar que no sé lo que implica manejar una propiedad - por eso es que te necesito *a ti* para enseñarme, Oriana.’

Sir Ralph Petersham había involucrado a su hija en muchos asuntos de hombres, haciendo caso omiso de las quejas de su madre. La había incluido en todas las cuestiones relacionadas con la finca y ella había probado ser una alumna tan apta que él había dejado gran cantidad de asuntos en sus manos. Cuando su hijo Fitzroy regresó a casa desde Cambridge en sus vacaciones, a menudo le había despachado con un simple “Pregúntale a Oriana qué es eso.” Cuando el joven había dejado de incluir a Oriana en lo que él sentía que era su poderío, y por tanto había hecho algo poco sabio, su padre le había ordenado mordazmente, “Déjale eso a tu hermana la próxima vez.” Sir Ralph había

querido que su preciosa hija fuera la esposa de algún gran hombre, capaz de ponerse a su lado como un igual, tal y como su propia esposa jamás había hecho, y si él hubiera vivido, quién sabe qué cosas no hubieran sucedido.

Tal y como estaban las cosas, el hermano celoso había sido quien supervisó la presentación de Oriana en sociedad en Londres. Y se había complacido en aceptar en su nombre, una oferta de un conde, que era adinerado, y también rondaba los sesenta años de edad. La desgracia en que cayó Oriana al cancelar la boda, y la consecuente furia de su hermano, habían llevado a Oriana a buscar empleo en la Academia de la Sra. Thorne. Su hermano, a quien el mundo aún cuestionaba por lo que había sido de su hermosa hermana, jamás la había perdonado.

‘Mi madre siempre decía que Ashcroft era una finca próspera en épocas en que mi tío vivía, y mi primo sólo la ha manejado por cinco años. Era un pobre hombre perdido y probablemente un libertino, pero *seguramente* no habrá hecho tanto daño en ese tiempo. Oriana, tú me ayudarás a hacerla próspera otra vez. ¿No lo ves? Muy lejos de ser una *carga*, podrías ser una *verdadera ayuda* para mí.’

Los ojos de Oriana brillaron, y se apagaron nuevamente, ‘Si tan sólo pudiera, querida. Pero no conocemos a la gente... tendríamos que ganarnos su *confianza* Clarissa, pero con la ayuda de un buen agente...’ Ella intentó observar bien los ojos de Clarissa, buscando signos de la compasión que tanto le disgustaría encontrar, pero sólo encontró esperanza y determinación. ‘Eh... ¿podríamos lograrlo?’ dijo Oriana.

Clarissa saltó de su asiento y tomando la mano de Oriana la hizo bailar. ‘Querida, ¡entonces vendrás!’ Las dos danzaron de emoción por la sala. Abruptamente, Clarissa se detuvo y se volvió hacia la Srta. Micklethwaite.

‘Queridísima Waity, sabes que necesitaré tu ayuda para poner la casa en orden.’

La Srta. Micklethwaite frunció el ceño terriblemente. ‘No necesitas una persona más para alimentar.’

‘Con todo mi griego y latín, no sé nada sobre manejar una casa, algo que toda dama debería saber, ¿cómo podría mi adorada madre haberme enseñado algo que ella misma no sabía? Y debemos ahuyentar a los buitres, Waity. Tan sólo *considera* la atención que podría recibir de parásitos como el cura si no te tengo a ti a mi lado para inspirar respeto. Y en cuanto a Oriana, sabes que no podemos atrevernos a dejarla salir sola de la casa, siempre regresaría con algún caballero enamorado siguiéndola.’

Un gemido emitido por Oriana al oír esto hizo que la Srta. Micklethwaite sonriera ásperamente.

‘Y definitivamente, yo valoraría tanto tu apoyo, querida Augusta,’ dijo gentilmente la Srta. Appleby, ‘porque ante la falta de un caballero, no puedo evitar pensar que tú eres lo siguiente mejor que puedo conseguir. ¿Qué? ¿Qué pude haber dicho que les causara tanta gracia, Clarissa, Oriana?’

Pero la jóvenes estaban riendo tan intensamente del espanto grabado en el rostro de Waity, que tuvieron que sostenerse una a la otra para mantenerse erguidas. La frente de la Srta. Micklethwaite se relajó un céntimo.

‘Louisa, yo creo que tú y yo seremos muy necesarias para tener a estas dos bajo control.’ Dijo Augusta.

‘Bueno, si tú lo crees Augusta, entonces claro que iremos,’ añadió la Srta. Appleby con una voz confusa.

‘Ya está bien,’ dijo la Srta. Micklethwaite, su tono serio reprimiendo la inadecuada alegría de las otras damas. ‘Y lo que es más, debemos ir a cambiarnos para la cena ahora. Quizás encuentre algunos pantalones hasta la rodilla.’

‘¿Pantalones a la rodilla? ¿A qué te refieres?’ preguntó la Srta. Appleby a la espalda de su amiga retirándose. ‘¿Chicas?’ dijo vagamente, pero fue inútil, las otras dos damas habían colapsado en un diván, rendidas ante tal ataque de risa.

Más tarde ese mismo día, Clarissa estaba sentada en su cama, envolviendo sus piernas con sus brazos. Una vida con su hermano y su cuñada era un pensamiento lo suficientemente desagradable, pero estaba decidida a hacer que ningún destino similar llegara a tocarle a sus amigas. Ella había visto muy bien cómo era la vida de las pobres parientes despreciadas, mujeres trabajando para sus propias familias por un estatus apenas superior al de una criada, y por menos dinero, claro - dado que era demasiado extraña la familia que se cargara la responsabilidad de una mujer desvalida aceptándola como a un igual. Ellas debían estar agradecidas por los beneficios de tal posición, estos beneficios podían incluir insultos, humillación y agotamiento por realizar cientos de tareas cada día sin agradecimiento alguno. La total inhabilidad de dominar un solo segundo de su propia vida. Aunque ella pudiera llegar a soportarlo, no podía dejar que sus queridas, *queridísimas* amigas lo hicieran.

<https://www.amazon.com/Clarissa-las-mujeres-importancia-Spanish-ebook/dp/B071D5LPWZ>